EL SOLDADO DE LA CONQUISTA

Francisco Castrillo

COLECCIONES MAPFRE 1492

El soldado que fue a América, procedente de una dura y larga experiencia bélica, se parece mucho al *miles* romano. Como él, construye, lleva una civilización, puebla, se convierte en agricultor, ganadero y ejerce oficios. Con el segundo viaje de Colón aparece el soldado. La aportación humana a las Indias ha sido clasificada en generaciones: la de los descubridores (1474), la de los conquistadores (1504) y la de los fundadores (1534). Esta división es difícil de mantener de forma tajante cuando se empieza a profundizar en los personajes y los hechos. Casi desde el primer momento, el que descubre, puebla y, además, conquista. ¿Quiénes eran aquellas «gentes de guerra»? ¿Cuál era su origen social, de dónde procedían, cuáles eran las prioridades de su escala de valores, sus rasgos psicológicos y las motivaciones reales de su aventura americana? Francisco Castrillo estudia al soldado, ciñéndose a los años que van del segundo viaje de Colón hasta 1573. Este tema, escasamente abordado hasta el momento, aporta datos importantes sobre todo el proceso de la conquista y poblamiento de América y sobre la herencia española en «la tierra nueva».

Francisco Castrillo (Murcia, 1924). Licenciado en Derecho. General de División. Diplomado del Estado Mayor. Director de *Militaria. Revista de Cultura Militar.* Obras: *La aportación de España al arte militar* (1959).

Colección Armas y América

EL SOLDADO DE LA CONQUISTA

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Director de Colección: Miguel Alonso Baquer
Diseño de cubierta: José Crespo

© 1992, Francisco Castrillo Mazeres
© 1992, Fundación MAPFRE América
© 1992, Editorial MAPFRE, S. A.
Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-271-X (rústica)
ISBN: 84-7100-272-8 (cartoné)
Depósito legal: M. 12752-1992
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, Km. 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

FRANCISCO CASTRILLO MAZERES

EL SOLDADO DE LA CONQUISTA

EDITORIAL
MAPFRE

EL SOLDADO DE LA CONQUISTA

© 1992, Francisco Castillo Navarro
© 1992, Fundación MAPFRE América
© 1992, Editorial MAPFRE, S. A.
Paseo de Recoletos 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-571-X (rústica)
ISBN: 84-7100-577-9 (cartoné)
Depósito legal: M. 42953-1992
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, km (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

EDITORIAL MAPFRE

ÍNDICE

Prólogo 17

Primera parte

EL ORIGEN DEL CONQUISTADOR

Preámbulo 31

El entorno nacional y europeo 31
Demografía 32
Economía 38
Sociedad 40
El hidalgo 44
Cultura 46
El Ejército 50
Consideraciones generales 59

Capítulo I. El hombre que fue a América (1493-1573) 61

Las generaciones 68
Los destinos 69

Capítulo II. El origen geográfico de los conquistadores 73

Emigración durante la Época Antillana (1493-1519) 74
Conquista de la Tierra Firme 76
Las ciudades y el medio rural como orígenes 82
Diferencias regionales 88
Consecuencias del origen geográfico 92

Capítulo III. Origen social de los conquistadores 101

Capítulo IV. La vida cotidiana 113
En la Península 113
En los viajes 119
En Indias 121

Segunda parte

SEMBLANZA DEL CONQUISTADOR

Capítulo V. Consideraciones generales 129

Capítulo VI. La escala de valores 135
El sentido religioso 135
La vinculación a la Monarquía 147
El establecimiento de un orden 151
La honra y la gloria 153
La riqueza 158
La familia 160

Capítulo VII. Psicología del conquistador 165
Individualismo 166
Entereza 167
Carencia de prejuicios raciales 170

Capítulo VIII. Las cualidades negativas 173
Inquietud 173
Crueldad 175
Codicia 181

Capítulo IX. La cultura del conquistador 187

Tercera parte

EL HOMBRE DE ARMAS

Capítulo X. Capitanes y soldados 195
El hombre de armas 195
Generaciones 197

Origen geográfico 200
Origen social 203
Veteranía 204
Acción en Indias 206
Valoración de la zona de acción 218
El ocaso del conquistador 218
Las edades del conquistador 221
La muerte del soldado 222

A modo de epílogo 225

APÉNDICES

Capitanes y soldados de la conquista 237

Cronología 269

Bibliografía 279

ANEXOS

Origen geográfico del soldado de la conquista 287

Actividades y ocupaciones del soldado de la conquista 299

Índice temático 313

...de nosotros estar a punto no había necesidad de decillo tantas veces, porque de día ni de noche no se nos quitaban las armas, gorjales y antipares, y con ello dormíamos... y todo género de armas muy a punto, y los caballos ensillados y enfrenados todo el día, y todos tan prestos, que en tocando al arma, como si estuviéramos puestos e aguardando para aquel punto...

(Bernal Díaz del Castillo,
Historia verdadera de la conquista de la Nueva España)

AGRADECIMIENTOS

Toda obra, y aún más si es de flaco ingenio, como en este caso, ha de escribirse con la ayuda de muchos. Y así, tengo que expresar mi agradecimiento al Servicio Histórico y Museo del Ejército, al Museo del Prado y a la Revista de Defensa, y manifestar las atenciones recibidas en el Ministerio de Cultura, Archivo de Indias y Biblioteca Nacional. En cuanto a personas, doy las gracias primeramente a los catedráticos don Manuel Ballesteros Gaibrois y don Juan Marchena, por sus consejos y aportaciones, así como a la doctora del CSIC, doña M.ª Asunción Martín Lou, y al coronel del Servicio Gráfico del Ejército don Ángel Paladini. Por la ayuda en el importante trabajo administrativo, tengo que citar a M.ª Ángeles Rodríguez, Juan Castaños, Miguel A. García Valverde, Manuel Martínez-Peñalver y mi hija María. Finalmente, a mi mujer, que ha tenido que convivir pacientemente con los conquistadores durante el tiempo de elaboración de este trabajo.

Madrid, febrero de 1991.

Un conquistador de Indias, de autor anónimo del primer tercio del siglo XVI (Museo del Prado). En la diestra, un papel con el lema «Mi tener y mi baler, es a un solo Dios querer».

PRÓLOGO

La consideración del hombre que fue a América es un tema interesante en extremo. El estudio de este grupo nos puede aportar muy importantes datos sobre todo el proceso de la conquista y poblamiento de América y sobre la herencia española en «la tierra nueva».

En la mayor parte de los estudios sobre el descubrimiento y la conquista de América se encuentra la narración de los hechos importantes, así como la actuación de las figuras destacadas, capitanes, gobernadores, adelantados, etc. Aquí queremos estudiar la cantera humana de la gente en su conjunto, el origen de todos, incluido «el hombre de a pie», enfocando especialmente la figura del «hombre de armas», de la «gente de guerra» —título que aparece en las relaciones de las expediciones— o de los «señores de la guerra», en expresión de Gómez y Marchena.

Ese hombre sencillo, procedente de una dura y larga experiencia bélica, hizo posible todo lo demás. Al compás de su paso se fue ensanchando nuestro territorio en América y se permitió la labor de los oficios, este hombre participó con su trabajo y su sudor en la labor constructora y permitió, con su acompañamiento y escolta, la extensión increíble de la propagación del Evangelio. Fue soldado, constructor y vigilante del cumplimiento de unas leyes —ejemplares para aquella época— que querían hacer realidad un orden, «el sueño de un orden».

Esta figura del «hombre de armas» no es grata a la consideración del historiador en general. Por parte de la milicia se niega incluso la paternidad del hombre que consideramos, alegando que no eran «soldados». Soldado viene de «sueldo», y realmente no cobraban sueldo del Rey, pero sí en cierto modo de los capitanes que los contrataban.

Sí eran soldados en cuanto a oficio. Pero pocos quieren hablar del que allí tiene «oficio de armas». Así, Boyd-Bowman, catedrático de la Universidad de Búfalo, que ha dedicado muy largos años al estudio de los pobladores de la América hispana, considera especialmente a los marineros, los mercaderes, los criados, las mujeres, los religiosos, los gobernantes e incluso los capitanes, pero no dice nada del hombre de «oficio de armas», del simplemente soldado.

¿Quiénes eran aquellos hombres, cuál era su origen social, de dónde procedían, cuáles eran sus virtudes y defectos, cuáles eran las prioridades de su escala de valores y las reales motivaciones de su aventura americana? ¿Cómo era la vida cotidiana para aquellos *pasajeros a Indias*, antes y después? Son interrogantes que nos planteamos y para las que queremos buscar adecuadas respuestas, enfocadas a los protagonistas de lo que es aún hoy, con todos sus humanos defectos, *la mayor aventura de la historia de la humanidad.*

Nos damos cuenta de que vamos a centrar el trabajo en el estudio de unos hombres mal tratados o maltratados en sinnúmero de estudios, objetos fundamentales de la «leyenda negra» que, indudablemente, ha ido extendiendo sobre ellos una capa de lodo y fango. No se trata aquí de caer en el extremo opuesto, sino de intentar conocer los hechos con el realismo y la sencillez con que Bernal Díaz del Castillo, en palabras de soldado, los narra.

Bernal Díaz del Castillo, autor de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, descubridor, conquistador y poblador, es todo un símbolo y ejemplo para este sencillo trabajo. Porque Díaz del Castillo «vindica la potencia de la intervención anónima. Y toma la pluma, como soldado que es, para decir lo que se debe a la masa».

Para el estudio de soldados nos es particularmente útil una obra escrita por uno de ellos. En su libro dominan las masas y el autor contempla y nos describe sus movimientos y vicisitudes.

Se trata, en fin, de considerar a un personaje histórico, el conquistador o poblador, y traerlo vivo a estas páginas, a sabiendas de que seguimos —con toda la modestia imaginable— la línea que marcara Marañón en su contemplación de figuras históricas maltratadas en sinnúmero de relaciones, buscando como él supo hacer los datos de la realidad histórica que colocaran en su correcto puesto al personaje.

En nuestro trabajo, los documentos son las piedras con que hay que levantar el edificio, pero ellas no bastan. Hay que completarlo,

como decía Marañón, sin inventar pero sí recrearlo, «porque el historiador tiene mucho de novelista», o, como dice García Escudero, al conjuro de la palabra del escritor, como en la profecía bíblica, los huesos del personaje se revisten de nervios y músculos, se yerguen, se ponen en movimiento y viven de nuevo. El mismo escritor tiene estas frases certeras: «Hasta que llega el momento en que todos los personajes han dejado de ser abstracciones y se han convertido en rostros, miradas, gestos, voces y actitudes, y han adquirido dentro de él plena densidad humana. En ese momento se le revela la verdad. Una verdad de la que falta todo esquematismo farisaico, que está transida de amor y de comprensión, lo cual es, por cierto, característica del auténtico historiador».

Palabras de García Escudero basadas en aquellas de Menéndez Pelayo cuando dice: «los hechos no son más que piedras para el edificio que ha de levantar el arte». Y aún más cuando asigna a los historiadores «el poder de resucitar las generaciones extinguidas y de interrogar a los muertos, leyendo en sus almas sus más recónditos pensamientos y haciéndoles moverse de nuevo con los mismos afectos que los impulsaron en vida».

La aportación humana a Indias ha sido clasificada en generaciones, considerando el término «generación» como el grupo humano cuya madurez transcurre en un período de aproximadamente veinticinco años.

Siguiendo a Morales Padrón distinguiremos la generación de descubridores (1474) o «finisecular», la de los conquistadores (1504) y la de los fundadores (1534). 1474 es el año del comienzo del reinado de los Reyes Católicos y la generación de los *descubridores* es la que llena este período de Isabel y Fernando. En 1504, treinta años más tarde, termina el predominio de estos hombres, con el fin del reinado.

Los *conquistadores* (generación de 1504) fueron hombres «que se hicieron en América». Protagonizaron la «ascensión social del conquistador» y sus nombres adquirieron para siempre resonancias históricas. Son los Alvarado, los Almagro, los Cortés, los Núñez de Balboa, los Pizarro, los de Soto, y tantos otros.

La generación de 1534 es la de los *fundadores*. Pero esta división en generaciones, tan útil a efectos esquematizadores, es difícil de mantener como división tajante cuando se comienza a profundizar, como intentaremos, en los personajes y en los hechos. Casi desde el primer

momento, el que descubre, puebla y conquista además. El conquistador funda, con ese afán de marcar su territorio, a la vez que va descubriendo otros sin cesar. El fundador, como veremos, sigue ampliando en derroteros determinados la conquista y el poblamiento. Por eso hemos escogido para este trabajo un período que nace con el descubrimiento y finaliza unos ochenta años más tarde, cubriendo, con el final del siglo XV, una parte muy considerable del XVI.

Nuestro protagonista es *el soldado*, como dijimos, en función mucho más amplia que la que da el mero concepto. Se parece mucho al *miles* romano: como él construye, lleva una civilización, puebla, se convierte en agricultor, ganadero, ejerce oficios, pero no olvidemos, aunque quisiéramos, su función de hombre de armas. Basta leer cualquier página de Bernal Díaz del Castillo para no pasar por alto esta función.

Ya en el capítulo primero de su obra relata: «habíamos salido con el armada y el capitan murió luego en llegando a tierra (con diez flechazos), que de los ciento y diez soldados que veníamos quedaron muertos los cincuenta y siete».

Nos ceñiremos al estudio de estos hombres: soldados de oficio o de función, dejando para otros al evangelizador, al comerciante, al funcionario civil y a la ingente legión de los menestrales que fueron a América. Es decir, nuestro objeto es el «hombre de guerra» que leemos en las relaciones de las expediciones a Indias.

¿Quiénes eran éstos? Para Ballesteros Beretta

> es falso el concepto vulgar acerca del aventurero español en América como improvisado militar. Los jefes y la mayoría o la mejor parte de las tropas estaban compuestas de veteranos de las campañas europeas que precisamente emigraron después de las épicas jornadas de Italia o Flandes, cuando licenciados muchos de ellos, y buscando gloria o más lucrativos empeños a su espada, se dirigieron al nuevo mundo, deseosos de arriesgadas empresas o de hallar fortuna en las regiones auríferas.

A lo largo de la tercera parte de este libro procuraremos ir comprobando, en la medida de los datos disponibles, el aserto de Ballesteros. Pero no sólo entre capitanes y oficiales destacados, sino también entre soldados, piqueros, ballesteros, tambores y trompetas.

En cuanto a la fecha de arranque en este campo, puede tomarse la de 1493, dejando el primer viaje de Colón en función meramente descubridora, aunque evidentemente Colón llevaba en aquella memorable ocasión *lombardas*, como recordaremos, con ocasión de los disparos para apaciguar el intento de motín o cuando se descubre por fin tierra. Alguien las manejaría.

Con el segundo viaje es innegable la aparición del soldado. Don Juan Rodríguez de Fonseca es el hombre designado para la preparación del viaje. Dice Las Casas que

> D. Juan de Fonseca, aunque eclesiástico y Arcidiano... Obispo de Badajoz y Palencia y, al cabo de Burgos, en el cual murió, era muy capaz para mundanos negocios, señaladamente *para congregar gente de guerra para armadas por la mar*, que era más oficio de vizcaínos que de Obispos, por lo cual siempre los Reyes le encomendaron las armadas que por la mar hicieron mientras vivieron.

Además, en la misma expedición iba mosén Pedro de Margarit, privado del rey Fernando, «caballero catalán» como militar competente. Parece que vizcaínos y catalanes andaban en estos negocios bélicos. Colón intenta además llevarse a Indias un cierto número de *continos*, soldados reales. La contestación real, en carta a Fonseca, la reproduce Morales Padrón:

> Y cuando a los continos que decís que toma el Almirante de Indias, bien que lo que le dijísteis que para este viaje no ha menester tomar continos algunos, pues todos los que allí van por nuestro mandado han de facer la quel en nuestro nombre les mandare, y facer apartamiento de suyos e ajenos podía traer muchos inconvenientes; pero si para su acompañamiento quisiere llevar algunos que lleven nombre de suyos, bien pode llevar fasta diez *escuderos* que han de ir e otras veinte personas en cuenta de las mil personas que han de ir, y a éstas se pague su sueldo como a las otras.

Se ve claro que los Reyes no quieren prescindir de sus continos, soldados reales con carácter de permanentes, escasos en número.

El hacer frente a la necesidad de «gente de guerra», a partir ya del segundo viaje de Colón, produce el hecho de que al nacer la Casa de Contratación se estudie en ella, entre otras materias, la *Artillería*, dis-

poniendo dicho centro además de un almacén bélico en el que pertrechaban las Armadas.

Como marco de este trabajo se hace necesario, por tanto, establecer estas precisiones cronológicas. Vamos a considerar solamente los años que van desde este segundo viaje de Colón hasta el año 1573, fecha de una Provisión en la que se declara la orden que se ha de tener en las Indias, en nuevos descubrimientos: «Don Felipe... a los Virreyes, Presidentes, Audiencias y governadores de nuestras Indias del mar Océano...», «*Los descubrimientos no se den con título de conquistas*, pues aviéndose de hazer con tanta paz y caridad como desseamos, no queremos que el nombre dé ocasión ni color para que se pueda hazer fuerça ni agravio a los indios». Hay una nota al margen que dice: «Ésta es la última que se proveyó para nuevos descubrimientos, y la que se ha de guardar» (*Cedulario indiano,* de Diego de Encinas, 1596, libro quarto, p. 235, pár. 29).

Ballesteros Gaibrois divide la conquista en tres etapas: *antillana, continental* y *de las conquistas interiores.* En la primera, los hombres que se iban estableciendo en La Española (hoy Santo Domingo) realizaron las exploraciones, como las de Alonso de Ojeda, Alonso de Bastidas, Diego de Nicuesa, y la de Vasco Núñez de Balboa, que llevó al descubrimiento del Pacífico. La segunda, *continental,* incluye las campañas de México, Perú y Nuevo Reino de Granada-Colombia. La tercera, *de las conquistas interiores,* comprende las campañas hacia Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Michoacán del Norte, y las de la conquista del Alto Perú-Bolivia, sur de Colombia y Chile.

Pérez Embid califica como «período de expansión» el que va de 1494 a 1550, que nosotros ampliamos, como veremos, a lo largo de este trabajo. Cieza de León habla de *setenta años* cuando dice:

> E digo que no hallo gente que por tan áspera tierra, grandes montañas, desiertos e ríos caudalosos, pudiesen andar como los españoles sin tener ayuda de sus mayores, ni más de la virtud de sus personas y el ser de su antiguedad; ellos, en tiempo de setenta años, *han superado y descubierto otro mundo* mayor que el que teníamos noticia, sin llevar carros de vituallas, ni gran recuaje de bagaje, ni tiendas para recostar, ni más que una espada e una rodela, e una pequeña talega que llevaban debajo, en que era llevados por ellos su comida, e así se metían a descubrir lo que no sabían ni habían visto.

A lo largo del trabajo, tenemos que enmarcar el grupo humano que consideramos en el tiempo y en el espacio, analizando *los rasgos esenciales de la sociedad española* de que procedían, consideración fundamental sin la que es imposible la comprensión correcta de su mentalidad. Ampliamos especialmente el estudio de este grupo *en el marco de la sociedad europea* de la época, también en sus rasgos esenciales y en forma comparativa. Deducimos los *orígenes geográficos* de los hombres del período señalado e intentamos extraer de ellos características diferenciales: sociológicas, económicas, psicológicas y culturales. Parece, en principio, que la composición social de las aportaciones humanas era variable según el origen geográfico de las mismas.

Estudiamos *los grupos o niveles sociales* a que pertenecían los hombres que fueron a América. Qué sectores sociales estuvieron más representados y qué proporcionalidad, en lo posible, pudiera determinarse. En principio, parece que predominaron los «no instalados», con características que encarna el hidalgo, prototipo y meta de aquellos tiempos —sed de honras y aventuras, dureza, austeridad, religiosidad y respeto a la Corona—. Sólo en número muy reducido eran «hidalgos notorios», pero en su mentalidad y ansia de promoción se acercaban bastante a esta figura.

Consideramos *la mentalidad de estos hombres* en general. Analizamos su psicología y carácter, sus vicios y virtudes, «abandonando los prejuicios y criterios del tiempo actual». Intentamos situarnos en aquellas circunstancias y juzgar en línea con los cánones de la época. Tenemos en cuenta, además, la imposibilidad de reunir a estos hombres bajo un mismo patrón, pero sí que podemos buscar cualidades más o menos generales, notas típicas.

Intentamos definir su escala de valores, religiosidad, respeto a la monarquía, juridicidad, sentido de la identificación, carencia de prejuicios sociales, valor, etc., y todo ello a través de sus propias convicciones y de su comportamiento en Indias.

Queremos deducir lo que de herencia medieval había en estas mentalidades (sentido caballeresco, orgullo, espíritu combativo, sentido del honor, religiosidad, hidalguía) y lo que tenían del espíritu del Renacimiento.

Se analizan *los móviles de la conquista* en su nivel personal y humano y *los niveles culturales* de nuestros protagonistas. *La vida cotidiana* de estos hombres será traída a estas páginas para poder adquirir una

imagen más precisa de ellos y así profundizar en el conocimiento de sus necesidades y sentimientos.

Como se dijo anteriormente, queremos contar la verdad, la verdadera historia. Como Bernal Díaz del Castillo, relatar, con el sentido realista de un soldado, lo que se va encontrando y se considera fidedigno. No queremos narrar solamente la «crónica de sucesos» sino conocer la vida día a día de unos hombres sencillos que se esforzaron, como en Granada o Flandes, en el cumplimiento de lo que consideraban un deber, que queremos aquí analizar.

Como ya hemos dicho, todo este cuadro metodológico se refiere al «hombre que fue a Indias», pero en este trabajo queremos estudiar específicamente el grupo humano de los «hombres de guerra», componente fundamental de las expediciones y de toda clase de actividades. Interesa conocer el peso numérico de los veteranos de las guerras de Italia, Flandes o Granada, de los que figuran con profesión militar de origen, incluyendo naturalmente los mílites de ejercicio. Queremos obtener el mayor número posible de biografías de estos hombres que nos permitan llegar a conclusiones, aunque sean de arranque.

Con todo esto no llegamos a una obra definitiva, sino de mero desbroce de un campo no trillado, ni aún roturado. Podemos reunir todo lo que hay sobre el tema en medio centenar de fuentes bibliográficas e investigar sobre los datos del *Catálogo de Pasajeros a Indias*. La obra es el inicio de un estudio sociológico que sólo puede realizarse con la investigación de muy extensas fuentes documentales, bastantes de ellas sacudidas recientemente de un letargo de siglos.

Insistimos en negar intención alguna apologética. La cita de Cieza de León resume nuestro pensamiento:

> Costumbre mía es, y muy usada, procurar de loar los buenos hechos de los capitanes y gentes de mi nación y también de no perdonar las cosas mal hechas, para que por afección de alguno de ellos se crea que no tengo de referir sus yerros.

Repetimos también que no nos hemos conformado con el estudio de los capitanes de la conquista, sino que hemos querido conocer al hombre de a pie, al desconocido de entre la gente. Como dice Morales Padrón en acertadísimas palabras que dan verdadero sentido a nuestro trabajo, «la conquista viene a ser como una biografía enorme, integrada

por muchas biografías de individualidades», y añade: «el hecho de la conquista es colectivo, tarea de masas, aunque tengamos siempre que acabar en la unidad hombre».

En lo español de aquella época predomina la biografía sobre el arquetipo. Y Unamuno busca, como queremos hacer ahora, *al hombre concreto*. Como Machado se dirige *a cada hombre* y como Ortega subraya *el hombre y su circunstancia*, diferenciando así unos de otros.

Américo Castro nos habla de cómo prevalece, en la historia española, en sus altos valores, la *dimensión imperativa de la persona*. Dice que «lo que el español llevó a cabo estuvo prefigurado, no en su pensamiento, sino en su fe anhelosa de realización personal, en el mantenimiento de su honra de cristiano viejo». Establece además que

> en la lucha con los musulmanes, aparecieron nuevos sistemas de valoraciones y de inhibiciones, formándose la fisonomía peculiar del pueblo español. Tema de la historia es conocer lo que los pueblos han hecho con su psicología o con sus circunstancias naturales y económicas. Pues el progreso da lugar a situaciones importantes de vida que pueden llegar o no a hacerse historiables. La historia dirá cómo fue desaprovechada la enorme coyuntura económica que las Indias ofrecieron a sus dueños. Para ellos contaba más, era incluso esencial, la honra de la persona.

Este trabajo no puede pretender completar el ambicioso objetivo, que sería fruto de una extensísima investigación sobre más de cien mil «pasajeros a Indias» en la época de la conquista. Su intención alcanzable es reunir en forma de ensayo y con sentido crítico todo lo que se conoce del grupo humano en cuestión, con intención de popularizar el tema y reivindicar —si procede— la figura sin rostro del soldado de oficio que hizo posible las Indias. Y reunir, investigando, el mayor número de esas *biografías de individualidades* que dice Morales Padrón.

En esta línea expresada, las bases fundamentales de este trabajo son las siguientes:

a) El *Cátalogo de Pasajeros a Indias*, en los siguientes volúmenes:

Volumen I	(1509-1534)
Volumen II	(1535-1538)
Volumen III	(1539-1559)

Volumen IV	(1560-1566)
Volumen V	(1567-1577)
Tomo I	(1567-1574)
Tomo II	(1575-1577)

En este catálogo sólo se incluyen referencias sobre origen familiar —no siempre— y geográfico, con escasez de datos sobre profesión u ocupación.

b) Los trabajos de Peter Boyd-Bowman:

— *Índice geobiográfico de cuarenta mil pobladores españoles de América en el siglo* XVI, Tomo I (1493-1519), Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1964. Tomo II (1520-1539), Editorial Jus, México, 1968,

— *Índice geográfico de más de 56.000 pobladores de América hispánica,* I (1493-1519), Fondo de Cultura Económica, México, 1985, que estudia los 40.000 o 56.000 pobladores identificados y constituye fuente de singular utilidad.

c) Otros trabajos sobre el tema, como el de Carmen Gómez y Juan Marchena *Los señores de la guerra en la conquista*, que analiza 682 personas (huestes de Cortés, Pizarro, Heredia, Durán y Valdivia) y deduce la importancia del hidalgo y del hombre libre castellano en estas empresas. Las «gentes de guerra» son más de la mitad de los casos estudiados, con un 50 por cien «de hijos de». Geográficamente, 44 por cien son castellanos, 32 por cien andaluces, 18 por cien extremeños, etcétera.

Otra investigación analiza unos doscientos nombres extraídos de la obra de Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* (Mercedes Lasaosa y Fernando Germán, *Origen geográfico y condición social de los conquistadores de Nueva España*, Tomo II, Congreso de historia militar, Zaragoza, 1988). Se deduce en este trabajo que Castilla, Andalucía y Extremadura, por este orden, cuentan con el mayor número de representantes en la conquista de México.

En síntesis, el trabajo quiere analizar el *origen* del hombre de Indias y su *psicología*, haciendo una especial consideración del *soldado* de oficio o ejercicio.

No se nos ocultan las dificultades del intento de conocer un grupo humano que desapareció hace unos cuatrocientos años. Solamente

los datos que se encuentran en las fuentes citadas o en los cronistas de la época pueden ir abriendo camino hacia posteriores investigaciones generales, ya que hasta el momento los trabajos de investigación se han dirigido casi exclusivamente a las figuras señeras de la historia de la conquista.

PRIMERA PARTE

EL ORIGEN DEL CONQUISTADOR

PREÁMBULO

El entorno nacional y europeo

Si vamos a estudiar el grupo humano de los conquistadores, en el amplio sentido ya determinado, debemos comenzar por su origen geográfico y temporal, es decir, considerar el entorno español y europeo de esa época de fines del siglo xv, a partir de aquel 1474 que hemos considerado como arranque de la generación de los descubridores, prosiguiendo en el 1534 con la de los fundadores y extendiéndonos hasta mediados del siglo xvi.

En cuanto al entorno español, nos preguntaremos cómo era el solar donde habían nacido estos hombres y dónde habían recibido su formación. Lo contemplaremos desde un punto de vista demográfico y luego analizaremos el sistema social de que formaban parte. Lo primero nos dirá cómo era su vida en lo físico, en su lucha por la supervivencia, en sus tensiones y tendencias de población. Lo segundo, la estructuración que los hombres habían dado a ese basamento demográfico, origen a su vez de tendencias y tensiones que producían una verdadera dinamización de la vida social, en busca de objetivos, bien explicables, de ascensión social hacia los niveles donde tenían su morada los privilegios, productores a su vez de deberes que tendían a equilibrar el entramado social y político de aquella época.

Pero este análisis del entorno nacional resulta profundamente iluminado con la consideración del marco europeo de la época, con sus contrastes, luces y sombras. Por ello vamos a tener también en cuenta este otro entorno. Ambos marcos, español y europeo, nos van a permitir la aquilatada contemplación de la peripecia de estos hombres

profundizando en su semblanza, mentalidad y hechos, teniendo en cuenta cómo era entonces la escala de valores y la mentalidad mayoritaria de la población.

Demografía

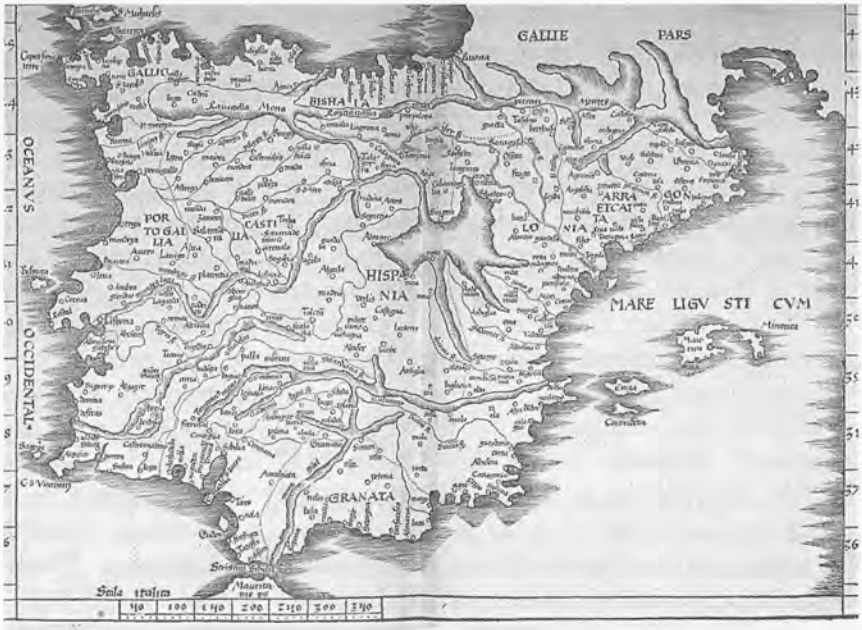
En cuanto a la demografía, vamos a partir de un dato básico, la cifra de población de Castilla. El asturiano Alonso de Quintanilla, a fines del siglo xv, y en función de la gente que se podía sacar para la milicia, cuyo dato buscaba, afirma haber contado «muy ciertamente el número de vecindades de los reinos de Castilla, León, Toledo, Murcia, y Andalucía, sin lo que hay en Granada». La relación de Quintanilla, deduce Fernández Álvarez, estaría fechada entre 1492 y 1500, lo que resulta muy indicado para nuestro trabajo. El recuento, sin Granada y sin Vascongadas ni Navarra, alcanza un millón y medio de vecinos.

Alonso de Quintanilla dice: «Yo he contado muy ciertamente el número de las vecindades de sus reinos... y parece haber en ellos un cuento e quinientos mil vecinos...». Es decir, un millón y medio de vecinos, unos cinco millones y cuarto de habitantes, si tomamos el coeficiente 3,5, o unos seis millones setecientos cincuenta mil si tomamos el 4,5 de Domínguez Ortiz. Un valor medio sería el de seis millones. Si tomamos los datos de Aragón, un millón, medio millón de Granada y los cien mil de Navarra, resultan siete millones seiscientos mil habitantes. Aun esta cifra parece demasiado alta, pues a pesar de que la etapa posterior es de crecimiento, a fin de siglo no se alcanza este nivel. La cifra de siete millones resulta aceptable por aproximación.

El trabajo de Alonso Quintanilla bien merece que le dediquemos unas líneas más, dada la especialidad de nuestro trabajo. Alonso Fernández de Palencia escribe el *Tratado de la perfección del triunfo militar* en 1458, donde establece el primado de la infantería y preconiza una reorganización del Ejército.

Y es precisamente el asturiano Alonso de Quintanilla, eminencia gris de Fernando e Isabel para las cuestiones militares, quien va a recoger las enseñanzas de Palencia.

A estos efectos, se piensa en armar al pueblo. Y Quintanilla clasifica los súbditos reales en tres categorías: los muy ricos, que deberían



«Tabula nova Hispaniae», de la *Geographia* de Tolomeo, Lión, 1535. Carta anterior a 1492, por figurar los límites del reino de Granada.

armarse pesadamente; los intermedios, que deberían armarse de ballesta o arcabuz, y los pobres, que deberían equiparse simplemente con una lanza. Del millón y medio de fuegos que Quintanilla declara haber contado «muy ciertamente», atribuía a la nobleza más o menos 250.000. El resto correspondía a la jurisdicción real, eclesiástica, de las órdenes militares o a los hombres libres (behetrías), es decir, 1.250.000 fuegos.

Quintanilla proponía, a partir de estos datos, un método de designación de los llamados al servicio militar. En primer lugar, descontaba los 250.000 fuegos correspondientes a los hidalgos que tenían el privilegio de un llamamiento real especial. A continuación, Quintanilla asimilaba cada fuego a un soldado y proponía designar un décimo del conjunto. Esto nos daría, según él, «100.000 hombres señalados que serían nombrados cuando vuestras Altezas ordenaran llamarles al lugar que les pareciese».

Esta cuota de 100.000 conscritos constituía un máximo, y los hombres serían escogidos de entre 20 y 40 años.

En Europa, a fines del siglo XV, su población puede calcularse en unos ochenta millones, con mayor concentración en las zonas mediterráneas. A partir de 1470, se produce un fuerte crecimiento de la población y hacia 1520 el crecimiento demográfico es fuerte y continuado, pero las cifras de que se dispone son muy incompletas, ya que para estudiar la evolución de la población en el siglo XVI, solamente en España se dispone de datos con fiabilidad suficiente.

Con los Reyes Católicos crece la población española, aunque sufre grandes oscilaciones producidas por la escasez de alimentos, las pestes y las guerras. El hambre y las pestes cabalgan una tras otra. En 1480 se produce una tremenda peste. En 1502 hay una gran escasez de alimentos. La epidemia de los años 1506 y 1507 fue excepcionalmente terrible: dice Alonso de Santa Cruz que en 1507 murió la mitad de la población de España, unos de hambre y otros de pestilencia, «morían las gentes por los caminos y montes». Aunque los datos sean discutibles, no puede negarse lo tremendo del relato.

En 1521 hubo una nueva epidemia que se prolonga hasta 1523 en Valencia. La «modorra» de 1539 y 1540 se dejó sentir especialmente en Castilla la Vieja, donde hubo lugares que perdieron la mitad de su población. Los años 1544 y 1545 fueron duros: cuando Carlos I avanzaba en Francia, la situación en Castilla era muy mala. En 1557/1558 la peste se generalizó; en 1563 fue horrible; la de 1565 al 1566 fue aún peor; de 1573 a 1574 casi desaparece la pesca; en 1583, el exceso de lluvias produce casi la pérdida de la cosecha, con terribles consecuencias.

Como apunta Domínguez Ortiz, se observa que había una cierta periodicidad de estas hambres y pestes, ligada a ciclos climatológicos cortos: casi en cada decenio había uno o dos años de pésimas cosechas seguidos de las epidemias. Una cita de A. Bernáldez en *Crónica de los Reyes de Castilla, don Fernando e Isabel* (BAE, p. 729) es bien descriptiva:

> Andaban los padres e madres con los hijos a cuestas e por las manos, muertos de hambre, por los caminos e de lugar en lugar, demandando por Dios. Y muchas personas murieron de hambre, y eran tantos los que pedían por Dios, que acaecía llegar cada día a una puerta veinte e treinta personas...

El cuadro anteriormente descrito de hambres y pestes es bien trágico, y nos es útil para conocer en qué ambiente de dureza vivieron en España los hombres que fueron a América, aunque la demografía, luchadora y tenaz, se incrementaba.

Comparando datos de 1530 de Tomás González recogidos en el *Censo de población de la Corona de Castilla en el siglo XVI* (Madrid, 1829) con los del año 1591, recopilados por Fernández Álvarez, resulta que tras el gran incremento de Galicia y Asturias, sin explicación conocida, el salto mayor lo dan Extremadura y Castilla la Nueva, con un aumento cercano al 70 por 100.

Resulta muy oportuno transcribir aquí la cita de Fernández Álvarez, aunque la tomemos con las importantes salvedades que analizaremos al considerar el origen social del conquistador:

> En cuanto al fenómeno castellano, y al propio andaluz –donde se aprecia un ascenso demográfico de un 50 por 100– no puede ser ajeno al mismo el hecho de la expansión por las Indias Occidentales, y la conexión de los conquistadores y primeros pobladores, precisamente procedentes en su inmensa mayoría de esa parte de España. En efecto, sabemos que andaluces y extremeños constituyen los dos núcleos regionales que más alta proporción dan como emigrantes a las Indias en el Quinientos, en lo que no sólo cuenta el hecho de la mayor proximidad al puerto de embarque –lo cual es una realidad para la baja Andalucía– sino también la mísera situación del pastor extremeño y del bracero andaluz. La miseria es la que fuerza, en buena medida, a la emigración, pues la aventura del salto a las Indias en la época del Renacimiento era demasiado fuerte para tentar a los que tuviesen un mediano pasar.

La meseta superior (Castilla la Vieja y León) aumenta en un 33,5 por 100. Según Ruiz Almansa:

> Castilla representaba, por consiguiente, dos tercios del territorio peninsular y tres cuartos de la población; a uno y otro lado, la Corona de Aragón y Portugal representaban, aproximadamente, masas iguales de 1,5 millones de habitantes cada uno. Por otra parte, Castilla no era sólo la mayor masa (8,3 millones de habitantes), sino la mayor densidad (22 habitantes por kilómetro cuadrado, contra densidad de 13-16 en los otros reinos).

Vemos así que el peso demográfico de Castilla se corresponde con su peso político. Con Ruiz Almansa:

> en el siglo XVI, la población tenía un carácter marcadamente centrípeto, con una gran masa central que actuaba como centro de gravedad sobre las poblaciones de poca densidad o poco volumen situadas en las zonas periféricas.

Extremadura, por ejemplo, tenía en el siglo XVI más habitantes que Cataluña.

Veremos posteriormente, de forma más precisa, las consecuencias que pueden haber tenido estos datos en el movimiento de pasajeros a Indias. Se calcula que los españoles que fueron a Indias en todo el siglo XVI no llegaron a los 200.000. Pero bien es verdad que representaban «un sector muy joven, activo y aventurero, es decir, una parte muy dinámica e importante de la población española».

En la población predominaba fuertemente el sector rural, en el que existían pequeñas ciudades que contaban con una residencia señorial o monacal con algún aditamento artesano o mercantil, sin «plebe ni suburbios».

La meseta norte «era, como hoy, una región de pueblos numerosos y pequeños». Burgos tenía, en 1567, unos 20.000 habitantes; Valladolid, unos 48.000; Segovia —ciudad industrial, con abundante proletariado— tenía unos 33.000, según el censo de 1591.

Toledo, a pesar de su gran importancia, no debía tener más de 50.000 habitantes. Madrid no muchos más, unos 60.000 en 1597. Al sur del Tajo, estaban los exentos dominios de las Órdenes Militares, con escasas ciudades. La Mancha estaba aún en período de poblamiento. A excepción de algunas ricas comarcas, como La Vera, Extremadura tenía una escasa población debido a la pobreza del suelo.

Andalucía, en claro crecimiento, presentaba cifras importantes de población. Así por ejemplo, en la Sevilla de 1565 aparecen empadronadas 85.538 personas, incluidos 6.327 esclavos; en 1588 son ya 121.900 los habitantes. Sevilla y Lisboa son las dos grandes aglomeraciones urbanas de la Península. Andalucía tenía un número reducido de núcleos de población importantes: Andújar, Antequera, Écija, Marchena, etc. Granada se había reducido después de la conquista: en 1587 tenía unos 40.000 habitantes escasos; para Ruiz Almansa, 82.500. Cór-

doba y Granada contaban a principios del siglo XVI, para Carlos M. Cipolla (*Historia Económica de Europa*, Barcelona, 1987), con más de 60.000 habitantes, y Valencia y Barcelona con más de 40.000. Las ciudades andaluzas, Sevilla, Córdoba y Granada están a la cabeza de España por la población a principios del siglo XVI.

En síntesis, de este panorama demográfico se deduce:

a) un claro crecimiento de la población en esta época, a pesar del tremendo impacto de las pestes y de la escasez alimentaria resultante periódicamente de aquéllas,

b) la formación del hombre peninsular en un entorno de singular dureza física y en un proceso de selección natural producido especialmente por las altas tasas de mortalidad,

c) el gran peso demográfico de Castilla, que representa los tres cuartos de la población peninsular,

d) el crecimiento demográfico de Andalucía, que tiene en Sevilla —con Lisboa— el mayor núcleo de población de la Península,

e) el gran crecimiento demográfico de Extremadura y Castilla la Nueva.

Resulta obvio que todos estos factores han de incidir como factores determinantes sobre la emigración a Indias, como posteriormente veremos.

En Europa, también los incrementos de población se producen por encima del límite de las posibilidades de subsistencia. Así, se registra una persistente tendencia al crecimiento demográfico en circunstancias adversas. Es una epoca muy dura que ha sido llamada el *siglo de hierro*, en el que el hombre estaba familiarizado con el espectáculo de la muerte.

Se trata de un incremento de población producido, como hemos visto, a pesar de las pestes y de la tremenda mortalidad infantil. Según cálculos de Mallet y Malthus, la vida media a mediados del siglo XVI oscilaba entre 18 y 21 años, y la esperanza de vida al nacer, entre cuatro y ocho años. Según los datos que se conocen, la mortalidad infantil oscilaba entre el 25 y 40 por 100, sin contar los años de epidemia o peste.

La población europea era esencialmente rural. El geógrafo alemán K. Olbricht calculó que, en torno a 1600, de setenta y cinco millones

de europeos, tres y medio vivían en cien «grandes ciudades», lo que no representa ni un cinco por ciento del total. De cada diez europeos, siete vivían en el campo y otros dos en pequeñas ciudades.

Economía

En cuanto a economía, España contaba en el siglo XVI con riqueza de materias primas y buena artesanía: los gremios alcanzan su esplendor en este siglo y en el siguiente. La burguesía mercantil estaba limitada a algunas ciudades y en lo referente al comercio exterior. Tienen vida intensa las ferias agrícolas. El comercio en el norte de Europa da vida a los puertos cantábricos, así como el de Indias se ha de desarrollar especialmente en Andalucía.

El suelo peninsular no era muy diferente en el siglo XVI al de hoy en día. Siguiendo a Domínguez Ortiz, las estepas de Aragón eran tierras de desolación; las «tierras de pan llevar», como la de Tierra de Campos, eran grandes trigales. Sin embargo no se contaba con los regadíos de hoy, aunque sí con grandes zonas de bosque. El peligro de los piratas hacía que importantes zonas costeras, hoy con importantes cultivos, fueran «extensiones vacías sólo alteradas por la presencia de las bellas torres defensivas».

La meteorología era mucho más condicionante que actualmente. Como dice el mismo autor, «la insuficiencia de los métodos de transporte y almacenamiento no permitía que se atenuaran los contrastes entre los años de buenas y malas cosechas. A condiciones climáticas desfavorables sucedía fatalmente el hambre y la carestía en áreas más o menos extensas en toda España».

Más del 80 por 100 de la población española vivía en el campo: la nobleza territorial, el hidalgo, el villano, el clero y los sufridos jornaleros. Y también los pastores, sedentarios o trashumantes.

La productividad de la tierra era muy baja. Hoy día, una familia campesina puede alimentar con su producción a cuatro o cinco familias. Entonces, a la inversa, se necesitaban cuatro para sostener a una que no trabajase en el campo. La explicación está en el empleo actual de los abonos, de la selección de semillas y del instrumental agrícola, entonces el arado romano.

Los grandes bosques de robles, castaños y olmos van reduciéndose por la acción del hombre, por las roturaciones y la acción de los pastores.

La alimentación era a base de carne en las clases pudientes. Las clases medias y bajas consumían mucho pan y vino. En las Cortes de Castilla de 1595 se dice, al discutir un impuesto, que «el vino es el alma de los trabajadores...» (*Actas*, XIX, 62).

La escasez de dinero era bien notoria y el pago en especie, muy frecuente.

En Europa, la economía era muy diversa según los países. La producción agraria era más rentable en el norte, tenía un valor medio en el sur y centro y más desfavorable en el este. En general, a lo largo del siglo XVI empeoraron las condiciones de vida del agricultor al incrementarse el precio del pan y de la carne. Pero en lo mercantil se manifiesta una clara tendencia expansiva: con el desarrollo del capitalismo se produce un verdadero renacimiento del comercio. Como dice Mousnier,

> un creciente número de hombres proporciona a otros —artesanos, agricultores, soldados— los capitales, útiles, máquinas, materias primas, armas, municiones, o bien el dinero para adquirirlas, les hacen trabajar y se quedan con parte de la producción. De este modo, la masa de capitales puesta en circulación crece continuamente.

Esta revolución capitalista supone el desarrollo de la burguesía. El burgués posee el espíritu de empresa y la pasión por el dinero. Es racionalista y calculador.

Hasta finales del siglo XV, el comercio era casi exclusivamente por el Mediterráneo, pero después de los grandes descubrimientos, el Atlántico ha de reemplazarle.

El capitalismo produce una elevación del nivel económico de la burguesía con mayor diferenciación de los niveles inferiores y descenso económico de parte de la clase nobiliaria.

En Inglaterra, la situación en el siglo XVI se diferencia de la de Alemania e Italia en que el campesino mejora su situación servil y va desapareciendo la nobleza feudal.

Sociedad

La sociedad de esta época que consideramos, fines del siglo xv y buena parte del xvi, estaba estructurada jerárquicamente. Tradicionalmente se han distinguido en ella tres estamentos: clero, nobleza y estado llano. Los dos primeros son los privilegiados.

La separación entre nobleza y estado llano se concretaba en lo material, en la exención de impuestos directos para los nobles: así, de acuerdo con la mentalidad medieval, el sacerdote contribuía al bienestar del reino con la oración, el hidalgo defendiéndolo con las armas y el hombre llano con el producto de su trabajo materializado en tributos o pechos.

En cuanto a la nobleza, existía una clara separación entre la alta (títulos y grandes de España), reducida en número, y el amplio sector de la pequeña nobleza, el de los hidalgos, que constituían algo más de las cuatro quintas partes de ella y que estaban situados especialmente en el mundo rural.

En la alta nobleza estaban los Grandes como nivel superior. El segundo nivel estaba formado por los Títulos. Seguían a éstos los hidalgos citados, denominación que acabó reservándose para los de escasa fortuna.

Los privilegios nobiliarios no se reducían a la exención de tributos o pechos, sino que añadían además otros de orden penal: salvo casos muy excepcionales no podían ser sometidos a tortura ni a prisión por deudas, ni ser objeto de la pena de confiscación de sus bienes. Las penas infamantes, como las de azotes y galera, no podían serles aplicadas. La ejecución de la pena de muerte para un noble era realizada por decapitación, no por medio de la horca.

La clase media no era la burguesía, prácticamente inexistente como clase en la España de entonces, sino los profesionales, mercaderes, artistas, armadores, campesinos ricos, etc., que representaban apenas un tres por ciento de la población total.

Otro sector modesto de residencia urbana eran los menestrales, pobres o ricos, que formaban los gremios, jerarquizados en maestros, oficiales y aprendices. Constituían el 12 por 100 de la población total del país.

El campesino constituía el 80 por 100 de la población. En la clase campesina de entonces hay que distinguir el campesino libre, labrador

rico y dueño de su tierra, del de realengo, también con plena libertad, y el encuadrado en un señorío nobiliario, eclesiástico o de municipio, constreñido en su libertad por obligaciones jurídicas o de hecho.

El estado llano tenía en nuestro suelo «características diferenciales que extrañaban a los visitantes extranjeros de la época, reflejadas especialmente en un sentido profundo de la dignidad y en la ausencia de servilismo». No se trata de una afirmación gratuita ni producto de una excesiva valoración de lo propio, como veremos a continuación.

Aparte del *substratum* ibérico, yacente en todo nuestro comportamiento, la larga Reconquista ahormó la estructura social de Castilla en forma diferente a la de otros pueblos europeos. La movilidad bélica —ese secular salto de río a río— productora del desplazamiento continuo de las huestes cristianas era lo más opuesto al dominio estático de horca y cuchillo que todo lo contempla desde su fortaleza, sistema común en Europa. Pero, además, las repoblaciones necesitaban cultivadores libres a quienes se harían concesiones en forma de fueros, elevando el status de sus hombres.

En cita de Sánchez Albornoz:

> Clases, no castas, clases fluidas entre las que destacaban los caballeros hijosdalgo y los caballeros ciudadanos, ambos entreverados desde siempre en las ciudades y villas del reino, y los labriegos libres que en ellas o en sus aldeas habitaban desde la reconquista y la repoblación. Todos, hijos de ambos, y libremente articulados en una sociedad simple en Europa, en la que nunca llegó a medrar el feudalismo occidental del Medioevo.

Sánchez Albornoz nos recuerda también que la guerra fronteriza fue la actividad normal de hidalgos y labriegos durante el siglo y medio que tardó en ganarse Granada. Y esto hasta tal punto que aquéllos se lamentan de la conclusión de la contienda que había constituido su quehacer diario y llenado sus esperanzas, y añoran la lucha en la que habían subido puestos en la organización social. «Incluso lo declararon delante del César Carlos V que llegó a irritarse de tales confesiones y a injuriarles». Dice finalmente el historiador: «¿Cómo vacilar al suponer que esos hidalgos y labriegos, que se atrevieron a manifestarse pesarosos de la conquista del reino de Granada ante el Emperador, halla-

rían en las Indias un nuevo cauce para proseguir sus andanzas seculares sin necesidad de darse a la ingrata tarea de trabajar la tierra?»

En la España de aquellos tiempos, el código del honor y el sentido caballeresco de la vida no son privativos de la nobleza, sino también rigen entre los castellanos libres, pues los ideales caballerescos informaban el estilo de vida español. Basta leer *El Alcalde de Zalamea* o *Fuenteovejuna* para buscar apoyo a esta afirmación.

El mismo autor, anteriormente citado, dice en otra de sus obras que la permanente historia bélica de la Península, especialmente en la larga Reconquista, hizo que se produjera, ante el hecho de la dura vida común de la guerra, un estilo de vida y psicología común de las clases sociales. Ello crea «una psicosis orgullosa y señorial de los castellanos, formada en la guerra contra el moro». En Castilla, además de los infanzones y los caballeros, «eran libres los burgueses y campesinos sin caballo y sin señor, los hombres de behetría —pequeños propietarios que podían cambiar de señor siete veces al día— y los solariegos o colonos, a quienes era lícito abandonar a su capricho las tierras señoriales que labraban».

Frente al férreo feudalismo europeo, los siglos de batallar por la libertad de leoneses y castellanos tuvieron por resultado «las singularidades constitucionales que hicieron de León y Castilla islote de hombres libres en el océano feudal del occidente europeo».

Hacia aquellas fechas, encontramos también en Europa, debido a una situación de lucha permanente, contra el turco, situaciones sociales con cierta analogía. Son los pequeños nobles, posición intermedia entre los magnates y las clases no libres, de la Ritterstand. Aparecen especialmente en Bohemia y Hungría. Como fundamental diferencia, apuntamos su carácter inquieto y políticamente disgregador.

Volviendo a nuestro suelo, el sentido del honor, aureola y reflejo del propio comportamiento entre los demás, que se considera característico del hidalgo, regía también entre los hombres sencillos, con lo que el valor personal ocupaba un lugar preeminente en la escala de valores. El honor llevaba al riesgo de la propia vida por una mínima ofensa o a la muerte de la esposa infiel.

El litoral cantábrico contaba con casi la mitad de todos los hidalgos de España, pero allí había pocos caballeros y casi ningún título nobiliario. En la mitad meridional de España había, en cambio, pocos

hidalgos, un uno o dos por ciento, pero pertenecían a ricas familias normalmente.

En la población urbana existían tres grupos: uno, que ejercía funciones de gobierno —magistrados, funcionarios, señores eclesiásticos—, otro, el de los artesanos y mercaderes, y un tercero, de los servidores y desocupados.

La pobreza era muy marcada en las montañas de León y Soria, en Galicia y en toda la costa cantábrica. Galicia tenía un exceso de población y una mala distribución de la propiedad. En Asturias vivía un gran número de hidalgos y campesinos, no existían tantos monasterios ni la alta nobleza de Galicia. Santander, Vizcaya y Guipúzcoa se veían favorecidos en lo comercial por su situación.

En aquella sociedad, los marginados, que representaban menos del diez por ciento del total, eran los extranjeros, esclavos, gitanos, vagabundos, descendientes de judíos, moriscos, etc. En cuanto a los extranjeros, había que distinguir entre los comerciantes, hombres de negocios y técnicos, de una parte, y de otra, el inmigrante no especializado.

La esclavitud es importante en esta época. Las ideas de Aristóteles y la pervivencia del derecho romano lo apoyaban. España no participa en la trata de negros, pero sí cuenta con ellos, procedentes de Portugal o América.

La fuente importante de esclavos fue la guerra contra berberiscos y turcos, y sobre todo, la guerra de Granada. En la segunda mitad del siglo XVI, su número debía de ser de unos 50.000. No solían emplearse en los trabajos de campo, pero sí en el servicio doméstico de nobles y burgueses ricos.

Otros marginados importantes eran los mendigos. Formaban una parte importante de la sociedad; su presencia era constante en todas partes. Se tendía a distinguir entre el pobre verdadero, con «cédula» autorizada por el cura párroco y la autoridad civil, y el simulador, que pide para engañar la buena fe de las almas caritativas. Como casos especiales estaban los peregrinos de Santiago —que sólo podían pedir en la zona—, los frailes, los estudiantes y los ciegos. Estos últimos podían pedir en seis leguas a la redonda de donde fuesen naturales. Otros eran los pobres vergonzantes, que no se atrevían a pedir por vergüenza y eran atendidos por personas designadas por las autoridades eclesiásticas.

Normalmente, en especial los días de fiesta, grupos de mendigos se concentraban en las puertas de las iglesias cantando y rezando.

La pobreza estaba arraigada sobre todo en España, más que en los países de desarrollo industrial o mercantil.

En Europa, la rígida división entre los tres estados no producía normalmente los antagonismos que hoy creeríamos, salvo en el este, donde se desarrollaban violentas tensiones, como la que dio lugar a la rebelión de los campesinos húngaros en 1514, sofocada con extrema crueldad. Así, mientras los campesinos van mejorando su situación en Occidente, continúan en situación de servidumbre en la Europa oriental. En Inglaterra existía una clara diferenciación entre el campesino acomodado y el campesino sin tierra; en Francia era menor la proporción de propietarios independientes; en Alemania, entre 1524 y 1525 estallan las guerras campesinas; en Suiza, mediante una prolongada guerra campesina, se habían suprimido los derechos feudales y creado una comunidad independiente.

La vida burguesa se desarrolla especialmente en Flandes y en la Italia del norte en el siglo XIV; en el XV, en Alemania, marcadamente en la meridional y en la amplia zona del Rhin. En Inglaterra, en la zona que rodea a Londres, con escasa influencia en los restantes núcleos urbanos. En Francia se desarrolla la vida burguesa en las ciudades, con grandes diferencias económicas y sociales dentro de la propia burguesía.

La nobleza era el estado más coherente, sus miembros eran de escaso número y la entrada en ella venía determinada por el origen y la intervención personal del monarca. El estado eclesiástico poseía una mayor movilidad.

El hidalgo

A efectos de este trabajo, es obligada una especial consideración de la figura del hidalgo, último escalón nobiliario en la estructura social de entonces. La denominación de hidalgo acabó reservándose para los nobles de escasa fortuna. Su figura aparece en toda la literatura del Siglo de Oro. Pierre Vilar llama a esta época «el tiempo de los hidalgos».

El hidalgo era noble por derecho de nacimiento y solar conocido y su condición social era propicia para conseguir altos puestos, especialmente en la milicia.

Según las leyes, era hidalgo el que descendía en línea recta de tres generaciones de sangre pura, con solar conocido y renta de quinientos sueldos. Hidalgo es «hijo de algo». Veremos después otra categoría, si queremos llamarla así, es el «hijo de», de solar o ascendencia conocida, pero sin medios.

El hidalgo estaba exento de tributos, pero para ello era preciso probar la hidalguía. En Asturias y Vizcaya eran hidalgos los que tenían un nombre conocido y de «vieja data».

La realidad es que en esta clase social menudeaban, como decimos, los de muy escasa fortuna. Éstos, en medio de su penuria, se defendían económicamente en pequeñas poblaciones, con lo que se acentuaba su carácter rural. Cervantes nos describe magistralmente en *El Quijote* la vida cotidiana de estos hidalgos rurales, en sus inmortales palabras:

> ...un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los Sábados, lentejas los Viernes, algún palomino de añadidura los Domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto de ella concluían, sayo de velarte, calças de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entre semana se honraba con su vellori de lo más fino.

Otra excelente descripción, referente ésta al hidalgo medianamente situado, se encuentra en *El caballero del verde gabán*, de Diego Miranda. El propio hidalgo cuenta su vida:

> Soy más que medianamente rico; paso la vida con mi mujer, con mis hijos y con mis amigos; mis ejercicios son el de la caza y la pesca. Tengo seis docenas de libros, cuales de romance y cuales de latín... oigo misa cada día; reparto de mis bienes con los pobres, soy devoto de Nuestra Señora y confío siempre en la misericordia infinita de Dios.

El hidalgo tenía, en su origen y ejercicio, una misión bélica. Así como en Francia, por ejemplo —y continuamos con Sánchez Albor-

noz—, los hombres de la ciudad y el campo no eran soldados, al sur del Pirineo, unos y otros intervinieron en las luchas de la Reconquista al lado de los nobles, «únicos guerreros profesionales de la Europa feudal». Es verdad que el hombre de armas constituía el primer nivel jerárquico en la sociedad europea de entonces, pero en nuestro suelo, la terrible guerra «divinal» contra los moros acentuó los perfiles e incrementó con esta masa combativa de los hidalgos la dedicación bélica, quedando muy poco material humano para una posible burguesía.

Otra gran diferencia con Europa, como ya hemos señalado anteriormente, es la fluidez social, a diferencia de lo que ocurría al norte del Pirineo, donde normandos y germanos habían puesto su rígida estructura de castas. Esta fluidez, permitida por el portillo de la guerra, es la que volverá a aplicarse en América.

El hidalgo pobre del norte se convierte más al sur, en Castilla o Andalucía, en hombre rico, en ricohombre. El hombre de la villa, el «villano», adquiere con el caballo un *status* guerrero y se acerca a la soñada hidalguía. Los agricultores van también hacia el sur en su misión de poblamiento: se acogen a los fueros y escalan puestos en el nivel social.

Fernando III y Alfonso X habían establecido ya las categorías de «caballeros ciudadanos» en las zonas que iban conquistando. Y así iban engrosándose las filas de la hidalguía.

La figura del caballero rural con la del labriego libre configura así una parte fundamental de aquella sociedad. También Sánchez Albornoz trata poéticamente estas figuras:

> No, si trepáis a los riscos de Gredos, que se yerguen orgullosos entre las dos llanuras del Cid y de don Quijote, si trepáis a los riscos gigantescos de Gredos, donde tal vez Satán tentó a Castilla con la oferta del señorío de los mares entre los cuales se alza América, al declinar la tarde veréis agigantándose sobre cualquiera de las dos planicies castellanas las siluetas del caballero labrador y del labriego libre de Cervantes...
>
> Al detenerse la reconquista, las migraciones colonizadoras se remansaron, se cerraron los portillos que permitían escalar la fortaleza del medro, fueron difíciles los ascensos jerárquicos, se consolidaron los estratos sociales, aumentaron las diferencias de fortuna y condición que los separaron entre sí, la alta nobleza sojuzgó de hecho a las masas populares y la sociedad se esclerosó a la espera de que la

renovación del curso de la historia permitiera su futuro reconocimiento. Esa hora llegó con la Modernidad. Pero la espera no fue tan larga como para que pudiera alterarse la doble silueta de la Castilla tradicional.

La guerra contra el moro había producido el ascenso social del labrador, cuya propiedad rural era suficiente para adquirir y mantener un caballo. Ya es «caballero», de la «caballería villana», que llama Sánchez Albornoz.

La «apetencia de ennoblecimiento» llevó a los hombres al único camino de conseguirlo entonces: la actividad guerrera. Otras actividades podrían producir dinero, pero no el *status* nobiliario; por eso no son tan deseadas. América va a suponer oro, pero con ennoblecimiento, lo que una actividad mercantil no puede producir.

La historia de España no puede explicarse sin comprender que el pueblo escoge el camino de la guerra como escala ascensional. Con ello, sus ideales son los del caballero: el honor, el valor y la gloria.

Los hidalgos españoles eran más numerosos en el norte, en Asturias y León, en las tierras de cristianos viejos eran tantos como pecheros, en Castilla la Nueva, Andalucía y Murcia, sólo una duodécima parte. Posteriormente veremos esta distribución de los hidalgos en Indias.

Aunque ya hemos citado la existencia de una pequeña nobleza guerrera, perteneciente a la Ritterstand en la Europa del Este especialmente, y con ciertas analogías con la figura del hidalgo, ésta es en su concreción enteramente hispánica. Otras naciones tienen otros prototipos, como Italia el *gentiluomo* o Inglaterra el *gentleman*.

Cultura

Coincide el hecho americano con una época de esplendor cultural en Castilla y Aragón. Los Reyes Católicos protegen las letras y fomentan los estudios clásicos.

Es una época puente entre el Medievo y el Renacimiento. Prosigue la extraordinaria difusión de los libros de Caballería pero el Renacimiento hace triunfar el humanismo, patente en la *Gramática* de Nebrija.

La *Gramática Castellana*, de Antonio de Nebrija o Lebrixa, como él solía firmar, está impresa en Salamanca, en agosto de 1492. Su introducción es profética:

> Cuando bien conmigo pienso, muy esclarecida Reina, y pongo delante los ojos el antiguedad de todas las cosas, que para nuestra recordación y memoria quedaron escriptas, una cosa hallo y saco por conclusión muy cierta: que siempre la lengua fue compañera del Imperio. E de tal manera lo siguió que juntamente comenzaron, crecieron e florecieron e después juntamente fue la caída de ambos...

Tras Nebrija, otro hombre de la época, Jorge Manrique. De las *Coplas a la muerte de su padre don Rodrigo*, podemos traer a estas páginas las referencias guerreras que encajan con este concepto del hidalgo-soldado que aquí desarrollamos:

> Non dexó grandes tesoros
> ni alcanzó muchas riquezas
> ni vaxillas;
> mas fizo guerra a los moros,
> ganando sus fortalezas
> e sus villas...

Este esplendoroso período cultural cuenta con nombres de fama imperecedera: Pedro Berruguete, de Paredes de Nava, pintor de la época de los Reyes Católicos; Fernando de Rojas, autor de la tragicomedia de Calixto y Melibea *La Celestina*, perteneciente a la misma época; Alfonso de Valdés, con sus obras maestras *El diálogo de las cosas ocurridas en Roma* y el *Diálogo de Mercurio y Carón*. Valdés es humanista, defensor del emperador y erasmista. Se ha dicho que entre *La Celestina* (1525) y *El Quijote* (1605) se forma el *substratum* fundamental de la cultura del mundo hispánico, incluidas la Península y América.

Una crítica social de la vida en Castilla entre 1508 y 1538 es *La vida del Lazarillo de Tormes*. Coetáneo es Garcilaso, el gran poeta, autor de las *Églogas*. Luis Vives nace en Valencia, en ese «annus mirabilis» de 1492. Fue posiblemente el humanista de más nivel en España.

El siglo XVI está jalonado de grandes fechas: en 1546 muere Francisco de Vitoria, el doctor del derecho de gentes. Sus seguidores son Domingo de Soto y Melchor Cano. En 1565, fray Luis de León es

profesor de la Universidad de Salamanca. La primera entrevista de san Juan de la Cruz con santa Teresa tiene lugar en 1567. En 1577, con 37 años de edad, El Greco está trabajando en Toledo.

La teología era, como ha dicho Garcilaso Vadecasas, un saber divino que podía ser llevado al teatro de las plazas públicas, como ocurría con los autos sacramentales, escritos y representados para el pueblo y que requerían de éste conocimientos teológicos que son raros actualmente, aún entre espíritus cultivados.

El arte pasa del gótico y renacentista al plateresco. En escultura es representativo Gil de Siloé, en pintura, Berruguete, en música, Antonio Cabezón, organista de la emperatriz Isabel.

No hace falta ampliar mucho más este apartado cultural. Precisamente en la época de los pobladores de Indias del siglo XVI, España está en un período de gran esplendor con sus humanistas, poetas, pintores, literatos, santos y místicos. Y no es necesario insistir en el hecho de que esta abundancia de figuras señeras tiene necesariamente que corresponder a un ambiente cultural elevado.

El Renacimiento supone en Europa una prodigiosa expansión de la vida en todos los órdenes y en todas sus formas. Es una nueva época, caracterizada por su «vitalidad ascendente» y de hecho produce un gran cambio en el paso del siglo XV al XVI.

Al robustecerse el poder real, los soberanos, con el aumento de contribuciones y recurriendo a los empréstitos, tienen grandes posibilidades financieras y pueden impulsar las ciencias y las artes. Lo mismo le ocurre a la burguesía enriquecida.

El prototipo de caballero de la época se describe en *El Cortesano*, de Baltasar de Castiglione, escrito entre 1514 y 1518. El cortesano debe ser un hombre instruido: conocer el latín y el griego, la música y el dibujo. Debe ser un buen jinete. En algunos aspectos, el español es el prototipo: «para jugar a los bastones, correr toros, lanzar dardos y lanzas, que sea excelente entre los españoles». «Su semblante tiene que ser tranquilo y sosegado, como el de un español».

El Renacimiento, manifestación vital reflejada en la acción y el arte, se manifiesta especialmente en el soldado y en el artista, más que en el mercader o el funcionario.

Los hombres del Renacimiento son «violentos, repentinos, radicales, movibles, contradictorios y desconcertantes. Extraordinariamente

prontos en irritarse, injuriarse y desenvainar la espada, un instante después se abrazan, adulan y elogian, para agredirse de nuevo».

Italia fue el foco del humanismo en sus universidades de Bolonia, Pisa y Pavía, verdaderos centros del saber. El holandés Erasmo de Rotterdam, el autor del *Manual del caballero cristiano* (1503), es, hasta su muerte en 1536, el rey de los humanistas.

El Ejército

A los efectos de nuestro trabajo, la institución social que debemos considerar especialmente es el Ejército. De cómo era entonces puede darnos idea la cita de Ballesteros: «es indudable que la hegemonía lograda por España en el siglo XVI estaba fundamentada en el poderío militar. En aquella centuria, nuestros ejércitos alcanzaron fama de invencibles». En efecto, con el Gran Capitán y su táctica de utilización del arcabuz frente a la hasta entonces todopoderosa caballería revestida de armadura, la caballería de la «gente de armas», «de punta en blanco» y «lanza al ristre», cuyo prototipo pudiera ser la caballería francesa de la época, llega a la cima de nuestra historia el arte militar español. Maquiavelo afirma entonces que la infantería hispana es la mejor de Europa. Y precisamente esta nuestra hegemonía militar nace a fines del siglo XV y perdura hasta el siglo XVII. No es casual que coincida esta hegemonía militar, basada en el infante, con la conquista de América.

Lo de Granada mueve grandes contingentes de hombres. Don Fernando llega a Córdoba en mayo de 1483, con 10.000 soldados de a caballo, 20.000 peones, 30.000 taladores y alguna artillería de campo. Buscando cifras de combatientes encontramos en las primeras Cartas de Apercibimiento para la gente de Sevilla, del 15 de marzo de 1487 —Campaña de Vélez Málaga—, las de 600 lanzas a la jineta, 6.000 peones, 2.500 lanceros, 1.500 ballesteros, 200 espingarderos y otros trabajadores. Estos últimos llevaban, además de sus herramientas, lanzas o ballestas. Para la campaña de 1491, sólo a la ciudad de Sevilla corresponden 500 lanzas y 6.000 peones; 400 espingarderos, 2.000 ballesteros y 3.000 lanceros, además de los obreros necesarios. En la primavera de este 1491, el ejército cristiano es cifrado en 12.000 soldados de a caballo y poco menos de 100.000 hombres a pie.

Con Jorge Vigón, las empresas en Indias exigían al principio pocos soldados:

> pocos podrían armarse con los veinte arcabuces, los veinticuatro sacabuches y las quince espingardas que se entregaban al comendador de Lares (31-VIII-1501): y poco personal exigiría el servicio de los dos ribadoquines que se le dan (8-III-1502) a Colón; en realidad, el almirante no lleva en este viaje más que ciento cincuenta hombres. Otros tantos, más o menos, serían los que el mismo año llevara Rodrigo Bastidas en las dos carabelas con que fue a descubrir tierras. Unos años después, Alonso de Ojeda parte (1508) con cuatro naves, en las que lleva trescientos hombres, y dejó preparada otra bajo el mando del bachiller Enciso, que debía llevar cien hombres más y una regular cantidad de pertrechos, escopetas, tiros, ballestas y lanzas.
>
> Ese mismo año de 1508 Diego de Nicuesa zarpa para Cartagena de Indias llevando setecientos ochenta hombres; en 1513, Vasco Nuñez de Balboa lleva sólo ciento noventa españoles.

Como comentario al texto de Vigón diremos que parece estar pensando fundamentalmente en la artillería. Nos remitimos a lo ya citado del trabajo de Marchena. «Gentes de guerra» eran un número muy importante, aunque fuera aún reducido el de artilleros.

El 2 de enero de 1492 se había entrado en Granada, lo que puso remate a la Reconquista.

El genio militar que va a manejar el Ejército de los Reyes Católicos es el Gran Capitán. Dio preponderancia a la infantería sobre la caballería, pero supo situar a esta última en alguna de las misiones actuales: seguridad, exploración y reconocimiento. En la relación de sus innovaciones tácticas citaremos solamente que fue el primero que colocó sus fortalezas en sitios llanos, extraña decisión ante la costumbre de poner los castillos en las alturas. Pero ello era consecuencia del desarrollo de la artillería. Empieza a ser importante la disimulación y la desenfilada. El Gran Capitán confía más en el terreno que en el castillo.

En 1503 se gana la batalla de Ceriñola. Al año siguiente muere en Medina del Campo la reina Isabel. Este año de 1504 nos marca otro jalón: el de la generación de conquistadores. En África, en 1505 se ocupa Mazalquivir; en 1509, Orán; el día de Santiago del año 1510, Trípoli; se va cumpliendo el testamento de la reina.

La victoria de Novara tiene lugar en 1513. Ello determina la salida de nuevo de los franceses de Italia. Pavía, en 1525, pone fin a la primera guerra entre Carlos V y Francisco I.

La figura del soldado español de esta época ha sido considerada en multitud de obras artísticas y literarias. Se trae con frecuencia a colocación el tipo del bravucón o perdonavidas pero es, a la hora de la victoria, más humanitario que los otros soldados. «Coligny, en San Quintín, oteaba desde la muralla donde estaban los españoles para entregarse a ellos», pues conocía la ferocidad de los otros. Son soldados que combaten en un círculo de radio mundial: desde Flandes, Alemania, Italia, Nápoles, África y el Nuevo Mundo. Como dice Ballesteros, a quien seguimos,

> el famoso Carvajal de las guerras de Perú se gloriaba de haber combatido en Italia, en tiempo del Gran Capitán; Pedrarias Dávila era un héroe de las campañas africanas; soldados de Pavía fueron Lorenzo de Buiza, conquistador de México, y Gonzalo Suárez Rendón, compañero de Quesada en Nueva Granada; Pedro de Valdivia, el conquistador de Chile, también estuvo en Pavía; Mendoza, el primer fundador de Buenos Aires, asistió al saco de Roma, y muchos eran los que, como Rodrigo de Segura, soldados de Cortés, habían luchado muchos años en Lombardía y África, o en Flandes, al servicio del Rey de España.

En los tiempos que consideramos, el de los viejos soldados, eran casi todos hidalgos. Después se fue degradando el ejercicio de las armas, llegando la nobleza, en tiempos de Carlos II, a aborrecer la profesión militar.

Como siempre, a lo largo de la historia, la decadencia política de los pueblos coincide con la desvalorización del servicio militar. Como en la antigua Roma, las fases son bien definidas; primero, sólo los hijos de los patricios acceden a la legión, después está abierta a todos los romanos, y finalmente, nadie quiere ser soldado y son los bárbaros los que van ocupando estos puestos con las consecuencias que ya conocemos.

Volviendo al tema americano, coincidiremos con Vigón, en la obra citada, en que el Descubrimiento de América no tuvo carácter

militar, aunque la expedición llevara armas, necesarias en aquellos tiempos en que los mares tenían abundantes piratas,

> pero sería notoria injusticia —pese a su corto número— no recordar como soldados españoles a los treinta y nueve hombres que Colón, antes de regresar de su primer viaje, dejó en el fuerte Navidad, donde perecieron a manos de los indígenas. Ya para el segundo viaje (1493) se alistan algunos soldados bien conocidos, se designan capitanes, se eligen artilleros y se nombra a Colón capitán general de la armada, que lleva mil quinientos hombres. Para el tercero (1498) se le ordena al almirante que tome a sueldo hasta cien peones de guerra. En el cuarto viaje (1502) no se hace mención especial de hombres de armas, ni de soldados, pero ya se empieza a mandar material de guerra y armamento, como a su tiempo ha de verse.

En cuanto al armamento de la época, un dictamen de Alonso de Quintanilla de 1495 dio origen a la Pragmática de Tarazona que obliga a tener determinadas armas. «Los más principales» o más ricos han de tener: coraza, armadura, lanza y espada. Los de «mediano estado o hacienda»: coraza, casquete, espada, lanza y escudo, o espingarda y ballesta. Los de «menor estado o hacienda»: espada, casquete, lanza y escudo.

En las cinco naves de la expedición de Magallanes figuran, en importante cantidad, armaduras, ballestas, escopetas, rodales, espadas, dardos, lanzas y picos. En cuanto a artillería, bersos (especie de falconete), falcones, lombardas y pasamuros.

Los cuerpos permanentes en el Ejército de entonces eran muy reducidos: los monteros de Espinosa, cinco individuos, naturales de Espinosa, que seguían y guardaban al conde de Castilla; los escuderos del cuerpo del Rey; las tropas del pendón del Rey «fasta de doscientos de caballo buenos escuderos», y los cien continos de Juan II. Muerta ya la reina Isabel, se crea una compañía de cincuenta guardias, ampliados luego a cien, la compañía de Gonzalo de Ayora. Pero era tan poco común aquello, que Fernández de Oviedo, refiriéndose a la instrucción de estos últimos, dice que era «cosa de burla». Esto es interesante en el sentido de que si no había practicamente ejército permanente, mal podía haberse enviado a América. En general, la obligación militar de entonces, que de una forma u otra alcanzaba a todos, responde al «una

manu sua faciebat opus et altera tenebat glaudium» de los antiguos. Si no se quiere entender esto bien, se llegará a una falsa distinción radical entre el hombre de armas español en España y América. Ni en uno ni en otro territorio existía un Ejército permanente, salvo unas pocas unidades.

La hueste, organizada para una acción especial con tropas heterogéneas, se deshacía en cuanto se conseguía el objetivo, o a veces tras cada episodio parcial. Cuando lo de Toro, en 1475 se despiden «para ir a sus tierras todos los más de aquellos grandes y caballeros e todas las otras gentes que habían juntado». También en 1482, cuando los socorros de Alhama, se junta y se deshace cuatro veces la hueste en los meses de junio, julio y agosto.

Es obligado citar, en estas fases anteriores a la creación de un ejército permanente, la institución de la Santa Hermandad. Nacidas las hermandades como asociaciones de los pueblos para su defensa, contra gentes «desaforadas» y de mal vivir, lo son también contra los desmanes de los nobles. Los reyes se dieron pronto cuenta de la importancia de estas hermandades, como garantía de orden y freno a los abusos de los nobles.

La más antigua de estas asociaciones fue la Hermandad Vieja de Toledo que nos es recordada por unos espléndidos tapices existentes en el Museo del Ejército. Parece que esta Hermandad fue creada hacia el siglo XII.

Mucho después, en 1476, cuando los procuradores en las Cortes de Madrid piden remedio para combatir los desórdenes y discordias del reino, los reyes disponen que el contador Alonso de Quintanilla, ya varias veces citado, con el presbítero Juan de Ortega, redacte un dictamen sobre el tema. Este dictamen fue votado en las Cortes y se elevó a ley, en cuyo texto se afirmaba que la única soberanía sobre la Hermandad correspondía a la Corona.

Los hombres de la Hermandad acudirían cuando fueran llamados y suponían unos 2.000 hombres a caballo, un número de peones mayor y un número de espingarderos equivalente al diez por ciento de las lanzas.

Pero la Hermandad era una carga tan gravosa que los reyes, en una Pragmática de 1498, decretan el alzamiento de la contribución destinada a sostenerla y la supresión de los cargos de la misma, dejando sólo a los alcaldes y cuadrilleros:

> Las grandes y muchas necesidades tenidas, así en pacificar los reinos y señoríos restituyendo a la Corona lo que justa y derechamente le pertenecía, como en ganar el Reino de Granada, que estaba ocupado y usurpado por los moros, y en sostener la guerra contra el Rey de Francia, a su culpa y causa y en favor del Santo Padre, fueron los motivos de haber prorrogado siete veces la Hermandad.

Las guardias viejas de Casilla, organizadas en 1493, son un primer núcleo de tropas permanentes. A comienzos del siglo XVI hay novecientos diecinueve hombres de armas repartidos en diez capitanías y dos mil ochocientos treinta y un jinetes en veintiséis capitanías.

Es necesario ir creando una organización para ir encuadrando los contingentes de hombres que los reyes llaman a campaña. La *cuadrilla* de 50 hombres se repite en los llamamientos a Cáceres en 1485 y a Andalucía en 1490. Cada diez cuadrillas constituyen una collación al mando de un «caballero veinticuatro».

En 1497 se dicta una nueva ordenanza para la gente de guerra del Rosellón, dividiéndose los peones en tres partes: una con lanzas, del tipo que los alemanes traían y llamaban picas, otra de escudados, y una tercera de ballesteros y espingarderos. De esta organización parece ya apuntarse el glorioso nombre del tercio.

El mando de un capitán, la capitanía, venía a ser de a sesenta hombres, pero también aparece un capitán, como Gonzalo de Ayora, que en Orán manda una «batalla» de 1.000 hombres.

La caballería estaba constituida por los hombres de armas —*gens d'armes* para los franceses—, «armados de punta en blanco» y apoyados por los arqueros, un paje y un escudero. Ésta es la caballería pesada que va retrocediendo conforme progresan las armas de fuego, y con ellas la infantería.

Otro tipo era la caballería a la jineta. También, como la caballería pesada dotada con armas de fuego, derivada de los viejos ballesteros a caballo. Son los escopeteros, portadores de truenos a caballo.

La artillería se desarrolla considerablemente en esta época. Ya frente a Loja (1486) cuentan los Reyes Católicos con lombardas gruesas. La bombarda o lombarda, de la que tenemos excelentes ejemplares en el Museo del Ejército, se componía de dos partes, una anterior llamada caña y otra posterior, de menos calibre y longitud, denominada trompa o recámara en la que se colocaba la pólvora.

Otras piezas son: los pasavolantes, variantes de las bombardas; la cerbatana, de pequeño calibre y gran longitud; los falconetes, piezas ligeras de un metro aproximado de caña y el ribadoquín entre bombardeta y cerbatana.

Entre las armas portátiles de fuego estaba la culebrina de mano, que era disparada por un hombre, apoyando el arma por la caña en una horquilla que descansaba en el suelo, y por el extremo posterior en el hombro de quien la utilizaba. Hay también noticias, y se ve en algún grabado de la época, de culebrinas que se disparaban desde el caballo. Este arma, utilizada desde mediados del siglo xv en España, tenía entre 1,30 a 2,30 metros de longitud y pesaba de cinco a treinta kilos. En los primeros años del siglo xvi, la culebrina fue sustituida por la espingarda, bastante parecida a la culebrina, sustituida a su vez posteriormente por la escopeta.

Nos da una idea del arma de artillería entonces el saber que en 1482 hay 66 artilleros —mosén Ramiro y otros—, 67 en 1495, 113 en 1506 y 162 en 1508.

Los Reyes Católicos ponen un lombardero profesional al servicio de cada una de estas piezas. La necesidad de la artillería hace traer fundidores y artilleros alemanes, franceses y flamencos.

En 1501 nombran los Reyes Católicos a mosén de San Martín proveedor y veedor general de la artillería.

Los contadores son los primeros intendentes, así como los veedores son los antiguos interventores. Toda la actividad administrativa es organizada muy minuciosamente con carácter militar.

Entre oficios, cargos y jerarquías mencionaremos al condestable, primera dignidad de la milicia equivalente a capitán general de los ejércitos, que existía en Castilla, en Aragón y Navarra.

El título de mariscal no era un concepto tan claro. Parece que el mariscal era el encargado del gobierno y régimen de las tropas, del juzgado militar, de los abastecimientos y alojamientos.

Ante la necesidad de establecer una jerarquía superior a la de otros capitanes, surge en determinados territorios o huestes el título de capitán general con jurisdicción sobre determinadas huestes o territorio.

El cometido del alcaide de los donceles era aposentar las huestes junto a los mariscales.

El adelantado, según las partidas, «tanto quiere decir como ome metido adelante, en algún fecho señalado, por mandato del Rey». Era

el gobernador político-militar de una región o zona fronteriza, y a él estaban subordinados los merinos de las comarcas, alfoces o villas. Equivalía al wali árabe o al marqués occitano, de procedencia germánica, el gobernador de una «marca» o territorio fronterizo. Aunque Jorge Vigón dice que «quizá desaparece el cargo al terminar la conquista (de Granada)», la realidad es que el adelantado reaparece en Indias en su función legítima.

Desde 1521 aparece el empleo de maestre de campo general, que equivale al actual Jefe de Estado Mayor.

En documentos oficiales de 1508 figura ya la palabra coronel como el que manda una colunela o coronelia. Anteriormente se llamaban cabos, cabezas de colunelas. Según Barado, los cabos de colunela son jefes de pequeñas formaciones cuyo conjunto manda el coronel. El título de alférez mayor es de cargo de distinción, debe corresponder su función a la del almocadén, voz que viene del árabe «mocadem» que equivale a vanguardia. La ley V, título XXII de la Segunda Partida dice: «Almocadenes llaman agora a los que antiguamente solían llamar Cabdillos de los peones. E éstos son muy provechosos en las guerras. Ca en lugar pueden entrar los Peones, e cosas cometer, que non lo podrían fazer los de cavallo».

Los gobernadores generales tenían jurisdicción militar. El lugarteniente general tenía, con distinto título, las mismas funciones del gobernador general. El alcaide de una fortaleza tenía cargo militar y jurisdicción y mando sobre la guarnición de la villa, con la excepción de los territorios de frontera donde quedaba subordinado al adelantado. El alcaide era responsable de la conservación de la artillería, armas y municiones de la fortaleza.

Los capitanes y alféreces eran comandantes militares de plazas o territorios. Posteriormente, al crearse unidades fijas, aparecen los capitanes «del rey y de la reina». Otros capitanes son los enviados por los señores al frente de su hueste. El alférez es originariamente el portador de la seña o pendón del rey (*aquilifer*), posteriormente es un jefe de peones subordinado.

El cabo de escuadra es el antiguo cuadrillero, el escalón más bajo en la jerarquía de los mandos.

En la época de los Reyes Católicos existían ya capitanes de artillería, que sustituyen a los maestros mayores de artillería y maestros lombarderos.

En el 1534 se crean los tercios, reinando Carlos I, y con modelo en la legión romana. Su fuerza era de 3.000 hombres en 12 compañías de 250. De las 12 compañías, 10 eran de piqueros y 2 de arcabuceros. En las compañías de piqueros, dos tercios eran de picas y uno de arcabuces. La plana mayor del tercio estaba formada por un maestre de campo, un sargento mayor, un furriel mayor, un municionero, un tambor general, etcétera.

En la marina de guerra, la jerarquía comenzaba por el general de armada y seguía en categoría el general de flota, que tenía como subordinados a los capitanes de navío. El segundo jefe de la flota era el almirante; iba a retaguardia recogiendo las naves y sustituía al general por su orden o en caso de ausencia. El capitán era el jefe supremo de la nave. Los maestres tenían a su cargo las mercancías; el verdadero técnico era el piloto.

En Europa se va pasando del ejército feudal a una reacción en sentido inverso, que son las milicias comunales. La caballería, el hombre de armas, va perdiendo como en España su puesto hegemónico.

En Francia, durante la guerra con los ingleses, comienza a fijarse un sueldo a los soldados, camino a la regulación del servicio. Maquiavelo, a la vista del desorden introducido por los *condottieri*, propugna la necesidad de la disciplina y de los ejércitos nacionales, valora el uso de las banderas, los distintivos y el ejercicio.

En lo referente a Inglaterra, como dice Trevelyan, «las instituciones de un país están siempre reflejadas en su sistema militar».

Durante la Guerra de los Cien Años, habían coexistido en aquel país dos sistemas militares. La defensa de la nación contra las rebeliones internas era llevada a cabo principalmente por la milicia local, reclutada por conscripción. La guerra con Francia, de más envergadura, requería un soldado más profesional y era realizada por huestes de nobles y caballeros que los reclutaban y pagaban. Este sistema dual continuó con Enrique VII y Enrique VIII, pero la destrucción del poder militar y de la base económica agraria de la antigua nobleza, tras las confiscaciones de la Guerra de las Dos Rosas, inutilizó el sistema contractual que el Rey empleaba con sus nobles en apoyo de las huestes.

Los Tudor carecen aún de ejército permanente y sus tropas, llamadas apresuradamente para servicios ocasionales, devastan el país y se amotinan con frecuencia.

Los arqueros ingleses eran tan eficaces que las armas de fuego todavía no les desplazan. El infante usa arco y pico, el caballero la lanza. La artillería comienza a ser un arma importante.

Aunque no existía ejército real, la marina real crecía en importancia.

Consideraciones generales

A la vista de este capítulo se observan similitudes y diferencias claves entre la sociedad española y el resto de las europeas.

Es evidente que el incremento de población que se experimenta abarca a toda Europa, especialmente a la mediterránea. España no es en ningún caso una excepción. El crecimiento demográfico se produce a pesar de la dureza de vida; estamos en el siglo de hierro con sus secuencias de hambres y pestes.

El hombre de la época, producto del Renacimiento, en «trayectoria vital ascendente» es un hombre inquieto, ávido de descubrimientos, aventurero, formado en la dura vida de la época, capaz de soportarlo todo. Su dureza alcanza límites de inhumanidad con sus semejantes, pareja a su desprecio a la vida y a la muerte.

La separación de clases es de extrema rigidez en toda Europa. A lo más que se aspira es a la elevación del nivel de vida dentro de una clase determinada. España, como hemos visto, presenta particularidades diferenciadas, en cuanto a la posibilidad de ascenso social.

El campesino europeo vive constreñido, en su mayor parte, por las potestades nobiliarias o eclesiales. Su situación *de facto* es muy diferente de la que legalmente pueda corresponderle, gozando de escasas libertades.

La burguesía se desarrolla en Europa, especialmente en Flandes y Alemania (Renania y zona sur), en Inglaterra (Londres) y Francia. Pero el capitalismo de entonces ahonda la diferenciación de clases: se eleva el nivel de la burguesía, desciende el de la aristocracia y especialmente el del campesino. Como vimos, la evolución en España presenta características diferenciales.

Se lucha en Europa por el dominio del mar, única finalidad de la Guerra de los Cien Años (1340-1453). A fin de siglo, las ciudades me-

diterráneas han logrado destronar a Bizancio. Posteriormente, las rutas atlánticas producirán la atracción del comercio hacia Occidente.

Se consolida el poder político de los reyes y los estados van a gozar de medios importantes con el imperialismo económico, los impuestos y créditos a gran escala.

Los ejércitos, expresión del poder real, tienden a ser permanentes, regulados por Ordenanzas. Pero aún coexisten con las milicias locales. La orgullosa caballería de los *gens d'armes*, señora del campo de batalla, llega al duro momento del ocaso con la aparición de las armas de fuego portátiles y el predominio del infante. En este momento histórico, España se encuentra a la cabeza de la evolución militar y sus ejércitos gozarán de simpar hegemonía en los campos de batalla durante un siglo.

Capítulo I

EL HOMBRE QUE FUE A AMÉRICA (1493-1573)

Consideramos el grupo humano que fue a Indias hasta el año 1573, cuando Felipe II da por terminada la conquista. Son 80 años en los que se desarrollan las operaciones con las que consiguen los españoles tomar posesión de la «tierra nueva».

Para ir conociendo el citado grupo, debemos comenzar, individualmente, por el *Catálogo de Pasajeros a Indias.*

El volumen I, redactado por el personal facultativo del Archivo General de Indias bajo la dirección de su director, don Cristóbal Bermúdez Plata, abarca desde 1509 a 1534 y está editado en Sevilla, en 1940, en el marco del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, «Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo».

El prólogo «Al lector», de Bermúdez Plata, nos da precisiones muy interesantes. Ya en las instrucciones dadas a Colón en su segundo viaje se encuentran algunos preceptos que son los gérmenes de la organización económico-administrativa que se estableció. Posteriormente, ante el aumento de la emigración, los Reyes Católicos deciden crear en Sevilla una Casa para la contratación de Indias; del 10 de enero de 1503 son las primeras ordenanzas de la Casa. Se instala primeramente en las Atarazanas, poco después en el Alcázar, en el departamento de los Almirantes, hasta su traslado a Cádiz en 1717. La plaza a la que daba la fachada sigue llamándose «Plaza de la Contratación», junto al Real Alcázar y al Archivo de Indias, en Sevilla.

La Casa de la Contratación dependía del Consejo de Indias y, gracias a ella, Sevilla fue el centro del comercio entre España y América durante todo el siglo XVI y buena parte del XVII.

En el puerto sevillano llamado de las Muelas comenzaba la Carrera de Indias, llamada así desde mediados del siglo XVI. Iba a Cartagena de Indias, a Nombre de Dios, en el Istmo, y a San Juan de Ulúa, o sea, Veracruz, en Nueva España. En total, unas 1.600 leguas, no menos de dos meses y medio en tiempo.

Con la llegada de los metales preciosos, comienza la actuación de los corsarios. En 1526 se dispone que la Carrera de Indias se haga con armamento y agrupando las naves en flotas. En 1552 se establecen dos escuadras permanentes: una en Sevilla para la vigilancia entre el cabo de San Vicente y las islas Azores, y otra en Santo Domingo para la protección de las islas y mares de aquella zona. En la Real Cédula de 16 de junio de 1561 se establece un sistema que prevalece hasta los primeros años del siglo XVIII: no debía salir de Sanlúcar de Barrameda nave alguna aislada, sino en flota. Cada año habría dos flotas y una armada real, con capitán y almirante: una por agosto y otra en enero.

De la Casa de la Contratación se conserva la documentación de la Sección Tercera del Archivo de Indias, en 5.873 legajos, y el famoso retablo de la Virgen de la Macarena, de Alejo Fernández, pero la documentación del Archivo de Indias no es, desgraciadamente, completa. La acción del tiempo produjo deterioros y los cambios de lugar, desapariciones.

Consideramos que en este primer volumen se reproducen las papeletas que van desde el año 1509 al 1533, más las fichas de 1534. Son los años en los que se realiza lo fundamental de la ocupación. Como dijimos anteriormente, en 1534 está finalizando la primera y principal parte de la acción conquistadora. Las fichas de este volumen I corresponden por tanto fundamentalmente a conquistadores.

Este primer libro numera 5.320 fichas, desde la n.° 1, la de Millán Gutiérrez, «bachiller en artes, clérigo de la misa, natural de Yanguas, diócesis de Calahorra, hijo de Diego Gutiérrez del Tejo, 1 de diciembre (de 1509)», hasta la n.° 5.320, de «Catalina Martín la Delgada, viuda, mujer que fue de Bartolomé Sánchez de Gandul, difunto, hijo de Pedro González Fuentes y de Isabel Sánchez, natural del Arahal. A Nueva España, 19 de diciembre (de 1534)».

La ficha contiene los datos de un pasajero, o más, normalmente; como excepción, la n.° 3.864, «Relación de la gente que va en compañía de García de Lerma, gobernador de la provincia de Santa Marta», incluye 321 personas.

La distribución por años es la siguiente:

Años	Fichas	Personas
1509	27	32
1510	108	129
1511	295	355
1512	490	793
1513	729	(más diez colocados por error en el siglo XVIII)-974
1514	261	392
1515	105	152
1516	278	381
1517	462	568
1519	20	20
1526	208	231
1527	525	559
1528	347	703
1529	39	44
1530	5	5
1533	30	43
1534	1.388	1.610
Total	5.327	6.991

El libro que contenía los asientos de los años 1518 a 1525 se perdió de antiguo.

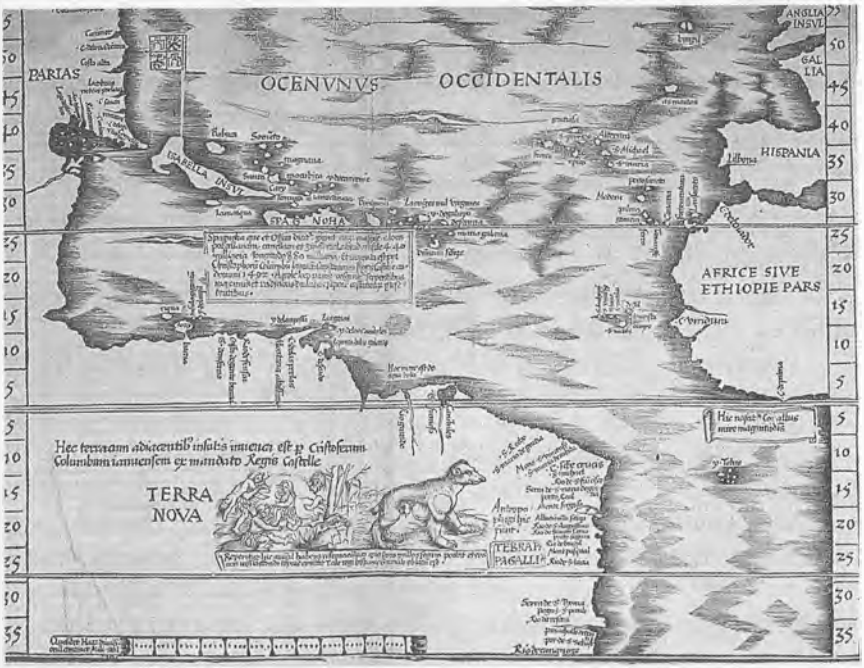
Vemos que el número de pasajeros era muy variable, con un mínimo en 1530, y un máximo en 1534.

Pasamos al volumen II, que abarca los años 1535 a 1538, y en el que se enumeran 5.620 fichas, distribuidas por años como sigue:

Años	Fichas	Personas
1535	2.214	2.397
1536	1.084	1.350
1537	586	671
1538	1.736	2.030
Total	5.620	6.448

Del prólogo «Al lector» de este volumen II, publicado en 1942 y cuyos gastos de impresión fueron sufragados por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, merece transcribirse lo que don Castro Fulgencio López, historiador de Caracas, dice:

> Buena parte de nuestra historia de la conquista y principios de la colonia abarcan los 25 años del volumen que nos ocupa, registrando los primeros nombres de la nacionalidad venezolana. Están allí los que vinieron en la «Armada de los Alemanes a Venezuela», que comienza en la papeleta 4.802, p. 338.
>
> Entre éstos figura Diego de Almagro, vecino de Aranda de Duero, nombre famoso en la conquista del Perú, con 108 hombres más «que pasaron a Beneçuela en la dicha Armada»... Bajo los números 2.776 y 3.549 figuran dos Alonso de Ojeda, el primero de Cuenca y el segundo de Badajoz.



«Ocenunus (oceanus) occidentalis. Terra Nova», en *Geographia,* de Tolomeo, 1535.

También en el prólogo se hace constar que figuran en el volumen los nombres registrados en los libros de los asientos de la Casa de Contratación de aquel buen número de españoles que fueron al Río de la Plata en la desgraciada expedición de don Pedro de Mendoza, primer fundador de Buenos Aires, cuya fama está algo eclipsada por la más afortunada de Juan de Garay, que coronó el intento de Mendoza. Asimismo, aparecen los nombres de los que fueron con Hernando de Soto para la expedición de la Florida, «empresa notable por mil títulos y no valorada aún suficientemente por desconocimiento de datos».

El volumen III del *Catálogo* abarca los años 1539 a 1559. El número de fichas es de 4.540, distribuidas como sigue:

Años	Fichas	Personas
1539	1.010	1.255
1540	617	767
1541	1	2
1542	94	112
1548	13	21
1549	40	43
1550	48	59
1551	21	38
1552	35	103
1553/1554	508	1.228
1555	898	1.923
1556	71	138
1557	522	1.089
1558	65	113
1559	596	1.075
Total	4.540	7.966

El prólogo «Al lector» llama la atención sobre el hecho de que figuran muchos extranjeros, no solamente autorizados para pasar, sino también para negociar en Indias, como consta en una «provisión de su magestad para que los estrangeros puedan pasar a las Yndias y contratar con ellas»; los nombres de todos ellos figuran en los folios 245 recto y vuelto, del libro V.

El volumen IV del *Catálogo* relaciona los pasajeros en 5.089 fichas, como sigue:

Año	Fichas	Personas
1560	729	1.075
1561	923	1.535
1562	815	1.217
1563	620	915
1564	437	627
1565	1.087	1.605
1566	483	682
Total	5.089	7.656

Este volumen fue publicado en 1980 (el I en 1940, el II en 1942, el III en 1946).

El volumen V, tomo I, publicado asimismo en 1980, incluye los siguientes pasajeros:

Año	Fichas	Personas
1567	886	1.227
1568	339	489
1569	1.146	1.607
1570	542	769
1571	407	624
1572	11	16
1573	–	–
1574	474	769
Total	3.787	5.501

El volumen V, tomo II, abarca los años 1575 a 1577, e incluye 5.129 fichas con los índices de los tomos I y II en este volumen.

Si consideramos solamente los pasajeros hasta 1573, tenemos las siguientes cifras totales en el *Catálogo:*

Volumen	Fichas	Personas
I	5.327	6.991
II	5.620	6.448
III	4.540	7.966
IV	5.089	7.656
V	3.311 (hasta 1573)	4.732
Total	23.887	33.793

Peter Boyd-Bowman estudió primeramente unos 40.000 colonizadores que pasaron a las Indias antes de 1600, calculando que representan casi el 20 por 100 del número total de los que emigraron en aquella época. La cifra indicada es suficiente para mostrarnos las tendencias emigratorias. Esta labor ha podido realizarla gracias al trabajo de investigadores anteriores, directores del Archivo de Indias en Sevilla y al de otros investigadores como Rubio, Henríquez Ureña, Aubrey Neasham y Rodríguez Arzúa, en especial el de Pedro Henríquez Ureña, cuyas notas manuscritas se encuentran en poder de Boyd-Bowman. Cita asimismo este último autor, cuyo trabajo analizamos, a Angel Rosenblat, en cuyo estudio *La población indígena de América desde 1492 hasta la actualidad* (Buenos Aires, 1945) calcula que en 1570 vivían en las Indias españolas unos 140.000 blancos. Comentando este dato, Boyd-Bowman calcula en algo más de 200.000 el total de españoles emigrados hasta el final del siglo XVI.

Siguiendo a Boyd-Bowman, en su primer tomo vemos que identifica a 5.841 personas que estuvieron en Indias antes de 1520 (frente a 2.765 fichas del *Catálogo* y 3.796 personas en los mismos años). A la época siguiente de 1520 a 1540 la denomina *Conquista de Tierra Firme.* Las primeras expediciones a México, de Cortés en 1519, y de Narváez, en 1520, son realizadas enteramente por colonos ya en las Antillas.

El tomo II de Boyd-Bowman abarca los años 1520 a 1539, totalizando una cifra de 13.262 pobladores en estos dos primeros tomos.

En cuanto al destino de estos emigrantes, que analizaremos más adelante, el autor, en la *Época Antillana* —la anterior—, con sus 5.481 pobladores, sitúa 1.145 en la isla de Santo Domingo, 111 en la de

Puerto Rico, 743 en las expediciones que, procedentes de Cuba, inician la conquista de México, y 390 en el istmo de Panamá. El estudio del destino de los pasajeros, especificado por períodos, nos completa la clasificación de nuestros hombres en las tres generaciones a efectos de extraer conclusiones y establecer la relación origen-destino.

Vemos, resumiendo, que de unos 200.000 pasajeros a Indias en el siglo XVI, unos 56.000 han sido estudiados por Boyd-Bowman, a lo que hay que añadir 19.099 del *Catálogo de Pasajeros a Indias*, correspondientes a los años 1540 a 1573. Es decir, tenemos «situados» como máximo a 75.099 pobladores entre 1493 y 1573, un 46,93 por 100 del total.

Las generaciones

El grupo que hemos llamado *generación de los descubridores*, nacido entre 1444 y 1474, desarrolla su trayectoria vital entre 1474 y 1504, es decir, durante unos 30 años. Naturalmente que estos hombres no son los que básicamente aparecen en el *Catálogo de Pasajeros a Indias*, ya que éste comienza en 1509, pero sí pueden aparecer en el estudio de Boyd-Bowman. Posteriormente lo comprobaremos.

La *generación de los conquistadores*, principal objetivo de nuestro trabajo, desarrolla su actividad especialmente entre 1504 y 1534, es decir, durante un período también de unos 30 años. Habían nacido entre 1474 y 1504 aproximadamente. A esta generación pertenecen Diego de Almagro, Pizarro, Núñez de Balboa, Fernández de Oviedo, Hernán Cortés, etc. Su actuación, como veremos posteriormente, se desarrolla en varias etapas: de 1502 a 1519 realizan la conquista de las Antillas; de 1519 a 1534/1535, su acción se dirige a la conquista del continente. En 1535, la fundación de Lima es un jalón importante. En 1567, la fundación de Caracas es ya un límite casi final de la generación de los *fundadores*, nacidos entre 1504 y 1534, y cuya actividad empalma con la de los conquistadores prolongándose hasta 1564, unos 30 años más.

Veamos ahora en nuestras fuentes citadas cómo se reflejan estas generaciones.

El volumen I del *Catálogo*, de 1509 y 1534, comprende fundamentalmente gentes de la generación de los conquistadores en sus 5.320 fichas. En 1509 está controlada totalmente La Española. Desde 1508 al 1513 se organiza con base en esta isla la anexión de las inme-

diatas. Precisamente en 1509, primer año del *Catálogo*, se prepara la doble expansión a Tierra Firme, zona actual de Panamá, Colombia y Venezuela. El foco expansivo de Panamá (1513-1519) surge antes que México, Santa Marta y Cartagena, como vía de acceso a Perú, y al Pacífico en general.

En 1517 se conocen las islas y la costa, desde la Península del Labrador hasta la de Florida, y la línea costera de Honduras al Río de la Plata.

La conquista del Continente, entre 1520 y 1545, comprende dos fases, una primera *de ocupación* de México central y los Andes centrales —hasta 1533—, y otra *de ensanchamiento* hacia otras zonas, hasta 1550, con lo que abarcamos años de gentes incluidas en los volúmenes II y III del *Catálogo*. Desde la conquista de México se fija un foco excéntrico en Guatemala (1524). Fracasan las grandes expediciones al noroeste y nordeste de lo que han de ser los Estados Unidos, por los desiertos y las tremendas distancias. De 1527 a 1535 se conquista el Yucatán, sin intereses económicos. En 1530 se abre el núcleo de Cartagena de Indias y la meseta de Bogotá se alcanza en 1538.

Panamá es utilizada para alcanzar Perú (1522-1535). En 1535 se funda la ciudad de Buenos Aires, refundada luego en 1580.

A partir de 1543 continúa la ocupación: de norte a sur, extensa zona en el noroeste y suroeste. Santiago es fundada en 1541, San Agustín, en 1565. Estos años corresponden a los volúmenes III, IV y V.

El libro I de Boyd-Bowman, con sus 5.841 pobladores, corresponde, según hemos visto (1493-1519), al período antillano. El II, con 13.262 pobladores (1520-1539), al período de ocupación de los altiplanos de México y los Andes centrales.

Los destinos

¿Cómo se repartieron estos hombres?

Los pasajeros del volumen I del *Catálogo de Pasajeros a Indias* (1509-1534) van especialmente a la isla Española, a Cartagena de Indias, a Nueva España y a Perú, lo que se corresponde con la fase antillana (Isla Española), con las acciones de la conquista de México (Nueva España), sobre los Andes centrales y el Pacífico (Cartagena de Indias y Perú).

Los relacionados en el volumen II (1535-1538) se dirigen a numerosos destinos: Cartagena de Indias, Cuba, Florida, Guatemala, Nombre de Dios, Tierra Firme, Nueva España, Perú, Río de la Plata, San Juan de Puerto Rico y Santo Domingo.

Queda reflejado en estos destinos el momento de la conquista: sigue la gran afluencia de Santo Domingo, base origen de la conquista, de allí el salto a Cuba, a San Juan de Puerto Rico y Cartagena de Indias, a Guatemala, a México (denominado otras veces Nueva España), a Perú desde Panamá, a Río de la Plata y a Florida.

Los destinos del volumen III (1539-1559) son especialmente: Cartagena de Indias, Cuba, Chile, Honduras, México, Nicaragua, Nombre de Dios, Nueva España, Nueva Galicia, Nuevo Reino de Granada (hoy Colombia), Perú, Río de la Plata, San Juan de Puerto Rico, Santo Domingo y Tierra Firme.

Vemos que aparecen en este volumen Chile, Honduras (que aumenta sensiblemente en contingente), al igual que Nicaragua, Nueva Galicia (hoy Jalisco prácticamente), una casi nueva denominación. El Nuevo Reino de Granada también aparece en este volumen.

En el volumen IV (1560 a 1566), los pasajeros van especialmente a Cartagena de Indias, Cuba, Chile, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Nueva España, Nueva Galicia, Nuevo Reino de Granada, Perú, Popayán, Río de la Plata, San Juan de Puerto Rico, Santo Domingo, Tierra Firme y Venezuela.

Incrementa la importancia de Guatemala y Venezuela y aparece Popayán (al norte de Quito).

En el volumen V (1567-1574 y 1575-1577), los destinos son fundamentalmente: Cartagena de Indias, Costa Rica, Cuba, Chile, La Española, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Nueva España, Nueva Galicia, Nuevo Reino de Granada, Perú, Popayán, San Juan de Puerto Rico, Santo Domingo, Tierra Firme y Venezuela, apareciendo Costa Rica como suficientemente importante.

Pasando a Boyd-Bowman, citamos las conclusiones de su estudio:

> Hasta 1509 casi todos los colonizadores de Indias se establecieron en Santo Domingo, isla de donde se emprendió luego la conquista de Puerto Rico y Cuba. Puerto Rico, por ser una isla pequeña, recibió sólo una pequeña parte del esfuerzo colonizador español; el cual se dirigía principalmente hacia el oeste.

Boyd-Bowman identifica la procedencia de 111 de los conquistadores de Puerto Rico y de los que allí se avecindaron entre 1509 y 1519. Considera que esta cifra representa un 25 por 100 del total de los colonizadores llegados en los primeros diez años.

De los compañeros de Cortés y Narváez, identifica este autor la procedencia de 743, una tercera parte.

En cuanto a la gente de mar que no aparece inscrita como pasajeros, hay que tener en cuenta que, llegados a tierra, se solían convertir en pobladores o conquistadores. Entre las 5.841 personas que nuestro autor identifica de entre los que pasaron a Indias antes de 1520, encuentra 336 marineros, un 6,1 por 100 de la cifra total.

En relación con la pequeña colonia de Darién, «cuando llegó el gobernador Pedrarias Dávila en 1514 con su gran expedición de 1.500 personas (de las cuales murieron en un año 700), salieron a recibirle allí Vasco Núñez de Balboa y 515 que formaban entonces su colonia». De estos 515, determina la procedencia de 146. Los 244 que llegaron con Pedrarias, grande de España, en 1514 y hasta 1519, cuentan con importante representación de segovianos.

Boyd-Bowman localiza también el destino, entre los años 1520 al 1539, de 12.426 pasajeros:

México	4.022	32,4 por 100
Santo Domingo	1.372	11,0 por 100
Perú	1.342	10,8 por 100
Río de la Plata	1.088	8,8 por 100
Tierra Firme	957	7,7 por 100
Nuevo Reino de Granada	906	7,3 por 100
Florida	701	5,6 por 100
Guatemala	468	3,7 por 100
Veragua (en 1535)	432	3,5 por 100
Venezuela	350	2,8 por 100
Yucatán	278	2,2 por 100
Cuba	195	1,6 por 100
Nicaragua	137	1,1 por 100
Puerto Rico	108	0,9 por 100
Honduras	70	0,6 por 100

Como síntesis de este capítulo podríamos extraer las siguientes conclusiones:

a) Durante el período 1493-1573, posiblemente unos 160.000 españoles pasaron a Indias.

b) De este grupo de unos 160.000, han sido «situados», según nuestros datos, una cifra de unos 75.000 pobladores.

c) Estos 75.000 pobladores corresponden a tres generaciones: la de los *descubridores,* cuya acción se realiza hasta 1504 fundamentalmente, la de los *conquistadores,* que desarrollan su acción entre 1504 y 1534, y la de los *fundadores,* entre 1534 y 1564, y hasta 1573.

Sin embargo, ya lo hemos observado, estas fechas tan comúnmente adoptadas son meros jalones básicos a efectos de simplificación, como podremos ver en la segunda parte al analizar los casos concretos.

d) Estos pasajeros van: hasta 1509, a Santo Domingo. Posteriormente se encaminan fundamentalmente a México, Perú, Río de la Plata, Tierra Firme, Nuevo Reino de Granada, Florida, Guatemala y otros puntos.

Capítulo II

EL ORIGEN GEOGRÁFICO DE LOS CONQUISTADORES

Es muy importante considerar el origen geográfico de los pasajeros a Indias porque nos puede dar precisiones sobre su personalidad y porque es un dato que se obtiene en el *Catálogo de Pasajeros a Indias* y en diversos trabajos de estudiosos del tema. Conociendo el origen geográfico, habrá que deducir de las características generales y conocidas de andaluces, castellanos, extremeños, etc., en aquella época, unos primeros datos sobre sus comportamientos, creencias y escala de valores, teniendo en cuenta que debemos considerar que la dificultad de comunicaciones, físicas y de información, debía de reflejarse necesariamente en la acentuación de las características personales según la región o la localidad de origen. Los procesos de culturización de estos hombres, desarrollados en medios familiares o sociales muy distintos, tenían que producir importantes diferencias de hecho. Hoy día, con los medios de comunicación de ámbito nacional y los sistemas escolares o de enseñanza englobados en marcos generales, se tiende a una unificación de esta culturización, con variaciones que nos parecen muy grandes y son de suyo más reducidas.

La variedad de orígenes se refleja constantemente en los cronistas de entonces. Bernal Díaz del Castillo nos transcribe estas frases de plática que mantuvo Cortés con Moctezuma:

> E que nuestro emperador tiene muchos reinos e señoríos, hay en ellos mucha diversidad de gentes, unas muy esforzadas e otras mucho más, e que nosotros somos de dentro de Castilla que llaman Castilla la Vieja, e nos dicen *castellanos*, e que el capitán que está ahora en Cempoal, y la gente que trae, es de otra provincia, que llaman Vizcaya, e se llaman *vizcaínos*, que hablan como los otomíes, tierra de México.

Peter Boyd-Bowman ha dedicado más de 30 años al estudio de la procedencia regional de los pobladores de América, aportando un excelente trabajo a la polémica sobre «el supuesto andalucismo del español de América». Como hemos visto, el catedrático de Buffalo opera con 40.000 fichas de pobladores que amplía posteriormente a 56.000. En su resultado final, el autor pone de relieve el papel decisivo de los andaluces, especialmente de los sevillanos. Hay que hacer constar que nos referimos al siglo XVI, la primera época. Aportaciones importantes, como la de los catalanes, vascos y gallegos, tienen su mayor incidencia en los siglos XVII y XVIII.

Emigración durante la Época Antillana (1493-1519)

Identifica Boyd-Bowman a 5.481 personas que estuvieron en las Antillas en 1520 y saca las siguientes conclusiones:

> El primer hecho incontrovertible que quiero asentar es éste: aunque cambian las proporciones en los decenios siguientes, en la época primitiva o antillana, el grupo más numeroso, en cada año, y en todas las expediciones, fueron con mucho los *andaluces,* de los cuales más del 78 por 100 procedían de las provincias de Sevilla (1.259-58 por 100) y Huelva (439-20 por 100). En efecto, de las 49 provincias, estas dos por sí solas proporcionaron el 30,9 por 100 del número total de colonizadores para la época entera. Si a ellos agregamos sólo tres provincias occidentales, Badajoz (440), Cáceres (295) y Salamanca (255), ya tenemos contados casi la mitad (2.688-49 por 100).
>
> La otra mitad está compuesta, primero de las provincias castellanas viejas de Valladolid (224) y Burgos (213), la castellana nueva de Toledo (208) y la provincia andaluza de Córdoba (180). Luego siguen con orden descendente Cádiz (122), Jaén (120), Vizcaya (119), Ávila (110), Segovia (108), Madrid (102), Palencia (100), Zamora (95), Santander (80), luego Ciudad Real (69), Guadalajara (67), Guipúzcoa (64), Soria (58), León (56), Logroño (54) y por último Álava (40), Asturias (36) y Cuenca (33).

El autor que seguimos retrata gráficamente el origen regional de estos colonizadores, y su representación tiene la forma de una media

«Regni Hispaniae post omnium editiones locuplessima (locupletissima) descriptio», en *Theatrum Orbis Terrarum*, de Ortelius, Amberes, 1570.

luna cuyos cuernos se apoyan en Burgos y Sevilla y cuya curvatura mayor pasa por Valladolid, Salamanca, Cáceres y Badajoz.

Pero *en cuanto a jefes y gobernantes, la región que más aportó fue Castilla la Vieja.* Si seguimos las cifras de Boyd-Bowman para este período, tenemos que de un total de 125 caudillos (32 gobernadores y 93 capitanes militares) eran castellanos viejos 36 (28,8 por 100), andaluces 27 (21,6 por 100), extremeños 24 (19,2 por 100), leoneses 17 (13,6 por 100), castellanos nuevos 9 (7,2 por 100), vascos 7 (5,6 por 100), gallegos 2 (1,6 por 100) y catalanes 1 (0,8 por 100). Proporcionalmente, teniendo en cuenta el número de emigrantes, Castilla la Vieja aportó tres veces más caudillos que Andalucía.

La explicación del escaso número de gobernantes de Andalucía puede estar en el hecho de que en la emigración andaluza, más próxima a los puertos y a la Casa de Contratación, abundaban los menestrales con un contingente importante de mujeres y niños.

Consideramos de interés reproducir del libro de Boyd-Bowman el «Gráfico Proporcional de la Contribución por Regiones a la Colonización de América» entre 1492 y 1521, donde destaca claramente la proporción de andaluces (I, p. 96).

Otro cuadro del mismo autor que incluimos es el «Análisis por provincias y año de partida de 5.481 colonizadores de origen seguro o casi seguro que emigraron a América durante la época antillana (1493-1519)». En él vemos que los andaluces van en cabeza (2.172), seguidos por los castellanos viejos (987), los extremeños (769), los procedentes de Castilla la Nueva (483), leoneses (406), vascongados (257) y gallegos (111) (II, pp. 96 a 98).

Conquista de la Tierra Firme

Pasamos al tomo II de Boyd-Bowman (Índice geográfico de *cuarenta mil* pobladores españoles de América en el siglo xvi) (1520-1539). En su prólogo dice que las siete regiones españolas que juntas proporcionan el 94,5 por 100 de todos los colonizadores de la época antillana, dan ahora el 91,7 por 100 manteniendo las regiones su mismo orden de importancia. Con sus datos tenemos:

	Años 1493-1519	Años 1520-1539
Andalucía	39,7 %	32,0 %
Castilla la Vieja	18,0 %	17,6 %
Extremadura	14,1 %	16,6 %
Castilla la Nueva	8,8 %	12,0 %
León	7,5 %	7,6%
Vascongadas	4,4 %	4,5 %
Galicia	2,0 %	1,4 %
TOTAL	94,5 %	91,7 %

En este cuadro comparativo vemos que disminuye la proporción de andaluces, incrementándose Extremadura y Castilla la Nueva.

En la época antillana, «sobre un total de 141 extranjeros (el 2,6 por 100 de la emigración total), hubo 61 italianos y 44 portugueses; la época segunda cuenta 557 extranjeros (4,2 por 100), ahora con más portugueses (192) que italianos (143)».

La contribución andaluza es de más del 40 por 100 del total hasta 1526 y también en 1536, se reduce al 24 por 100, en 1528 y a menos del 23 por 100 en 1538, año en que la aportación andaluza es superada por la extremeña.

En el detalle de este período 1520-1539, Boyd-Bowman expresa las cifras y tantos por ciento de emigrantes, desarrollando los datos del cuadro anterior (III, p. 99).

A los datos extraídos del *Catálogo de Indias* y de los Índices Geobiográficos de Boyd-Bowman, pueden añadirse otros estudios sobre el tema, como el de Rodríguez Arzúa. Sobre un trabajo anterior suyo, relativo a los años 1509-1534, realiza una ampliación a los años 1509-1538, coincidente con los volúmenes I y II del *Catálogo de Indias*, y casi con los dos de Boyd-Bowman, 1493-1519 y 1520-1539, aunque este último amplía el interesante trabajo a los años 1493-1509, de especial trascendencia.

Según el autor citado, se mantiene la superioridad andaluza, con Sevilla, francamente destacada a la cabeza, siguiendo después Extremadura, las dos Castillas, etc. Por el contrario, prácticamente el norte y el este de España presentan una cifra muy baja de emigración, inexplicable en algunos casos.

Regionalmente, los porcentajes que da Rodríguez Arzúa para el período 1509-1538 son los siguientes:

	Varones	Hembras	Total	Porcentaje
1. Andalucía	3.456	580	4.036	37,5
2. Castilla la Vieja	2.077	112	2.189	16,3
3. Extremadura	1.874	100	1.974	14,7
4. Castilla la Nueva	1.326	74	1.400	10,4
5. León	991	44	1.035	7,6
6. Vascongadas	361	3	364	2,7
7. Galicia	175	6	181	1,3
8. Murcia	111	3	114	0,8
9. Aragón	87	2	89	0,6
10. Asturias	64	0	64	0,4
11. Navarra	59	4	63	0,4
12. Valencia	47	1	48	0,8
13. Cataluña	38	0	38	0,8
14. Canarias	14	0	14	0,8
15. Baleares	12	0	12	0,8

El predominio de la aportación andaluza es explicable:

> La emigración sólo se realiza, o cuando la tierra natal es muy pobre, o cuando los atractivos de la nueva son lo suficientemente fuertes para que el emigrante arrastre la pérdida segura de su situación actual por la adquisición problemática de otra superior. El primer factor no tiene valor en Andalucía, tierra proverbialmente rica y culta, de fácil vida, de escaso trabajo; no ocurre así con el segundo, que, unido a un factor accidental, explica lo andaluz... El factor accidental es la magnífica situación de Andalucía en la ruta de emigración y el monopolio del puerto de Sevilla.

Párrafo acertadísimo este de Rodríguez Arzúa para entender, frente a tópicos muy extendidos, las motivaciones reales de la emigración andaluza.

La aportación castellana es explicable por el peso demográfico de aquélla en la época. Que el norte envíe pocos emigrantes es poco compatible con su desfavorable situación económica, casos de Galicia y Asturias. Pero una explicación estaría en el hecho de que, a partir del volumen II del *Catálogo,* los puertos del norte estaban abiertos a la emigración y comercio con América, sin contar con la probablemente muy extendida navegación ilícita.

Sólo aparecen catorce canarios en este período, pero hay que tener en cuenta que estos emigrantes no irían a Sevilla a registrarse, sino que aprovecharían la escala en las islas para enrolarse.

Datos más completos los proporciona Solano en el cuadro que a continuación se expone:

Contribuciones regionales de 1493 a 1560

	1493-1520	1520-1539	1540-1559	Total	Porcentaje tres períodos
1. Andalucía	2.172 (39,7 %)	4.247 (32,0 %)	3.269 (36,1 %)	9.688	34,9 %
2. Castilla la Vieja	987 (18,0 %)	2.337 (17,6 %)	1.390 (15,4 %)	4.714	17,0 %
3. Extremadura	769 (14,1 %)	2.204 (16,6 %)	1.416 (15,7 %)	4.389	15,8 %
4. Castilla la Nueva	483 (8,8 %)	1.587 (12,0 %)	1.303 (14,4 %)	3.373	12,1 %
5. León	406 (7,5 %)	1.004 (7,6 %)	559 (6,2 %)	1.969	7,1 %
6. Vascongadas	257 (4,4 %)	600 (4,5 %)	396 (4,4 %)	1.253	4,5 %
7. Galicia	111 (2,0 %)	193 (1,4 %)	73 (0,8 %)	377	1,4 %

	1493-1520	1520-1539	1540-1559	Total	Porcentaje tres períodos
8. Valencia, Cataluña y Baleares	40 (0,7 %)	131 (1,0 %)	62 (0,7 %)	233	0,8 %
9. Murcia	29 (0,5 %)	122 (0,9 %)	50 (0,5 %)	201	0,7 %
10. Aragón	32 (0,6 %)	101 (0,8 %)	40 (0,4 %)	173	0,6 %
11. Asturias	36 (0,7 %)	77 (0,6 %)	49 (0,5 %)	162	0,6 %
12. Navarra	10 (0,2 %)	71 (0,5 %)	81 (0,6 %)	162	0,6 %
13. Canarias	8 (0,1 %)	31 (0,2 %)	24 (0,3 %)	63	0,2 %
14. Extranjeros	141 (2,6 %)	537 (4,2 %)	332 (3,7 %)	1.030	3,7 %
TOTALES	5.481	13.262	9.044	27.787	100 %

Añadiendo nuestros datos de 1560-1566 y 1567-1573, obtenemos finalmente, para el período 1493-1573, las siguientes aportaciones de pobladores a Indias:

1.	Andalucía	37,1 %
2.	Castilla la Vieja	17,0 %
3.	Extremadura	15,5 %
4.	Castilla la Nueva	12,6 %
5.	León	6,0 %
6.	Vascongadas	4,0 %
7.	Galicia	1,4 %
8.	Valencia y Cataluña	0,8 %
9.	Murcia	0,7 %
10.	Aragón	0,6 %
11.	Asturias	0,6 %
12.	Navarra	0,8 %
13.	Canarias	0,2 %

Las aportaciones mayoritarias, agrupando León y las Castillas en el concepto de castellanos, resultan:

1.	Andaluces	37,1 %
2.	Castellanos	35,6 %
3.	Extremeños	15,5 %
4.	Vascongados	4,0 %

Sintetizando todo lo que se ha expuesto sobre el origen geográfico de los pobladores de América desde 1493 a 1573, y como punto de partida para deducir de las características generales y conocidas de los habitantes de las diversas regiones españolas unos primeros datos sobre comportamientos y creencias, tenemos:

a) Los pasajeros de 1493 a 1508 no están aún reflejados en el *Catálogo de Pasajeros a Indias*. El único trabajo completo y detallado que conocemos es el citado de Boyd-Bowman, que incluye 509 pasajeros a Indias en las fechas citadas.

b) Entre 1509 y 1538, la cifra de Boyd-Bowman es de 5.481 para la época antillana, y 13.262 más hasta 1539, es decir, un total de 18.743 pasajeros. Rodríguez de Arzúa nos da un total, de 1509 a 1538, de 13.999. Los datos del *Catálogo* en el mismo período 1509-1538 totalizan 13.439, y hasta 1573, 33.793 pasajeros a Indias.

c) La emigración controlada en estos 80 años es mayoritariamente andaluza, seguida muy de cerca por la castellana; la extremeña viene en tercer lugar, seguida por la vascongada y otras (norte de España, Reino de Aragón, extranjeros, etc.) minoritarias.

Otros estudios

A estos estudios generales sobre el origen geográfico de los conquistadores, podemos añadir otros sectoriales que también nos aportan interesantes facetas del tema.

El primero que traemos a colación es el de Carmen Gómez y Juan Marchena («Los señores de la guerra en la Conquista», separata del tomo XLII del *Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla, 1985). El trabajo considera individuos procedentes de las siguientes huestes:

Hueste de Cortés	63
Hueste de Pizarro	164
Hueste de Heredia	140
Hueste de Durán	165
Hueste de Valdivia	150
	682

Aporta, además, datos aislados sobre las tres huestes de Bogotá de 1538 y de 1.041 individuos de la gente de Hernández de Serpa con destino a Nueva Andalucía.

El análisis pormenorizado del citado estudio, para un total de 475, nos da 206 (43,3 %) para los castellanos, 104 (21,8 %) para los andaluces y 81 (17 %) para los extremeños, 27 (5,6 %) para los vizcaínos, etc. Cuarenta por ciento proceden del marco urbano y 60 por 100 del rural. Los andaluces proceden de grandes ciudades como Sevilla, Cádiz o Córdoba y de villas importantes («hijosdalgos en su mayor parte»). En Castilla, los que proceden del medio urbano vienen de grandes villas, como Medina o Benavente, en su mayoría dedicados a oficios manuales. Entre los extremeños hay gran mayoría rural (83,6 %); de los 81, sólo 13 proceden del medio urbano (Cáceres, Plasencia, Trujillo, etcétera).

La hueste más temprana, la de Cortés —datos referentes a 1521—, tiene aún gran predominio de andaluces (38 %), el 26,1 por 100 son castellanos y el 23,8 por 100 extremeños. Las huestes de Pedro de Heredia y Rodrigo Durán, constituidas en Sevilla en 1532 y 1534, muestran el gran crecimiento de aportación castellana (52,7 por 100 en la primera y 62,9 por 100 en la segunda). Los andaluces representan el 13,8 por 100 y el 13 por 100, respectivamente.

En la hueste de Pizarro, los castellanos son el 32,1 por 100, los andaluces, el 24,8 por 100 y los extremeños, el 29,1 por 100. En la de Valdivia siguen aumentando aún los castellanos, con el 33 por 100; los andaluces representan el 26,4 por 100 y los extremeños el 16,9 por 100.

En las huestes de Heredia y Durán, en 1532 y 1534, la aportación castellana es aún mayor. En la primera, 52,7 por 100 son castellanos, 13,8 por 100 andaluces y 5,5 por 100 extremeños. En la segunda, 62,9 por 100 castellanos y 13 por 100 andaluces.

En la hueste de Valdivia hay un 33 por 100 de castellanos, 26,4 por 100 de andaluces y 16,9 por 100 de extremeños.

Morales Padrón amplía este estudio de la hueste de Valdivia, si bien sus datos no parecen coincidir con los del trabajo de Marchena, y nos muestra una composición heterogénea: 26 andaluces, 17 extremeños, 16 de Castilla la Nueva, 5 de Castilla la Vieja, 15 leoneses, 12 vizcaínos, 2 gallegos, 2 murcianos, 1 asturiano, 1 canario, 2 alemanes o flamencos, 1 griego, 1 italiano, 1 portugués...

De estos datos podemos deducir la *composición mayoritaria de castellanos en estas huestes.*

Tenemos también otro estudio, de Mercedes Lasaosa Sánchez y Fernando Germán López Martín. Ambos autores se centran en la conquista de la Nueva España, basándose fundamentalmente en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo. Utiliza una cata de aproximadamente 250 individuos y obtiene los datos que figuran en el mapa.

Lo que subraya la importancia de la participación castellana en este caso.

Las ciudades y el medio rural como orígenes

A fin de obtener en forma directa una representación clara de esta procedencia regional, vamos a tomar como base el *Catálogo de Pasajeros a Indias*, con sus datos oficiales reconocidos y publicados. De él vamos a extraer los siguientes datos numéricos:

– Pobladores originarios de núcleos de población con importante aportación de pasajeros (más de 50 fichas cada volumen), prácticamente *ciudades.*

– Aportación de los *medios rurales* (con más de cinco fichas en cada volumen).

1) *Núcleos de población importantes*

Volumen I (1509-1534)

Obtenemos los datos del cuadro número uno, y ordenando de mayor a menor las ciudades de más de 50 pasajeros, tenemos las siguientes:

Sevilla	811
Toledo	157
Salamanca	144
Valladolid	87
Burgos	84
Segovia	82
Córdoba	77
Ciudad Rodrigo	71
Medina del Campo	68
Badajoz	62
Zamora	57
Trujillo	54
Medellín	50
Total	1.804

En esta consideración de ciudades importantes corresponden:

A Andalucía	888 (49,22 %)
A Castilla la Vieja	593 (32,87 %)
A Extremadura	166 (9,20 %)
A Castilla la Nueva	157 (8,70 %)

Volumen II (1535-1538)

Del volumen II del *Catálogo* extraemos, de la misma forma que en el anterior, los datos del cuadro número dos.

Ordenando como en el volumen I, de mayor a menor, las localidades de más de 50 emigrantes, tenemos:

Sevilla	547
Toledo	144
Badajoz	108
Córdoba	85
Salamanca	84
Granada	80
Valladolid	75
Madrid	67
Ávila	53
Burgos	52
Medellín	51
Total	1.346

Que corresponden:

A Andalucía	712 (52,89 %)
A Castilla la Vieja	264 (19,60 %)
A Extremadura	159 (11,81 %)
A Castilla la Nueva	211 (15,67 %)

Comparando los cuadros en relación con el volumen II, deducimos las siguientes observaciones:

a) Disminuye el número de pasajeros procedentes de núcleos importantes, especialmente en Sevilla, adquiriendo importancia Granada, Madrid y Ávila. Disminuyen los de Ciudad Rodrigo, Medina del Campo y Trujillo.

b) Se incrementa el número de extranjeros: alemanes, flamencos, borgoñones, belgas e italianos.

Volumen III

Pasamos al volumen III del *Catálogo de Pasajeros a Indias* (1539-1559). Contiene 4.540 fichas.

Ordenando de mayor a menor las ciudades de más de 50 pasajeros, obtenemos:

Sevilla	1.024
Valladolid	114
Trujillo	90
Toledo	81
Salamanca	65
Granada	60
Córdoba	57
Medina del Campo	52
Total	1.543

Que corresponden fundamentalmente:

A Andalucía	1.141 (73,94 %)
A Castilla la Vieja	231 (14,97 %)

Vemos que continúa disminuyendo la cifra de pasajeros procedentes de núcleos importantes de población, con la acusada excepción de Sevilla, que bate sus anteriores marcas.

Volumen IV (1560-1566)

Como en los anteriores, obtenemos:

Sevilla	654
Toledo	203
Salamanca	106
Madrid	82
Valladolid	75
Granada	56
Córdoba	53
Zafra	52
Total	1.281

Que corresponden:

A Andalucía	763 (59,56 %)
A Castilla la Vieja	181 (14,13 %)
A Castilla la Nueva	285 (22,25 %)
A Extremadura	52 (4,06 %)

Con lo que vemos, comparando la cifra de pasajeros de núcleos importantes (vol. I, 1.804; vol. II, 1.410; vol. III, 1.339; vol. IV, 1.281), que tienden a aumentar los procedentes de fuera de estas poblaciones. En general, Andalucía se mantiene en valores máximos, desciende la aportación de ambas Castillas y se incrementa la de Extremadura.

Más adelante procederemos a ampliar este estudio con carácter general.

Volumen V

Pasamos finalmente en nuestro estudio al volumen V (1567-1577), del que consideramos solamente hasta 1573.

Realizando la misma ordenación que en los casos anteriores, resultan las siguientes localidades con más de 50 emigrantes:

Sevilla	1.003
Madrid	63
Salamanca	53
Toledo	52
Total	1.171

Que corresponden:

A Andalucía	85,65 %
A Castilla la Nueva	9,82 %
A Castilla la Vieja	4,53 %

A pesar de la elevada cifra de Sevilla, vemos que sigue descendiendo la procedencia de las grandes poblaciones. Madrid aparece por vez primera después de Sevilla.

En resumen, obtenemos que el origen ciudadano es solamente un 26,7 por 100 del total (6.358 frente a 23.887 papeletas), lo que nos confirma el carácter predominantemente rural del poblador, en beneficio de su nivel social, ya que el hidalgo es mayoritariamente rural.

Las ciudades de mayor origen son por este orden: Sevilla, Toledo, Salamanca, Valladolid, Córdoba, Madrid, Granada, Badajoz, Trujillo, Burgos, Medina del Campo, Segovia y Ciudad Rodrigo.

Hay predominio de pobladores de ciudades andaluzas (4.507), seguidas por las castellanas (2.090). La cifra de pobladores extremeños que proceden de ciudad es reducida (377).

2) *Aportación general*
(Con más de cinco papeletas en un volumen del *Catálogo*)

Si relacionamos en cada volumen los orígenes con más de cinco papeletas, obtenemos los cuadros 1 a 5 (pp. 262 a 273).

Se trata de datos aproximados por tratarse de papeletas que pueden incluir más de un pasajero, y referentes, no sólo a localidades, sino también a demarcaciones seculares o eclesiásticas (reino, provincia, condado, merindad, tierra, obispado, etc.). A ello hay que añadir la existencia de lagunas, ya consideradas, en esta información sobre pasajeros a Indias.

De este estudio resulta el gráfico que se acompaña (Zonas de origen mayoritario de los pobladores de las Indias, 1493-1573), realizado sobre el Mapa Municipal de España, rellenando los términos municipales con más de cinco fichas y eliminando por tanto las aportaciones «de goteo». En este gráfico se aprecia muy claramente la procedencia regional de los conquistadores:

a) Básicamente, la *España occidental*; si trazamos el meridiano de Burgos queda claramente marcado este origen occidental, quedando al oeste de esta línea geográfica la zona de origen abrumadoramente mayoritario.

b) Se observan tres zonas importantes: Castilla la Vieja y León, Extremadura y Andalucía.

c) Otras zonas más reducidas son: Castilla la Nueva, en dos núcleos, y las provincias vascongadas.

Como ya hemos visto, hay un claro predominio del sector rural como origen de los pobladores (73,3 %).

Por otra parte, como puede verse en el mapa de la Península Ibérica al comienzo de los Reyes Católicos (IV, p. 83), todos estos orígenes son casi exclusivamente castellanos; de aquí que Isabel la Católica, en su testamento, cláusula XXV, establezca:

> Otrosí, por quanto las *Yslas e Tierra Firma del Mar Océano*, e yslas de Canaria, fueron descubiertas e conquestadas a costa destos mis reynos e con los naturales dellos, e por esto es razón quel trato e prouecho dellas se aya e trate e negocie destos *mis reynos de Castilla e León*, e *en ellos e a ellos venga todo lo que de allá se traxiere.*

Si observamos un mapa de comunicaciones de la época («Repertorio de todos los Caminos de España en el año de gracia de 1543», p. 91) veremos que, al igual que la actualidad, hay dos grandes ejes que confluyen en Sevilla:

a) Burgos, Valladolid, Medina del Campo, Salamanca, Cáceres, Sevilla, y

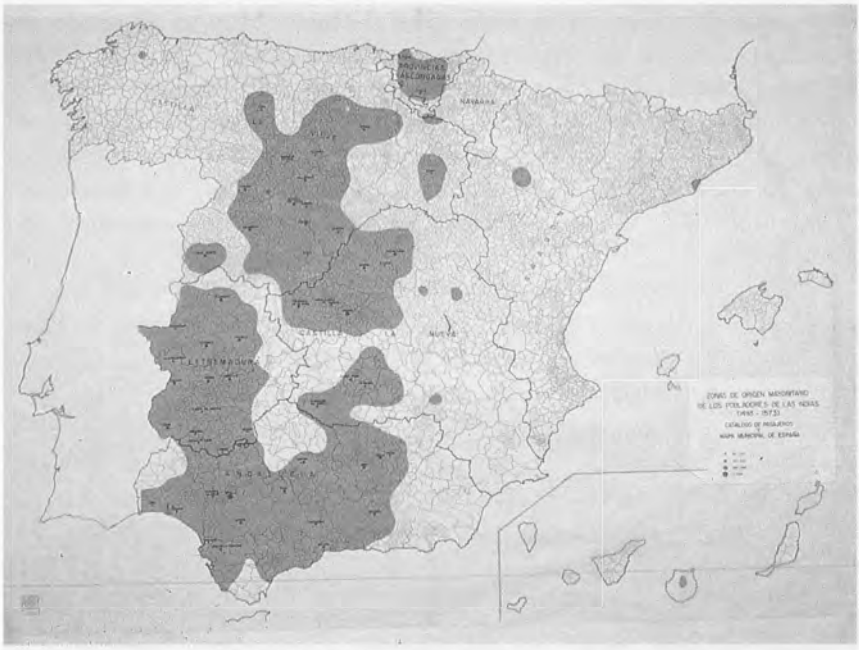
b) Burgos, Madrid, Toledo, Ciudad Real, Córdoba, Sevilla, es decir, León, Castilla la Vieja y Extremadura de un lado, y Castilla la Vieja y Castilla la Nueva de otro, confluyendo ambas líneas en Sevilla.

Es evidente que estas «rutas de los pobladores a Indias» convirtieron a las ciudades o pueblos que atravesaban en verdaderos «centros de reclutamiento», como se ha observado en los estudios de este capítulo.

Diferencias regionales

Este estudio geográfico general, que luego aplicaremos al origen del soldado, tiene sentido cuando consideramos las diferencias regionales del hombre de la época.

> Se dice generalmente que Andalucía y Extremadura son las regiones más parecidas a Hispanoamérica porque una mayoría de los conquis-



«Zonas de origen mayoritario de los pobladores de las Indias» (1493-1573), sobre el Mapa Municipal de España.

> tadores vinieron de estas regiones. De aquí resulta que son las regiones donde uno tiene que ir para encontrar los antecedentes del Nuevo Mundo español. Esta hipótesis es insostenible. Como se demuestra, casi todas las partes de España suministraron un significante número de emigrantes. El país mismo está compuesto de un cierto número de regiones muy diferenciadas, cada una de ellas caracterizada por una geografía, economía, organización social e historia peculiares y frecuentemente incluso una lengua y personalidad diferentes... Parece resultar que el equipamiento cultural de un sevillano es, y era, muy distinto de un castellano, y que trasplantado a un nuevo mundo, uno introduciría formas e ideas bastante diferentes del otro.

George M. Foster denuncia en estos párrafos citados la complejidad del problema y continúa diciendo que debe comenzarse delimitando y describiendo las áreas culturales básicas en España y considerando

los puntos de origen de los emigrantes al Nuevo Mundo. El citado antropólogo subraya que este trabajo cuenta con la gran ventaja de que la Corona española exigiera una licencia especial para cada viajero, y así se cuenta con los datos del *Archivo General de Indias de Sevilla* en dos series: las «Informaciones y licencias de pasajeros», que cubren los años de 1534 a 1790, y los «Libros de los asientos», que van desde 1509 a 1701 y contienen los datos de las personas que realmente fueron a Indias.

Estos párrafos de Foster son interesantes en cuanto subrayan la necesidad de delimitar y describir las áreas culturales básicas de España, aunque no podamos compartir la existencia de un origen, en cierto modo proporcionado de cada región española, de los pobladores a América.

Como ya hemos visto, hay que matizar la afirmación de que «todas las partes de España suministraron un significante número de emigrantes». La emigración fue muy intensa en las zonas señaladas en el mapa y débil en el resto.

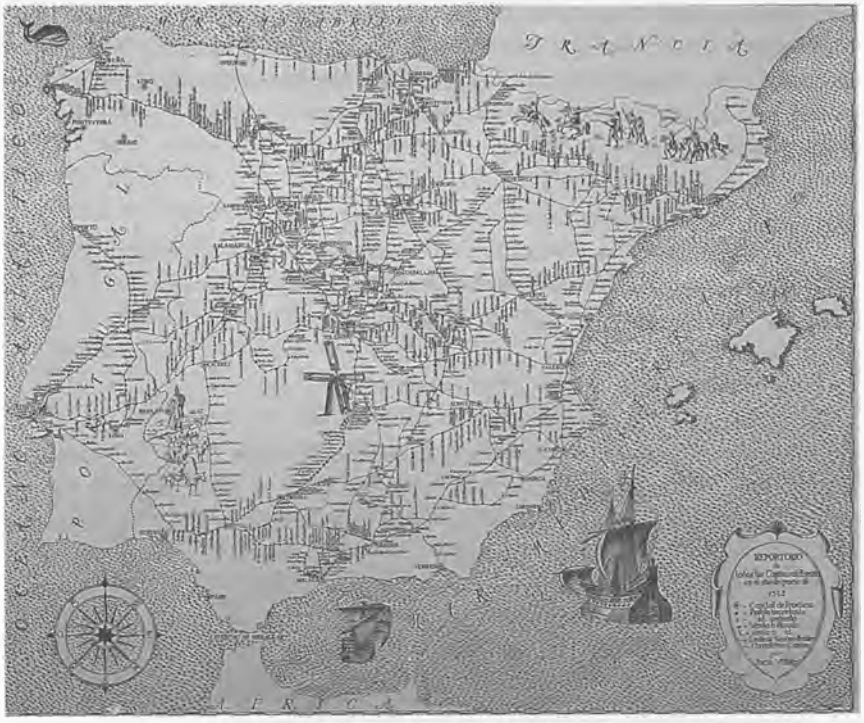
Aunque posteriormente consideremos el caso del hombre de armas, anotaremos aquí algunas conclusiones del citado antropólogo:

a) Planificación urbana

Es sorprendente encontrar que en Andalucía es muy raro encontrar la urbanización «en parrilla», aunque existió en tiempo de romanos. Las calles siguen las líneas de mínima resistencia geográfica y raramente están en línea recta más allá de una o dos manzanas. La gran plaza cuadrada rodeada por edificios gubernamentales o religiosos, tan típica en la América española, es muy difícil de encontrar en Andalucía. Sin embargo, es más frecuente en Castilla la Vieja y León, como es el caso de Salamanca con su magnífica plaza. Esto se explica por el hecho de que la planificación urbana se basó en las formas castellanas en «cuadrícula».

b) Agricultura

La España meridional y oriental son regiones de grandes fincas, como ocurre en algunas regiones de la América española. Pero el sistema más familiar a los antropólogos es el de las pequeñas fincas con reparto de cosechas como se encuentra frecuentemente en Galicia y Cataluña. Así, muchos de los rasgos de la agricultura hispanoamericana



«Repertorio de todos los caminos de España», en el año de gracia de 1543, Juan Villuga.

reflejan grandes parecidos con el norte de España. Trabajos cooperativos en la recolección, por ejemplo, parecen ser comunes en el norte, y debido a las necesidades del sistema de haciendas, poco corrientes en el sur.

Pequeños propietarios son lo normal en el norte, mientras que campesinos sin tierra es la regla en el sur.

c) Arte

La alfarería procede de todas las partes de España. Los sistemas de medición de dimensiones como los de México se encuentran en Extremadura y Córdoba. La isla de Mallorca muestra sorprendentes singularidades con el arte mexicano. La cestería es muy similar a los regalos

navideños pintados en color de Juchitán y Oaxaca. Cestería de este tipo se ve también en Sevilla. El tejido a mano murió hace ya tiempo en España, pero aún puede encontrarse en remotos puntos de Extremadura. Los telares vistos son muy similares a los telares corrientes en Sudamérica.

d) Religión y ceremonial

Gran parte de la religión y el ceremonial de la América hispana pertenece ya a los primeros siglos de la historia de España.

Consecuencias del origen geográfico

Andaluces, castellanos, extremeños, vizcaínos y otros orígenes peninsulares. Pero, ¿qué consecuencias tiene uno u otro origen? Como ya se ha dicho, las diferencias en aquella época eran más acentuadas que las de hoy día. La asimilación de estas diferencias corresponde a fechas históricas más recientes y siempre es de suyo parcial. En general, la personalidad de una región cambia también en diferentes épocas históricas. Aunque afirme Castro que la España del año 1000 era la misma que la del 1600, esta idea no es compartida por la generalidad de los historiadores, porque la evolución es inevitable.

Los andaluces forman una unidad etnológica claramente diferenciada del resto de la Península. Tienen algo no europeo, pero esto es anterior a los árabes. A diferencia de los del norte, a los que se les considera normalmente como laboriosos y amantes del trabajo útil, los andaluces se caracterizan por su especial filosofía de la vida y su prestigio en las artes populares.

Los andaluces que fueron a Indias procedían de la Andalucía Bética, la occidental. Sus pobladores son braquicéfalos, con niveles más bien reducidos de peso y robustez. Se adaptaron muy bien en América, donde ejercieron una influencia decisiva en la formación del idioma español.

Andalucía, muy importante con los romanos y árabes, decae después de la conquista, pero es aún entonces una región floreciente de donde han de salir hombres de oficio y artesanos para las Indias en buen número, así como mercaderes y hombres de la mar: pilotos y maestres. De las cartas privadas de emigrantes recogidas en la citada

obra de Otte parece deducirse una especial afectividad del andaluz hacia sus familiares y amigos. El hecho diferenciador regional puede observarse en las narraciones de Indias. Un ejemplo: Morales Padrón, en relación con el primer viaje de Colón, relata lo ocurrido el día 10 de octubre ante una falsa voz de «tierra»: «Es de notar, además, que el malestar se da a bordo de la *Santa María,* donde va Colón y donde navegan los santanderinos y gallegos u hombres del norte. En las otras dos naves, cargadas de andaluces, no hay amago de motín».

Castilla, tras la invasión árabe, desempeña un papel primordial en la Reconquista después de los períodos asturiano y leonés. El hombre de Castilla

> es un biotipo en que lo dinámico o energético supera y aún pudiéramos decir que sustituye a lo morfológico, y en el fondo de este carácter físico-psíquico está la verdadera fuerza expansiva de la raza, y que generalizada a la Península por el criterio de todos los extranjeros, representa históricamente los conquistadores en lo exterior y los unificadores en lo interior,

como dice L. de Hoyos. Para Caro Baroja, «Castilla es la región más enigmática de España».

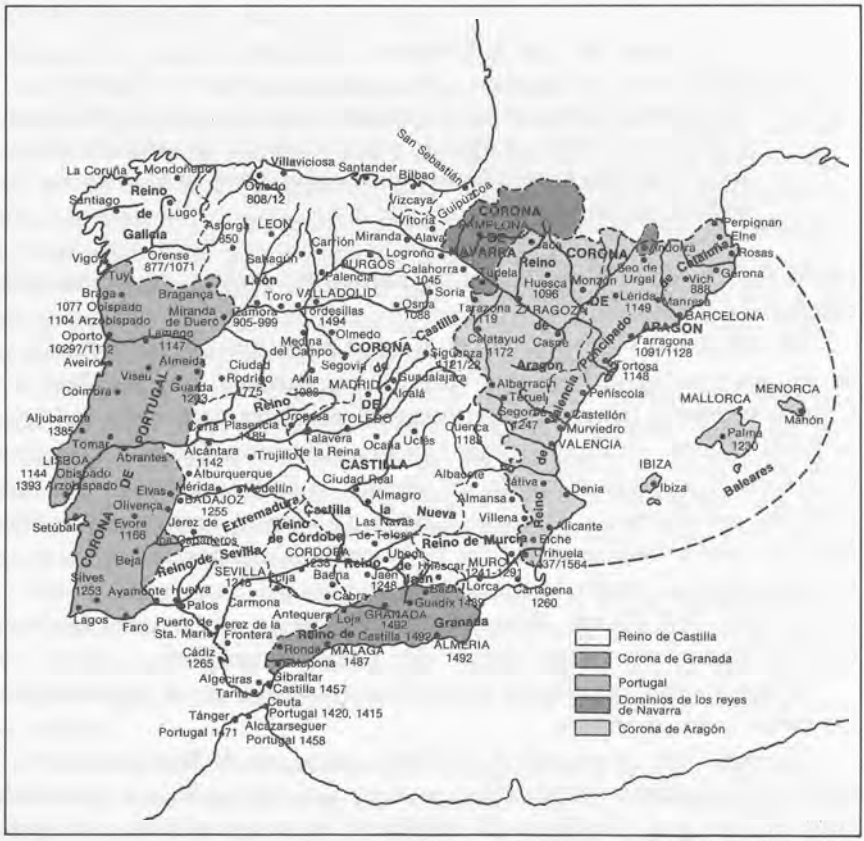
El castellano viejo procede de los celtíberos, pueblo de pastores, y de los vacceos, agricultores en Valladolid y Palencia. Los hombres de Castilla la Nueva tienen características diferenciales. Si Castilla la Vieja es Burgos, como símbolo, según Sánchez Albornoz, Castilla la Nueva es Toledo. Castilla la Vieja, la del *Poema del Cid,* es épica, y a la vez europea, caballeresca y mística. Castilla la Nueva, prolongada en La Mancha, posee matices orientales de tolerancia, escepticismo y picaresca: las obras que mejor la representan son las del Arcipreste de Hita y el inmortal *Don Quijote.* Pero ya a la hora de su reconquista aparece con una floreciente cultura conservada por los mozárabes.

Unos y otros castellanos se unifican en parte con la expulsión de los judíos y los moriscos.

Extremadura es un país de frontera, avanzada de Roma. Es llamada la «Mesopotamia extremeña»: su zona más genuina es la que está entre el Tajo y el Guadiana. El extremeño es, como el bético, braquicéfalo, de estatura, peso y coeficiente de robustez reducidos, pero con características de dureza y dinamicidad verdaderamente acusadas. Des-

pués de la Reconquista, Extremadura cae bajo la influencia leonesa y por ello se organiza en un sentido más aristocrático y jerarquizado. Tierra pobre, pasa a ser la gran dehesa de Castilla, dominada por la Mesta.

Los vascos pertenecen a la zona demográfica cantábrica. Son mesocéfalos y de mayor índice de robustez. En las Indias son soldados, marinos o mercaderes. Se caracterizan históricamente por la combinación de su amor a la aventura y su sentido práctico, poco dado a especulaciones de la imaginación. Avanzado el siglo xv y eliminadas las



La Península Ibérica, al comienzo del reinado de los Reyes Católicos (*Historia General de España y América*, tomo V, Rialp, 1981).

familias rivales de oñacinos y gamboinos que perturbaban la vida del país, renace la tranquilidad, y mientras la juventud turbulenta se lanza a los descubrimientos y conquistas de la época, los más pacíficos cultivan la agricultura o se dedican a la industria.

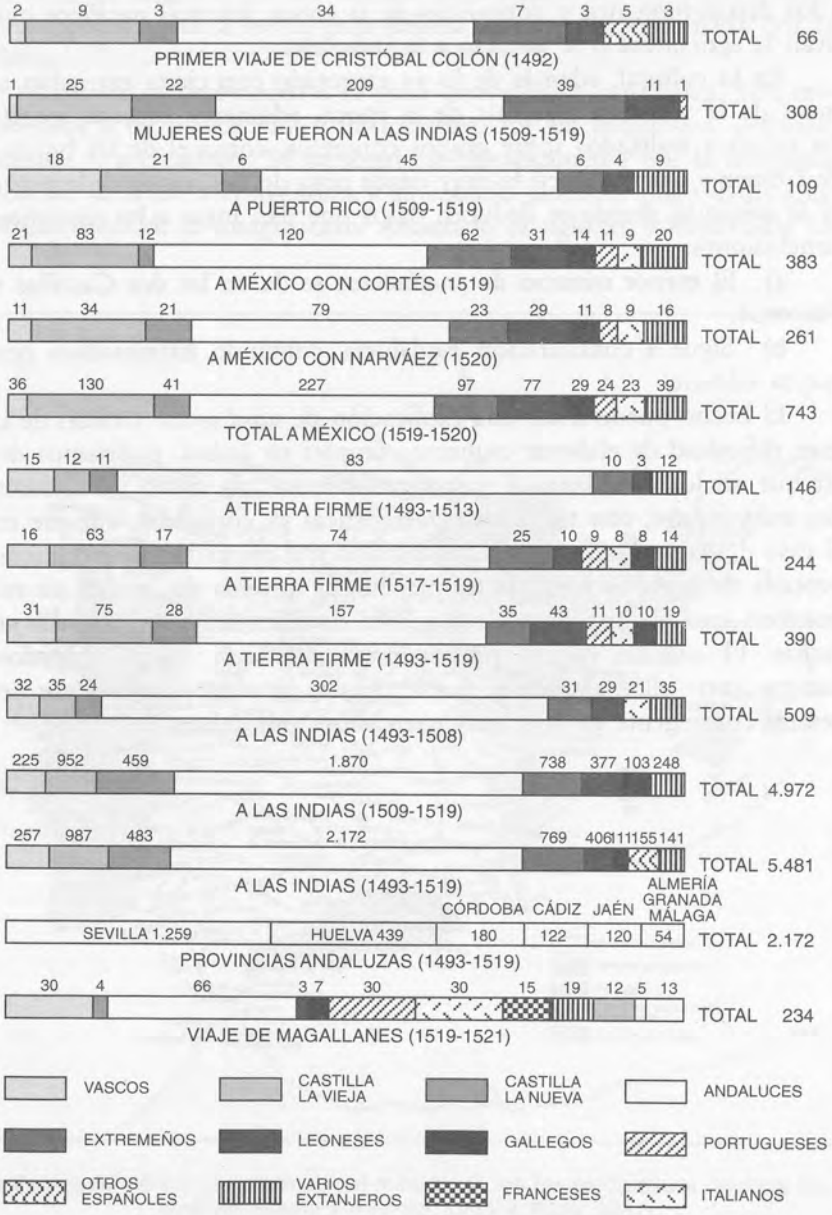
En lo cultural, además de lo ya expresado con cierta extensión al tratar de la sociedad española de la época, adquieren especial interés los estudios realizados sobre grupos concretos, como el de las huestes de Gómez y Marchena en la muy citada obra de *Los señores de la guerra en la conquista*, donde se deducen datos que dan lugar a las siguientes conclusiones:

a) El menor número de analfabetos se da en las dos Castillas y Vasconia.

b) Sigue a continuación Andalucía, contando Extremadura con mayor número.

El hecho puede tener una explicación de *nivel social*. Dentro de la gran dificultad de elaborar esquemas simples en Indias, podríamos decir que en los castellanos y vascongados existe un cierto predominio del *mílite-hidalgo*, con todas las características ya conocidas, aunque en el caso del vascongado coexiste el soldado y el mercader. El extremeño procede de mayoría rural; la misma dureza extrema de la vida de sus hombres crea un tipo de *soldado* que ha de tener un brillo singular en Indias. El andaluz cuenta proporcionalmente con menos soldados, aunque entre ellos abunde el noble origen, pero proporciona ese necesario contingente de artesanos, mercaderes y hombres de la mar.

(I) Gráfico proporcional de la contribución por regiones a la colonización de América



(II) Análisis por provincias y año de partida de 5.481 colonizadores de origen seguro o casi seguro que emigraron a América durante la época Antillana (1493-1519)

	1493	1498-1502	1503-1507	1508	1509	1510	1511	1512	1513	1514	1515	1516	1517	1518	1519	Total
Andaluces (*)		1		1				2			1				3	8
Almería								1								1
Cádiz	3	2	3	4	3	4	8	29	21	10	1	4	14	7	9	122
Córdoba	4	6	5	1	5	8	21	41	35	15	2	8	13	12	4	180
Granada					1			9	2	4		4	2			22
Huelva	43	63	34	9	8	14	15	26	42	40	11	15	49	40	30	439
Jaén	3	2	1	6		4	18	14	30	20	4	3	3	7	5	120
Málaga	1					1	1	2	6	3	2	1	2		2	21
Sevilla	25	28	37	20	23	40	58	207	268	167	40	83	145	61	57	1.259
ANDALUCIA	79	102	80	41	40	71	121	331	404	259	61	118	258	127	110	2.172
Extremeños (*)		1	1	1	1	1	1		1	6		6	3	9	3	34
Badajoz	2	4	9	2	5	14	39	64	78	63	17	50	41	27	25	440
Cáceres		6	3	2	2	5	32	44	54	35	9	27	49	14	13	295
EXTREMADURA	2	11	13	5	8	20	72	108	133	104	26	83	93	50	41	769

	1493-1497	1498-1502	1503-1507	1508	1509	1510	1511	1512	1513	1514	1515	1516	1517	1518	1519	Total
Castellanos nuevos						1			1		1	1				4
Ciudad Real		2	2	4	3	2	5	18	16	7	2	1	1	4	2	69
Cuenca	1	2	2	1	1		2	2	3	7	1	3	4	3	1	33
Guadalajara						1	3	15	9	16	2	11	8		2	57
Madrid	2	1		1	6	1	5	13	27	20	5	2	8	1	10	102
Toledo	1	1	1	3	1	7	26	41	39	24	10	20	20	5	9	208
CASTILLA LA NUEVA	4	6	5	9	11	12	41	89	95	74	21	38	41	13	24	483
Castellanos viejos (*)				1	1	1	2	5	3	12		2		6	7	40
Avila				1	1	3	5	14	12	23	3	11	17	17	3	110
Burgos	1		1	2	4	12	16	33	42	41	10	16	14	16	5	213
Logroño	1			1	1		1	3	9	13	3	2	6	7	7	54
Palencia	1					4	7	24	8	17	8	7	8	10	6	100
Santander	3	6					10	9	7	15	2	5	10	8	5	80
Segovia	2	3		1	2	2	7	7	26	17		5	8	15	13	108
Soria			1		2	2	4	10	14	11	3	2	6	1	2	58
Valladolid	1	4	3	2	4	8	20	29	40	30	13	24	23	16	7	224
CASTILLA LA VIEJA	9	13	5	8	15	32	72	134	161	179	42	74	92	96	55	987
León	1	2	1	1		2	2	8	14	11	2	3	1	3	5	56
Salamanca	6	6	4	1	2	18	21	47	39	31	5	15	28	17	15	255
Zamora	3	4			1	2	11	24	8	8	2	3	15	5	9	95
LEON	10	12	5	2	3	22	34	79	61	50	9	21	44	25	29	406

	1493-1497	1498-1502	1503-1507	1508	1509	1510	1511	1512	1513	1514	1515	1516	1517	1518	1519	Total
Vascos (*)	2	2	2	2	2		1	2	3	14	1			3		34
Alava	1	2				3	1	4	7	12	1	1	5	2	1	40
Guipúzcoa		1	1	2		4	9	11	8	11	2	5	1	5	4	64
Vizcaya	5	5	5	1	3	5	12	10	12	18	7	4	6	16	9	119
VASCONGADAS	8	11	8	5	5	12	23	27	30	55	11	10	12	26	14	257

(*) Sin especificación de provincia.

	1493-1497	1498-1502	1503-1507	1508	1509	1510	1511	1512	1513	1514	1515	1516	1517	1518	1519	Total
ARAGON		1		2			1	2	3	6	4	4	2	5	2	32
VALENCIA, CATALUÑA Y BALEARES	3	2		2		1	1	1	9	7	1		7	4	2	40
MURCIA	1		1	1	1		2	1	12	3	1	1	2	2	1	29
CANARIAS				2			1		1	2		2				29
NAVARRA	2					1	1			2		4				10
ASTURIAS	1	1	1		2	1	3	2	6	10		1	3	2	3	36
GALICIA	5	1		2	6	5	8	12	10	18	1	3	15	11	14	111
PORTUGAL	2	1		1			3		1	6	1		3	13	13	44
ITALIA	5	7	1	8	2		1	1		9	2	2	2	11	10	61
OTROS EXTRANJEROS	1	1		1	2	4	2	2		4		1	1	4	13	36
TOTAL	132	169	119	89	15	181	386	789	926	788	180	362	545	389	331	5.481

(III) La emigración a América desde las regiones principales (1520-1539)

	1520-1524	1525-1526	1527	1528	1529-1533	1534	1535	1536	1537	1538	1539	TOTAL
Andalucía	251 43,7%	280 42,2%	275 32,3%	147 24,3%	168 27,1%	443 27,9%	951 38,4%	596 40,4%	206 25,5%	468 22,7%	462 36,7%	4.247 32,0%
Castilla la Vieja	75 13,1%	95 13,9%	141 16,5%	113 18,7%	92 15,5	353 22,2%	415 15,2%	254 17,2%	176 21,3%	398 19,3%	221 17,5%	2.337 17,6%
Extremadura	87 15,2%	61 8,9%	137 16,1%	91 15,1%	110 17,7%	275 17,2%	362 13,2%	213 14,4%	115 14,2%	569 27,2%	194 15,4%	2.204 16,6%
Castilla la Nueva	40 7,0%	60 8,8%	85 10,0%	105 17,4%	63 10,2%	182 11,4%	407 14,9%	173 11,7%	123 15,2%	215 10,4%	133 10,6%	1.587 12,2%
León	37 6,4%	53 7,8%	96 11,3%	48 7,9%	46 7,4%	150 9,4%	146 5,3%	92 6,2%	65 8,0%	193 9,4%	78 6,2%	1.004 7,6%
Vascongadas	32 5,6%	55 8,1%	30 3,5%	34 5,6%	50 8,1%	60 3,8%	105 3,8%	51 3,5%	44 5,4%	66 3,2%	73 5,8%	600 4,5%
Galicia	6 1,0%	10 1,5%	13 1,5%	9 1,5%	11 1,8%	28 1,8%	40 1,5%	13 0,9%	17 0,4%	23 1,1%	23 1,8%	193 1,4%
Portugal	13 2,3%	6 0,9%	18 2,1%	12 2,0%	23 3,7%	11 0,7%	39 1,4%	22 1,5%	3 0,4%	37 1,8%	8 0,6%	192 1,4%
TOTAL	541	620	795	569	563	1.502	2.465	1.414	745	1.949	1.192	

Capítulo III

ORIGEN SOCIAL DE LOS CONQUISTADORES

La cuestión del origen social de los conquistadores es más compleja que la del origen geográfico. Hemos visto en el capítulo anterior que este último origen se encuentra entre los datos del *Catálogo de Pasajeros a Indias*, extraídos de las «Informaciones y licencias de pasajeros» o de los «Libros de asientos de pasajeros».

Para considerar debidamente el origen social, contamos con una serie de opiniones, ensayos, de prácticamente todos los tratadistas sobre el tema americano. Hemos apuntado ya anteriormente ideas al respecto: En principio, parece que predominaron los «no instalados», con características que encarna el hidalgo, prototipo y meta de aquellos tiempos —sed de honras y aventuras, dureza, austeridad, religiosidad y respeto a la Corona—. Sólo en número muy reducido debieron ser «hidalgos notorios», pero en su mentalidad y ansias de promoción se acercaban bastante a esta figura.

Hemos visto asimismo como en la estratificación social de la España de la época existen fuertes variantes sobre la existente en otros países del entorno próximo. «La larga Reconquista ahormó la estructura social de Castilla en forma diferente a la de otros pueblos europeos». Como citábamos, con palabras de Sánchez Albornoz, en la España de entonces había clases, que no castas,

> clases fluidas entre las que destacaban los caballeros hijosdalgo y los caballeros ciudadanos, ambos entreverados desde siempre en las ciudades y villas del reino, y los labriegos que en ellas o en sus aldeas habitaban desde la Reconquista y la repoblación.

Como de notorio valor para el trabajo que nos ocupa hemos de calificar el trabajo de José Durand *La transformación social del conquistador*. Comienza el estudio con una «Prevención» en la que ya nos avisa de que no se trata de una investigación minuciosa, sino de un ensayo, pero fundamentado históricamente, en su mayor parte, en los cronistas indianos. Tras la «Prevención», el autor hace unas consideraciones sobre «El Tema», a modo de ensayo de interpretación, pero fundamentadas. Hace constar el hecho de que, siglo y medio después de la independencia, «todavía hunde raíces el prejuicio acerca de los conquistadores, pretendida secta de malvados, hampa internacional, bestias sedientas de oro». Durand quiere estudiar la conquista «desde dentro, contemplándola *a través de los ideales del conquistador*». Reconoce que la manera de pensar de estos hombres resulta extraña hoy día y hay que hacer un esfuerzo para entenderla.

Para comenzar, no basta conocer cómo era el conquistador en España. Ortega, en una conferencia dada en Buenos Aires hacia los años 30, sostuvo que este hombre «se convirtió en un hombre nuevo no bien llegó a América». Richard Konetzke, en cita también de Durand, nos recuerda cómo, si se planta un árbol en tierra extraña, su desarrollo depende también de la nueva tierra, de las circunstancias favorables o adversas que vaya encontrando al desarrollarse.

Pero ¿quiénes fueron a América? En palabra de Durand,

> no todos los tipos humanos, ni en la misma proporción, viajaron a Indias: los que se aventuraron a venir no solían ser aristócratas, ni tampoco artesanos o labradores. Un solo y grande contingente de soldados, hidalgos segundones en su mayoría, pasó a las nuevas tierras y en ellas se hizo el amo.

En otra parte dice el mismo autor que

> una revisión de esos catálogos de viajeros, completada con las noticias de los cronistas, permite comprobar que las campañas indianas se ejecutaron con personas que, por lo general, coincidieron en tres rasgos: los de ser *guerreros, jóvenes* e *hidalgos segundones* (o también deseosos de nobleza). Esos tres rasgos acarreaban implicaciones decisivas para una transformación social, pues la nueva sociedad hubo de formarse en América con el absoluto predominio de una profesión, *la milicia*, con la preponderancia de una clase social mixta, que em-

> parejaba a la baja nobleza y los plebeyos más ambiciosos; y en fin con una mayoría de gente joven.

Como ya vimos anteriormente, el hidalgo, de afanes guerreros perpetuados por la Reconquista, iba tras la honra y la fama. En la escala más baja de la nobleza, abundaban en esta categoría los escasos de patrimonio, especialmente los segundones. De otro lado estaban los caballeros villanos situados en un nivel económico aceptable, pero que no se conformaban con eso. Iban tras el ascenso social por la vía de la noble profesión de las armas. Vistos con los ojos de Durand, contaban todos «con esa característica terquedad española, esa infinita capacidad de cerrar los ojos ante la desilusión, que recibe el nombre castizo de empecinamiento».

Aunque posteriormente veremos la forma de ir comprobando estos asertos, con Durand «en los tiempos de Colón y los primeros descubrimientos, aventureros y villanos formaban el grueso de los viajeros. Luego se prefirió dejar pasar a los hidalgos, esos hidalgos pobres que en España no había cómo mantener y ocupar».

Dice Bernal Díaz del Castillo que sus compañeros de armas eran «todos los más hijosdalgo, aunque no pueden ser de tan claros linajes, porque vista cosa es que en este mundo no nascen todos los hombres iguales, ansí en generosidad como en virtudes». La afirmación de Díaz del Castillo es aún más general y tendrá que sufrir los análisis posteriores.

Gonzalo Fernández de Oviedo, autor de una *Historia General* en 50 libros, buen conocedor de nuestra América de entonces, tiene un párrafo muy esclarecedor:

> Yo os digo, *caballero pobre* o *hidalgo necesitado*, o *artesano de mal reposo*, o *villano mal aconsejado*, que vosotros e todos los que destas calidades os hallastes en esta armada, que tenés justa paga de vuestro mal acuerdo. Porque al pobre caballero fuera más seguro estado el que se tenía, sirviendo a otros mayores; y al escudero ejercitándose de manera que no le pudiera bastar con su hacienda, bastara él a ella; y al artesano no desemparar su oficio, ni al villano su arado; porque en el cavar y en las otras labores y agricultura, que dejó por venir a las Indias, había más seguridad y quietud para el cuerpo y para el ánima, que no escoger una liviandad tan notoria e peligrosa...

Oviedo, buen conocedor del tema, pasa revista a quienes fueron a Indias:

caballeros pobres,
hidalgos necesitados,
artesanos «de mal reposo»,
villanos «mal aconsejados».

Sin embargo, el mismo Fernández de Oviedo cuenta cómo, en 1502, cuando embarca en Sevilla Nicolás de Ovando, se hace acompañar «por personas religiosas y caballeros e hidalgos, y hombres de honra y tales cuales convenía para poblar tierras nuevas, y las cultivar Santa y rectamente en lo espiritual y temporal».

Veamos lo que se deduce del *Catálogo de Pasajeros a Indias*. Si analizamos el volumen I (1509-1534), buscando el nivel social a través de la actividad personal del poblador o de su ascendiente, encontramos que de un total de 5.320 fichas sólo obtenemos datos de profesión y ocupación de los siguientes:

52 de niveles muy altos,
276 de niveles altos,
407 de niveles medio/bajos,
(véase cuadro 1, p. 274).

En el volumen II del *Catálogo*, con 5.620 fichas (1535-1538), los datos son los siguientes:

78 de niveles muy altos,
296 de niveles altos,
147 de niveles medio/bajos,
(véase cuadro 2, p. 276).

En el volumen III (1539-1559), con 4.540 fichas, las cifras son:

119 de niveles muy altos,
751 de niveles altos,
998 de niveles bajos o medios,
(véase cuadro 3, p. 277).

En el volumen IV, los datos son:

189 de niveles muy altos,
594 de niveles altos,
1.990 de niveles medios o bajos,
(véase cuadro 4, p. 279).

En el volumen V, hasta 1573, los datos resultantes son:

427 de niveles muy altos,
580 de niveles altos,
2.352 de niveles medios o bajos,
(véase cuadro 5, p. 280).

De lo anterior puede deducirse, como tendencias según los datos de que se dispone, lo siguiente:

a) Los niveles altos, por inmigración o ascenso social de los que están en América, crecen considerablemente *a partir de 1539*, después de realizado lo fundamental de la acción conquistadora, y cuando se va consolidando el aparato administrativo de Indias.

b) A partir de la misma fecha va aumentando el número de los que tienen profesión conocida, lógico a medida que va culminándose la conquista y la sociedad, en su desarrollo, va haciéndose más compleja.

c) Tanto el número de personas con el título de *don* como el número de criados incrementa a partir de dicha fecha, como consecuencia de la ascensión social del conquistador.

Finalmente, los datos del *Catálogo de Pasajeros a Indias*, de un total de 33.793 personas, nos dan la ocupación o nivel de 9.256, es decir, un 27,20 %. Los 9.256 se distribuyen como sigue:

Nivel señorial	9,3 %
Trabajo intelectual	26,9 %
Trabajo manual	62,9 %

En los datos de Boyd-Bowman, de un total de 12.740 pasajeros, identifica la ocupación de 5.751, un 45,14 %, distribuidos como sigue:

Nivel señorial	20,2 %
Trabajo intelectual	46,6 %
Trabajo manual	33,2 %

Al ampliar Boyd-Bowman la investigación, los datos no resultan coincidentes, pero lo importante es que queda aún una extensa zona, de un 54,86 % en el trabajo segundo, más depurado, sin determinación de nivel social u ocupacional. Aparte de las conclusiones a que llegan historiadores como Ballesteros, Durand, Fernández de Oviedo, etcétera, y de la lógica deducción a que se llega en el análisis de la sociedad española que se ha realizado en el capítulo uno, nos quedan aún por ver, a continuación, investigaciones concretas en huestes, junto a unas consideraciones sobre el problema de los campesinos que reafirman lo ya expresado: aparte de los hombres de oficio y artesanos, a Indias va el hombre de milicia, el hidalgo, no hidalgo notorio en su mayoría, sino pobre y segundón, «hijo de» padre conocido y reconocido o de solar conocido, unido al «caballero villano». Es la histórica pareja de Sánchez Albornoz, ambos con esa mentalidad que tiende a extenderse entre todas las clases sociales en aquel siglo, llamado «el siglo de los hidalgos».

Veamos a continuación unos importantes apoyos a estas ideas.

Dados los requisitos que se exigen a los pasajeros de Indias, coincidentes en efecto con la dificultad de cambio y de desplazamiento de los estratos más inferiores de la sociedad, resulta que una parte importante de los pasajeros debieron ser artesanos y menestrales. El resto, muy altos o altos niveles, son menos del 21 % y queda la importante masa de estos «hombres de guerra» que sólo podían ser hidalgos en el más bajo escalón de la nobleza o villanos libres.

Los que no fueron a Indias fueron los «instalados», la nobleza —en general— o los que, en la última escala social, no podían ir porque no se les permitía, o los trabajadores rurales de la clase inferior, ligados por vínculos de dependencias o incapaces de abandonar el terruño o su familia al hambre y a la desesperación.

Pero sigamos con la comprobación de estos asertos según los datos a nuestra disposición:

En el tomo I del libro de Boyd-Bowman, de forma análoga a lo considerado en los volúmenes del *Catálogo de Pasajeros a Indias*, de sus 5.319 fichas entre 1493 y 1519, tenemos, en cuanto a ocupaciones:

246 de niveles muy altos,
954 de niveles altos,
1.086 de niveles medio/bajos,
(véase cuadro 6, p. 281).

En el tomo II de Boyd-Bowman, de sus 7.421 fichas, encontramos:

887 de niveles muy altos,
1.754 de niveles altos,
824 de niveles medios o bajos,
(véase cuadro 7, p. 283).

Cotejando estos dos tomos con el primer volumen del *Catálogo*, observamos que Boyd-Bowman nos da una mayor riqueza de datos. Hasta 1539 tenemos en total:

1.162 de niveles muy altos,
2.295 de niveles altos,
1.910 de niveles medios o bajos.

Carmen Gómez y Juan Marchena, en su citada obra de *Los señores de la guerra*, de un total de 447 emigrantes deducen la siguiente composición:

Nobles e hidalgos notorios	125	27,9 %
Hidalgos marginados	29	6,4 %
Hijos de	226	50,5 %
Plebeyos, honrados y humildes	64	14,3 %
Castas	3	0,6 %
Sin datos	235	38,8 %

Los «hijos de» —como dicen estos autores— son la mitad. «Ni hidalgos ni plebeyos; son la "gente bien" procedente de Castilla» cuya familia era dueña de alguna pequeña parcela o se dedicaba al negocio artesano.

Los hombres humildes no llegan al 15 %. Son los marineros y los sirvientes de los hidalgos. El hombre realmente humilde no podía si-

quiera pensar en irse a las Indias ni cambiar su vida. Los tres citados en «castas» son un negro esclavo y dos mulatos.

El cuadro final de la obra citada es el siguiente:

	Hidalgos %	Hijos de %	Plebeyos %
Andalucía	51,8	20,4	27,7
Extremadura	66,2	18,7	15,0
Castillas	41,2	53,9	4,9
Vasconia	59,2	–	–
Navarra	41,6	–	–
Galicia	20,0	–	–
Extranjeros	64,2	–	–
Resto	53,8	–	–

Como conclusiones del estudio citado se deduce que:

a) El grupo de élite son los caballeros o «gente de a caballo». Suelen ser hidalgos y constituyen un tercio de la hueste,

b) la «gente de guerra» son casi la mitad: peones y piqueros. Son los «hijos de»; si consiguen un caballo pueden ascender al grupo anterior,

c) la gente de servicios son casi un quinto del total: los artilleros generalmente bajo contrato, la gente de mar y los oficios, más los criados de los capitanes.

Un análisis de los 150 hombres que comenzaron la conquista de Chile con Valdivia nos da la siguiente composición: dos caballeros notorios, tres caballeros, once hidalgos de solar conocido, veintitrés hidalgos, nueve hombres de honra y prez, nueve plebeyos, seis mestizos y un esclavo negro. Es decir, tres hombres de cada cuatro a nivel al menos de hidalgos u «hombres de honra y prez».

Merece tratamiento aparte la cuestión del campesino. Aunque pudiera a primera vista parecer lógico que fuera parte importante del poblamiento, no es así en realidad. Ya hemos visto su escasez en los cuadros de ocupaciones —38—; pudiera creerse que ocultarían su oficio, pero vamos a hacer algunas consideraciones sobre el tema.

Un descenso de población trabajadora, mano de obra barata para trabajos duros, supone pérdida para los señores que la utilizan, y por ello, éstos se habían de manifestar reacios a la salida para América de sus vasallos.

En abril de 1497, una Real Cédula dada en Burgos autoriza a Cristóbal Colón para que tome a sueldo a 330 personas:

> para questen en las Indias, de los ofycios e forma siguiente: quarenta escuderos, cien peones de guerra e de trabaxo, treinta marineros, treinta grumetes, veinte labradores de oro, cinquenta labradores, diez ortelanos, veinte ofyciales de todos los ofycios e treinta muxeres... los quales fagais pagar sueldo...

La Corona realiza una política de atracción de campesinos hacia Indias, concediéndoles privilegios, ya en la Instrucción de los Reyes Católicos en 1497. Pero la reacción negativa de los señores no se haría esperar.

En 1517, el padre Las Casas obtiene del Emperador en Burgos autorización para llevar 3.000 labradores a América. En aquella ocasión le dice el obispo de Burgos: «ahora veinte años quise yo enviar labradores y no hallé veinte que allá pasasen».

Seguimos fundamentando nuestro estudio del campesino en un excelente trabajo publicado por el Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo» del CSIC, de V. Fernández Vargas, *América y la España del siglo XVI*: Cuando el padre Las Casas comienza a reclutar campesinos en Berlanga, tierras del Condestable,

> teniendo la villa 200 vecinos se inscribieron más de los 70 dellos, y para se inscribir, entraron en Cabildo secretamente, por miedo al Condestable... y entre los que vinieron fueron cuatro los que se subieron a un pajar cuasi temiendo que las paredes lo habían de decir al Condestable y le dijeron: «señor, cada uno de nosotros no quiere ir a las Indias por falta que tenga acá... sino vamos por dejar a nuestros hijos en tierra libre y real.

El Condestable hace «rogar al Clérigo que se saliese de su tierra... y que le rogaba que fuera a sacar labradores a otra parte».

Cuando el padre Las Casas abandona su territorio, «mandó a pregonar al Condestable que cualquier que comprase la hacienda de los que se habían escripto para Indias la tuviera por perdida».

Esto que antecede pone bien de manifiesto la dificultad de emigrar a América para los campesinos, por lo que no se puede considerar significativa su aportación humana.

Por otra parte, está la cuestión de las restricciones que la Corona impuso a la emigración. Nos ceñiremos solamente a las disposiciones más importantes. En 1508, el Rey Católico dice al comendador Ovando:

> me suplicaron los dichos procuradores mandase que los descendientes de judíos, e moros e quemados e Reconciliados, hasta el cuarto grado, e herederos de los sobredichos, no pudiesen yr a la dicha ysla (La Española), e los que agora en ella están se saliesen della.

Una Real Cédula de 1509, dirigida a la Casa de Contratación, dice en palabras del Rey:

> porque yo he seydo ynformado que a cabsa de aver pasado a las dichas yndias algunos letrados abogados, han subcedido en ellas muchos pleitos e difierencias, yo vos mando que de aquí en adelante no dexeys ny consyntays pasar a las dichas Indias ninguno letrado abogado syn nuestra licencia e especial mandado, que sy necesario es, por este presente cédula lo vedamos e prohibimos.

En palabras muy acertadas, dice Velasco:

> ...y así solamente se permiten pasar los que van con oficios a aquellas partes, con los criados y personas de servicio que han menester limitadamente, y los que van a la guerra y nuevos descubrimientos, y los mercaderes y tratantes y sus factores, a quien dan licencia por tiempo limitado que no pasa de dos o tres años los oficiales de Sevilla, y esto cargando de hacienda suya propia hasta cierta cantidad. Y no se consiente pasar a las Indias extranjeros..., ni destos reinos los que fueren de casta de judíos o moros o penitenciados por la Santa Inquisición, ni los que siendo casados fueren sin su mujer, salvo los mercaderes y los que van por tiempo limitado...

Todas estas consideraciones, opiniones de tratadistas antiguos o modernos, así como lo extraído del *Catálogo de Pasajeros a Indias* y de otros trabajos, nos aproximan al objetivo de situar al hombre que fue a Indias en nuestra época en su nivel social de procedencia. En la segunda parte, nos acercaremos aún más, en su nivel correcto social, al hombre de armas.

Posteriormente, son ennoblecidos (Ley VI, don Felipe II, Ordenanza 99):

> Que los pobladores principales y sus hijos y descendientes legítimos sean Hijosdalgo en las Indias.
>
> Por onrar las personas, hijos y descendientes legítimos de los que se obligaren a hazer población, y la huvieren acabado y cumplido su assiento, les hacemos Hijosdalgo de solar conocido, para que en ella aquella población y otras qualquier partes de Indias, sean Hijodalgo, y personas nobles de linaje, y solar conocido, y por tales sean havidos y tenidos, y les concedemos todas las honras y preeminencias que deven haver y gozar todos los Hijosdalgo y Caballeros de estos Reynos de Castilla, según fueros, leyes y costumbres de España.

Capítulo IV

LA VIDA COTIDIANA

A fin de acercarnos más al personaje de nuestro trabajo, bueno es conocer su vida cotidiana. Primero, en España, luego en su viaje a Indias y, finalmente, en territorio americano.

Ya en el preámbulo, dedicado al conocimiento de la sociedad española, se dan datos e informaciones que nos acercan a este adentrarnos en la vida que llevaban los pasajeros a Indias antes de emprender su decisivo viaje. Así, la dura vida en la Península, hambres y pestes, clases sociales, la vida del hidalgo y del soldado, cultura y economía son temas que nos han ido contorneando la vida cotidiana. Pero son estos mismos rasgos contemplados desde el hombre aislado, la casa donde vive, la vestimenta que lleva, su comida, su forma de viajar, sus juegos, horario y costumbres los que nos van precisando el cuadro, aproximándonos a la intimidad de nuestro protagonista, yendo hacia dentro cuando él, esclavo de su honra, vive especialmente hacia afuera, hacia los demás.

El hombre de la época habla poco de lo cotidiano. Es curioso, por ejemplo, que los conquistadores, en su correspondencia, no cuentan sino muy a grandes rasgos, sin detalles, la vida que llevan. En cambio nos dan datos interesantes de la vida en su Castilla por aquello que piden y cuya falta notan en Indias.

En la Península

La esperanza media de vida era en aquel entonces de 30 a 35 años, y los que llegaban a edades superiores mostraban prontamente los atri-

butos de la vejez. Se puede calcular, además, que el primer año moría un 50 por 100 de los niños, por lo que el crecimiento demográfico se debía a que eran más los hijos que habían nacido y conseguido sobrevivir que los fallecidos.

En relación con la vejez, Erasmo, que llegó a alcanzar 75 años, relata que ya a los 35 le costaba trabajo sacar fuerzas del cuerpo. Así, uno de los grandes mitos de la época es la existencia de la fuente de la vida, que persigue incansable Ponce de León en su exploración de la Florida. El suicidio, sin embargo, a pesar de la dureza de la vida, era muy raro.

Las pestes eran terribles plagas, como ya vimos. La sífilis llega por primera vez a Europa en 1494, traída con toda certeza, en su forma virulenta, del Nuevo Mundo. Son las temidas «bubas». Su efecto fue tremendamente rápido. El emperador Maximiliano juzgó que la sífilis era un signo de castigo divino en los umbrales del año mítico de 1500.

Guicciardini, el embajador florentino, se sorprende de la extrema penuria en que viven los hidalgos, de la escasez de habitantes en las poblaciones, de la condición miserable de las viviendas, en su mayor parte construidas de barro, y de las calles llenas de inmundicias. El florentino comparaba España con las bellas ciudades italianas del Renacimiento y la comparación era bien desventajosa para Castilla.

Las *casas* de la primera mitad del siglo XVI son como las de finales del siglo anterior. Eran de muy reducida extensión, debido a la existencia de murallas, que impedían normalmente el aumento de la ciudad en extesión. Hurtado de Mendoza, hablando de Toledo, dice que allí había muchas viviendas sin patio y tan pequeñas y estrechas «que más parecen jaulas de pájaros que moradas de hombres». Estas casas, de mezquina fachada, a veces tienen un interior suntuoso. De las casas toledanas dice Marineo Sículo que «son mucho mejor por dentro que por de fuera parecen». Todavía en 1589 eran raros los vidrios en las ventanas, lo que indica que las casas estaban a merced del frío. Los retretes eran escasos y considerados como un lujo. Las chinches y las pulgas eran normales acompañantes de la falta de higiene.

El mobiliario era el conocido de «estilo español» en mesas (la tradicional mesa española es desmontable), sillas de caderas y de brazos, escritorios, arquetas. Una costumbre que nos define bien la vida española de entonces es la de sentarse las damas sobre ricos almohadones

dispuestos en una tarima alfombrada. En tiempo frío, un gran brasero se coloca en el centro sobre la tarima.

En cuanto a *vestimenta*, para cortar los excesos de lujo, el año 1499, en Granada, dan los Reyes Católicos una pragmática limitando el uso de los trajes de seda: se exceptúa de esta medida a los habitantes de Vizcaya, Guipúzcoa, Asturias de Oviedo y de Santillana y a los maestres capitanes y patrones de naos, que podían gastar jubones y caperuzas de seda; la misma libertad tenían los que mantuviesen caballos.

Los hidalgos, en tiempo del Rey Católico, usaban el cabello largo y la barba rapada y tocaban su cabeza con bonetes acuchillados.

Nicolás de Popplan, caballero silesiano, ridiculiza las maneras de vestir, de particular las muchas sayas sobrepuestas que usaban las mujeres y que parecían, en su opinión, gansos de San Martín.

Pero, sin embargo, un viajero anota que las mujeres de Génova, las más bonitas de Italia según él, habían comenzado a vestirse en 1517 como si fueran españolas.

Las costumbres de la época de los Reyes Católicos están descritas en forma crítica en el interesante libro de fray Hernando de Talavera titulado *Tratado del vestir, del calzar y el comer.* En él se ponen de relieve las artes femeninas:

> Agora, demandando perdón a las honestas y cargando de culpa a la disolución de las otras, comencemos de las cabezas. Casadas y por casar se dissuelven primeramente en criar y azufrar los cabellos, comenzando a representar el azufre de los infiernos y las vivas llamas de aquel terrible fuego, obscuro y negro, en que han de arder con ellos. Ya descubren toda la cabeza, porque parezcan más los cabellos, ya la cubren con crespina de oro o con alvanegas de seda... Ya echan la crencha de fuera... Ya fazen dellos diadema... ya se tocan cobriendo la cabeza toda...
>
> Las tocas pocas veces son luengas que descienden fasta los pechos muchas veces son tan cortas que apenas cubren las orejas... y lo que es peor y más defendido, que algunas ponen bonetes, sin verguenza en sus caras...
>
> Solían usar (antes) gorgueras que cubrían las espaldas y los pechos... aunque eran tan delgadas, labradas e randadas que se podía traslucir la blancura dellos; pero más honesto era que traerlos descubiertos.

Con los Austrias, los elegantes de la época, llevaban jubón cubierto de oro, medias sutiles de pelo, ajustados escarpines, golilla y ropilla entallada, espada, capa, sombrero de castor y traje negro, de rigor entonces. Las damas llevan el enorme guardainfante y sobre él una pollera guarnecida en oro, encima, una basquilla de mucho ruedo; jubón emballenado y con grandes faldones, tan escotado que deja al descubierto hombros, espalda y pecho; mangas abiertas con los brazos al aire; debajo del jubón una camisa transparente; valona cariñana, collares de oro y perlas, manto de humo y guantes labrados. Si es invierno, estufilla de martas, y si es verano, con abanico.

El pelo, que se llevaba largo en tiempo de los Reyes Católicos, se usa corto en tiempo del emperador.

Los conquistadores piden tejido para sayo y capa y calzas, negro y raso para jubón. El negro es símbolo de clase hidalga. A las mujeres se les recomiendan vestidos de tafetán negro y otros de raso pardo y jubón. Dicen a sus familias que van a unirse a ellos en Indias, que tengan en cuenta que allí, donde uno no es conocido, es su presentación la vestimenta.

La *comida* del hidalgo modesto es la que refiere Cervantes en *El Quijote*: olla con algo más de vaca que de carnero, duelos y quebrantos, lentejas y algún palomino. La carne de vaca era entonces más barata que la del carnero. El salpicón se hacía de vaca con tocino de pernil cocido, picado y mezclado con la vaca, condimentado con sal, vinagre y cebolla picada. Los duelos y quebrantos eran huevos y torreznos.

La alimentación de las clases no privilegiadas se componía fundamentalmente de grano: trigo, centeno, cebada y avena. La comida más común era la de sopa de verduras con trozos de pan. La carne se probaba en la mayoría de las familias como una docena de veces al año. Los huevos y a veces un ave enriquecían la comida en el campo. La diferencia entre la alimentación del rico y del pobre era extrema. Los excesos de los relatos de la época producen un tremendo contraste con la sobriedad de los más, fruto de pobrezas.

El hombre del Renacimiento tiene una gran inclinación a los viajes, pero los escritores de la época hablan de las posadas y de sus pésimas condiciones. La gente principal viajaba a caballo o en literas. Los plebeyos realizaban los grandes viajes en «galeras de tierra», grandes y lentos carromatos tirados por mulas, y a veces por bueyes. Los recorri-

dos más reducidos se cubrían a pie, a base de unos 20 kilómetros de media diaria, o con medias bastante mayores en caso necesario. La aptitud para la marcha del hombre en aquella época era muy superior a la del hombre actual, lo que se ha visto incluso en la distinta configuración de los huesos de sus extremidades inferiores.

En el Mediterráneo se navegaba en galeras, movidas a remo por el forzado y galeote. La galera llevaba usualmente 25 remos en cada costado, con tres galeotes por cada uno de ellos. La galera era del Rey o de un particular con licencia regia. Éste no era mercader sino marino, actuando en empresa militar, caso de coroneles mercenarios alemanes y suizos. La galera era esencialmente un buque de guerra aunque se usara para transporte también, y contaba además con alguna vela.

Para el Océano se construye un nuevo tipo de nao, experimentada por los portugueses: la carabela. Si navega noche y día, puede sobrepasar la media más alta de la posta en tierra: 135 kilómetros al día.

El problema de la carabela era su escasa capacidad de carga. Por ello, para la navegación en rutas seguras se ideó una nave más larga, de gran calado y enormes bodegas, el galeón, tan alto como la nao, de tres o cuatro mástiles, dos puentes y tres o cuatro pisos en popa. Su capacidad de carga estaba entre 600 y 800 toneladas.

Este galeón es creación española, género de nao híbrida, mezcla de nave de guerra y de comercio: es una embarcación de altura sin remos. Don Álvaro de Bazán empleó en la carrera de Indias galeones muy grandes.

Las costumbres de aquellos años eran bien livianas y *La Celestina* nos muestra bien a las claras la vida desordenada de entonces. Existía un espíritu caballeresco, gran amor a las aventuras y poco respeto a la fidelidad conyugal. La corrupción alcanzaba también a parte del clero.

El *juego* tenía un papel importante en la vida de entonces. Un libro de fray Francisco de Alcocer, *Tratado del juego* (Salamanca, 1559), está dedicado al tema de la moralidad del juego y sopesa en cada caso las circunstancias: hasta dónde es un pasatiempo, corresponde a la necesidad de descanso o cuándo representa un peligro para el alma o la conciencia que quiere servir a Dios. Declara el libro cuándo es lícito jugar y cuándo es pecado venial y cuándo mortal. Trata asimismo de otros ejercicios y regocijos que pueden encuadrarse entre los juegos, como son las apuestas y suertes. Y habla de truhanes, torneos, toros,

justas, juegos de cañas, correr sortijas, esgrimir y voltear, y otras cosas «en las que el lector encontrará solaz y doctrina».

Pero el juego era pasión funesta de todos. Los jugadores de buena fe se denominaban tahúres, pero siempre encontraban pícaros dispuestos a desplumarlos. En 1518, el legislador prohíbe los «dados secos», salvo cuando jueguen a las tablas. Las Cortes de 1528 mencionan los juegos vedados, y en ese mismo año, el emperador prohíbe se juege a crédito ni fiado en los juegos lícitos.

Se jugaba en todas partes, en caminos, plazas y mesones, pero en especial en los garitos. Las casas de juego se llamaban «de conversación» para esconder su finalidad.

El mayor problema era que el juego constituía la causa principal de las reyertas, de aquí el interés del legislador por su regulación. Los menos dotados eran los que tenían una mayor inclinación a tirar de cuchillo, en el marco de la general inclinación a la violencia.

A modo de resumen de esta panorámica de la vida cotidiana en la época, traemos algunas observaciones del citado Francisco Guicciardini, embajador cerca de Fernando el Católico entre 1512 y 1513:

> Los hombres de esta nación son de carácter sombrío y de aspecto adusto, de color moreno y baja estatura; son orgullosos y creen que ninguna nación puede compararse con la suya; cuando hablan ponderan mucho las cosas y se esfuerzan en aparecer más de lo que son: agrádanles poco los forasteros y son con ellos harto desabridos; son inclinados a las armas, acaso más que ninguna otra nación cristiana, y aptos para su manejo, por ser ágiles, muy diestros y sueltos de brazos; estiman mucho el honor, hasta el punto de que, por no mancharlo, no se cuidan generalmente de la muerte.

El mismo embajador, al considerar el hecho de que un pueblo tan guerrero haya sido sometido por otros, dice:

> La causa de esto puede ser que quizás tenga mejores soldados que generales y que sus habitantes hayan sido más aptos para el combate que para el gobierno o el mando, y tratando un día esta cuestión casualmente con el rey don Fernando, me dijo que esta nación era muy dispuesta para el ejercicio de las armas, pero que también era desordenada, y que sólo se sacaba de ella el fruto conveniente cuando encontraba gobernantes que supieran regirla.

En los viajes

El viaje a Indias requiere una consideración especial, ya que las condiciones de vida a bordo de los barcos serían hoy inconcebibles. Seguimos en esto a Irving A. Leonard en *Los libros del conquistador*. En relación con la tripulación, ésta comía con los dedos, en platos de madera, sobre una especie de mantel que se extendía en el suelo. Las raciones solían ser adecuadas y consistían en pan y fríjoles o garbanzos. Unos tres días a la semana se añadía, por ejemplo, carne salada, en los otros días, queso o bacalao salado. Un cuarto de botella de vino, especias, cebolla y ajos completaban el menú.

Los oficiales del barco comían en mesa aparte y los pasajeros se atendían por sí mismos. Se llevaban animales vivos, como cerdos, ovejas y aves que se iban consumiendo durante el viaje. El agua de beber se suministraba diariamente en pequeñas cantidades, y si era posible, alguna cantidad reducida para limpieza personal.

Los pasajeros tenían la obligación de presentarse a bordo debidamente armados para contribuir a la defensa del barco en caso de que fuera atacado. Tenían además que llevar todo lo que necesitaran para el viaje y estaba prohibido que recibieran abastecimiento alguno que correspondiera a la tripulación. Así tenían que llevar ropa de cama, vestimenta y comida y bebida para todo el tiempo de navegación, lo que suponía una cantidad enorme de equipaje, con los problemas inherentes a la limitación de espacio en los pequeños barcos.

Un documento de la segunda mitad del siglo XVI relaciona lo que debe llevar el pasajero que vaya a la región del río de «la Plata»: cuatro quintales de galleta de munición; dos barriles de harina, con 28 arrobas; ocho arrobas de vino; dos fanegas de fríjoles o garbanzos; cuatro arrobas de aceite de oliva; seis arrobas de vinagre; una arroba de arroz; dos arrobas de pescado seco; tocino, cebollas, ajos, aceitunas, higos, pasas y almendras.

La vestimenta que se indicaba para el viaje era: varias casacas, un par de pantalones de lino y otro de lana; una chaqueta de mar de lana, con dos pares de medias de lana; un capote corto; dos capotes largos, uno negro y otro café oscuro; dos gorras de lana y dos sombreros corrientes; doce pares (!) de zapatos, con o sin cintas, y «media arroba de jabón».

Fray Bartolomé de las Casas cruzó el océano cuatro o cinco veces y se conserva el relato del viaje que este famoso dominico hizo a Santo Domingo en compañía de miembros de su Orden en 1544 cuando se dirigía a su obispado en Chiapas. Le acompañaba en este viaje la viuda de Diego Colón, hijo del descubridor, doña María de Toledo o «la virreina» como es llamada en el relato, que acompañaba los restos de su marido para darles cristiana sepultura en Santo Domingo.

Se trataba de un convoy de 27 barcos y en la mañana del 9 de julio de 1544, 48 hombres en sayal, que habían esperado unos seis meses en Sevilla y Sanlúcar a que llegara este momento, se embarcan en uno de ellos, el *San Salvador*. Durante tres días de terrible sol, durmiendo en cubierta, se intenta sacar el barco varado en la arena. Al final sale, con tal mar gruesa que todos los frailes se marean y quedan tirados en cubierta, abrasada por el sol, sin poder tomar ni un bocado.

Hay que añadir además el temor a los ataques de los franceses, entonces en guerra con España. Se escuchan cañonazos, se sufren miedos e incertidumbres.

El padre fray Tomás de la Torre, acompañante de fray Bartolomé, escribe:

> Hay pocas ganas de comer y arróstranse mal las cosas dulces; la sed que se padece es increíble, acreciéntala ser la comida bizcocho y cosas saladas. La bebida es medida medio azumbre de agua cada día, vino lo bebe quien lo lleva. Hay infinitos piojos que comen a los hombres vivos... Hay mal olor especialmente debajo de cubierta, intolerable en todo el navío.

Habría que añadir las cucarachas y ratas, casi reglamentariamente en los buques de entonces. Además, la mala distribución de la carga producía excesivo movimiento del barco. Al llegar a Canarias, todos los seglares pensaban que la causa de todos estos infortunios eran los seglares pensaban que la causa de todos estos infortunios eran los dominicos. Diez días pasaron en la Gomera y 17 de los 48 padres son transbordados a otras unidades. 43 días más de peripecias y llegan a Santo Domingo...

El problema de la higiene a bordo se suavizaba con la natural ventilación en cubierta, pero en caso de temporal era difícil secar la ropa, ya que a bordo ese fuego es una amenaza y sólo se contaba con

el fogón de la cocina. Para satisfacer las necesidades naturales, los tripulantes se sujetaban de las cuerdas o del propio navío, o se situaban en una tabla que llamaban «jardín» y que pendía sobre las olas y lanzaban al mar sus excedentes fisiológicos.

En los barcos, la guardia se hacía en tres turnos. La primera se iniciaba la anochecer, regida por el capitán o contramaestre; la segunda era «la modorra», comenzaba a media noche y estaba a cargo del piloto o del timonel; la tercera duraba hasta el amanecer, regida por el suboficial. Al amanecer, el grumete cantaba las horas y entonaba:

¡Bendita sea la luz,
y la santa Veracruz,
y el Señor de la verdad
y la santa Trinidad,
Bendita sea el alma,
y el Señor que nos la manda,
Bendito sea el día,
y el Señor que nos la envía!

En Indias

La vida en Indias es diferente según la época. Durante la conquista propiamente dicha se anda siempre con el arma al hombro. La vida es la dura y simple del soldado, que tan bien describe Bernal Díaz del Castillo. Hoy día, aun en la milicia, esta vida narrada es inconcebible. Las prendas defensivas —casco, coselete, rodela— y las armas —pica, lanza, arcabuz— tenían un gran peso y con ellas había que recorrer tremendas distancias. Esto separa especialmente al hombre de a pie y al de a caballo, pero ambos sufrían lo que realmente era entonces una continua lucha.

De conquistador se pasa a encomendero, propietario de indios, tierras y ganados. Entonces se reconstruye la vida señorial de la Península, pero con grandes diferencias: al señor recién estrenado e incluso al que ya viene de hidalgo, no le importa ejercer en cada momento el necesario oficio. ¡Y esto sí que es cambio importante!

Cuando Pedrarias Dávila se encuentra con Vasco Núñez, se extraña aquél, vestido como para la ceremonia del encuentro, con un hom-

bre en plena faena artesanal. Y los hidalgos indianos comercian, señal de que algo iba cambiando en Indias durante la conquista.

De todas formas, es muy difícil generalizar sobre las Indias siendo tan extensos territorios. En algunas zonas, al problema de los indios se añadían las acciones de otros europeos en competencia con la dominación española. Una carta desde La Yaguana (1522) cuenta

> que demás de los trabajos que aquí tenemos hay otro mayor, que es tener tan por vecinos a los franceses que cada día nos roban cuanto tenemos, que habrá seis meses que nos tomaron la tierra y nos quemaron el pueblo, después de haberlo robado y anduvimos más de un mes por los montes con hartas hambres y enfermedad.

En América la vida es contada en sus cartas por los propios protagonistas. Alguno habla de «tierra del demonio». Un encomendero dice con orgullo: «soy señor de vasallos». Una mujer, Catalina Álvarez, exclama: «yo estoy en estas partes de Indias en una ciudad que se llama Mariquita, del Nuevo Reino de Granada, y estoy casada con un conquistador y poblador de estas provincias y tiene tres pueblos suyos, y soy señora de vasallos». No todos son ricos, uno dice: «que Dios sabe cómo vivo»; y otro: «acá en estas partes, quien no tiene indios, no tiene que comer».

Unos son agricultores, otros ganaderos y empresarios. En México se habla de fincas por leguas, de cabezas de ganado por decenas de millar. Juan Aguilar escribe desde Cartagena a su cuñado en Huete y le dice: «lo que acá tengo, que son once pueblos y vacas y puercos y plata y todo el mueble de mi casa, con esclavos y caballos». Hay ricos mineros, pero no todos están a la misma altura. Otros fracasan. Los artesanos tienen grandes oportunidades, como los médicos, los abogados o los administradores.

La tierra americana es muy fértil. Juan Cabeza de Vaca dice de México: «En esta tierra no se sabe qué cosa es hambre porque se coge trigo y maíz dos veces al año». Desde Los Reyes se dice:

> es la mejor tierra que calienta el sol en cristianos, porque no saben qué cosa es hambre ni frío, y tierra muy sana de todo, que no hay más que derramar el trigo y echarle el agua, que de una fanega cogen cincuenta fanegas.

Un problema importante en Indias era el incipiente funcionamiento administrativo. Un capitán de artillería en Lima se queja de que le deben nueve años de sus salarios como tal, a razón de 600 pesos por año, más cinco años de municiones, a razón de 400 pesos por año.

Las mujeres experimentan aún más el cambio social. A un espadero de Santa Olalla le escribe su hermano desde Los Reyes animándole a que vaya allí con su mujer, ya que

> se holgará como una reina y no se acordará de Santa Olalla, ni aún si la hay en el mundo, porque acá las mujeres no hilan ni labran ni entienden en guisar de comer ni en otras haciendas ningunas, sino sentadas en los estrados, sino holgándose con visitas de amigas que tienen concertadas de ir a chácaras y otras holguras.

Se promete bienestar al hombre español que quiera trabajar y se ironiza sobre la pobreza de los que quedaron allá. «Me atrevo a decir que gastaré yo más carne en la semana que en toda esa villa de Aranzueque».

La familia no se pudo organizar de manera muy estable, sobre todo por la falta de mujeres castellanas. El concubinato con la india fue general, y a la larga fue tomando las características de una unión fija. En general, no se trataba de un franco libertinaje, pero tampoco de un orden sólido. La mayoría de los conquistadores prefirió casarse con españolas, a medida que fueron llegando, en vez de legitimar sus relaciones ya existentes con indias. Solían reconocer, en cambio, a sus hijos naturales.

La vivienda experimentó la lógica transición, de la primaria o sencilla de los indios, al tipo de vivienda que va reproduciendo el molde castellano.

El vestido es en Indias algo muy importante cuando ya se estabiliza la situación. La vestimenta, señal externa del rango social, es muestra visible de la honra. El hidalgo, aún pobre, cuida en Castilla su aspecto externo, pero en Indias esto se exacerba. A pesar del calor de muchas zonas americanas, el conquistador ama la gorguera, los trajes negros de rico paño.

Con la vestimenta, el caballo es el símbolo del *status* social. Sebastián Carrera, desde Los Reyes, dice a su mujer ensalzándole el éxito

de otro poblador: «no se pasaron seis meses que no se paseó en un caballo».

Los españoles encontraron en el Nuevo Mundo dos tipos de alimentación básica. Uno a base de maíz y otro de yuca. Del maíz se hacía pan: se molía, amasaba con agua y en una cazuela se cocían unos bollos que había que comer frescos, recién acabados de hacer «porque seco es áspero y trabajoso de tragar y ofende a los dientes».

Los indios que carecían de maíz se alimentaban a base de cazabí, que se hace «de una yerba que llaman los indios yoca»:

> Es la yuca de raíz grande y gruesa, la cual cortan en partes menudas y la rallan, y como en prensa la exprimen, y lo que queda es una torta delgada y muy grande y ancha, casi como una adarga. Ésta, así seca, es el pan que comen; es cosa sin gusto y desabrida, pero sana y de sustento...

Dura el cazabí mucho tiempo, y así lo llevan en lugar de bizcocho, para los navegantes. Los españoles se acostumbran a la yuca. Colón la llama «pan de la tierra, que le querían más que al trigo» (P. Acosta).

La mandioca era también planta base de la alimentación de ciertas regiones, como el Brasil.

Las papas (patatas) se daban donde el clima era tan frío y seco que no se criaba trigo ni maíz. La patata se convirtió en alimento de tal importancia que, como dice Karl Sapper, el valor que hoy día tiene una cosecha mundial de patata sobrepasa a todos los tesoros metálicos venidos en otro tiempo de Perú. La batata es también de procedencia americana y a ella se aficionaron especialmente los andaluces.

En México y Perú se encontraron, además, dos plantas cuyo cultivo vino a ser la clave de las economías respectivas: el cacao en México y la coca en Perú.

El cacao se utilizaba como moneda. «El principal beneficio de este cacao es un brebaje que hacen que se llama chocolate, que es cosa loca lo que en aquella tierra la precian».

Pero los conquistadores sueñan con los productos de Castilla y encargan que se los manden. Echan de menos un racimo de uvas, pan blanco, naranjas, un vaso de vino.

Como muestra de que se mantienen las costumbres de origen, de celebrar grandes ágapes con motivos especiales, transcribimos aquí lo que Díaz del Castillo nos cuenta (cap. CCI) de las grandes fiestas y banquetes celebrados en México con ocasión «de las paces del cristianísimo emperador nuestro señor, de gloriosa memoria, con el rey don Francisco de Francia, cuando las vistas de sobre Aguas Muertas»:

> Al principio fueron unas ensaladas hechas de dos o tres maneras, y luego cabritos y perniles de tocino asado a la ginovisca; tras esto pasteles de codornices y palomas, y luego gallos de papada y gallinas rellenas, luego manjar blanco, tras esto pepitoria; luego torta real; luego pollos y perdices de la tierra y codornices en escabeche, y luego tras esto alzan aquellos manteles dos veces y quedan otros limpios con sus panizuelos; luego traen empanadas de todo género de aves y de caza;... luego sirven de otras empanadas de pescado... luego traen carnero cocido, y vaca y puerco, y nabos y coles, y garbanzos... y entre medio destos manjares ponen en las mesas frutas diferenciadas para tomar gusto y luego traen gallinas de la tierra cocidas enteras, con picos y pies plateados; tras de esto anadones y ansarones enteros con los picos dorados, y luego cabezas de puercos y de venados y de terneras enteras, por grandeza, y con ello grandes músicas de cantares a cada cabecera, y la trompetería y géneros de instrumentos, harpas, viguelas, flautas, dulzainas, chimimías... y muchas copias doradas, unas con aloja, otras con vino e otras con agua, otras con cacao y con clarete...

Las enfermedades son en Indias un terrible azote: las pestilencias, la modorra, las bubas... Desde México se cuenta que de la pestilencia han muerto en Tlaxcala más de 80.000 personas. En las expediciones marinas, el escorbuto ataca cruelmente a los navegantes, dada la falta de verduras frescas o frutos. A los enfermos de escorbuto se les hinchaban las encías de forma que los dientes quedaban ocultos en una masa de tumores que exhalaban un olor insoportable. También los tendones agarrotaban las piernas y las nalgas, que se ennegrecían como gangrenadas.

Otro peligro era la propia medicina. Un poblador cuenta:

> todo el mes de julio y agosto estuve desahuciado, que los médicos me querían abrir, por decir que mi mal era poctema que tenía en el

> hígado. Nunca quise consentir, porque yo traía sospecha, que era mi mal de bocado o hechizos... De estos dos meses me sangraron veinte y dos veces del brazo derecho de la vena del arca, y me purgaron cuatro veces los principios de la enfermedad.

Álvar Núñez Cabeza de Vaca nos narra una operación sin anestesia:

> Yo lo toqué y sentí la punta de la flecha y vi que la tenía atravesada por la ternilla, y con un cuchillo que tenía le abrí el pecho hasta aquel lugar, y vi que tenía la punta atravesada y estaba muy mala de sacar; torné a cortar más y metí la punta del cuchillo y con gran trabajo al fin la saqué...

SEGUNDA PARTE

SEMBLANZA DEL CONQUISTADOR

Considerado ya en la primera parte de este libro el entorno de origen del poblador de América entre 1493 y 1573, es decir, la sociedad española y europea de la época, así como su procedencia geográfica y social, se intenta en esta segunda parte estudiar su *psique*, su escala de valores y sus rasgos psicológicos de comportamiento a fin de poder conocerle debidamente.

En todo ello pueden aparecer divergencias por razón de origen geográfico o social que procuraremos destacar, en análisis conjuntos con la citada primera parte.

Completaremos la semblanza con la consideración del tema cultural.

La tercera parte analizará en concreto, como grupo especialmente enfocado, las características del hombre de armas, el soldado.

Capítulo V

CONSIDERACIONES GENERALES

Para el estudio de los hombres de que nos ocupamos, vamos a considerar su escala de valores, sus rasgos psicológicos y su cultura. La *escala de valores* de un hombre o de un grupo, así como su cultura en estricto sentido, proceden del proceso social de culturización con el que ha sido formado, habida cuenta del arraigo que puede haber obtenido según corresponda o no a sus características generales o individuales. Los *rasgos psicológicos,* por el contrario, parecen corresponder al código genético, producto de la herencia en un proceso de sinnúmero de cruces. Parece a todas luces increíble que un grupo social producto del cruce de razas preibéricas, de iberos, celtas, griegos, cartagineses, romanos, godos, judíos y árabes, resulte con las suficientes características comunes que hagan posible este estudio.

Repetimos aquí que el grupo que estudiamos comprende a los hombres de las generaciones de los descubridores, de los conquistadores y de los fundadores cuyas actividades predominan: hasta 1504, hasta 1534 y posteriormente hasta 1564 —prolongándose algo más—, en períodos de una treintena de años aproximadamente cada uno.

Después de determinar el grupo humano que vamos a estudiar: los hombres que van a América *entre 1493 y 1573,* hasta ese momento en que se proscribe oficialmente la palabra conquista, vamos a intentar conocerle en sus rasgos generales, si los hay.

El hombre que va a América en los comienzos del siglo XVI no es el europeo típico de aquel entonces. Está a caballo entre el Medievo y el Renacimiento. De fuerte anclaje religioso, conserva el ideal caballeresco mantenido por la Reconquista. Era hombre de frontera, de contrastes: la modernidad le dio la sed de aventuras, la inquietud. Pero

buscaba la extensión de la religión y la honra personal, una honra «sostenida necesariamente con dineros».

La honra como fama, gloria y respeto adquiridos. El hombre de entonces, como el español de hoy, era individualista. Por eso no nos da las claves del hecho americano el estudio de algunas biografías aunque sean las de los famosos capitanes. Ellos u otros cualesquiera habrían hecho la epopeya. América es producto de un ente colectivo compuesto de individualidades, que es el que aquí queremos estudiar. Individualismo clásico el nuestro, posiblemente de raíz ibérica, capaz sólo de grandes empresas colectivas cuando hay una gran misión: la lucha contra los romanos, la Reconquista, América, la Guerra de la Independencia. No se puede contar ninguna de estas grandes ocasiones con un puñado de biografías. No entenderíamos estas grandes empresas.

Resulta difícil, pero hay que hacer un considerable esfuerzo para comprender al hombre de la época. Con toda la gama de las diferencias personales eran, sin duda, sufridos —con una capacidad de sufrimiento increíble—, valientes y audaces, tercos. No eran una caterva de bandidos, a pesar de las conocidas frases de Cervantes, fruto del despecho.

Eran hombres de aquella época, duros e incluso crueles en ocasiones, pero además eran religiosos, legalistas, espléndidos y codiciosos amantes a la postre de la tierra americana. La altivez española de aquella época es proverbial. (Se decía en Francia: «prener l'air d'un seigneur espagnol»). Calderón la retrata en *El sitio de Breda*:

> Éstos son españoles. Ahora puedo
> hablar encareciendo estos soldados
> y sin temor; pues sufren a pie quedo
> con un semblante, bien o mal pagados.
> Nunca la sombra vil vieron del miedo,
> y aunque soberbios son, son reportados.
> Todo lo sufren en cuaquier asalto.
> Sólo no sufren que les hablen alto.

Respetan al Rey, no a sus intermediarios. Religiosos, su religiosidad resulta a veces poco comprensible: las claves de su convicción las estudiaremos más adelante. Tenemos que citar forzosamente la famosa

frase de Bernal Díaz del Castillo explicitando el objeto de la conquista: «Por servir a Dios, a su Majestad, y dar luz a los que estaban en tinieblas, y también por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente buscamos...».

Pero aún podemos ahondar en las características enunciadas. El individualismo de origen sufre una exacerbación ante la afirmación de la personalidad que se produce en la larga contienda contra el Islam. Su religiosidad es altanera y confiada: Dios le daría siempre un buen camino al final, que es cuando se produce el arrepentimiento. Los conquistadores, canos y achacosos, hacen entonces donaciones a la Iglesia, dejan mandas para los indios, confiados en su extrema e insensata fe.

El orgullo viene de casta y es bien patente ya en la larga lucha contra los romanos. Orgullo en trilogía con el honor y la dignidad. El orgullo es el producto de un exceso de estimación propia, consecuencia de la existencia libre y de éxitos históricos, así como de un cerrado aislamiento que no nos permite conocer a nuestros semejantes o vecinos. Del orgullo nace el sentimiento del honor, que obliga a una conducta estricta y produce una especial sensibilidad en las relaciones con nuestros semejantes. La dignidad es fruto del merecimiento y coloca al hombre en un puesto superior.

Orgullo o soberbia que tiende a producir, con Ortega, una sociedad igualitaria, el «todos iguales»: lo que se plasma en los ascensos sociales que la guerra posibilita: de labradores a caballeros villanos que ya tienen un caballo para la guerra, y de aquí a infanzones.

Orgullo, honor y dignidad que trascienden a la masa de la población, necesaria para la lucha contra el infiel. Los villanos están por ello en contacto con los hidalgos y participan de sus ideales. Y que se exacerban en los últimamente ennoblecidos: los hidalgos, los caballeros villanos, los infanzones.

El honor y la estimación de la propia honra obligaban al valor, pero no olvidemos que en todo ello jugaba su parte la *mesura,* cualidad tan castellana. El alférez, como hombre en vanguardia, viene obligado a no poner en peligro a su señor o a los que con él van «porque la verguenza faze morir los hidalgos, e los faze meter a peligro conoçido onde combiene al alférez que sea conforme a la voluntad de su señor».

Este sentido caballeresco del honor tiene clara vigencia a fin de la Edad Media, en la época que nos ocupa.

Lo que diferenciaba nuestra Península de otros países europeos era el elevado número de hidalgos, debido principalmente a la posibilidad de acceder a esta clase por la guerra.

Con los Reyes Católicos, al acabarse la Reconquista, quedan aún «portillos» para el ascenso social: las guerras de Europa y, ahora, América.

Para ir comprendiendo al hombre de nuestro estudio, situado como hemos visto como hidalgo *de jure* o de hecho, debemos recordar que hacia aquel entonces no existía feudalismo ni burguesía. Es decir, un mayor sentido de la libertad y de la dignidad personal, y el esfuerzo bélico como casi único camino hacia el ennoblecimiento. Hidalgo o caballero villano, dotado de empuje y osadía, recorre el territorio peninsular de norte a sur en la Reconquista y será ahora el que se lanzará a la gran aventura de las Indias.

El individualismo lleva, como dice Sánchez Albornoz, «a la valoración del hombre concreto y personalizado... frente a la inclinación a presentar arquetipos humanos de las contemporáneas biografías italianas».

Estas características del hispano se fueron destacando más y más al declinar el espíritu caballeresco en Europa y desarrollarse el burgués, clave para aquella época.

Otra importante cita del mismo autor nos ayuda a entender todo esto:

> Porque el cortocircuito de la España moderna ardió la Modernidad española, no cambió en su raíz la contextura vital del Español de la Edad Media. En la gran aventura de nuestra historia a lo largo de las dos épocas iniciales de los tiempos nuevos: Renacimiento y Reforma, y Contrarreforma y Barroco, todo conspiró para afirmar el individualismo hispano.

Dice más adelante que ningún pueblo prolongó como España, a través de los dos primeros siglos de la Modernidad, desde Granada a Rocroy, «su única y unívoca empresa medieval».

Bernal Díaz del Castillo nos cuenta cómo el capitán informa al emperador: «mayormente, que los españoles somos algo incomportables e inoportunos...». Luego comenta: «todo lo trascendemos y lo queremos saber...». Es decir, personas cuya conducta no se atiene de-

bidamente a las circunstancias de tiempo y situación, seres no adaptables, que traspasan los límites de lo posible. Como dice el padre Aguado: «los conquistadores llevaban los atalayadores ojos esparcidos y derramados por todas partes».

La cualidad sobre la que se ha hecho mayor hincapié por la versión negativa es la de la codicia. Afán de oro y riquezas y codicia de mujeres. El afán de riqueza era tanto producto de su probeza como consecuencia de su formación de combatiente, acostumbrado a la idea del botín, e incluso de su legalidad. La codicia de las mujeres, aunque fuera insufrible en muchos casos, no tenía la consideración de hoy día: en Indias dar mujeres como regalo era normal, así como la poligamia y el concubinato.

Una tremenda sed de aventura sacude a nuestro protagonista, precisamente en esos tiempos a caballo de los siglos XV y XVI. El hombre de América se siente arrastrado por el afán de aventuras, incluso cuando ya se encuentra bien «instalado» en América, y se juega todo a una carta, la de la aventura siguiente.

Estas consideraciones nos van adentrando en el ser del *homo hispanus,* con especial referencia a aquella época de exaltación de la personalidad. Individualismo que hace del español mejor guerrillero que soldado, que no gusta de la obediencia y menos de la pasiva, que no es partidario de una disciplina sostenida. Necesita del héroe para obedecerle, su sumisión, incluso la religiosa, es permanentemente crítica.

Es interesante constatar la importancia adquirida en España e incluso en Indias por el *Manual del caballero cristiano,* el *Enchiridion militis christiani* (1529), de Erasmo, donde se insertan las virtudes propias de un caballero: honor, servicio a los débiles, desprendimiento, cumplimiento de la palabra dada.

Se ha tratado ya varias veces a lo largo de este estudio de la figura del *hidalgo,* y es conveniente recordar que hidalgo, en la versión etimológica más común, es «hijo de algo» *(aliquod),* pero ya en el siglo XII aparecen los grupos de *filii comitum, filii bene natorum* y *filii bonorum hominum* en escala descendente. Los *filii bene natorum,* hijos de bien nacidos, son ampliados con los «hijos de algo», «llegados a la infanzonía por concesión regia en función de sus bienes». En todo caso, este concepto de hidalgo es muy importante para nuestro trabajo porque, aunque hidalgos propiamente dichos sean sólo una parte de nuestros hombres, es evidente que las características que definían a este tipo humano

eran casi plenamente compartidas por el resto de este grupo sociológico.

Dentro de la problemática que es establecer la escala de valores de un grupo tan numeroso y que se extiende casi un siglo, intentaremos valernos de todas las fuentes disponibles. En principio vamos a considerar la religión y la vinculación a la monarquía, ambas integradas en el «sentido de un orden» y que se exteriorizan en un formalismo religioso y jurídico. Otros valores, ya individuales, son: el honor o la honra y la apetencia de bienes materiales, que lleva a un afecto exaltado de los mismos y que se plasma en el amor a la tierra, americana en este caso.

Capítulo VI

LA ESCALA DE VALORES

No estableceremos *a priori* una escala de valores de nuestro hombre. Consideraremos los valores más comúnmente tratados, camino de una ordenación lógica. Entre ellos, la religión, el sentido de la monarquía, su formalismo y juridicidad, la honra y el honor con la glorificación de las virtudes guerreras, las riquezas, la tierra, la familia, subrayando la debida gradación de estos valores en la consideración de los móviles de la conquista.

El sentido religioso

En el esfuerzo que hay que realizar para llegar a un entendimiento de la mentalidad, en este caso del sentido de la religión de aquellos hombres, tenemos que partir nuevamente de lo que Sánchez Albornoz considera «clave de la historia de España», es decir, de la Reconquista.

Pero es anteriormente, cuando los árabes conquistan España en ese tremendo siglo VIII, cuando se funden los cimientos de una lucha religiosa, además de política y militar, que va a configurar el sentido mismo de la religión de los pobladores de la Península. Se va a vivir la lucha permanente con los enemigos de la religión propia. Lo fundamental es sobrevivir y, por ello, vencer. Se invoca antes de la batalla a Nuestro Señor, a la Virgen María y al Señor Santiago. Es la «guerra divinal» del historiador citado. No hay lugar, no puede haberlo, en aquella lucha, de caracteres bien cruentos, para otro sentimiento. Guerra «áspera y sangrienta», cuyo conocimiento se va ampliando al estudiar las fuentes arábigas, que confirman lo dicho sobre su dureza.

Insistimos en el hecho de que el cristiano peninsular vivía en guerra permanente con breves períodos de paz. Pero no una guerra en constante línea triunfal. Recordemos el terrible período de Almanzor, los desastres de Zalaca, Uclés y Alarcos, hasta llegar a la gran victoria de las Navas.

> ¿Cómo buscar algún paralelismo entre la mentalidad religiosa de aquellos hombres, su angustiada y constante invocación a la divinidad, con el sentido de la religión de nuestros días? ¿Cómo entender hoy el «Santiago Matamoros»? En medio el fragor de la lucha, sólo se esperaba la aparición del celestial jinete en su caballo blanco para ganarla, para sobrevivir.

Y se luchaba en defensa propia, para ganar nuevamente el solar de los mayores y poder practicar libremente una religión en la que no sólo se creía, sino que constituía incluso *la esencia y basamento de la vida individual y social.*

El hombre cristiano baja de las cornisas norteñas, guerrea constantemente, conquista o mejor reconquista el suelo de sus mayores, lo repuebla —con las importantes consecuencias sociales que anteriormente hemos considerado—, funda diócesis e iglesias, construye catedrales y va dando gracias al Altísimo por cada avance, cada alto de río a río que jalona la ampliación de su territorio.

Esta Reconquista impide la existencia de un feudalismo a la europea. Los castillos son bases de partida de las tropas, no la perpetuación de un dominio señorial. El guerrear impide el desarrollo de una burguesía como allende las fronteras. Y en lo religioso, una «relación vasallática» con la divinidad, el sentido de la religión de quien vive en constante peligro, la siente intensamente e invoca a la divinidad en sus trances.

El paso a América no puede producir la súbita transformación de una mentalidad, de un sentido religioso. Se sigue en la lucha con el hereje y la búsqueda de su conversión como deber religioso.

Otra vez luchar, conquistar y repoblar. Pero en colosales dimensiones geográficas y con una tremenda velocidad histórica. América es como un regalo de lo alto y premio a la consecución de la unidad peninsular.

Hay que partir

> de un hecho que resulta incontrovertible después de la lectura asidua de los cronistas de América. El conquistador nunca pone en duda sus creencias en el más allá. Es un hombre de firmes convicciones, de fe robusta. Jamás hemos visto la menor insinuación de heterodoxia. Ninguna postura en contra del dogma. Creer es para el conquistador algo connatural. Y esto lo advertimos no ya en el hombre sencillo o en el conquistador vulgar, sino en el culto, y más en éste que aquél, porque precisamente sus actividades nos son más conocidas (B. Velasco, *El alma cristiana del conquistador*).

La *fe del conquistador* es la fe sencilla del hombre de la época. Cortés habla a Montezuma y le repite lo que ya había dicho a sus embajadores Tendile Pitalpitoque y Quintalvor:

> les dijimos que éramos cristianos e adoramos a un solo Dios verdadero, que se dice Jesucristo, el cual padeció muerte y pasión por nos salvar, y les dijimos que una cruz que nos preguntaron por qué la adorábamos, que fue señal de otra donde Nuestro Señor Dios fue crucificado por nuestra salvación, e que aquesta muerte y pasión que permitió que ansí fuese por salvar por ella todo el linaje humano, questaba perdido, y que aqueste Nuestro Dios resucitó al tercero día y está en los cielos, y es el que hizo el cielo y la tierra... y ninguna cosa se hace en el mundo sin su santa voluntad... e que todos somos hermanos... nuestro gran emperador, doliéndose de la perdición de las ánimas... os envió para questo que hay oído lo remedie...

El conquistador, seguimos a B. Velasco, es *providencialista*. Dios mueve todas las acciones de los hombres. Este providencialismo se ve bien claro en las palabras de Fernández de Oviedo:

> ...para que mejor se entienda por donde los Cathólicos Reyes, don Fernando y doña Isabel, abuelos de Vuestra Cesárea Magestad, se movieron a mandar y buscar estas tierras (o mejor diciendo los movió Dios)...
>
> Y por tanto, la voluntad divina les dio noticia de Chripstobal Colom porque el mismo Dios mira todos los fines del mundo, y ve todas las cosa de debaxo del cielo.

En Bernal Díaz del Castillo queda muy patente este providencialismo cuando dice:

> Muchas veces, agora que soy viejo, me paro a considerar las cosas heroicas que en aquel tiempo pasamos, que me parece las veo presentes, y digo que nuestros hechos que no lo hacíamos nosotros sino que venían todos encaminados por Dios; porque ¿qué hombres habido en el mundo que osasen entrar cuatrocientos soldados, y aún no llegábamos a ellos, en una ciudad fuerte como el México, que es mayor que Venenzia, estando partados de nuestra Castilla sobre más de mil e quinientas leguas y prender a un tan gran señor y hacer justicia de sus capitanes delante dél?

También Cieza de León, como todos los cronistas, incide con frecuencia en el tema. Así, a propósito de la expedición de Diego de Rojas, escribe:

> E como Dios, Nuestro Señor, quiera y sea servido que estas tierras tan ignotas y apartadas de las Españas se descubran, e la Cruz, estandarte suyo glorioso sea conocido por todos ellos casi milagrosamente guarda a los cristianos e les da esfuerzo para que hayan abierto camino e llegado hasta lo final de la tierra...

La *invocación a Dios* se repite constantemente. En toda ocasión se solicita o agradece su ayuda. Ya desde el capítulo primero de su obra, Bernal Díaz del Castillo la menciona constantemente:

> Sin tener socorro ni ayuda ninguna, salvo la gran misericordia de Dios Nuestro Señor, que es el socorro verdadero, que fue servido que ganásemos la Nueva España y la muy nombrada y gran ciudad de Tenuztitlan...

El mismo autor pone por delante de todo el servicio a Dios:

> ansí para servir a Dios y a nuestro rey e señor y procurar de ganar honra, como los nobles varones deben buscar la vida.

La misa está siempre al comienzo:

> Y después de todo esto concertado y oído misa, encomendándonos a Dios Nuestro Señor y a la Virgen Santa María Nuestra Señora, su bendita madre, comenzamos nuestro viaje de la manera que diré (cap. I).

Se encomiendan a Dios antes de las batallas: «Y dijimos unos soldados a otros que estuviéramos con corazones muy fuertes para pelear y encomendándolo a Dios y procurar de salvar nuestras vidas» (cap. IV).

La *invocación a Santiago* no acaba con la Reconquista. El Señor Santiago acompaña al conquistador. Cuando Cortés llega a Tabasco, se ven los conquistadores cercados por canoas con gran rociada de flechas y agua hasta la cintura, en una ciénaga. Bernal Díaz del Castillo narra: «todos nosotros, ansí capitanes como soldados, fuimos sobre ellos *nombrando a Señor Santiago*, y les hecimos retraer».

A veces se pasa de la invocación al *milagro*. Díaz del Castillo lo narra con su especial gracejo, como cuando la gran batalla de Tabasco citada:

> Aquí es donde dice Francisco López de Gomara que salió Francisco de Morla en un caballo rucio picado antes que llegase Cortés con los de caballo, y que eran los santos apóstoles Señor Santiago o Señor San Pedro. Digo que todas nuestras obras y vitorias son por mano de Nuestro Señor Jesucristo, y que en aquella batalla había para cada uno de nosotros tantos indios que a puñados de tierra nos cegaran, salvo que la gran misericordia de Nuestro Señor en todo nos ayudaba; y pudiera ser que los que dice el Gomara fueran los gloriosos Apóstoles Señor Santiago e Señor San Pedro, e yo, como pecador, no fuese dino de lo ver (cap. XXXIV).

Siempre se dan *gracias a Dios*. El cronista soldado no se olvida de ello. En el capítulo IV, cuando las guerras de los maizales: «Y desque nos vimos en salvo de aquellas refriegas, dimos muchas gracias a Dios». Después de la gran batalla de Tabasco (cap. XXXIV),

> dimos muchas gracias a Dios por habernos dado aquella vitoria tan cumplida, y como era día de Nuestra Señora de Marzo llamóse una villa que se pobló, el tiempo andando, Santa María de la Vitoria, ansí por ser día de Nuestra Señora como por la gran vitoria que tuvimos.

Los *nombres geográficos* van asimismo dedicados generalmente a motivos religiosos: así tenemos *Nombre de Dios* importante enclave de destino de emigrantes. Y Veracruz: «Y luego ordenamos de hacer y fundar e poblar una villa, que se nombró *Villa Rica de la Vera Cruz*,

porque llegamos Jueves de la Cena y desembarcamos en Viernes Santo de la Cruz», cuenta el cronista.

Cuando se acuerda fundar la Villa Rica de la Vera Cruz, eligen el sitio «en unos llanos media legua del pueblo, questaba como en fortaleza, que se dice Quiavizlan»; y comenzaron como de costumbre: «Trazada la iglesia y plaza y atarazanes... e hicimos una fortaleza».

Cortés, en Cingapacinte (cap. LI), manda hacer un altar y poner una imagen de Nuestra Señora y una cruz y se dice misa y se bautizan unas indias. En Tascala se dice misa estando presentes muchos caciques (cap. LXXVI).

En Tabasco, seguimos con Bernal Díaz del Castillo, Hernán Cortés «le mostró a los indios una imagen muy devota de Nuestra Señora con su hijo precioso en los brazos y les declaró que en aquella Santa imagen reverenciamos, porque así está en el Cielo y es la madre de nuestro Señor Dios».

El tema esencial de la religión de aquellos hombres era el de la *salvación eterna*. Cuando nuestro cronista hace relación de hechos positivos, dice (cap. I): «tantos bienes como adelante diré han redundado dello y de cada día se salvan, que de antes iban perdidas al infierno...».

Cortés platica con Montezuma (cap. LXXXIX) y dice que el emperador le ha enviado «a le ver e a rogar que sean cristianos, como es nuestro emperador e todos nosotros, e que se salvarán sus ánimas... y como adoramos a un solo Dios verdadero». Otro día le habla de la muerte y pasión, de la resurrección del Señor y de la creación, como ya vimos.

Morales Padrón dice que en el tenso encuentro que Pizarro tiene con Atahualpa en Cajamarca, el primer diálogo del inca con los españoles versó sobre la religión, y que correspondió al padre Valverde dirigirse al Capac Inca y darle una breve lección de catolicismo.

Un capítulo, verdaderamente impresionante, de Bernal Díaz del Castillo es el CLXXI, donde narra el recibimiento que se da en el puerto de Veracruz a los «frailes franciscos» que llegan con su vicario fray Martín de Valencia:

> Como Cortés supo questaban en el puerto de la Veracruz, mandó en todos los pueblos, así de indios como donde vivían españoles, que por donde viniese les barriesen los caminos, y donde pasasen les hiciesen ranchos, si fuesen en el campo; en poblado, cuando llegase a

> las villas o pueblos de indios, que les saliesen a rescibir y les repicasen las campanas, que en aquella sazón había en cada pueblo, y que todos comúnmente después de les haber recebido les hiciesen mucho acato... Y viniendo por su camino ya que llegaban cerca de México, el mesmo Cortés, acompañado de nuestros valerosos y esforzados soldados, los salimos a rescebir; juntamente con nosotros Guatemuz, el señor de México, con todos los más principales mexicanos que había y otros muchos caciques de otras ciudades; y cuando Cortés supo que llegaban se apeó del caballo, y todos nosotros juntamente con él; e ya que nos encontramos con los reverendos religiosos, el primero que se arrodilló delante de fray Martín de Valencia y le fue a besar las manos fue Cortés, y no lo consintió, y le besó los hábitos y a todos los más religiosos, y ansí hicimos todos los capitanes y soldados que allí ibamos, y el Guatemuz y los señores de México. Y desque el Guatemuz y los demás caciques vieron ir a Cortés de rodillas a besarle las manos, espantáronse en gran manera, y como vieron a los frailes descalzos y flacos, y los hábitos rotos, y no llevar caballo, sino a pie y muy amarillos, y ver a Cortés, que le tenían por ídolo o cosa como sus dioses ansí arrodillado delante dellos, desde entonces tomaron ejemplo todos los indios, que cuando agora vienen religiosos les hacen aquellos recibimientos y acatos...

Quedaba vedado el alistamiento para Indias a los moros, judíos, herejes castigados por la Inquisición, negros latinos, gitanos, etc. Aunque no se cumpliera a rajatabla esta norma, contribuyó eficazmente sin duda, a una difusión del cristianismo sin discrepancias. La *unidad religiosa* de los conquistadores era un buen presupuesto para la conversión de los indios.

Resulta hoy día difícil, para la mentalidad general, entender estas conductas de los conquistadores. Su enorme interés por *la propagación de la fe*. ¿Era ello necesario para la mera conquista material? ¿Puede juzgarse como hipocresía una actividad tan sostenida? ¿Qué provecho material podría aportar a los conquistadores? Mientras no pueda justificarse lo contrario, hay que creer que sentían la obligación en conciencia, en su conciencia tal como había sido formada, de propagar la fe, aún antes que aparecieran los misioneros.

Otra clave de esta mentalidad es *la superioridad de la salvación eterna sobre las contingencias y sufrimientos de la vida de aquí abajo*. No importa mucho que un hombre, conquistador o indio, sufra, lo impor-

tante es que esté en el seno de la religión verdadera, único camino de la salvación.

Hay que hacer hincapié, además, sobre un aspecto global del tema religioso que nos obliga a un verdadero esfuerzo de comprensión. El hombre hispano de aquella época —fines del XV y buena parte del XVI— es un ser en el que la religión constituye el nivel superior y firme de su escala de valores. Ello hace que estos hombres no sean seres inseguros ni angustiados. Firmes en su religiosidad, han tomado del Renacimiento la sed de aventuras. Mezcla de fe y audacia, eran capaces de la empresa.

Una de las características del sentido religioso de la época era considerar el infortunio o los desastres *castigo del cielo* por los pecados individuales o colectivos.

En cuanto al dogma, los españoles eran intransigentes, aunque las costumbres no guardaran, en general, relación con los principios. Frente a este ambiente general, el siglo XVI es también *el siglo de los santos*. Es el siglo de san Vicente Javier, apóstol de Oriente, y de los martirios de misioneros españoles en el Japón. Dominicos y franciscanos compiten en su celo evangelizador. En este siglo XVI, la Iglesia española atraviesa una época de gran esplendor y cuenta con insignes prelados.

El cierto relajamiento existente en las órdenes religiosas es enérgicamente reducido, pero el clero secular necesita de las medidas que establece el *Concilio de Trento*, que puede denominarse justamente concilio español, afirmación dogmática frente al protestantismo.

Es el siglo de *san Ignacio de Loyola*, nacido en 1491. San Francisco de Borja nació en 1510. Los jesuitas y los dominicos llenan brillantes páginas de la historia de la Iglesia española y universal de esta época.

En 1515 había nacido *santa Teresa de Jesús*. Es indudable que en esta época, con sus graves tachas de inmoralidades e interpretaciones de la religión muy discutibles, se vivía un espíritu profundamente religioso.

Aunque no se trate en este trabajo del tema, la propia evangelización de América es sin duda efecto de un clima religioso intenso y expansivo. Hoy día, el continente americano «abarca casi la mitad de la Iglesia católica» (Juan Pablo II) y ello puede valorar la fuerza de esta expansión religiosa.

Como una fuente concreta, de valor inestimable, están *las propias cartas de los pobladores de América*. De gran interés es a este respecto la

obra de Enrique Otte. De las cartas que contiene, seleccionando las escritas en el período que nos ocupa, puede deducirse lo que sigue a continuación y corrobora todo lo anterior.

El emigrante es de una profunda religiosidad. La idea de Dios está continuamente en esos momentos de sinceridad de la casta familiar: «Si *Dios* me diere vida de morir acá...», «La gracia y consolación del *Espíritu Santo* sea siempre con v.m...», «bendito sea *Dios*», «siendo *Dios* servido...», «Haga mi *Dios* más lo que más su servicio sea...», «pues Dios nos trajo tan lejos, plega *a Dios, Nuestro Señor*, que Dios le dé tanta vida a v.m...», «estamos bien de salud, bendito *Nuestro Señor*, que Él ha sido servido de nos la dar...», «a mis hermanos y hermanas que *Dios* les dé aquello que desean...», etc., etc. En este aspecto, estas epístolas se diferencian marcadamente de lo que es usual hoy día, por su frecuente invocación a Dios o a los santos. Aunque nos pueda parecer ahora formalismo, es evidente, de un lado, que éste tiene que corresponder a un sentimiento interior, o decae; «ex abundantia cordis, os loquitur» (de la abundancia del corazón, habla la boca). Por otra parte, esta repetición influye también sobre el que escribe, como las jaculatorias.

Para el español lo más importante era la salvación eterna. «Especialmente se ha de poner toda diligencia y a todo trabajo por salvar el ánima»; «los que son muertos, Dios los ponga en su gloria»; «haga mi Dios más lo que más su servicio sea, que Él sabe lo que nos conviene para nuestra salvación».

El emigrante acepta las adversidades con estoicismo cristiano. «En llevarme Dios en este tiempo un hijo que tenía de Macías, que era todo mi consuelo y mi descanso, mozo de más de veinte y cinco o veinte y seis años, que era todo el consuelo de su padre y mío. *Doy muchas gracias a mi Dios*, que en esta vida no he tenido ventura de gozar alguna cosa, que parece que todos los trabajos me vienen juntos»; «y en lo que toca a la muerte de mi señora madre no tengo que decir más de *dar gracias a Nuestro Señor* por todo lo que Él hace»; «Hame lastimado mucho la muerte de mis dos hermanos... Véolo ahora todo por el suelo, y que no hay piedra sobre piedra... *Sea Dios alabado*, que Él lo ha hecho, y está todo bien hecho»; «las cosas que yo más quería en este mundo, que es a la señora mi hermana Teresa Díaz... Pero a las cosas que Dios hace no hay sino de *darle gracias y loores* por todo ello»;

«después que viene a esta tierra me vi de biempuesto, y como los bienes sean de fortuna, me he visto sin ellos, *doy gracias a Dios por todo*».

Dios es concebido como la providencia que decide todos nuestros destinos y vicisitudes. «Los hijos que Dios ha sido servido de nos dar»; «hasta que Dios me lleve a esa tierra con bien»; «a diez años que me casé y no ha sido Nuestro Señor servido de darme hijos».

El pecado es la causa de nuestros males. «Como en esa flota se perdieron tantos navíos estoy con muy gran pena, que no sé si se quedaron allá, o si por mis pecados les haya acontecido algo por la mar»; «y me quebré una pierna, y me costó la caída más dos veces... Y creo que son mis pecados»; «que por mis pecados no me ha quedado ningún hijo, que por mis pecados uno que me había quedado murió en la mar»; «y cómo por mis pecados me llevó Dios a mi marido»; «mis pecados son tantos que permite Dios que en esta vida no tenga sino trabajos». Tenían aquellos hombres un sentido profundo del pecado y sus consecuencias.

La consecución de la virtud era el primer objetivo del emigrante. Libros como el *Enquiridion* o *Manual del Caballero Cristiano*, de Erasmo, aparecen ya en el equipaje de Pedro de Mendoza, expedicionario al Río de la Plata. Como dice Enrique Otte en la obra citada,

> la primera edición castellana de 1526 se agotó inmediatamente y fue preciso hacer en el mismo año una segunda tirada. En febrero de 1528, un mercader vasco despachó cuatro ejemplares del Enquiridion a la ciudad de Nueva Cádiz de la isla de Cubagua... En los años siguientes, las obras de Erasmo ingresan en las bibliotecas del obispo Juan de Zumárraga, de Diego Méndez, de un chantre y un sastre de México y del gobernador de Río de la Plata, Pedro de Mendoza p. 34).

Erasmo predica una religiosidad interior que tiene en poco «las cosas visibles», «el amor a la riqueza, a los honores y placeres».

La virtud y la honra son términos que mencionan constantemente los emigrantes. Desde México escribe Antonio de Blas a su mujer: «Abrid los ojos, mira que el día de hoy no hay mayor riqueza en el mundo que es la honra». También desde México dice Alonso Moreno a su mujer: «y vengáis vos... a esta tierra, porque cierto os holgaréis en ella, que es buena y rica y donde los hombres de bien valen mucho». *Esta*

importancia de la virtud se acrecienta cuando se dirige el emigrante a su hijo. Juan López de Sando, en México, dice a su mujer: «De que Blasillo ande a la escuela me he holgado mucho, y por amor de Dios que le azoten si hiciere porqué, y no se la perdonen, porque no se haga bellaco». El licenciado Diego Pérez escribe a su hijo y le dice: «Y avísote otra vez que no trates con mozuelos livianos, y que seas honesto y no vicioso, ni jugador, ni padero (?), ni mentiroso». El capitán Alonso Rodríguez dice a su mujer: «Y vístanse moderadamente los mancebos, y no cese el estudio Gaspar Rodríguez». Cristóbal Pérez escribe desde la Concepción a su padre: «A Hernandico suplico a v.m. mire mucho por él, por amor de Dios, y le ponga en buenas costumbres». Otra característica, la honra por encima de todo, que responde a la escala de valores de aquella época.

Como dice Lohmann, este sentido religioso de los conquistadores queda de manifiesto al atardecer de sus vidas cuando se acercan al momento de la rendición de cuentas, en sus declaraciones de arrepentimiento y disposiciones restitutorias, así como en los legados y mandas en favor de indios, hospitales y asilos. Así Pizarro ordena sufragar misas por el alma de los indios muertos en combate; Lorenzo de Aldama instituye por herederos de su repartimiento a los indios.

Se dejan mandas para vestir indios, para sacerdotes que les instruyan en la doctrina, para misas pidiendo por la conversión de los indios, para fundar hospitales, para reintegrar excesos en los impuestos.

Una cierta medida de la religiosidad puede hallarse en *los libros* que aparecen en Indias en esta época. En estas fechas encontramos, siguiendo la obra citada, dos pagarés del año 1576, de importación de libros a México.

Ante los datos de estas importaciones, sorprende ver el número grande de libros que se llevan a Nueva España a pesar del número relativamente reducido de blancos. El primer pagaré, de 21 de julio de 1576, comprende 341 volúmenes con 121 títulos. Una mitad del total son libros religiosos, y aunque su destino más probable fuera el clero, también esto nos da un índice de la vida religiosa en general, pues estos libros tenían al fin y al cabo el objeto de influir sobre las mentes a través de los sacerdotes y predicadores.

El problema del bien y del mal era crucial en aquella época, fundiendo filosofía y teología en tendencia renacentista. Llaman la atención dos ejemplares de las *Ocho pestes*, de Erasmo de Rotterdam, a pe-

sar de las medidas establecidas por Trento y la Contrarreforma. Por otra parte, los escritos de Erasmo no figuraban en el *Índice de libros prohibidos* y podían enviarse a las Indias sin problemas.

El segundo pagaré, de 22 de diciembre de 1576, es de 1.190 volúmenes y se trata de un pedido de libros hecho a España que revela lo que se leía entonces en Indias. La literatura religiosa supone un 60 por 100 de los libros, con una buena proporción de biblias españolas y extranjeras, buena prueba de que no había trabas para la importación de estas obras.

Considerado ya el concepto religioso del conquistador de Américas, con testimonios especialmente de cronistas de Indias y sus propias cartas, intentemos deducir qué puesto ocupaba la religión en su escala de valores. Parece deducirse que ocupaba el primer lugar. «Buen cristiano y temeroso de Dios» es el valor que ocupa el más alto escalón en la tabla que se acompaña (p. 163). Ser «buen cristiano», seguimos el trabajo citado, no es tan difícil en Indias como en España. Dada la carencia de mujeres españolas, los frailes sólo son intransigentes con los casos de adulterio cometidos por españoles con indias casadas. Esta tolerancia es la que permite el mestizaje, que dura hasta nuestros días; «se reconocerán esos hijos habidos con indígenas bautizándolos y educándolos en sus casas las esposas españolas de los conquistadores». Hay que reconocer que se les facilitaba a estos conquistadores su práctica religiosa.

«Buen cristiano y temeroso de Dios». La manifestación externa de esta expresión da lugar a la *fama* de buen cristiano, si no se da mala nota o escándalo o no se muestra vicio alguno —seguimos con el trabajo citado.

La expresión «temeroso de Dios» corresponde especialmente a una época —fin del Medievo y comienzos de la Edad Moderna— «en la que parecía haberse eclipsado la esencia de la doctrina y moral cristiana: el amor».

El castigo es entonces la base del orden natural y el divino la del espiritual. Las desgracias y desastres naturales son, en consecuencia, la expresión del castigo de Dios. El infortunio es hijo del pecado.

También hay categorías de origen en el cristiano. En la cúspide está el «cristiano viejo sin mancha de moro ni de judío». Luego están los cristianos nuevos y los conversos.

Pero el indígena, infiel o converso, va a gozar de un trato de favor en relación con el que recibían en España moros o judíos. Los conquistadores están obligados a su evangelización y a protegerles; deben mantener a su cargo, en las encomiendas, iglesia y doctrinero.

De la mujer no se dice que fuera «buena cristiana». De ella se dirá que es «honesta», «virtuosa», o «recogida». La responsabilidad de esta honradez competía a los varones: padre o marido. Los conquistadores o sus hijos varones debían dotar para el matrimonio a sus hijas de acuerdo con la «calidad» de su persona.

La vinculación a la Monarquía

Iban no solamente a servir a Dios, sino con el propósito de darse «al servicio de Dios e de su magestad». Tenían dos señores, uno allá en el cielo y otro acá en la tierra, si bien éste también muy distante. El hecho de depender de señores distantes influiría sin duda en la libre interpretación de sus voluntades, en la flexibilidad de la aplicación de sus mandamientos. Vasallos de Dios y del Rey se consideraban unidos a ambos como en relación contractual: tú me ayudas y yo te sirvo. Fórmula tan diferente de la obediencia ciega que podríamos creer; tan diferente del sentido de la obediencia del hombre europeo de su época, contemplado a no gran distancia en su obrar por su señor —de castillo, horca y cuchillo—. En la Reconquista, y después en América, la lejanía establece un peculiar esquema vasallático del hombre hispano.

Tomás y Valiente, al estudiar las ideas políticas del conquistador Hernán Cortés, considera su fidelidad al Emperador y la posibilidad que había tenido para declararse señor directo y exclusivo de las tierras y de los hombres que había conquistado. Pero no lo hizo, y hay que reconocer en un análisis correcto de los hechos que fue fiel a la Monarquía. Pero esta lealtad al Rey, que es un hecho característico de la época, no es una fidelidad al sistema y a cada uno de los escalones que lo integran. Cortés no cumplió las instrucciones que le diera el gobernador Diego Velázquez. Cortés partía de su fidelidad al Rey y aplicaba, a su entero criterio, lo que creía oportuno en un inteligente aprovechamiento de las circunstancias.

En las *Cartas y Relaciones de Hernán Cortés al Emperador Carlos V* se pone de manifiesto este peculiar y directo sentido de la lealtad. En

la segunda carta de 30 de octubre de 1520, que cita Tomás y Valiente, Cortés, cuando, llegado a Cempoal, se encuentra que buen número de soldados quieren volverse atrás, les anima a seguir «diciéndoles que mirasen que *eran vasallos de V.A.* y que jamás los españoles en ninguna parte hubo falta y que estábamos en disposición de *ganar para V.M.* los mayores reinos y señoríos que había en el mundo».

En 1522, por decisión del Emperador, una junta ha de enjuiciar la actitud de Cortés frente a las denuncias de Diego Veláquez, Narváez y Cristóbal de Tapia. Los deudos y parientes de Cortés lo presentan *como muy leal servidor de su majestad.* El juicio termina con el reconocimiento de Cortés *por muy bueno y leal servidor de su majestad.*

En la carta del 3 de septiembre de 1526, Cortés se defiende nuevamente de las acusaciones: «hasta hoy no se ha visto ni verá en cuanto yo viviere, que ante mí o a mi noticia haya venido carta o otro mandamiento de V.M. que no haya sido, es y sea obedecido y cumplido». Cortés obedeció los mandatos reales aunque le fueran contrarios.

El problema de Cortés consistió en que la conquista y poblamiento de México se habían hecho sin la capitulación con la Corona que fijaba las condiciones de la expedición y las recompesas que se otorgaban.

Pero cuando Cortés realiza la conquista, no cae en la tentación de atribuirse cargos, títulos y oficios, sino que, poniendo de manifiesto al Emperador la inmensidad y riqueza de lo conquistado, solicita a posteriori lo que debió ser pactado de antemano. ¿Pero quién podía prever lo de Nueva España?

La postura del conquistador no es la que desde nuestra óptica actual podríamos prever. Bernal Díaz del Castillo, con altisonante estilo castellano, le dice al rey: «Nosotros, sin saber su majestad cosa ninguna le ganamos esta Nueva España». La fidelidad a la Monarquía se patentiza, como nunca, en el hecho de estas conquistas privadas que someten al lejano monarca.

Las dos grandes lealtades, a Dios y al monarca, no son gratuitas, sino que se basan en el «do ut des» de la relación de vasallaje. Díaz del Castillo dice en el capítulo CCVII lo que, a usanza de los tiempos de la Reconquista, y citando los repartimientos de tierras de Jaime I de Aragón por servicios prestados, debería hacer el Emperador:

> He traído esto a la memoria para que se vean nuestros muchos y buenos y nobles y leales servicios que hicimos a Dios y al rey y a toda la cristiandad, y se pongan en una balanza y medida cada cosa en su cantidad y hallarán que somos dignos y merecedores de ser puestos y remunerados como los caballeros por mí atrás dichos.

Al Rey se le sirve, pero él debe corresponder. Diego de Arcos escribe a su mujer Catalina de Palma, en Sevilla, desde San Francisco de Quito (1-II-1560) y le dice:

> es que ya vistes cómo mi hermano me trajo del rey mil pesos de renta por dos vidas, y llegado que fue a esta ciudad me partí a la de Los Reyes, que es trescientas leguas de aquí, donde está el virrey y el Audiencia Real, a la aceptación de la merced que su majestad me hizo, y en cumplimiento de ella el marqués de Cañete me hizo merced de un repartimiento de indios en esta ciudad de Quito de mucho provecho e renta, conforme y de la manera que los demás vecinos y conquistadores de este reino los tienen.

Esta relación de súbdito a rey no está exenta de crítica y desconfianza, toda vez que la administración se personaliza en su cabeza. Así, Ortuño de Vergara escribe desde Los Reyes a su hermano Francisco en Valmaseda, y le dice:

> jamás he dejado de servir a su majestad en todo lo que se ha ofrecido con mi vara (?) y mi caballo, y a mi costa como hijodalgo, y siempre me eché como tal en todos mis negocios, y por estar pobre jamás ha habido lugar de enviar alguna cosa a la señora mi madre, si quiero hacerlo y hombre es obligado, y si fuere viva, se lo diga v.m., y viendo letra suya proveeré de la miseria que tuviere para ayudar de pasar vejez. Y ahora no lo envío porque lo toma todo el rey.

Gabriel Ramírez de Arellano escribe a su hijo Jerónimo Leandro Maldonado, desde Los Reyes a Ocaña, y le dice: «Enviarte dineros al presente es cosa imposible, porque después de haberlos Dios escapado de mar y viento y corsarios es tomarla el rey para sus gastos, y hasta que se entienda acá otra cosa nadie envía plata». Aunque más adelante añade: «Ofrécense cosas que tocan al servicio de su majestad, por donde cada día espero recibir mayores mercedes».

Como final de estas consideraciones, podríamos traer a colación las últimas cartas de Hernán Cortés, tan representativas, al Emperador. Así, en 3 de febrero de 1544, se queja del incumplimiento de las promesas de recompensa; anda en pleitos con el fiscal, «que ha sido y es más dificultoso que ganar la tierra de sus enemigos». Dice:

> pensé que el haber trabajado en la juventud me aprovechara para que en la vejez tuviera descanso, y así, ha cuarenta años que me he ocupado de no dormir, mal comer, y a las vezes ni bien ni mal, traer las armas a cuestas, poner la persona en peligros, gastar mi hazienda y mi edad, todo en servicio de Dios... y acrecentando y dilatando el nombre y patrimonio de mi rey, ganándole y trayéndole a su yugo y real cetro muchos y muy grandes reinos y señoríos... ganados por mi propia persona y expensas, sin ser ayudado de cosa alguna, antes muy estorbado por muchos émulos e invidiosos que como sanguijuelas han rebentado hartos de mi sangre.

Es en su testamento, otorgado en Sevilla el 18 de agosto de 1548, cuando Hernán Cortés hace definitiva profesión de fidelidad:

> ...Como yo, don Hernán Cortés marqués del Valle de Guaxaca, Capitán general de la Nueva España y mar del Sur, por la magestad cesárea del emperador Don Carlos quinto desde nombre, Rey de España, mi soberano príncipe y señor...

Para el español, el poder nunca fue absoluto, ni siquiera el de Dios. Nacía de un pacto de vasallaje: te sirvo, pero tú me proteges. Hay obligaciones por ambas partes, exigidas con vehemencia al Rey por el conquistador. ¡Qué gran distancia del concepto de poder absoluto! Se percibe claramente el origen guerrero de este concepto del poder, establecido al pie de los escudos, en señal de vasallaje, quizás antes de la batalla.

De hecho, no se registra casi ninguna quiebra de lealtad a la Monarquía, excepto el caso de Lope de Aguirre, «traidor» como él mismo se titula, y el de Gonzalo Pizarro.

La primera rebelión contra el Rey aparece en Perú. A su cabeza están Gonzalo Pizarro, Francisco de Carvajal y el oidor Cepeda. Ya desde el principio, la revuelta se extiende por el imperio de los incas: desde Quito hasta Las Charcas, por Trujillo, Lima, Cuzco, Arequipa y

Chuguisaca. Brota en puntos tan alejados como Paraguay. Salta al mar y el feroz Hernando Bachicao llega hasta el Panamá apresando navíos y destruyendo puertos. Carvajal y Cepeda aconsejan a Gonzalo se corone rey, pero la sublevación es exterminada. Aparece a continuación otra en Nicaragua, la de los hermanos Contreras, que muere en Panamá.

El traidor y loco Lope de Aguirre se alza contra el Rey años después matando a Pedro de Ursúa y apoderándose de una expedición partida de Perú y que llegó a la isla Margarita atravesando las selvas tropicales. Otro alzamiento se registra en México cuando los conquistadores quieren proclamar caudillo independiente al segundo marqués del Valle, el criollo Martín Cortés.

En el trabajo ya citado de P. Sanchiz Ochoa (p. 143), se coloca en el segundo nivel de los valores, tras el de «Buen cristiano y temeroso de Dios», el de *valiente y celoso del servicio de Su Majestad.*

El establecimiento de un orden

El hombre español de esta época es legalista. Y viene ello de antiguo. Encontramos esta característica ya en el Cid y en las Partidas, que regulan toda la vida y funcionamiento del reino y establecen los requisitos de la «guerra justa».

Al fin y al cabo, toda nuestra peripecia histórica de aquellos siglos es el sueño de un orden. Se tomaba posesión de las tierras con un extremado formalismo. El «Requerimiento» de 1514 es un claro ejemplo. Se requiere justificar la conquista y nada se hace contra las normas, aunque se considere legalmente si procede el acatamiento. Hernán Cortés actúa frente a órdenes recibidas, pero para su acción busca apoyo legal. Todos quieren estar en la ley: Orellana, Valdivia y Gonzalo Pizarro consideran legales sus rebeliones. Hasta Lope de Aguirre se dirige a Felipe II. No hay en sus mentes desvinculación ni ilegalidad, salvo en el caso enloquecido de Lope de Aguirre.

Orellana, el tuerto, cuando lo del Amazonas, renuncia el 1 de marzo de 1542, a la tenencia de Gonzalo Pizarro, pero a continuación los expedicionarios le piden siga siendo jefe en nombre del Rey «por mejor y más servicio de Dios y del Rey venir y morir el río abajo que

no volver río arriba». Siempre, en cualquier situación, incluso de dudosa legalidad, la invocación al servicio del Rey, como Cortés.

Valdivia, «allí donde se acaba la tierra», vuelve a repetir, con diferentes connotaciones, la maniobra de Cortés. El cabildo de Santiago, elegido por él mismo, se reúne para designar gobernador. Es el mes de junio de 1541. Valdivia es designado «electo gobernador y capitán general», «en tanto que su majestad no provea otra cosa». Cuando La Gasca le abre proceso, dirá Valdivia «que si aceptó el nombramiento popular fue por pura importunación de sus gobernadores».

Lope de Aguirre es posiblemente el único caso de un alzamiento contra el rey, aunque se dirija a él denominándose «Lope de Aguirre, tu mínimo vasallo, cristiano viejo, hijo de medianos padres...». Estamos en septiembre de 1560. Al eliminar soldados, pone en sus cadáveres rótulos como éste: «por servidores al rey».

Este sentido legalista del conquistador se plasma en momentos de singular grandeza histórica. El primero de ellos es la toma de posesión de la primera tierra americana descubierta, la isla de Guanahaní. Este acto estuvo lleno de simbolismo y teatralidad. Las banderas verdes de los Reyes Católicos sellaban el sentido testimonial del acto mientras el escribano levanta el acta histórica. Es el 12 de octubre de 1492.

Otro acto trascendental es la toma de posesión por Vasco Núñez de Balboa, de la mar del Sur, en dos lugares, en el golfo de San Miguel el 29 de septiembre de 1513, y en una pequeña isla situada mar adentro, el 29 de octubre. El primer acto es presenciado por veintiséis hombres armados. Los demás compañeros quedan a media legua. Cuenta Oviedo que Balboa quería realizar la toma de posesión con la marea alta, y esperaron la pleamar: «...y estando así cresció la mar a la vista de todos mucho y con gran ímpetu». Cuando se ha acercado el agua: «Vasco Núñez, en nombre del Serenísimo e muy Catholico Rey don Fernando... tomó en la mano una bandera y pendón real de Sus Altezas, en que estaba pintada una imagen de la Virgen Sancta María... y las armas reales de Castilla e León pintadas; y con una espada desnuda y una rodela en la mano entró en el agua de la mar salada, hasta que le dio en las rodillas, y comenzó a pasear diciendo: ¡Vivan los muy altos y poderosos Reyes don Fernando y doña Johana...».

Como máxima expresión de legalismo podemos citar el hecho de que uno de los cargos que en 1529 se hacen a Pedro de Alvarado es la conquista por sorpresa del pueblo de Izcuintepeque, sin realizar el pre-

ceptivo requerimiento. Lo acusa Bernal Díaz del Castillo: «y sin ser sentidos de una mañana en ellos, en que hizo mucho daño y presa, y valiera más que así no lo hiciera sino conforme a justicia, que fue muy mal hecho y no conforme a lo que mandó Su Majestad».

Este requerimiento era totalmente necesario: constantemente lo vemos en las crónicas. Cuando lo de Tabasco cuenta Bernal:

> Y desque así vio la cosa, mandó Cortés que nos detuviésemos un poco y que no soltasen ballesta ni escopeta ni tiros; y como todas las cosas quería llevar muy justificadas, les hizo otro requerimiento delante de un escribano del rey y que se decía Diego de Godoy, e por lengua de Aguilar, para que nos dejasen saltar en tierra y tomar agua y hablalles cosas de Dios y de Su Majestad... (cap. XXXI).

Pero el formalismo y la juridicidad arraigados en cada conquistador y su interpretación no significan amor a los jurídicos. Díaz del Castillo en el capítulo CLXVIII narra cómo van ante Su Majestad Pánfilo de Narváez con los suyos para darle quejas de Cortés. El Emperador nombra una comisión que oye a ambas partes y en consecuencia dicta sentencia firmada en Valladolid de paso para Flandes,

> y firmóla Su Majestad, y dio otras sus reales provisiones para echar los tornadizos de la Nueva España, por que no hobiese contradición en la conversión de los naturales, y ansimismo mandó *que no hobiese letrados para ciertos años,* porque doquiera questaban revolvían pleitos y debates y cizañas.

La honra y la gloria

Honor y honra, conceptos bien ensamblados. El honor se adquiere con el esforzado cumplimiento del deber y la gloria es el premio inmarcesible del honor en grado heroico. La honra es la estima y respeto que se adquiere entre los que nos rodean. Diego de Ordás dice: «A do va la honra va todo» y escribe además a su administrador en México: «y no os olvidéis de enviar dineros para sostener la honra».

Fama, honores, respeto: su consecución es el gran motor de los conquistadores. La ascensión social, sólo posible por cauces bélicos —aparte del religioso— es el objetivo.

Estos conceptos están en los escritos de todos los cronistas: Almagro dice:

> Nuestro propósito fue y es servir a S.M. en dicho descubrimiento, porque hobiese noticias de nosotros o *nos honrase* e hiciese mercedes o no respeto de otros provechos, pues teníamos los dichos quince mil pesos de que podíamos vivir.

Hernán Cortés arenga a los suyos:

> Y que demás de facer lo que como cristianos éramos obligados... por ello en el otro mundo ganábamos la gloria, y en ésta conseguíamos el mayor *prez y honra* que hasta nosotros ninguna generación ganó.

En las cartas de los emigrantes se ve con frecuencia esta alusión a la honra. Antonio de Blas escribe desde México a su mujer Leonor Bernal en Sanlúcar y le dice: «mira que en el día de hoy no hay mayor riqueza en el mundo que es la honra».

Sebastián de Montes de Oca escribe, también desde México, a su mujer María de Fuentes en Sevilla: «...y busque compañía con quien venga, y si no hallase, venga sola, que mujer es para mirar por su honra». «Nuestro Señor Dios vida y honra de v.m. guarde», dice Andrés Pérez Maturance desde Puebla a su hermano Francisco Gutiérrez en Alburquerque.

Francisco González de Castro, en Santa Marta, escribe a Diego Jiménez y a Juan González, en Trujillo, y les dice: «yo estoy bueno de salud, aunque cansado de trabajos, que por acá no faltan, aunque, loado Nuestro Señor, siempre salimos de ellos con honra». Lo importante, a fin de cuentas, es la honra. Diego de Arcos, desde San Francisco de Quito, escribe a su mujer Catalina de Palma en Sevilla: «las mujeres honradas como vos e hijasdalgo ninguna cosa ha de ser parte para dejar de hacer lo que son obligadas a Dios y al mundo» y más adelante dice: «y podamos dejar nuestros hijos honrados y puestos en estado de gracia». Ante Dios y ante los hombres, gracia y honra.

La honra requiere dineros para sostenerla. Francisco Gómez Marrón, desde El Cuzco, dice a su hijo Jerónimo en Ciudad Rodrigo: «porque con la hacienda y granjerías que tenemos todos podemos vivir descansados y honrados».

La honra requiere dineros. ¿Afán de riquezas por ellas mismas o por lo que suponían de ascenso social, de honra? Evidentemente, lo segundo ha de tenerse en cuenta con gran peso para valorar al hombre español en la circunstancia americana de esta época.

Más allá aún de la honra está la gloria. La gloria, que satisface el orgullo, tan característico del español de entonces e incluso de sus descendientes a ambos lados del Atlántico. La gloria, identificada con la gloria guerrera, concepto introducido hondamente en el alma del español durante los ocho siglos de la Reconquista. La Reconquista divide prácticamente al español, no de forma tajante, en dos tipos: el guerrero y el agricultor. El soldado defendía su solar, su religión, a los suyos. Combatía aportando su valor personal en la lucha individual. Adquiría botín y honras. «La milicia era la más alta vocación». El guerrero gozaba, por la fuerza de las circunstancias, una estimación superior a la de cualquier otro país de Europa. Aún más, la hegemonía militar española de los siglos XV y XVI eleva sobre el pavés de su escudo al mílite español: piquero, arcabucero, artillero, combatiente a pie o a caballo.

Esto es lo que el emigrante español lleva a América y hace posible la gesta: su amor a la gloria, su orgullo, la capacidad de sufrimiento y dureza del soldado español de entonces.

Después de la Reconquista, el español se sienta al lado de Dios, que le ha dado la victoria. El soldado cristiano cumplió con su Señor y éste también hizo su parte: la victoria y el botín le son concedidos desde lo alto. Y el Señor Santiago aparece frecuentemente como activo y bélico mediador.

Nuestro tan citado Bernal dice: «siempre tuve celo de buen soldado, que era obligado a tener, ansí para servir a Dios y a nuestro rey e señor y procurar de ganar honra, como los nobles varones deben buscar la vida». Aquí sintetiza el cronista la escala de valores que consideramos: Dios, el rey y la honra (cap. I).

Profundizando en estos conceptos de la honra y el honor, podemos partir de la definición de las Partidas, el honor como reputación que el hombre adquiere por el rango que ocupa, por sus altos hechos o por el valor que se muestra en él. El honor necesita de la permanente revalidación externa. En el trabajo ya citado de Sanchiz Ochoa, «la honra del hidalgo guatemalteco se basa en *cualidades personales* que a la vez constituyen por sí mismas otros tantos valores, limpieza de linaje, cargos y oficios honrosos, todo ello mostrado en una presencia digna».

Es muy importante el reflejo de la honra en los demás: la apariencia. Pero la honra no significaba necesariamente una buena situación económica, muchas veces era al contrario. La honra obligaba a gastos, y con ello producía endeudamiento, lo que no estaba mal considerado, ya que el hidalgo debía mantener casa y vida en consonancia con su categoría. En unas probanzas de méritos que cita la autora mencionada, se dice de un hidalgo conquistador:

> ...está adeudado por haber sustentado su casa como quien es, en tanta manera que cada día le molestan por deudas por no tener con qué pagar.

Del afán de honra del conquistador nos habla Durand en una serie de ejemplos. La honra al uso exigía servidumbre, armería, luciente vajilla, casa solar y, sobre todo, el caballo. El Inca Garcilaso dice de Pero Hernández que «se trataba como hombre noble y muy honrado que siempre le conocí uno, dos caballos, y me acuerdo que uno de ellos se llamaba "Pajarillo", por la ligereza de su correr». Un caballo costaba en América una fortuna, especialmente en Perú, pero un hidalgo soldado no podía prescindir de él.

De los padres de Cortés, hidalgos de antiguo linaje, dice Gómara que

> tenían poca hacienda, pero mucha honra, que raras veces acontece sino en personas de buena vida, y no solamente los honraban sus vecinos por la bondad que conocían en ellos, más aún ellos mesmos se preciaban de ser honrados en todas sus palabras y obras, por donde vinieron a ser muy bienquistos y amados de todos.

Dice Las Casas que Colón escribía a los reyes y les recordaba las promesas que le hicieron de «que me volverían con todo lo que me pertenece y acrecentaran de más honra».

La importancia dada a la honra es bien puesta de manifiesto por Vasco Núñez de Balboa. Cuenta Gómara, cuando narra la expedición hacia la mar de Sur, que «pensaba hacer, como hizo, muy crecido servicio al Rey, enriquecerse a sí mismo y a sus compañeros y cobrar un gran renombre». El renombre, reflejo de la honra en los demás. «Dejó Balboa allí en Cuareca a los enfermos y cansados, y con sesenta y siete

que estaban fuertes, subió una gran sierra». Poco antes de llegar, manda parar a sus hombres y corre a lo alto. Así será él solo el *descubridor.* «Miró hacia mediodía, vio el mar, y al verle se arrodilló en tierra y alabó al Señor que le hacía tal merced. Llamó a los compañeros, les mostró el mar, y les dijo: "Allí veis, amigos míos, lo que tanto deseábamos. Demos gracias a Dios, que tanto bien y honra nos ha guardado y dado"» (*Historia general de las Indias,* I, Barcelona, 1985, pp. 101-104).

El ansia de honra como el mayor estímulo de sus acciones. Pero la honra ha de ser en justicia para el que de verdad la merece y ello es lo que nuestro cronista Bernal toma como obligación:

> Lo que veo destos escriptos e en sus corónicas solamente en alabanza de Cortés y callan nuestras ilustres y famosas hazañas... Y esto digo, que cuando Cortés, a los principios, escribía a Su Majestad, siempre por tinta le salían perlas y oro de la pluma, y todo en su loor, y no de nuestros valerosos soldados... nos habían de considerar los cronistas que también nos habían de entremeter y hacer relación en sus historias de nuestros esforzados soldados, y no dejarnos a todos en blanco, como quedáramos si yo no metiera la mano en recitar y dar a cada una su prez y su honra (cap. CCXII).

Otro buen ejemplo, que cita también Durand, es el de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Desembarca en la Florida con Pánfilo de Narváez, quien ordena que se divida la expedición en dos: una por mar y otra por tierra. Narváez nombra a Núñez jefe de la flota, a lo que éste se opone.

Alvar Núñez rechaza por temor a que después no pudieran reunirse los navíos con los de tierra, como luego ocurrió. Luego escribe justificando su negativa:

> respondí que yo huía encargarme de aquello porque tenía por cierto y sabía que él no había de ver más los navíos, ni los navíos a él, y que esto entendía que tan sin aparejo se entraban por la tierra adentro, y que yo quería más aventurarme al peligro que él y los otros se aventuraban, y pasar por lo que él y ellos pasasen, que no encargarme de los navíos y dar ocasión que si dijese que, como había contradicho la entrada, me quedaba por temor, y mi honra anduviese en disputa; y que yo quería más aventurar la vida que poner mi honra en esta condición.

Algo extensa digresión sobre la honra, pero sobre cuyo tema se podrían escribir miles de páginas en relatos de Indias. Todos ellos podrían resumirse en aquellos inolvidables versos de Calderón, posiblemente aún en actualidad entre nosotros:

> fama, honor y vida son
> caudal de pobres soldados...

La riqueza

En la escala de valores del conquistador ¿qué puesto ocupa la consecución de la riqueza? La contestación requiere el análisis cuidadoso de las fuentes en un tema tan disputado. Porque hay opiniones muy dispares. Como dice Francisco de Solano, «con la ferocidad agresiva de que es capaz el español, se criticó y defendió al hombre de armas que conocemos por conquistador». Y especialmente en dos cuestiones: el ansia de oro y su atribuida crueldad.

Partiremos de las más duras críticas. Para fray Bartolomé de las Casas sólo había una razón de la conquista: hambre de oro. Pedro de Córdoba y Antón de Montesinos protestan de los excesos cometidos. Las Casas está en la línea exclusivamente negativa, aunque desarrollada con valor, cumpliendo la misión histórica de salvar la cultura indígena. Pero las opiniones de Las Casas sobre los conquistadores son extremadas y carecen de objetividad.

Para algunos, la riqueza estaba en primera prioridad de la escala de valores. Ante ello protestaron Córdoba, Montesinos, Mendieta, Bernardino de Sahagún, el obispo Zumárraga y el venerable Motolínea, así como Cristóbal de Molina, «el Chileno», sochantre de la catedral de Santiago. Hablando de las riquezas indígenas, dice Molina que «otro fin no traían los conquistadores». A Motolinía y Gómara les llama la atención el color amarillo de los peruleros: «ellos y el oro todos van de una color», dice Motolinía.

Motolinía está en el fiel de la balanza frente a la intransigencia de Las Casas. No es censor de todos. Reconoce la existencia también de hombres virtuosos y caritativos con los indios. No faltaron, dice, «los que con buena intención vinieron y conquistaron tan grandes pro-

vincias, como son éstas, para que Dios fuese en ellos conocido y adorado».

Como dice Durand,

> negar la codicia de los conquistadores equivale a mentir, pero sostener las extremosas afirmaciones de Las Casas de que sólo hubo avaricia, explotación, ferocidad, tampoco parece legítimo. Las necesidades de vida —económicas, sociales, religiosas— que los españoles venían a satisfacer en Indias no pueden reducirse a la simple fórmula o rótulo de la codicia.

Los hechos extremosos e incluso monstruosos son los más historiables, dice Ángel Rosenblat, pero no los más generales. La realidad es que los capitanes, en su mayor parte, eran ricos, tenían que serlo, para poner en marcha una expedición a su costa y riesgo.

El soldado era necesitado. Buscaba la riqueza necesaria para vivir como hidalgo. No era avaro como no era mercader. Una vez ganado el dinero era espléndido.

No todo era negocio. Pánfilo de Narváez perdió su fortuna en Florida y Hernando Soto allí mismo perdió la vida. Pizarro y Almagro sabían mucho de deudas. Hernando de Luque es otro que pierde su fortuna. Diego de Almagro, «liberal como un príncipe», es el más manirroto de todos. Hernán Cortés llegó a empeñarse.

Bernal alaba a Gonzalo de Sandoval. De él dice que no era

> codicioso de oro, sino solamente como buen capitán esforzado, y en las guerras que tuvimos en la Nueva España siempre tenía cuenta en mirar por los soldados que le parecía lo hacían bien, y los favorecía y ayudaba. No era hombre que traía muy ricos vestidos, sino que vestía muy llanamente, como buen soldado.

Este controvertido tema podría resumirse, como resultado de analizar los textos de cronistas y religiosos:

a) El soldado en Indias aspiraba a la situación de hidalgo para lo que necesitaba un soporte económico que constituía su aspiración.

b) No se puede negar la existencia de hechos muy reprobables en este tema, pero no constituyen norma general. Motolinía inspira la máxima credibilidad. Sin negar a Las Casas toda su grandeza, hay que

reconocer que sus obras, con opiniones a veces extremadas, tenían por objeto forzar un estado de opinión en defensa de los derechos del indio.

c) Las Indias no fueron campo de negocio fácil para los conquistadores. La impulsión de éstos iba más allá de la consecución de lo material. Aun enriquecidos, su inquietud les llevaba a nuevas expediciones en las que a veces perdían su fortuna, e incluso la vida.

d) Resulta elemental, burdo y falso reducir la atracción de Indias para el conquistador a lo meramente material.

La familia

La estrecha vinculación familiar del hombre de la época apenas se pone de manifiesto en los cronistas de Indias. Queda como algo relegado al interior de cada hombre, pero previsible después de considerar el fuerte sentimiento religioso del español de aquel entonces.

Es necesario recurrir a las cartas privadas de los emigrantes. En ellas se pone de manifiesto la atención de éstos hacia su familia. Bien que hacia los años 1560/1570 los conquistadores están ya viejos y enfermos y su necesidad de la familia incrementa, pero en todo caso solicitan ardientemente la venida de la mujer, los hijos o los sobrinos, envían dinero a casa, y en sus cartas trasciende el amor a los suyos y el tremendo trauma de la separación.

Pedro de Cantoval, en México, dice a sus hijos Pedro y Diego en Aguilar de Campoo:

> ...pues que ya yo estoy viejo y gotoso, que no me puedo vestir ni calzar, sea Dios servido por todo. Conviene que el uno de vosotros o entrambos, si ser pudiere, vengáis a estas partes, para poner en recaudo lo que Dios acá me ha dado, que es una razonable hacienda.

Juan López de Sande escribe, también desde México, a su mujer Leonor de Haro en Triana: «La última de v.m. de 14 de febrero recibí, y con ella el alegría y consuelo que debo recibir siendo de aquella a quien en esta vida más amo, y esto no perecerá hasta la muerte».

Segundo Martínez, desde México, escribe a su padre Domingo, en Sevilla, y le dice:

> Señor, yo me concerté con un amigo mío que se dice Pedro de Torres Zurujano, para que trajese a v.m. y a mi señora madre y hermanos, y él va obligado a traer a v.m. y a mi señora y a mis hermanos, él dará a v.m. los dineros que fueren menester... a mi señora y a v.m. les aviso que miren por mi hermana María y tengan cuenta con ella por la mar, porque es muy bellaca gente la de la mar.

Luis de Córdoba escribe desde Puebla, como tantos otros, apremiando a su mujer, Isabel Carrera, en Sevilla, para que vaya a Indias: «Y así señora, os enviaba a decir que, vista la presente, vendáis, señora lo que allá está, y os vengáis, como digo, a tener descanso vos y quien vos quisiéredes traer y quisiere venir, que acá no os faltará la merced de Dios tan bien y mejor que no allá, porque hay mas aparejo». La llamada es continua. Otro dice: «pues cada viaje vienen a esta tierra muchas señoras muy honradas, podréis venir vos, señora, y vuestro hijo muy a vuestro placer». Cuando no hay familia directa se llama al sobrino, «así que, sobrino, ruégoos por amor de Dios que, pues cuando mozo no quisisteis, que ahora con vuestra mujer e hijos, que decís tenéis dos, os vengáis por acá».

Hay que hacer constar que este deseo de que venga la mujer, hacia 1560 (?), se convierte en necesidad ante una disposición que obliga a los casados en la Península a volver a su origen. Y así dicen: «porque andamos huidos al monte, porque no nos llevasen en esta flota» o «quedo preso, y con unos grillos por casado, y esto, señora, bien se pudiera haber remediado con vuestra venida».

Pedro Salcedo escribe desde Santiago a su hermano Juan Martínez en Alcalá de Henares:

> Ahora envío por mi mujer, para que venga acá, porque sin ella estoy el más triste hombre del mundo.... Es tanto la tristeza que tengo que me hallo tan solo como si estuviese cautivo en tierra de moros... Por amor de Dios, que v.m. me haga merced de dar orden de que mi mujer venga...

Los de la Península piden socorros, los de Indias piden a los suyos que vengan. Bernardino Rodríguez desde Panamá escribe a su hermano Pedro en Sevilla: «En lo que decís que estáis pobre, eso ya me parece orden común de los españoles, en teniendo un pariente en las

Indias, hacerse pobres... y os ruego todo lo que puedo que, con la mayor brevedad que se pueda, vengáis». Antonio Baez, desde Panamá, escribe a un hijo en Corte: «Sólo quería, porque yo ando muy enfermo, y estoy viejo y cansado que, antes que Dios me llevase, viniésedes a esta ciudad a recibir mi bendición y poner recaudo en esta hacienda».

Otro padre que se queja de la cómoda educación de su hijo:

> Mas como eres mozo y criado entre esas morcillas, uvas y melones, no entiendes lo que más te conviene... Y has de entender que los que pretenden cosas mayores, no se han de criar en los lugares donde nacieron, ni vivir en regalos, porque éstos en la vejez se hallan siempre flacos y enfermos.

Le aconseja: «no trates con mozuelos livianos, y que seas honesto y no vicioso, ni jugador, ni padero (?), ni mentiroso».

Sorprende el detalle de las disposiciones, propias de un verdadero *paterfamilias*. Diego de Virués escribe desde Nombre de Dios a su hermano en Sevilla:

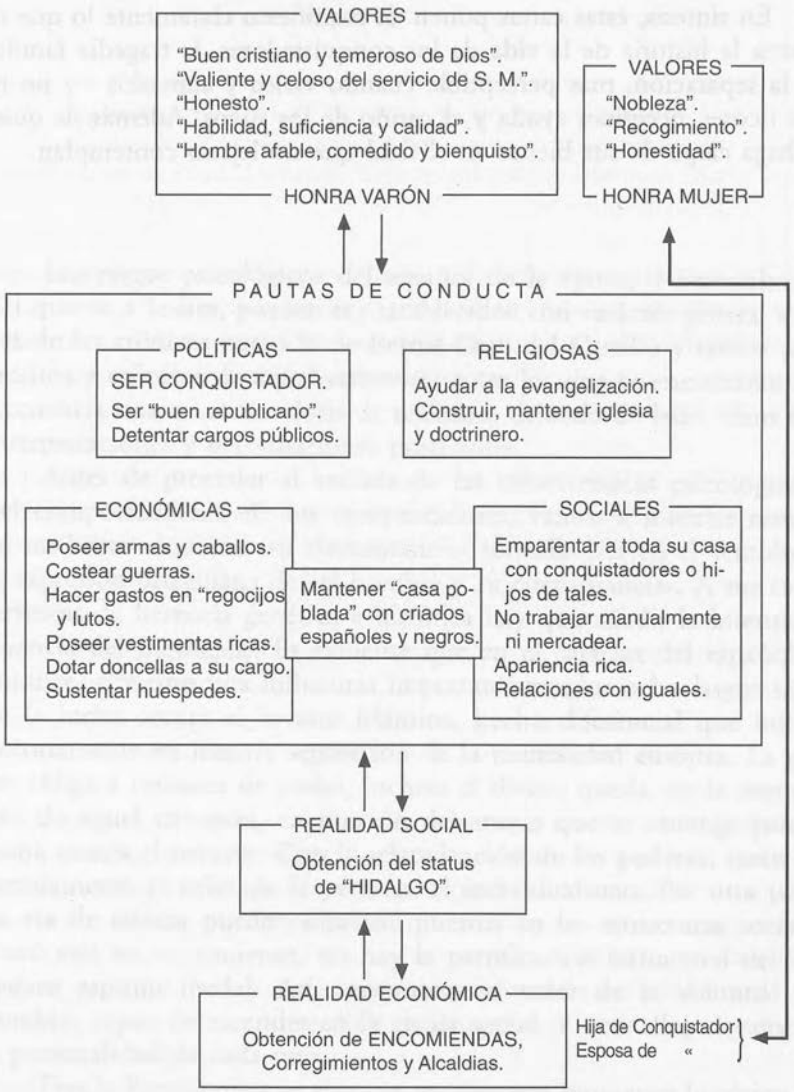
> mande venga mi mujer en la nao de Granillo o en otra que v.m. pareciere, y se la tome la cámara de popa, y venga con ella mi hermana Beatriz y Barrasa y su mujer con un par de negras; y María quede en uno de los tres monasterios... A mi madre tomará v.m. una casa pequeña, y le comprará una negra muchacha o negra mayor de poco precio, y le dará v.m. dos fanegas de trigo cada mes, y tres ducados, y la pagará la casa... también a mi mujer, habiendo de venir, la comprará v.m. una saya de raso blanco guarnecida, y una sobrerropa de raso carmesí, con un pasamano de oro, y a mi hermano otro tanto, salvo que la sobrerropa sea de tafetán pardo guarnecida...

No falta el paternal consejo. El capitán Alonso Rodríguez de Villaenizar escribe a su mujer en Doimil (?) y le dice: «Y vístanse moderadamente los mancebos, y no cese el estudio Gaspar Rodríguez, que si el bellaco ladrón de su hermano me dijera lo que pasaba, yo le ayudara para su estudio...».

Entre los parientes no es todo oro ni plata. El licenciado Briceño escribe desde Cali a su hermano en Valladolid:

(V) Sistema de valores de un hidalgo

P. SANCHIZ OCHOA



> ...por la gente inútil que conmigo traje, que no son sino para gastar... Yo me lo merezco, pues traje parientes tan ruines, y los más cercanos mayores bellacos, porque traje un sobrino que lo que con él paso me quita los días de la vida.

En síntesis, estas cartas ponen de manifiesto claramente lo que no cuenta la historia de la vida de los conquistadores, la tragedia familiar de la separación, más perceptible cuando viejos y cansados —y no todos ricos—, necesitan ayuda y el cariño de los suyos. Además de quien se haga cargo de sus bienes en el final que no lejano contemplan.

Capítulo VII

PSICOLOGÍA DEL CONQUISTADOR

Los rasgos psicológicos del español de la época, y especialmente del que va a Indias, pueden ser establecidos con carácter general a través de las crónicas como la de Bernal Díaz del Castillo y tantos otros escritos y crónicas de aquel entonces, entre los que se encuentran con frecuencia una excelente dosis de realismo, dejando de lado, claro está, interpretaciones y deformaciones posteriores.

Antes de proceder al análisis de las características psicológicas y del comportamiento de los conquistadores, vamos a intentar resumir en un breve esquema «su circunstancia» tomada ésta en el sentido de la expresión orteguiana de «el hombre y su circunstancia». A sus características de herencia genética e histórica hay que añadir la intensa influencia del momento. Es evidente que en el carácter del español de entonces tuvieron una influencia importantísima los ocho largos siglos de la lucha contra el invasor islámico, hecho diferencial que influye notoriamente en nuestra separación de la mentalidad europea. La guerra obliga a cesiones de poder, incluso el divino queda, en la mentalidad de aquel entonces, en función del apoyo que se obtenga para la lucha contra el invasor. Con la relativización de los poderes, crece tremendamente el valor de la persona, el individualismo. Por otra parte, en vía de milicia pueden escalarse puestos en las estructuras sociales. Todo está en movimiento, no hay la petrificación estructural del verdadero espíritu feudal. Así, incrementa el valor de la voluntad del hombre, capaz de ascender en la escala social. Y con ello, el valor de la personalidad de cada uno.

Tras la Reconquista se abre un apasionante momento histórico. Es la «circunstancia» que vamos a considerar. El hombre de entonces tie-

ne las acusadas características del «hombre de frontera». Ha surgido a caballo entre la Edad Media y la Moderna, entre un mundo claramente establecido y el dominio de lo desconocido, cuando las culturas y creencias sufren una tremenda conmoción. Pero él es un hombre firmemente establecido en sus creencias, a diferencia del hombre renacentista en general y frente a las características del hombre que relativiza los valores. Es además aquél un hombre de acción, con un individualismo que refuerza el Renacimiento, pero que tiene ya bien formado por la lucha secular, como hemos dicho. A sus creencias religiosas añade un buen bagaje de fábulas, leyendas y mitos. Y con todo ello se abre al mundo dotado de una infatigable curiosidad.

Producto de todo ello, el hombre hispánico tiene en su interior una *fuerza vital ascedente*, en expresión orteguiana, un dinamismo superior al del mundo que lo rodea y que le va a convertir en protagonista exaltado de una epopeya. Dardo Cúneo, citado por Irving A. Leonard en *Los libros del conquistador* (Fondo de Cultura Económica, México, 1959), dice que «la imaginación fue la savia de la aventura del mundo europeo en América».

La poderosa *imaginación* del conquistador, gran motor de la curiosidad renacentista, está alimentada por los grandes mitos: las Amazonas, Eldorado, la Fuente de la Juventud, las Siete Ciudades Encantadas; mitos que han de perdurar a través y a pesar de descubrimientos y conquistas.

Pasemos revista ahora a estas características que, a nuestro juicio, configuran la imagen psicológica del hombre que consideramos.

Individualismo

Como ya hemos señalado con frecuencia a lo largo de este ensayo, el individualismo hispánico, producto de la idiosincrasia ibérica y de influencias históricas ya consideradas, hace que haya que enfocar el hecho americano como el conjunto de miles y miles de biografías y no pueda explicarse solamente con un puñado de las de los capitanes ilustres. No se puede contar lo de América solamente con la historia de algunos. Lo de Indias fue el producto de muchas empresas en las que las actuaciones del hombre aislado, en enormes marcos de distancias, respondían a iniciativas individuales cuyas acciones se superpo-

nían, trazando resultados muchas veces diferentes de los planteamientos iniciados.

La conquista fue un hecho colectivo, tarea de masas, no explicable con los esquemas mentales de hoy día, en los que la organización y las estructuras juegan un papel fundamental. El hombre es la medida aplicable. «El hombre, medida de todas las cosas», en expresión del mundo clásico. Tenemos que darnos cuenta de que el capitán era un compañero en la hueste, y esto lo dice Bernal. Muchas veces, como en el caso de Orellana prosiguiendo la navegación amazónica presionado por los suyos, las decisiones no son producto solamente del capitán. Ha de transcurrir algún siglo más y llegar hasta el XVIII, para que culmine la transformación de otro concepto de mando.

Si esto no fuera así, bastaría contar lo de Indias con una veintena de biografías. No sería un relato real. Nos inclinamos mucho más a la minuciosa historia de Díaz del Castillo, donde aparece claramente la intervención de los que rodean a Cortés.

El citado historiador titula sus capítulos con frecuencia con acciones plurales: «cómo descubrimos», «cómo seguimos», «de las guerras que allí nos dieron», «cómo seguimos la costa adelante», «cómo llegamos al río Grijalba», alternado con otras expresiones que comienzan con un «cómo Cortés...» aunque suele añadir aclaraciones de con quién realiza los hechos. Al final, Díaz del Castillo (cap. CCV) trata «de los valerosos capitanes y fuertes y esforzados soldados que pasamos desde la isla de Cuba con el venturoso e animoso don Hernando Cortés».

Entereza

Los conquistadores son audaces, infatigables, temerarios, sufridos y valientes. Lo de Indias no fue un mero paseo de emigrantes. Bernal Díaz del Castillo, ya en el capítulo primero de su *Historia Verdadera,* narra: «habíamos salido con el armada y el capitán murió luego en llegando a tierra, que de los ciento y diez soldados que veníamos quedaron muertos los cincuenta y siete».

Fray Bartolomé de las Casas relata el efecto que producían los españoles en los indios. Concretamente, cuando Pedro de Ledesma, agonizando con los sesos al aire, hacía huir a los indios gritándoles: «pues

si me levanto, y con sólo aquello botaban a huir como asombrados, y no era maravilla porque era un hombre fiero».

La cita de Raleigh es bastante concluyente:

> No puedo dejar de encomiar aquí la virtuosa paciencia de los españoles. Es muy difícil, o imposible, encontrar otro pueblo que haya soportado tantos reveses y miserias como los españoles en sus descubrimientos de Indias. Sin embargo, persistiendo en sus empresas con invencible constancia, han anexionado a su reino tantas y tan ricas provincias como para enterrar el recuerdo de todos los peligros pasados. Tempestades y naufragios, hambres, derrotas, motines, calor, frío, peste y toda suerte de enfermedades, tanto conocidas como nuevas, además de una extrema pobreza y de la carencia de todo lo necesario, han sido sus enemigos tarde o temprano al tiempo de realizar sus nobilísimos descubrimientos. Muchos años se han acumulado sobre sus cabezas mientras recorrían apenas unas leguas; no obstante, más de uno o dos han consumido su esfuerzo, su fortuna y su vida en la búsqueda de un dorado reino, sin obtener de él al final más noticias que las que al empezar conocían. A pesar de todo lo cual el tercero, el cuarto o el quinto no se han descorazonado. A buen seguro están de sobra compensados con esos tesoros y esos paraísos de que gozan y bien merecen conservarlos en paz, si no se ponen trabas a virtudes semejantes en los demás, los cuales (quizás) nunca existirían.

Otra cita importante, de Washington Irving:

> Las acciones y aventuras de estos hombres que emulaban las gestas de los libros de caballería, tienen además el interés de su veracidad. Nos dejan admirados de las cualidades de audacia y heroísmo inherentes al carácter español, que condujo a esa nación a tan alto nivel de poder y de gloria, cualidades que, para los que tienen oportunidad de juzgarlo correctamente, aún conserva la mayoría de ese valeroso pueblo.

Los sufrimientos de los conquistadores serían hoy insoportables. Díaz del Castillo habla, ya al principio (cap. I) de la «pestilencia»: «desde a tres o cuatro meses que estábamos poblados, dio pestilencia de la cual se murieron muchos soldados, y demás desto todos los más adolecíamos y se nos hacían unas malas llagas en las piernas». Las heridas no suponen baja en el combate. Cuando lo de Tabasco (cap.

XXXIII), Cortés ordena que se aparejen todos para ir en busca de los escuadrones guerreros, y que «todos los soldados estuviésemos muy punto con nuestras armas, y aunque estuviésemos heridos».

Sobre la posible comparación de lo de Indias con las guerras de Europa, también nos cuenta Bernal (cap. CXXVI):

> E no sé yo para que lo escribo ansí tan tibiamente, porque unos tres o cuatro soldados que se habían hallado en Italia, que allí estaban con nosotros, juraron muchas veces a Dios que guerras tan bravosas jamás habían visto en algunas que se habían hallado entre cristianos y contra la artillería del rey de Francia, ni del gran turco...

Fernández de Oviedo resume bien las penalidades que tuvo que vencer la entereza del conquistador:

> Cualquiera que esto sepa, dará muchas gracias a Dios con un pan que tenga en su patria, sin venir a estas partes a tragar y padecer tantos géneros de tormentos y tan crueles muertes, desasosegados de sus tierras, después de tan largas navegaciones, e obligados a tan tristes fines, que sin lágrimas no se pueden oír ni describir, aunque los corazones fuesen de mármoles y los que padescen estas cosas infieles; cuanto más, siendo cristianos y tan obligados a dolernos de nuestros prójimos.

Carecían del sentido de lo imposible y de las distancias, como dice Morales Padrón. Las audacias de Alvar Núñez Cabeza de Vaca rebasan toda imaginación: seis años esclavo de los indios logra luego evadirse, atraviesa Texas y Cochuilas y camina a veces en las condiciones más infrahumanas: desnudo, con una brasa encendida que en las noches guardaba en un hoyo, donde hacía fuego. Y así dos años más. La expedición de Hernando de Soto por el Mississippi anda pareja en sufrimientos a la anterior. Parte rumbo a Florida con 620 hombres y 223 caballos. A los tres años de expedición «faltábanle ya doscientos cincuenta cristianos y ciento cincuenta caballos». Pero, en su terquedad, continúa por lo que hoy es Arkansas en medio de un terrible invierno. Allí, el 21 de marzo de 1542 fallece Hernando de Soto, después de realizar una prodigiosa exploración por América del Norte.

Jiménez de Quesada corre tras Eldorado. Al fin de su expedición, tres años, su balance es trágico: de 1.300 hombres blancos regresaron

sólo 64; de 1.500 indios se salvaron 4, y de 1.100 caballos quedaron vivos sólo 18. Pero Quesada quiere repetir aún la expedición, lo que su muerte le impide.

La conquista de Chile presenta un enemigo implacable: la naturaleza. Selvas cerradas, difíciles montañas, lagunas, ríos. Lo dijo Ercilla (*La Araucana*, Buenos Aires, 1971; canto 35, p. 569):

> Nunca con tanto estorbo a los humanos
> quiso impedir el paso la natura
> y que así de los cielos soberanos
> los árboles midiesen el altura
> ni entre tantos peñascos y pantanos
> mezcló tanta maleza y espesura.

Carencia de prejuicios raciales

Otra importante característica diferencial. Mientras que la colonización anglosajona extermina al indio, la española se funde con él. El español estaba preparado para ello por su contacto con árabes y judíos. El español mismo era ya producto de un constante cruce de razas: íberos, celtas, cartagineses, romanos, visigodos. La Península Ibérica era la roca final donde chocaron las olas de cabalgadas europeas antes de las africanas.

Los indios entregan sus hijas a los conquistadores en símbolo de amistad. Bernal narra, en su capítulo XXXV, los obsequios de los caciques de Tabasco: «Y no fue nada todo este presente en comparación de veinte mujeres, y entre ellas una muy excelente mujer que se dijo doña Marina...».

Más adelante (cap. LXXVI), en Tascala, el viejo Xicotenga le dice a Cortés:

> Malinche, porque más claramente conozcáis el bien que os queremos y deseamos en todo contentaros, nosotros os queremos dar nuestras hijas para que sean vuestras mujeres y hagáis generación... Yo tengo una hija muy hermosa, e no ha sido casada, y quiérola para vos.

De hecho, las indias pasan a mujeres de conquistadores, los «cuñados» para los indios, en cifra apreciable. Y surge la descendencia, los

mestizos, que en fecha lejana serían los herederos reales de los conquistadores. En el repartimiento de Alburquerque de 1514, en La Española figuran 111 españoles casados con mujeres de Castilla y 64 con indias.

Un autor argentino, Alberto M. Salas, dice que el conquistador no desdeñó nunca a la mujer indígena, se comportó ante ella elementalmente, la hizo madre de sus múltiples hijos mestizos y así esta mujer «hizo Hispanoamérica, este crisol que sigue fundiendo, mezclando, procurando hacer de las muchas una sola sangre, una sola piel, un único espíritu y cultura».

Capítulo VIII

LAS CUALIDADES NEGATIVAS

Inquietud

El español de entonces, como ya dijimos, es un ser intranquilo. Su sentido del orden se concreta en unos principios y unas lealtades a seres muy lejanos: Dios y el Monarca. Compagina extrañamente su legalismo con su frecuente insumisión a los «escalones intermedios».

Hemos citado ya las palabras del capitán al emperador: «...mayormente que los españoles somos algo incomportables e inoportunos». Bernal dice también: «todo lo trascendíamos, todo lo queríamos saber».

El conquistador es turbulento, temerario, curioso, terco. Pero esta inquietud, como el individualismo, es algo consustancial a nuestro hombre.

La historia del descubrimiento y conquista de América está llena de ejemplos que corroboran esta inquietud. Cortés es un hombre inquieto. Con catorce años va a Salamanca a estudiar leyes, pero dos años después decide elegir una vida más inquieta y quiere ir a las guerras de Flandes. En 1504 cambia su idea para ir a las Indias. Lo dice Gómara: «tenía Cortés diecinueve años cuando el año de 1504 que Cristo nació, pasó a las Indias, y de tan poca edad se atrevió a ir por sí tan lejos». La historia de Bernal es la narración de una inquietud. Sorprende de Cortés el continuo lanzar expediciones enviando a Pedro de Alvarado, a Francisco de Montejo, a Gonzalo de Sandoval, a Cristóbal de Olí y a otros capitanes en todas las direcciones. La lectura de la obra citada impresiona por la velocidad de acción de Cortés. Actúa en inquietud permanente, sin descanso, maquinando siempre nuevas ideas frente a la actitud defensiva de continua espera de los mexicanos.

Pedro de Alvarado es otro buen ejemplo. Recorrió las Antillas, México, Guatemala, El Salvador, Perú. Su inquietud le pierde finalmente en Nueva Galicia. Están los indios alzados en Guadalajara, y aunque la fuerte lluvia impedía la actuación de la caballería, decide atacar a los indios. Oñate, el gobernador de Nueva Galicia, le hace ver las dificultades de la situación para operar. Alvarado le replica: «verguenza es que cuatro gatillos encaramados hayan dado tanto tronido que alborotan al reino... ya está echada la suerte, yo me encomiendo a Dios». Y entonces ha de morir, un 4 de julio de 1541. Sus últimas palabras para Oñate lo retratan: «He cumplido, señor, la palabra que os di, de que primero me faltaría la vida que desamparase el reino».

Pizarro aparece en Indias con Ovando, en 1502; durante ocho años se manifiesta como uno de los hombres más inquietos: en 1510, Ojeda le da el mando del fuerte de San Sebastián, en Uraba. De 1508 a 1522 sirve con Ojeda, Enciso, Balboa, Morales, Pedrarias... Escucha a Andagoya y decide conquistar el imperio de los incas. La primera expedición fracasa; equipa una segunda y prosigue su increíble historia.

Pedro de Valdivia, el extremeño, es hidalgo notorio. Había combatido en Italia y Flandes. En 1534 va a Venezuela, luego a Perú. No necesita dinero, pero pide continuar la acción de Chile, hasta entonces sin éxito. Gasta toda su hacienda en los preparativos y con sólo ciento cincuenta hombres comienza en 1540 la conquista de Chile.

Gonzalo Jiménez de Quesada es andaluz. Había combatido en Italia y un día es nombrado justicia mayor en la expedición de Fernández de Lugo a Santa María. Allí es nombrado por Fernández de Lugo general de una expedición de 750 hombres que ha de seguir el río Magdalena. La expedición arrastra terribles penalidades. Quesada obra como Cortés y se hace aclamar capitán general por todo el campo: busca las tierras de la sal, luego la de las esmeraldas. Cuando llega a una tierra, busca siempre la otra... El final de Quesada es un fracaso económico. Con su dinero y sus esmeraldas compra la gobernación de Nueva Granada, pero ésta es dada «al ladrón Alonso Luis de Lugo que se le había adelantado».

Esta inquietud es lo que asombra a Pedro Mártir de Anglería:

> Van a construir en La Española una armada nueva para pasar con ella a aquellas regiones y levantar una colonia (se refiere a Chicora y a la empresa de Vázquez de Ayllón); y no le faltará quien le siga, porque

> toda esta nación española es tan amante de cosas nuevas, que a cualquier parte que, sólo por señas o con un silbido se la llame para algo que ocurra, de seguida se dispone a ir volando; deja lo seguro por esperanza de más altos grados, para ir en pos de lo incierto.

Crueldad

A lo largo de la lectura de los hechos de Indias narrados por los cronistas surgen a veces relatos en los que se acusa una nota de crueldad o de incontenible codicia por parte de los conquistadores. Como dice el historiador argentino Rómulo D. Cabria, la historia de la conquista de América no está limpia de actos de violencia que son muy ciertos, aunque no puede admitirse que constituyeron la conducta normal ni que obedecieran a una sistematización de la crueldad.

La crueldad resulta, con frecuencia, de la aplicación de una tremenda dureza en los castigos aplicados que hoy es totalmente rechazable, aunque no suponga normalmente un deleite en el sufrimiento ajeno. Sin embargo, la utilización de los perros —el aperreamiento—, la muerte en el fuego o de frío a la intemperie, el empalamiento o la mutilación son hechos que martillean nuestra mente al leerlos.

Entre los casos más rechazables de crueldad podemos citar el cometido contra la cacique Anacaona, a quien «por hacelle honra ahorcaron». El hecho corre a cargo de Ovando, quien ordena además prender fuego al caney donde están los indígenas, aunque queda pendiente la cuestión de si hubo o no conjuración entre la indiada para matar a los cristianos desprevenidos.

Cuando la colonización de Jamaica, es Juan de Esquivel el máximo exterminador de indios, según Las Casas. Los naturales de la isla mueren o se escapan al monte, o se envenenan con jugo de yuca. Asimismo, Velázquez, en la expedición a Cuba en 1511, trata sin piedad a los taínos cubanos, mansos indígenas «con sus barrigas desnudas», según Las Casas, quien dice que no eran enemigos para los conquistadores a caballo, con perros, arcabuces y lanzas. Velázquez es quien manda quemar a Hatney, antiguo cacique dominicano.

Fray Antonio Montesinos, en La Española, el mismo 1511 pronuncia su famoso sermón, aldabonazo condenando la actuación de los españoles en Indias y su conducta con la indiada.

Pedrarias, como dice Juan Ruiz de Arce, «ponía mucha diligencia en sacar oro, y a esta causa perecieron muchos naturales de la tierra, en las minas». Pedrarias odia además a Balboa. Lo «trató a muerte». Le ajusticia sin piedad. Jerónimo de Herrera le dice al rey refiriéndose a Pedrarias: «cuando el viejo gobernador hablaba, nos hacía orinar de miedo».

Las expediciones ordenadas por Pedrarias constituyeron, como dice Morales Padrón, «un rosario de atrocidades». Entre todos destacó por su crueldad el licenciado Espinosa, de quien dice Las Casas que fue «el espíritu de Pedrarias y el furor de Dios encerrado en ambos».

El episodio más cruel de la conquista de México es posiblemente la quema de los reyes de Quiché, el 7 de marzo de 1524. Alvarado le informa a Cortés: «E como conocí de ellos tener mala voluntad al servicio de S. M., y para el bien y sosiego de esta tierra, yo los quemé e mandé quemar la ciudad...».

Pizarro es tachado de cruel, especialmente en los relatos de Las Casas, quien le llama «tirano grande» y dice que «creció en crueldades y matanzas y robos, sin fe ni verdad, destruyendo pueblos, apocando, matando las gentes de ellos y siendo causa de tan grandes males...». Hay que recordar que fray Bartolomé no estuvo en Perú y habla de referencias. Parece que el juicio no es correcto, ya que Pizarro fue constantemente moderador de excesos que sí se cometieron a veces, especialmente por las gentes de Almagro. Pizarro es «el buen viejo del gobernador» para los españoles y «Apu Macho» (el gran señor) para los indios. La ejecución de Atahualpa es el punto clave de la tacha de crueldad a Pizarro. Se trataba de una lucha a muerte entre ambos: Atahualpa pensaba coger vivos a los españoles y ya conoce la historia los sistemas que aplicaba para dar muerte. La sentencia de muerte fue por votación de sus hombres: 350 frente a 50. Sí se podría hablar de un ambiente de crueldad, más que de un odio mortal de Pizarro al Inca.

Donde parece que la crueldad empalma con la locura es en el caso de Lope de Aguirre. Domador de potros, recibe dos arcabucazos en la batalla de Chuquinga que lo dejan cojo para siempre. Se le conoce con el nombre de Aguirre el loco. De él dice Francisco Vázquez, «juzgándolo por sus obras, fue tan cruel y tan perverso que no se halla ni puede notar en él cosa buena ni de virtud». Tras la rebelión que acaba con Pedro de Ursúa, Lope de Aguirre se nombra a sí mismo maestre de campo. Emprende entonces una cadena de ajusticiamientos o ase-

sinatos: el capitán Salduendo, Inés de Atienza, Fernando de Guzmán —nombrado «rey» por el tirano— y un largo etcétera. Lo cuenta al rey don Felipe:

> Yo maté al nuevo rey, y al capitán de su guardia, y al teniente general y a cuatro capitanes y a su mayordomo mayor, y a su capellán, clérigo de misa, y a una mujer de la liga contra mí, y a un comendador de Rodas y a un Almirante y a dos alféreces. Y a otros cinco o seis aliados suyos; y con intención de llevar la guerra adelante o morir en ella... nombré de nuevo capitanes y sargento mayor, y luego me quisieron matar y yo los ahorqué a todos...

Desembarca Aguirre a 170 indios que le sobran, condenados a ser liquidados por los feroces caribes. Intenta degollar y sacarle el pellejo a un fraile predicador que huye. Elimina a 13 sòldados y pone en sus cadáveres el rótulo de «por servidores del rey». Al fin, apuñala a su propia hija.

Otro reguero de crueldades corre a cargo de Alfinguer en Venezuela. Las relata Las Casas en su *Brevísima,* aunque, como dice el padre Aguado, el autor material de estos hechos fuera su criado Francisco del Castillo.

Las exageraciones en este tema llegan a un máximo con Las Casas, quien dice que «habiendo en la isla Española sobre tres cuentos (millones) de ánimas que vimos, no hay hoy de los naturales della doscientas personas».

En Bernal Díaz del Castillo, narrador equilibrado y escueto, encontramos a Diego Velázquez metido en el tráfico de esclavos. El capítulo CCXIII de su *Historia verdadera* lo titula: «Por qué causa en esta Nueva España, se herraron muchos indios e indias por esclavos, y la relación que sobre ello doy». Recuerda Bernal que Cortés solicitó de la Real Audiencia y de los frailes jerónimos diesen licencia para que a los indios mexicanos y naturales de los pueblos que se habían alzado y muerto españoles, que hubieran sido requeridos tres veces que vengan de paz y diesen guerra, les pudiésemos hacer esclavos y echar un hierro en la cara. La licencia fue concedida. Su Majestad en Flandes lo dio por bien. También se informó de que

> los indios y caciques comúnmente tenían cantidad de indios e indias por esclavos, y que los vendían y contrataban con ellos como se con-

> trata cualquier mercaduría, y andaban indios mercaderes de plaza en plaza y de mercado en mercado vendiéndolos y trocándolos a oro y montas y cacao, y que traían sobre quince o veinte juntos a vender atados con colleras y cordeles y muy peor que los portugueses traen a los negros de Guinea.

De singular crueldad fue el empleo de los perros de presa en la lucha contra los indios, llegándose a utilizar verdaderas jaurías, y hay alguna expedición que cuenta con más de un millar de estos animales. Cieza de León en *la Guerra de Quito* dice de los que los emplean que «Dios les dará el castigo y punición que merecen por tan grande delito».

El empleo del terror en una cruel aplicación de la guerra psicológica fue sin duda reprobable. Baños de sangre como escarmientos preventivos para intimar al resto de la indiada, matanzas como venganza de pérdidas sufridas, son algo que repele profundamente aunque por desgracia forme parte de los usos de la guerra aún hoy en día.

Hernán Cortés manda quemar vivos a Cuahpopoca, a su hijo, a todo su séquito y a 15 de sus jefes más destacados. Diego de Ordaz, en el Orinoco, ordena prender fuego a una casa donde estaban los indios escapados de una carnicería que él mismo había organizado. Fray Nicolás de Ovando pega fuego en Haití a un edificio con ochenta y cuatro caciques atraídos con engaño.

Las atrocidades de Nuño de Guzmán parece que alcanzan el nivel más alto conocido, pero Francisco Pizarro le supera aún cuando ordena matar a flechazos a la esposa predilecta de Inca Manco.

En general, la dureza, incluso la crueldad, que encontramos en los relatos de Indias se enmarcan en la vida ordinaria de aquella época de hierro, al igual que en la Península. Pongamos como ejemplo vivo la carta que Cristóbal Pérez, desde La Concepción, Chile, escribe el 2 de septiembre de 1552 a su padre en Medina del Campo:

> ...y es que por mi persona en la guerra he ganado repartimiento de indios y soy señor de un valle que está en la costa de la mar, que tiene más de mil indios, los cuales me sirven y tengo mi cédula de ellos del gobernador en nombre de su Majestad. Y además desto, por ser para ello, me hizo el gobernador su mayordomo en sus indios en un valle que se llama Arauco, hice una casa fuerte do estoy con gente de a caballo y traje toda aquella provincia a servidumbre, quemando

> y ahorcando como justicia y alanceando por mi persona hasta que a todos traje de paz, y sirven muy bien...

Bien ajeno estaría Cristóbal Pérez al rechazo que más de cuatrocientos años después experimentarían los lectores de la misiva a su padre. Eran los normales y terribles usos de la guerra de entonces. Los mismos indios juzgan como debilidad de los conquistadores el perdón de la vida a los prisioneros, hecho insólito entonces. En México empiezan a dudar con ello si son o no teules, dioses. La misma tremenda muerte de los reyes de Quiché, ya narrada, es silenciada por la historiografía india, y solamente en el *Popol Vuh,* especie de biblia indígena —como recuerda Morales Padrón—, es relatada lacónicamente: «Aquí acabaron todos los del Quiché, que hoy se llama Santa Cruz».

Sorprende el relato del vencido, mágico, poético. Narra el retorno de los dioses. Todo esto en el marco de una vida acostumbrada a lo cruel en sus grados más extremos. Como narra Díaz del Castillo al llegar a lo que luego llaman isleta de los sacrificios: «y allí hallamos sacrificados de aquella noche cinco indios, y estaban abiertos por los pechos y cortados los brazos, y los muslos, y las paredes de las casas llenas de sangre». Después, en el sitio de México, cuenta cuando en Tacuba se llevan los indios 66 soldados que sacrifican:

> ...como nos íbamos retrayendo oímos tañer del cu mayor ques donde estaban sus ídolos Huichilobos y Tezcatepuca, que señorea del a toda la gran ciudad, y también un atambor, el más triste sonido, en fin, como instrumento de demonios, y retumbaba tanto, que se oyera dos lenguas y juntamente con él muchos atabalejos y caracoles, y bocinas y silbos; entonces, según después supimos, estaban ofresciendo diez corazones y mucha sangre a los ídolos que dicho tengo, de nuestros compañeros.

No se trata de justificar nada, sino de colocar los hechos en su tiempo histórico. No vamos a traer a colación relatos y más relatos de crueldades sin cuento de otros países. Sólo como muestra, el trato dado a Irlanda por los ingleses. Sir Humphrey Gillert pasa a cuchillo hombres, mujeres y niños de aquella isla, y justifica sus atrocidades diciendo que «ninguna nación conquistada se sometería jamás voluntariamente a la obediencia por amor, sino por temor».

Casi un siglo después de estos hechos de los conquistadores españoles, el trato que dan los ingleses a los indios de Virginia es puesto de manifiesto por Mumford:

> Sir Thomas Dale, habiendo casi terminado el fuerte y establecido una plantación en esa parte, muchos de sus hombres estaban ociosos, y como no querían hacer fatigas se refugiaron huyendo entre los indios. Muchos de ellos fueron habidos de nuevo, el Sir Thomas ordenó con toda severidad que fueran ejecutados: a unos los mandó ahorcar, a otros los mandó quemar, a otros los hizo morir en la rueda, a otros los mandó tostar, y a algunos los mandó fusilar, habiendo usado todos estos extremos y crueles torturas sobre ellos para atemorizar al resto, a fin de que no intentaran cosa parecida, y a algunos que habían robado el almacén los mandó amarrar desnudos a los árboles hasta que murieran de hambre.

Dice Friederici *(El carácter del descubrimiento y de la conquista de América,* México, 1987) que

> por lo demás es un tributo debido a la justicia y una defensa merecida de los españoles —aunque no de su modo mismo de comportarse— el consignar que los demás pueblos de la Europa occidental que intervinieron en América no procedieron con los indios mejor que ellos, sino de un modo aún más irresponsable, más depravado y más devastador en cuanto a sus consecuciones.
>
> Afirmación ésta tanto más necesaria cuanto que algunos de estos otros pueblos, sobre todos los ingleses, cuyas manos se hallan tan manchadas de injusticia, desafueros y sangre de esclavos, en un arranque de indignación moral y volviendo los ojos al cielo, tratan, sistemática y metódicamente, de pintar a los españoles con tintas todavía más negras que las de la realidad.

El autor citado compara el exterminio de los indios del valle del Cauca por Hernando Rodríguez de Sosa y Baltasar de Ledesma, con el de los pequods, cercados en su fortaleza de Mystic por las tropas puritanas al mando de Mason y Underhill. Con la diferencia de que los pequods no encontraron un Cieza de León que lo reivindicara... Porque bien es verdad que las tropelías de los castellanos encontraron

hombres de su mismo origen que las anatematizaran con palabras de fuego.

Codicia

La otra característica negativa sobre lo que más se ha insistido es la codicia: afán inmoderado de oro y de mujeres. Pedro Mártir dice que la sed de oro, junto al deseo de ver países nuevos, era el principal estímulo para la mayoría de los expedicionarios de la gran escuadra de Pedrarias Dávila, en la que tomaron parte los mejores y más esforzados hombres que, desde el descubrimiento de las nuevas tierras, habían salido de Castilla para América. Casi todos eran gentes que pertenecían al ejército del Gran Capitán en Italia, luego disuelto. Muchos de estos soldados que navegaban en pro de la fortuna y del peligro encontraron una y otro, aunque una gran proporción morirían violentamente en el empeño. Pero no eran así solamente los soldados procedentes de Italia. La escuela en la que se formaron los conquistadores de América fue especialmente la Reconquista, Guerra de Cruzada, y también de despojo, especialmente en su última fase, la guerra de Granada. La influencia de estos hechos guerreros sigue en las tres o cuatro generaciones siguientes, hasta bien entrado el siglo XVI. Tanto en lo bueno como en lo malo, los hechos de la conquista de América tienen su raíz en las seculares guerras que ahormaron el ser y el carácter de los españoles.

La obsesión del oro comienza con Colón. A su tiempo se remontan ya los orígenes de la encomienda. Con la misma obsesión son citados Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa. Y como excepción, fray García Jofré de Loaysa, uno de los pocos que no sentían este hambre devoradora.

Pedro de Alvarado es citado entre los sedientos de oro y sus tropas, como cuadrilla de bandoleros.

Dice Friederici que, además del espíritu de cruzada, el otro espíritu que hacía afluir muchos más soldados a los centros de reclutamiento de Sevilla, y ante los capitanes de la conquista, era la apetencia de ganancias y riquezas, la voracidad de oro y plata, de perlas y piedras preciosas, de esclavos como mercancía negociable, de conquista de tie-

rras pobladas, con repartimiento de indios que trabajaran para los señores blancos, enriqueciéndolos.

De fray Bernardino de Sahagún, en la *Historia general de las cosas de la Nueva España* (libro doceno, tomo IV, cap. XVIII), es el relato:

> Cuando llegaron, cuando entraron en la estancia de los tesoreros, era como si hubieran llegado al extremo. Por todas partes se metían, todo codiciaban para sí, estaban dominados por la avidez... Todo lo cogieron, de todo se adueñaron, todo se apropiaron como si fuera su suerte. Y después que le fueron quitando a todo el oro, cuando se lo hubieron quitado, todo lo demás lo juntaron, lo acumularon en la medianía del patio, a medio patio; todo era pluma fina.

Después del sitio de México y al reconquistar la ciudad, recuerda Alva Ixtlilxóchitl —en cita de Morales Padrón— que

> este día, después de haber saqueado la ciudad, tomaron los españoles para sí el oro y la plata, y los señores la pedrería y plumas y los soldados las mantas y las demás cosas, y estuvieron de éstos otros cuatro en enterrar los muertos, haciendo grandes fiestas y alegría.

Las admirables expediciones de Soto y Coronado, generadoras de portentosos descubrimientos, fueron consideradas como un fracaso. Sus hombres fueron en busca de oro y riquezas y no los consiguieron, aunque adquirieran gloria imperecedera.

El oro era un potente imán. Como cuenta Las Casas, el rumor de la existencia de oro en Puerto Rico provoca la invasión y conquista de la isla. Todos vagaban por el Continente en busca del fantástico Eldorado.

Cuando se encuentra oro y no se puede llevar encima, se entierra con la esperanza de volver allí otra vez.

Codicia también de mujeres: «Y también se apoderan y escogen entre las mujeres blancas, las de piel trigueña, las de trigueño cuerpo» (Bernardino de Sahagún, cap. XL, 8). Pero el indio no se iba a escandalizar por esa libertad ni por la poligamia. Además de que las mujeres indias sienten una especial atracción por el conquistador. Los padres entregaban a sus hijas como atención a los «dioses». Los indios veían

con buenos ojos estas uniones conyugales porque se consideraban con ello elevados en su *status* social.

Cortés debió de ser el primero que aceptó el regalo de 20 doncellas «todas señoras e hijas de principales», para que no se ofendieran los donantes («por no enojar»). Díaz del Castillo repite en sus descripciones de las indias que les regalan a los conquistadores: «hermosa para ser india». Cortés llegó a tener un verdadero harén.

El recurso a la violencia, en cambio, para procurarse mujeres dio malos resultados. Cuenta fray Bartolomé de las Casas que en La Española, «al mayor rey, Señor de toda la isla, un capitán cristiano le violó por fuerza su propia mujer». Por otra parte, en Paraguay y La Plata los harenes normales de tres o cuatro indias elevaban al triple su número.

El máximo de dureza se alcanza en las guerras civiles de Perú, donde los soldados de uno y otro bando violan a las mujeres blancas del otro, dándose el caso de un grupo de ellas que se ahorcan de vergüenza después. Pero luego se va normalizando la vida y se estabilizan los concubinatos con indias, tolerados normalmente incluso por las mujeres legítimas castellanas.

En las *Cartas privadas de emigrantes a Indias* de Enrique Otte encontramos las mismas enemistades y pleitos familiares que hoy día, pequeños y grandes estafadores, sobrinos holgazanes que dilapidan la hacienda, viejos hidalgos guerreros que se han convertido en encomenderos y que sólo piensan en sus ganancias. Pasó la época de lucha, sacrificio y dureza; ahora, con los años y las propiedades, se acercan más a nuesta mentalidad actual en lo material. Los razonamientos de Bernal Díaz del Castillo en léxico de soldado se han convertido en cuentas de pequeño burgueses.

De las cartas se deduce que los pobladores callan sus actividades y no explican en qué han ganado el dinero. Parece que lo callan intencionadamente. Pero sí se ve claro el afán de lucro.

Un minero de Potosí, Pedro Valero, dice a su madre en La Gartera:

> Hay tanta abundancia de plata que no hay miseria de cosa. Yo querría que nos abajásemos por allá hacia Lima, do está el señor virrey, más mi mujer está tan codiciosa para estos hijos de plata que la semana que no pesa doscientos pesos en plata no está en su seso.

En la prosperidad de Indias, los pobladores «veían con desprecio a su vieja patria». Repiten con frecuencia la palabra miseria. Diego Díaz Galiano escribe desde México a su sobrino en Sevilla y le anima «a salir de esa miserable España que, por bien que trabajéis, viviréis muriendo». Don Alonso del Pozo, chantre de León de Nicaragua, escribe a Hinojos: «Díceme... que holgaré enviarme uno de mis sobrinos... porque en esa tierra hay tantas miserias y trabajos que no hay quien se pueda valer por ella».

Otro poblador escribe desde Tunja a su hija en Córdoba: «que me dicen que está esa tierra tan trabajosa de pechos y alcabalas y de tantas pobrezas que no se pueden sustentar los hombres». Alonso de Alcocer escribe desde México a su hermano Juan de Colonia en Madrid animándole a reunirse con él, «porque en esa tierra no podrás medrar, sino siempre servir, y más quien no sabe oficio, ni leer ni escribir, no sé yo qué puede ser sino venir a ser lacayo o rascamulas». No falta la dura crítica social. Doña Leonor de Aguilera escribe en México al regidor de la villa de Atienza y le dice:

> escríbeme v.m. que está en el Puerto de Santa María en servicio del duque de Medinaceli, y que tiene una hija casada y cuatro por casar, y un hijo. Parécenme muchos hijos para acomodarlos con los cómodos de los Señores de España, que yo también sé algo de esto, pues el servirlos y ver lo poco que hay en ellos me hizo venir donde estoy.

Después de la conquista, se desata el afán de riquezas. Juan de Palencia dice desde México a su mujer: «porque hay poca cristiandad para cosa de dinero en esta tierra». Desde Panamá escribe Alonso Gutiérrez de Ávila a Almodóvar del Campo: «en todas mis necesidades no tengo quien me acuda porque en esta tierra todos procuran su negocio».

Desde Quito dice Alonso Martín de Amores a un procurador del Consejo de Indias: «los despachos que v.m. enviara vengan en pliegos para mí bien cerrados y metidos en el pliego del rey... porque por acá se usa mucho abrir pliegos y hurtar cartas».

Desde Los Reyes dice Alonso Martín del Campillo a su hermano en Sevilla: «el que se quiere dar a la virtud y al trabajo gana de comer. Pero hay pocos que se den al trabajo, porque es la tierra tan viciosa que, aunque no trabaje el hombre, no le falta de comer y vestir, y aún

algunos granjean mejor su vida holgando que otros trabajando». En una larga carta, Celedón Favalis, desde Los Reyes, dice a su padre en Madrid: «...y hay mucha gente perdida, más que en España, y es por no se querer aplicar, que el que quiere ser hombre de bien, aunque es poco el salario que le dan, puede pasar con ello honradamente».

Capítulo IX

LA CULTURA DEL CONQUISTADOR

Como ya vimos en el capítulo I, la Península vive en estos tiempos un gran período de esplendor cultural. Desde fines del siglo xv se multiplican los focos del saber. Tras la Universidad de Salamanca surgen otros centros de enseñanza: Sigüenza, Zaragoza, Ávila, Valencia, Santiago, Alcalá, Sevilla. En 1520 se fundó la Universidad de Toledo, en 1526 el colegio de Santa Cruz de la Fe y el Imperial de San Miguel en Granada, en 1533 los estudios de Lucena, en 1537 se establecía la Universidad de Granada, en 1515 la de Osuna, en 1533 el estudio de Almagro y al mismo tiempo el de Oropesa. De 1565 es la Universidad de Baeza. Hacia 1570 se habían creado veinte universidades. Igual ocurre en Aragón, Cataluña, Valencia, etcétera.

Es la época del humanismo. El Renacimiento continuaba. La influencia clásica se afirma y son innumerables los estudiosos del griego y del latín. En lengua castellana destaca Juan de Valdés, autor del famosísimo *Diálogo de la lengua*. Como excelso representante del humanismo español contamos con Juan Ginés de Sepúlveda, nacido en Pozoblanco, provincia de Córdoba, hacia 1490.

En los dos primeros tercios del siglo xvi brillan tres insignes teólogos de la Orden de Santo Domingo: Vitoria, Soto y Cano. Francisco de Vitoria reforma la enseñanza teológica y es figura preeminente del derecho internacional. Domingo de Soto explicó teología en Salamanca. Melchor Cano es un reformador que no se aparta de la doctrina tomista.

Si la Península vive momentos de esplendor cultural, si precisamente en 1492 se había publicado la primera gramática científica de una lengua vulgar en Europa, la de Antonio de Nebrija, si está en mar-

cha la preparación del Siglo de Oro español, si *La Celestina* supone un gran impulso literario, si se inicia la redacción de la *Biblia Políglota Complutense* en latín, hebreo y castellano y se comienza la construcción de catedrales y grandiosos monumentos, como San Juan de los Reyes o la catedral de Granada, es evidente que España, en la época de los descubrimientos y la conquista constituye un foco cultural de primerísimo orden.

De otra parte, el imperio español era «esencialmente románico». No buscó únicamente el poderío político y el engrandecimiento económico, sino que a imagen de Roma, de su «romanización», quiso llevar su cultura, su lengua, su religión, su organización social, sus instituciones, para «españolizar» a los nuevos súbditos, con el considerable avance cultural que ello representaba, convirtiéndolos en nuevos súbditos del Imperio, con los mismos derechos que sus equivalentes en Europa. No se trató, por tanto, de crear colonias «servidoras» de la metrópoli, sino nuevos reinos, en pie de igualdad con los anteriores, como puede verse en el Salón de Reinos del palacio de los Austrias.

Evidentemente, España era, como hemos dicho, un foco cultural de primer orden que se patentiza en la acción americana con la rápida culturización del indio. Los hombres que van a América son, por tanto, los realizadores indudables de esta misión: entre ellos hay sacerdotes, monjes y educadores que convierten en espléndida realidad los planes propuestos.

Pero, en general, ¿cuál era la cultura del conquistador? Para contestar hay que recordar lo que se ha dicho referente especialmente a su nivel social: hidalgos pobres y segundones, caballeros villanos y menestrales de diversos oficios, especialmente. Su cultura corresponde a un grado medio de la España urbana de entonces.

Es evidente que en aquella época, en toda Europa, el número de analfabetos era elevado, pero existía la costumbre de leer libros en corrillo, lo que facilitaba la divulgación literaria, y viene a ser un precedente de la «culturización de urgencia» de nuestros actuales medios de difusión audiovisuales. Pero, en todo caso, en contra de la insistencia en el analfabetismo de los conquistadores, tenemos lo que deducen de sus estudios Alvar, Boyd-Bowman, Leonard Rosenblat y Solano, entre otros. Como veremos en la tercera parte, al considerar el individuo, ni Diego de Almagro, ni Sebastián de Benalcázar, ni Francisco Pizarro sa-

bían escribir, pero la cultura general del soldado procedente de medio urbano o rural era elevada.

En el trabajo de Gómez y Marchena, al considerar los niveles culturales de 506 «señores de la guerra», se obtienen los siguientes:

Niveles culturales		
Analfabetos	82	16,2 %
Analfabetos parciales	236	46,6 %
Escriben	136	26,8 %
Escriben con soltura	44	8,6 %
Autores de textos literarios	8	1,5 %
	506	

Según el origen geográfico, se obtienen, en tantos por ciento:

	Analfabetos	Analfabetos parciales	Escriben
Andalucía	18,9	44,8	36,1
Extremadura	20,0	46,0	34,0
Castilla la Vieja	6,5	39,0	54,0
Castilla la Nueva	9,0	31,8	59,0
Vasconia	6,2	62,5	31,2
Extranjeros	16,6	66,4	16,4
Otras zonas	8,3	50,0	41,6

En este cuadro vemos que Andalucía y Extremadura ofrecen los mayores porcentajes de analfabetismo.

El nivel cultural está interrelacionado con el social, en líneas generales. Así tenemos en tantos por ciento:

	Analfabetos	Analfabetos parciales	Escriben
Nobles e hidalgos	4,5	27,2	68,1
Hidalgos marginales	7,1	53,5	39,2
Hijos de	4,4	73,3	22,2
Plebeyos, honrados y humildes	51,0	42,8	6,1

Vemos que los «hijos de» no descuidaban su nivel cultural en la lucha por el ascenso social, y que el nivel de los plebeyos era mínimo.

Según la jerarquía en la hueste, la distribución era la siguiente en tantos por ciento:

	Analfabetos	Analfabetos parciales	Escriben
Líderes y capitanes	23,0	38,4	38,4
De a caballo	5,5	29,6	64,8
Gente de guerra	24,5	34,4	40,9
Gente de servicios	50,0	27,7	22,2
Gente de artillería	45,0	45,0	10,0
Gente de mar	25,0	50,0	25,0

Lo importante es comparar estas cifras con datos de la época. Como dice Hale, «entre los trabajadores pobres, el elemento más numeroso de la población, el número de los que podían leer estaba bastante por debajo del uno por ciento, y el de los que sabían escribir era todavía más reducido», o en datos de Fernández Álvarez, «...el analfabetismo pasaba del 80 por 100 de la población y aún del 90 por 100 en las zonas rurales».

A la luz de lo que antecede, puede deducirse la práctica inexistencia de los niveles más bajos de la sociedad entre los conquistadores, así como que los índices de analfabetismo demuestran la procedencia de estos hombres, y su buen nivel cultural, especialmente el de los castellanos.

Por otra parte, cuando el conquistador adquiere en Indias el nivel social y económico suficiente, practica la cultura del ocio que sin duda facilita la cultura.

Como indicador del nivel cultural general podríamos analizar la difusión del libro en Indias, ya en los primeros tiempos de la conquista.

Siguiendo a Leonard, junto a los libros religiosos, desde 1501 y quizás antes, la literatura popular hace su aparición en Indias. Jacobo Cromberger, tipógrafo alemán, se establece en Sevilla en 1500, donde durante el siglo XVI establece el centro de publicaciones más importante de la Península.

De este período se han identificado 751 títulos de obras diferentes publicadas allí, pero el número total debió de ser mayor. Se ha deducido que de estos títulos, 109 corresponden a libros de caballería. Desde 1525, la firma Cromberger gozaba del monopolio del comercio de libros con México, por concesión del emperador.

No sólo la literatura caballeresca abunda en este período en Indias, sino también la novela picaresca, la pastoril y, por supuesto, la de aventuras. La afición de los lectores del siglo XVI se extendía a las aventuras fabulosas o exóticas.

La Celestina, Tragicomedia de Calixto y Melibea, obtuvo 22 ediciones en el siglo XVI y pasaba con regularidad a América. En casi todas las listas de libros que van a Indias figuran además «Romanceros» o colecciones de romances.

La importancia del libro de caballerías puede deducirse de la cita de Bernal, quien, al contar hechos ocurridos en 1519, y para expresar el asombro de los conquistadores ante la visión del México de Montezuma (cap. LXXXVII), dice:

> Y deque vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblazones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a México, nos quedamos admirados y decíamos que parescía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cuestas y edificios...

Hay que pensar que el libro de Amadís era entonces casi una novedad editorial, ya que su primera edición fue impresa en 1508.

Pierre Vilar, cuando trata del «tiempo de los hidalgos», dice que «no ha habido, por lo menos en Occidente, tantos escritores-soldados y soldados-escritores como en el Siglo de Oro español». Además de Bernal Díaz del Castillo, podemos citar a Cieza de León, al mismo Cortés, Ercilla, Francisco de Xerez y a Juan de Castellanos.

Los soldados-escritores alcanzan un alto nivel.

> Las grandes plumas soldadescas tienen uno de los caracteres más destacados del verdadero artista. Detestan la pomposidad y el énfasis. Llegan a la emoción épica por los caminos de la naturalidad. De allí el error de crítica en que incurren muchos de los que juzgan a estos historiadores. Se cree que los hechos hablan por sí mismos y que los

> indoctos narradores no hacen sino traducir lo que cuenta la vida. No hay tal. El acontecimiento relatado no existe para nosotros sino a través del ojo que lo ve, del temperamento que lo siente, del espíritu que lo interpreta y de la imaginación que lo reconstruye. En los hombres sin letras que saben referir un naufragio de Sepúlveda o la visita a un mercado de Tlatelolco, viven grandes poetas desconocidos que los hechos se encargan de revelar. Para convencernos de ello, en el caso de Bernal Díaz, tomemos la Noche Triste y, comparándola con cualquiera relación artificiosa de aquella retirada, veremos que la impresión dominante no es la de una convencional sucesión de pasos encadenados por la previsión calculadora de un director de escena, sino la de un desconcierto general. ¿Cuáles son esos hechos que hablan, supliendo al artista? Todo lo contrario: el artista habla por los hechos, presentándolos. Cortés da instrucciones minuciosas, olvidadas en los aprietos de salida. Si había algún concierto, maldito aquél. Cada capitán, y aún cada soldado, hace lo que puede. Cortés va delante y escapa. Pero vuelve, llamado por las voces de los que piden socorro (C. Pereyra en prólogo a la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, 1955).

El párrafo citado no sólo nos hace ver la cultura viva, imaginativa e incluso poética de los soldados-escritores. También apoya la tesis mantenida a lo largo de estas páginas de cuánto hubo de convergencia de acciones individuales en cada hecho de América frente a la idea simple y libresca de acciones previstas y calculadas por el mando y precisamente ejecutadas. Además de que habría que profundizar sobre la gran diferencia del concepto de mando en aquella época y hoy día. «Entonces un capitán era un compañero», dice Bernal. Lo que no obstaba al hecho de tomar decisiones tremendas en caso de motín.

TERCERA PARTE

EL HOMBRE DE ARMAS

Capítulo X

CAPITANES Y SOLDADOS

El hombre de armas

Tras el estudio general, realizado en la primera y segunda parte de este libro, sobre el hombre que fue a Indias en ese amplio período de la conquista que hemos considerado, queremos intentar en esta tercera el esbozo de un estudio, aún por realizar y lleno de dificultades, que es la consideración de los hombres de armas dentro de ese colectivo general. *Hombres de oficio de armas*, dejando de lado el sentido etimológico original de la palabra soldado (de sueldo, *solidus*). Nos interesa más aquí el oficio de armas, característica más diferenciadora que el origen de la remuneración.

Hombres de armas forman parte lógicamente del grupo que estudiamos. Y lo vemos en el *Catálogo de Pasajeros a Indias*. Pero su número resulta bien escaso si pensamos que, después de las guerras de Europa y de la de Granada, debería existir una ingente cantera de hidalgos pobres y soldados veteranos en obligada inacción. Aunque para un mediano conocedor de la vida militar que piense en aquellas circunstancias, resultará claro que la mayor parte de los que iban a Indias soñaban ya con niveles de administración más altos y cómodos que el que suponía ser *ballestero* o *lombardero* y preferían silenciar este extremo, es necesario ir más allá del mero acto formal de la Casa de Contratación y, previa búsqueda en los archivos, deducir los que figuran sin profesión y tenían *oficio de armas*.

Así, veremos que Bernal Díaz del Castillo nos suministra datos preciosos al respecto, que Boyd-Bowman nos amplía la cifra inicial del

Catálogo, y que el trabajo de Carmen Gómez y Juan Marchena es de un valor inapreciable para nuestro objeto.

¿Cuántos fueron estos hombres? Díaz del Castillo cuenta (capítulo XXVI) que Cortés «mandó hacer *alarde* para saber cuántos soldados llevaba, y halló por su cuenta que éramos quinientos y ocho, sin maestres ni pilotos y marineros, que serían ciento». El grupo procedente de Cuba, al mando de Pánfilo de Narváez, era de 1.400 hombres. Están también los 117 de la armada de Garay al Pánuco, los 40 de la armada de Ramírez el Viejo, los 13 de Jerónimo de Alderete...

La dificultad de conocer estos datos resulta lógica cuando pensamos que es fácil conocer la vida de los grandes capitanes de la conquista hasta en sus menores detalles y con amplio contraste de fuentes, pero el problema es mucho mayor cuando queremos pasar de unas decenas de biografías, conocidas y repetidas en multitud de trabajos históricos, a los millares de biografías de *los otros capitanes*, de los *ballesteros*, *piqueros* o *arcabuceros*, de los nunca con mayor propiedad llamados *héroes anónimos*.

¿Qué hacer entonces? Vamos a intentar reunir el mayor número de datos posible sobre los hombres de armas de la conquista que encontremos en el *Catálogo*, en los estudios de Boyd-Bowman, en otros específicos como el citado de Gómez y Marchena, en crónicas de Indias, etc., a fin de poder establecer algunas conclusiones generales sobre estos hombres.

Si en la primera y segunda parte hemos llegado a conclusiones sobre el origen geográfico, procedencia social, escala de valores, psicología y cultura del poblador de Indias en este período, el grupo de *hombres de armas* ¿tiene algún carácter específico que le diferencie? Vamos a intentar desbrozar este tema.

Volvemos a la cuestión del alcance numérico de esta gente en proporción a la total. Como ya vimos, deduce Marchena en sus estudios concretos de *huestes* que la *gente de a caballo* asciende a casi un tercio del total de aquélla, y que la *gente de guerra* (peones y piqueros), casi a la mitad. La *gente de servicios*, aproximadamente un quinto: carpinteros, barberos, herradores, canteros, etcétera.

Esta distribución corresponde a las huestes. Es lógico pensar que, a medida que progresaba la conquista, iba aumentando el aparato administrativo y se incrementarían las cifras de gente de servicios, disminuyendo las de caballeros y demás gente de guerra.

De los 160.000 pasajeros a Indias, *situados* hasta el momento en menos de la mitad, vamos a deducir cuántos y quiénes pueden incluirse, con los datos a disposición y sólo como primera aproximación, en este concepto de hombres de guerra.

Entre los vocablos de ocupación o profesión que extraemos del *Catálogo de Pasajeros*, del Índice geobiográfico de Boyd-Bowman y de otras publicaciones, y hacen referencia a la actividad de hombre de armas, pueden considerarse los siguientes: *adelantado, alabardero, alcaide* (de una fortaleza), *alférez, almirante, archero, artillero, atambor, ballestero, bombardero* (o *lombardero*), *caballero veinticuatro, capitán, capitán general, contino real, coronel, escopetero, escudero, maestre de campo, soldado, teniente* y *trompeta.*

Como dice Sánchez Ochoa, un indicio de que un poblador de Indias es de oficio de armas lo da su cargo de *alcalde* o *regidor*:

> Si el gobierno y la presidencia siempre estuvieron en manos de individuos que no participaron en la conquista, por el contrario, los cargos del cabildo fueron desempeñados por conquistadores primero y antiguos pobladores después, ya que no podían ejercer dichos cargos las personas dedicadas a oficios artesanales o agrarios. Así, los conquistadores unían a sus méritos guerreros el haber ocupado cargos de *alcaldes ordinarios o regidores.*

Utilizando los vocablos expresados de *ocupación* u *oficio de armas*, obtenemos, en nuestros orígenes de datos tantas veces reseñados, un millar aproximadamente de biografías. Analizando en ellas los orígenes geográficos y sociales, la veteranía, sus zonas de actuación, sus últimos tiempos y la causa de la muerte, obtendremos a modo de una gran biografía que engloba a capitanes y soldados. Veamos a continuación cuáles son los resultados.

Generaciones

El millar aproximado de biografías se distribuye aproximadamente en un 60 por 100 de «conquistadores», un 40 por 100 de «fundadores» y un número muy reducido de «descubridores», resultando lógico que al buscar *hombres de guerra* predomine la llamada generación de los

conquistadores, aunque el número siga siendo muy importante en la generación siguiente.

Los *descubridores*, nacidos entre 1444 y 1474 —seguimos a Morales Padrón entre otros— y cuya acción se desarrolla entre 1474 y 1504, tienen como claros representantes al gran almirante Cristóbal Colón (1451-1506); el adelantado Bartolomé Colón, su hermano (1461?-1514); Martín Alonso Pinzón, capitán de la *Pinta*, muerto en 1493; Vicente Yáñez Pinzón, capitán de la *Niña*, muerto en 1515; Juan Díaz de Solís, descubridor y capitán de expediciones, muerto en 1520 por los guaraníes; Juan de Esquivel, con Colón en el segundo viaje, gobernador de Jamaica en 1511; Fernando de Magallanes, capitán general, descubridor del estrecho de su nombre (1480?-1521); Sebastián de Ocampo, con Colón en el segundo viaje, capitán e hidalgo, con Balboa en Tierra Firme, que fallece hacia 1514; Alonso Sánchez de Caravajal, contino real, capitán en el tercer viaje de Colón, y otros.

Esta breve relación de descubridores corresponde a los que aparecen con títulos de los relacionados en el apartado anterior, sin entrar en el análisis y discusión de sus funciones.

Los *conquistadores* representan, como hemos dicho, la mayor parte en estas biografías. Son los más nombrados en las páginas de la historia —con los principales descubridores—. Nacen entre 1474 y 1504 y desarrollan fundamentalmente su acción entre 1504 y 1534.

Entre los *capitanes* de esta generación podemos citar a Diego de Almagro, conquistador de Perú con Pizarro (1475-1583); Pedro de Alvarado, capitán en la conquista de México (1485-1541) —aparecen diez Alvarados en estas biografías, es el apellido más repetido, tras los catorce Sánchez, los once Rodríguez y los once Martín—; Pedro Arias Dávila, «Pedrarias», cumplidor y siniestro (1440-1531); Hernán Cortés, la figura más apasionante de la conquista (1485-1547); Francisco de Garay (†1523-1524), adelantado de Jamaica; Juan de Grijalba, capitán de la conquista de México (1480-1527); Francisco de Montejo, con Hernán Cortés en la conquista de México (1473-1553); Vasco Núñez de Balboa, descubridor del mar del Sur (1475?-1519); Alonso de Ojeda, «el primer descubridor después de Colón y el primer conquistador» (1466?-1515); Cristóbal de Olid, «capitán esforzado» de Cortés y luego rebelde (1485-1524); Diego de Ordás, capitán en la conquista de México (1480?-1532); Francisco Pizarro, el gran conquistador de Perú (1471-1541); Gonzalo de Sandoval, «después de Cortés fue la segunda

persona» en México; Hernando Soto, en la conquista de Perú y expedicionario a la Florida (1496-1542); Diego Velázquez, gobernador de Cuba cuando lo de México (1466?-1524), y otros muchos.

Pero no citaremos solamente a los capitanes. Aunque también fuera capitán, podemos comenzar la relación de *soldados*, en puesto de honor, con el gran cronista Bernal Díaz del Castillo (1492-1568). Tenemos buenos soldados como Amaya, Arbolanche, Juan de Argüello (cuya cabeza es enviada a Montezuma), Botella el nigromántico, el gentil Portilla, o los «harto esforzados» Alonso Rodríguez, Zamudio o Lerma. *Ballesteros* como Alamillo, Aparicio, Arboledas, Arroyuelo, Baeza, Juan de Bonilla, o Joan Benítez. *Escuderos* como Alonso de Angulo, Fernando de Argüello, Diego de Ayala, o Álvaro Bravo. *Trompetas* como don Pedro de Alconchel, don Juan Alonso, de Lisboa, o Juan de Cuéllar, que va en el cuarto viaje con Colón.

Atambores como Benito de Bejel. Muy buenos *jinetes* como Lares, o Francisco de Morla. *Artilleros* como Robert Alemán, Brunel de Flandes o Aruega el siciliano, Jimeno del Berio, Arbenga, Arrazabal, Blas de Atienza, Rodrigo Martín o los hermanos Usagres.

Los apodos retratan bien al soldado. Así tenemos al «vendaval», Francisco Martín, los «corcovados», como Rodrigo de Jara o el también llamado Madrid, «manquillo», Juan Álvarez (que tuvo 30 hijos), los Solises, con diversos motes —«casquete», «sayo de seda» o «tras la puerta».

Hay soldados que truecan su oficio de armas por el religioso: Alonso de Aguilar se hace dominico, Gaspar Díez, ermitaño, Lintorno y Francisco Medina, franciscanos, Sindos de Portillo, misionero, Andrés de Urdaneta, agustino.

Los fundadores nacen entre 1504 y 1534 y ejercen su actividad a partir de 1534 unos 30 años. Aquí prolongamos este período hasta 1573 por las razones que se expusieron.

Entre otros *capitanes*, pertenecen a este período Lope de Aguirre, «el loco», de la expedición de los marañones (1511-1561); Nuño de Guzmán, conquistador de Nueva Galicia (†1550); don Pedro Fernández de Heredia, fundador de Cartagena de Indias (†1554); Gonzalo Jiménez Quesada, uno de los grandes conquistadores y fundadores (1509-1579); Miguel López de Legazpi, fundador de Manila (1510?-1572); Diego de Losada, fundador de Caracas (1513-1569); Diego Martínez de Irala, fundador de Paraguay (1512?-1556); Alonso de Men-

doza, fundador de Nuestra Señora de la Paz; Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que realiza expediciones a Florida, Texas, Plata y Paraguay (1500?-1560); Francisco de Orellana, descubridor del Amazonas (1511-1546); Hernando de Soto, realizador de la audaz espedición a la Florida (1550?-1542); don Pedro de Valdivia, fundador de Santiago de Chile (1497-1533); Francisco Váquez de Coronado, que recorre Texas, Oklahoma y Kansas (1510-1550?).

Incluimos además en este trabajo a Cieza de León, el famoso cronista de las guerras de Perú; artilleros como Pedro de Candía, Bartolomé de Écija, Nicolás Juan de Hamburgo, quedando otros muchos; atambores como Pedro de Dosto, Felipe Lejón de Flandes, Juan Flamenco de Amberes, Juan de Guadalupe, Sebastián Italiano, etcétera; ballesteros como Diego González Baitos, Diego Hernández, y tantos otros.

Origen geográfico

Del análisis, de entre un millar de biografías de *hombres de armas*, de aquellos que conocemos el lugar de nacimiento (805), resultan los siguientes orígenes por provincias, en número de personas, y relacionando solamente los que cuentan con más de veinte:

Sevilla	91
Badajoz	71
Salamanca	54
Valladolid	46
Cáceres	45
Toledo	43
Burgos	32
Huelva	30
Segovia	24
Cádiz	23
Ávila	21
Vizcaya	21
Santander	20

Continúan con cantidades menores, por este orden: Ciudad Real, Córdoba, Guadalajara, Jaén, Zamora, Guipúzcoa, Madrid, Palencia,

Cuenca, Granada, León, Málaga, Logroño, Álava, Oviedo, Navarra, Soria, Valencia, Zaragoza, Pontevedra, Huesca y La Coruña.

Con una sola persona aparecen Albacete, Alicante, Barcelona, Lugo, Orense y Tarragona.

Figuran otros orígenes menos determinados: Extremadura (6), Vascongadas (6), Galicia (6), Castilla la Vieja (5), Canarias (3), Cataluña (3), Asturias (1) y Aragón (1).

Como extranjeros aparecen: portugueses (12), italianos (8), de Flandes (6), alemanes (6), franceses (4) y de otros orígenes (7).

Por regiones, resultan:

357 castellanos,
198 andaluces,
122 extremeños,
48 vascongados,

además de otros orígenes de menor importancia.

La mayor proporción de soldados castellanos es aún más destacable porque sobrepasa la constante mayoritaria de pobladores andaluces.

Recordemos las proporciones finales en el período 1493-1573:

andaluces	37,1 %
castellanos	35,6 %
extremeños	15,5 %
vascongados	4,0 %

en donde ya vimos el acercamiento de las cifras castellanas a las andaluzas pasados los primeros tiempos del poblamiento.

Ahora, resultan las siguientes proporciones:

castellanos	44,3 %
andaluces	24,6 %
extremeños	19,6 %
vascongados	4,9 %

Lo que abunda en la idea generalizada de la *mayor proporción de castellanos entre los hombres de armas*, que representan casi la mitad del total.

Carmen Gómez y Juan Marchena dan, para los 475 hombres de las huestes que consideran, las siguientes proporciones:

andaluces	43,3 %
castellanos	21,8 %
extremeños	17,0 %
vascongados	5,6 %

que resultan bastante parecidas a las obtenidas en nuestro cálculo.

Es evidente que los más famosos conquistadores que figuran en nuestras biografías son extremeños, como Hernán Cortés, Pizarro, Vasco Núñez de Balboa, Pedro de Alvarado, los Ulloa, Hernando de Soto, Pedro de Valdivia...

De Castilla fueron mayoría: Narváez, los Grijalba, los Montejo, Pedrarias, Bobadilla, Carvajal, Fernández de Alderete, Diego de Ordás, Ponce de León, Vázquez Coronado, Diego Velázquez, Diego de Almagro, Alonso de Ojeda...

Andaluces fueron Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Cristóbal de Olid, Pedro de Añasco, Jiménez de Quesada, Juan de Leyva, Diego de Nicuesa, Sebastián de Benalcázar...

Guipuzcoanos: Francisco de Ibarra, Legazpi, «El capitán Vergara», Lope de Aguirre...

Alavés: Pascual de Andagoya, etcétera.

Si consideramos ahora el origen ciudadano o rural, obtenemos las siguientes proporciones:

de grandes ciudades	20,70 %
de núcleos de 2.° orden	16,15 %
de origen rural	58,46 %

A estos efectos, hemos considerado grandes ciudades las que califica así Ruiz Almansa en el trabajo citado de *La población de España en el siglo XVI*:

Sevilla	108.000	habitantes
Granada	82.500	»
Valladolid	48.700	»
Madrid	45.000	»

Jerez	40.900	habitantes
Córdoba	37.400	»
Jaén	33.600	»
Segovia	33.300	»
Baeza	31.000	»
Salamanca	29.700	»

El mayor origen rural, como ya se ha dicho, no tiene las connotaciones que hoy tendría, sino precisamente las opuestas, ya que *la nobleza rural correspondía especialmente a los hidalgos.*

Origen social

De las biografías se deduce que 146 son nobles, caballeros, hidalgos, comendadores, gentileshombres o con tratamiento de *don*, que correspondía entonces a un nivel social elevado. La proporción de origen regional de los nobles es la siguiente:

castellanos	39,0 %
andaluces	22,6 %
extremeños	19,8 %
vizcaínos	8,2 %
otros orígenes	10,2 %

resultando menos favorecidos en este caso los castellanos, comparativamente a la proporcionalidad general antes vista.

Estos datos no corresponden solamente al nivel social original, sino que incluyen el alcanzado, por lo que estas cifras tienen sólo un valor relativo.

De la cifra obtenida (146) resulta un 14,5 por 100 de nobles. En los estudios de las huestes de Gómez y Marchena resulta que los hombres de armas cuentan con las siguientes proporciones:

nobles e hidalgos notorios	27,9 %
simples hidalgos	6,4 %
«hijos de»	50,5 %

puesto que los «plebeyos, honrados y humildes» corresponden a los marineros y criados de los hidalgos (15 %).

Estas cifras pueden compararse con la estructuración social de entonces, que correspondía a los valores aproximados siguientes:

nobleza e hidalgos	3 %
clase media (profesionales, mercaderes, artistas, campesinos ricos, etc.)	3 %
menestrales	12 %
campesinos	más del 80 %

Con lo que puede desecharse sin lugar a dudas la opinión del conquistador como procedente del más bajo nivel de la sociedad española de entonces, situándose en el nivel de hidalgos de nobleza o condición.

Veteranía

En las biografías escogidas sólo se encuentran unos sesenta y cuatro con antecedentes de servicio en otras guerras, pero teniendo en cuenta que los datos obtenidos se refieren a campañas entre 1481 (comienzo de la guerra de Granada) y 1525 (batalla de Pavía), aproximadamente —con lo que sólo pueden referirse a la generación de los conquistadores, unos 600 en estas notas biográficas—, resulta una proporción del 10,6 por 100 de veteranos.

Esta proporción es reducida, pero parece tratarse más bien de un problema de necesidad de profundizar en la investigación, aún en fase inicial, ya que este dato parece no haber interesado a los estudios realizados hasta el momento.

De todas formas citaremos algunos de estos veteranos:

De la guerra de Granada: Francisco de Bobadilla, en cuya guerra era capitán; el burgalés Gonzalo de Espinosa; el alcarreño Francisco Preciado, que también estuvo en Navarra y Fuenterrabía.

De las guerras de Italia: García Arias Maldonado, que ha de participar en la conquista del Nuevo Reino de Granada; Barrios, el capitán esforzado, que muere en México a mano de los zapotecas; Benito de Bejel, «tambor y tamborino de Ejércitos», luego con Hernán Cortés

en México; Pero Briones, luego capitán de bergantines y «amotinador»; Álvaro y Lorenzo de Buiza, que estuvieron en Pavía; Francisco Carvajal, «el demonio de los Andes», que estuvo en Rávena, en Pavía y en el saco de Roma; Heredia «el viejo», de «mala catadura, cojo y era escopetero», luego con Cortés; Rodrigo de Jerez, que sirvió en Italia, Berbería, las Gelves y Argel y luego fue alcalde de Oaxaca y corregidor; Alonso de Mendoza, que militó en Alemania y en Italia y luego fundó La Paz, en Perú; Francisco de Mesa, luego artillero mayor con Cortés, y muchos otros, como Rodrigo Orgóñez, luego mariscal en Chile con Almagro; Fernando Pizarro, Fernando Rodríguez de Badajoz, el alabardero Martín de San Juan, Alonso Sánchez Montañés, luego con Coronado en Cíbola; el soldado Sotelo, que debió estar en el Garellano y fracasa en su invento del trabuco en Tatelulco; Gonzalo Suárez Rendón, que estuvo en Pavía; Tobilla, «buen soldado», que «derrenqueaba de una pierna» y había estado en el Garellano; Andrés de Urdaneta, que estuvo en Alemania e Italia y que, nombrado almirante de una flota en Perú, se hace agustino; Pedro de Valdivia, que había estado en Flandes y en Italia y fue adelantado en la conquista de Chile.

En las campañas africanas: Pedro Arias Dávila, «Pedrarias», el inflexible segoviano; Andrés de Escobar Minaya, soldado que estuvo en la conquista de Túnez con Carlos I, y luego en la de Popayán con Benalcázar; el soldado Martín Fernández, que sirvió en Berbería; Rodrigo de Jerez y Andrés Lorenzo, soldado en Argel; Álvaro del Manzano, que sirvió 12 años en la frontera de Melilla; el longevo Rodrigo de Segura, que sirvió en África.

En la guerra de las Comunidades: el capitán Francisco de Chaves, que también estuvo contra los franceses; el capitán segoviano Pedro Barroso; el «soldado real» Francisco de Hoyos; el soldado catalán Andrés Lorenzo, que estuvo en las Comunidades de Valencia; el soldado Martín de Oliver; el burgalés Juan de Samano, luego con Garay en México.

En las guerras con Francia: el santanderino Juan de Villalba, que sirvió en Pamplona y Fuenterrabía; los ya citados Francisco Preciado y Francisco de Chaves; el soldado Santos de Ocampo; Fernando Pizarro, Diego de Puelles, que sirvió seis años en Pamplona.

En Flandes: el burgalés Álvaro de Malvenda, luego en lo de Pánuco; el salmantino Francisco Gallego, capitán general de armadas para Santa Marta; el capitán de arcabuceros Pedro de Vergara, «el flamen-

co», y los citados Alonso de Mendoza, Pedro de Valdivia, Francisco Preciado, Fernando Pizarro, Santos de Ocampo.

Además de estos veteranos están los continos reales, soldados permanentes, con experiencia guerrera, como Juan de Cartagena, el rebelde a Magallanes; Alonso de Estrada, hidalgo y regidor perpetuo de Ciudad Real; Gil González de Ávila, comisionado a Santo Domingo y capitán de una expedición a Tierra Firme; García de Lerma, gobernador de Santa Marta; Juan de Ribera, «el tuerto»; Gonzalo de Salazar, «contino de la reina»; el aragonés Bartolomé de Samper; Francisco de Soto, «contino de Su Alteza», etc. Hay que añadir, por las mismas razones, a los «caballeros veinticuatro», como Diego López de Cárdenas, luego capitán con Coronado; Diego Ortiz de Gatica, que estuvo en las guerras civiles de Perú; Pedro de los Ríos, «uno de los primeros conquistadores de América».

Estos datos reseñados son solamente el inicio de una investigación más profunda a realizar, pero van enriqueciendo lo que se conocía hasta el momento, pasándose de lo que era intuición a un conocimiento apoyado en datos. Lógicamente, además, la coincidencia del fin de la guerra de Granada con el descubrimiento de América y posterior poblamiento sin solución de continuidad, unida al hecho de la existencia de una importante capa social, la del hidalgo, de oficio bélico, nos permite esta lógica suposición que se va confirmando: este hidalgo soldado constituyó una parte importante de los pobladores de Indias, precisamente la de los hombres de armas. Recordemos que Alonso de Quintanilla contabilizaba en unos 250.000 los «fuegos» de los hidalgos. También hay que traer aquí las conclusiones de los trabajos históricos de Sánchez Albornoz, Ballesteros, Durand y todos los citados en la primera parte de este estudio.

Acción en Indias

Los primeros llegados

Arriban a Santo Domingo, principalmente. Son solamente un ocho por ciento del conjunto de biografías que consideramos. Abundan entre ellos, en nuestro campo, los escuderos, los ballesteros, de los que la mayor parte llegan en 1498, y los trompetas, así como también

aparecen los que desempeñan la función de alcaides. Posteriormente aparecen los artilleros.

Podemos citar a Rodrigo de Arana, hidalgo cordobés que llega ya en 1492 y es designado alcaide del castillo de Santo Domingo; Miguel Ballester, de Tarragona, que llega en 1494 y es alcaide de la fortaleza de La Concepción; Francisco de Bobadilla, maestresala de los Reyes Católicos, que llega en 1500 y es el que va a mandar presos a España a los Colón; don Cristóbal, el gran almirante; su hermano Bartolomé, el adelantado, que llega en 1494, y su hijo Diego, contino real.

El oficio de escudero no desmerece a ojos de un hidalgo, como Martín Garcés. El catalán Mosén Pedro Margarite, privado del rey Fernando y que llega con Colón en 1493, queda como alcaide de la fortaleza de Santo Tomás. En 1494 es alcaide de Santa Catalina el logroñés Fernando Navarro. Diego de Nicuesa, que llega en el segundo o tercer viaje de Colón, es el que asegura ya Santo Domingo a partir de 1502.

De los primeros artilleros en Indias puede ser Juan Picardo, que alterna los oficios de bombardero y ballestero, ya en 1498.

Estos primeros llegados son de diversas procedencias. En especial de Cáceres, Badajoz, Sevilla, Álava, Salamanca y Santander. Hay algún francés y portugués. Pocos capitanes han llegado aún.

A Tierra Firme

En estas biografías, a diferencia de las del período anterior, abundan los capitanes. Son aquéllas solamente un cuatro por ciento del total. Los primeros grupos en Tierra Firme son los de Alonso de Ojeda, mancebo del duque de Medinaceli, y Diego de Nicuesa, criado del almirante de Castilla. Con Ojeda van Francisco Pizarro, entonces un oscuro soldado, y Vasco Núñez de Balboa. En la expedición de Darién a La Antigua van Rodrigo Enríquez de Colmenares, teniente de Nicuesa, el capitán vizcaíno Lope de Olano y el burgalés Francisco de Meneses.

Nicolás de Ovando es otro hombre de este período: va a Santo Domingo en 1502 con una flota de 30 navíos y 2.500 pobladores; con él va el soldado Juan Siciliano, que ha de reaparecer en la conquista de México.

«Americae sive Novi Orbis descriptio», en *Theatrum Orbis Terrarum*, de Ortelio, 1570.

Juan Ponce de León, paje de Fernando el Católico, es teniente de Ovando. Su obra es el apaciguamiento de San Juan (1511). Diego de Salazar es uno de sus capitanes.

Jamaica había sido descubierta en la segunda expedición de Colón, en 1494. Juan de Esquivel es su conquistador en 1509. Con él van Francisco de Garay y el burgalés Pero de Mazuelo, contino de Su Alteza. Camargo, hidalgo burgalés, es gobernador de Jamaica en 1513.

Vasco Núñez de Balboa es el descubridor de la mar del Sur en 1513. Le acompaña Sebastián de Ocampo, hidalgo gallego.

Pedro Arias Dávila, el segoviano, aparece en 1514 «con la armada más lúcida que había zarpado hacia Indias hasta entonces». Tenemos como capitanes suyos, en nuestras biografías, a Francisco Becerra, extremeño, y a los toledanos Juan de Cárdenas y Juan Ruiz, al segoviano Francisco de Peñalosa y al vallisoletano Alonso Ruiz. Y a escuderos

como el cacereño Diego Álvaro, el jienense Diego de Ayala, Fernando de la Cuera, Luis de la Rocha, y tantos otros.

La conquista de México

El 34 por 100 de las biografías son de participantes en la conquista de Nueva España. En este caso, la distribución es la siguiente:

capitanes	104
alféreces y tenientes	16
artilleros	10
soldados, ballesteros, escopeteros y archeros	189
tambores	4

Entre los capitanes tenemos a Hernán o Hernando Cortés, Francisco de Montejo, Pánfilo de Narváez, Diego de Ocampo, Diego de Ordás, Francisco de Orozco, Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval, Bernal Díaz del Castillo, el gran cronista, Hernando de Lerma, que salva a Cortés de los indios, lo que repite Cristóbal de Olea, Antonio de Quiñones, capitán de la guardia de Cortés.

Entre los artilleros citamos al capitán Luis de Guzmán, a los Usagres, Moreno de Medrano, a Alonso Martín y a Arbenga, el levantino.

Cristóbal del Corral es «el primer alférez de México». Entre los soldados tenemos a algunos, pocos, que se hicieron ricos, como Gaspar Burguillos, de Badajoz, Juan de Cáceres o Malinche, aunque parece que el más rico de todos era, ya desde Castilla, Gregorio de Santiago. Tenemos una gran riqueza de datos sobre los soldados de la conquista gracias a Díaz del Castillo, pues, lo que no es usual en los cronistas, les pasa revista y les coloca el justo epíteto: «valeroso», «esforzado», «muy esforzado», o los pasa en silencio.

El Yucatán

Al Yucatán corresponde un dos por ciento de las biografías. En la primera fase de la conquista (1527) están don Francisco de Montejo,

ya citado, gobernador y adelantado de Cozumel, y Francisco de Montejo «el mozo», verdadero conquistador del Yucatán. El capitán don Álvaro de Ávila es el segundo del adelantado. Ya en 1527 están los capitanes Francisco de Armenta, Pedro Gaytán, Pedro de Lugones, Francisco de Miraval y Baltasar de Osorio, enviado a repoblar Tabasco. Como soldados citaremos a Bernardino Íñiguez, de Logroño, y a los trompetas Juan Alonso Portugal, de Lisboa, y Gaspar de Vallés, de Alicante.

En la segunda fase (1529-1535) comienza la actuación de Francisco de Montejo «el mozo» y de Francisco de Montejo «el sobrino», que cuenta con 15 años de edad. Tenemos al alférez Gonzalo Nieto en Campeche en 1535.

En la campaña final (1535-1545) aparecen los capitanes Francisco Gil, Lorenzo de Godoy, Alonso de Reinoso, Gaspar Pacheco, fundador y primer alcalde de Mérida, Fernando de Bracamonte, regidor de Mérida y procurador del Yucatán, y Diego Cansino.

Expediciones en el norte

Suponen el cinco por ciento de las biografías.

En la conquista de Nueva Galicia o Jalisco, citamos a Nuño de Guzmán, allí entre 1531 y 1537, el conquistador y a Cristóbal de Oñate, luego tres veces gobernador y capitán general de Nueva Galicia, con don Nuño desde 1530.

Contamos también con el capitán Juan Fernández Ijar, «de la casa real de Aragón»; el alférez Cristóbal de Flores, hidalgo salmantino; don Pedro de Guzmán, caballero y alférez del gobernador; el capitán Cristóbal de Otáñez; el hidalgo andaluz Diego de Proaño; el capitán segoviano Lope de Samaniego; don Pedro de Tovar; los capitanes Diego Vázquez y Juan de Villalba, así como el alférez sevillano de Zayas.

La búsqueda de las Siete Ciudades origina la expedición a Cíbola de Francisco Vázquez de Coronado, gobernador y capitán general de Nueva Galicia (1540). Citamos al capitán Melchor Díaz, y nuevamente a don Pedro de Tovar, y a don Pedro de Alvarado, desde 1540 en esta empresa. También a Fernando de Alvarado, «que descubrió la vaca» (bisonte?), y al capitán Juan de Anunciabay. Diego López de Cárdenas está con Coronado desde este 1540, así como don Tristán Luna y Are-

llano. Diego de Madrid, sargento y alcalde mayor de Veragua, va en la expedición, así como Alonso Sánchez Montañés y el alférez Juan de Villarreal.

En cuanto a las expediciones de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, va primero a Florida (1527), con Pánfilo de Narváez, luego a Texas; pasa ocho años entre indios, hasta el 1536. Citamos a los capitanes Dorantes de Carranza y Alonso Castillo Maldonado.

Hernando de Soto fue ya con Pedrarias a Tierra Firme en 1514, y a Perú con Pizarro en 1529. Con el título de adelantado pone en marcha una expedición para la conquista de Florida en 1538. Además de don Luis de Moscoso, tenemos con él al capitán toledano Juan de Guzmán y a los capitanes extremeños Álvaro Nieto y Álvaro Romo Cardeñosa, al hidalgo portugués Andrés de Vasconcelos y al capitán Juan de Vega. De esta expedición, comparable a la de Coronado, regresaría sólo la mitad.

El capitán guipuzoano Francisco de Ibarra da inicio a las exploraciones hacia Nueva Vizcaya en 1554, cuando cuenta solamente 15 años de edad. Con él tenemos a Hernando de Trejo, regidor de San Sebastián y a Antonio Sotelo, maestre de campo de Ibarra.

En 1533, Hernando de Grijalba y Diego Becerra de Mendoza descubren la Baja California. En 1535 va hacia allí Cortés con Andrés de Tapia. En 1536, Francisco de Ulloa dirige otra expedición de Cortés al mismo destino. En 1540, Hernando de Alarcón termina de explorar el golfo de California. Juan Rodríguez Cabrillo es comisionado, en 1542, para ampliar los descubrimientos. Bartolomé Ferrelo sustituye al anterior en la expedición a la Alta California.

Otros nombres de estas notas biográficas son Fernando de Alvarado y Fernando Rodríguez, con Cortés en la Baja California.

Hacia Poniente

Las expediciones hacia Poniente en este período son las de García Jofré de Loayza (1525-26), la de Álvaro de Saavedra (1528) y las de Legazpi-Urdaneta (1564).

En la expedición de fray García Jofré de Loayza tenemos a sus capitanes Juan Sebastián Elcano, segundo capitán general, Pedro de Vera, Rodrigo de Acuña, Jorge Manrique de Nájera, Francisco de Ho-

ces y Santiago de Guevara. Hay que añadir al capitán Toribio Alonso de Salazar, al guipuzcoano Andrés de Urdaneta, autor de un *Diario de la expedición*, al capitán Luis de Cárdenas, a Santiago de Guevara, a Ortuño de Lango y a Hernando de la Torre.

Pedro Laso de Toledo es el capitán de la expedición de Saavedra después de su muerte. Con Ruy López de Villalobos va el alférez Íñigo Ortiz de Retes.

El guipuzcoano Miguel López de Legazpi pone en marcha, como adelantado, la colonización estable en Filipinas. Funda Manila en 1571.

Un dos por ciento de las notas biográficas corresponden a estas expediciones.

En la América Central

Hacia el norte desde Panamá, Pedrarias envía, en 1516, a Hernán Ponce y Bartolomé Hurtado, que recorren la costa sur de Costa Rica y Nicaragua. En 1520 envía una expedición por mar con el licenciado Espinosa y por tierra con el capitán Francisco Pizarro. Interviene Hernando de Soto. En 1522, Gil González de Ávila cruza parte de la actual Costa Rica hasta llegar a Nicaragua; en 1524 toca las playas de Honduras. Del mismo año es la expedición de Francisco Fernández de Córdoba a Costa Rica, Nicaragua y Honduras, donde aparece también el capitán Gabriel Rojas, de Cuéllar, como Pedrarias.

Desde México, Hernán Cortés envía, en 1523, a Pedro de Alvarado a Guatemala, y a Cristóbal de Olid a Honduras. Aquí son también protagonistas Francisco de las Casas y Diego López de Salcedo, que fue gobernador de Honduras.

Otros nombres de este período son: en Guatemala, Gaspar de Polanco, «muy buen soldado», el artillero Alonso Martín y el extremeño don Luis Moscoso. En Honduras, el capitán Diego de Mazariegos y el teniente Diego Méndez de Hinestrosa, el ballestero Juan de Nájera y el capitán Luis Marín.

En Costa Rica, nombre utilizado oficialmente por primera vez en 1529, nombramos al adelantado Hernán Sánchez de Badajoz, a los capitanes Rodrigo de Contreras y Diego Gutiérrez, de Madrid, y al alférez Diego de Torres.

Juan Vázquez de Coronado es comisionado en 1562 para proseguir la conquista de Costa Rica.

Las notas biográficas de este apartado representan el 3,5 por 100 del total.

La conquista de Perú

Las notas biográficas de este apartado representan el 12 por 100 del total.

El precursor de Pizarro en esta área es Pascual de Andagoya, alavés y de familia de hidalgos, quien, en 1522, parte de Panamá en una expedición sin éxito. Con él va de teniente Payo Romero. Francisco Pizarro, asociado con Diego de Almagro y el clérigo Hernando Luque, prepara otra expedición. Sale de Panamá en 1524, con algo más de cien hombres. Almagro le sigue en otro navío. En 1526 preparan una segunda armada. En esta expedición, cuando la situación de Pizarro es apurada, tiene lugar el conocido hecho histórico de trazar una raya en la arena que traspasan los «trece de la fama» (1527). En las notas de esta expedición aparecen Pedro de Candía, artillero mayor, el sevillano Sebastián de Saavedra y el hidalgo extremeño Juan de la Torre, uno de los «trece de la fama».

En 1531 se pone en marcha una nueva expedición. Se agrega Sebastián de Benalcázar. Hernando de Soto va con otro navío de apoyo. Va también Hernando Pizarro y Pedro de Candía, el artillero ya citado. Aparecen además en las notas Diego de Agüero y Sandoval, pariente de Alvarado, el maestre de campo Fernando Alonso, el trompeta Juan de Segovia y otros. Esta expedición realizó la primera fase de la conquista con la entrada en Cuzco, la capital del imperio.

En 1535 se funda la Ciudad de los Reyes (Lima). Tanto 1534 como 1535 son los años de la llegada a Perú de un buen contingente: Gómez de León y Gómez Tordoya llegan con Alvarado. Además, Bernardino de Medina, de la guarda a caballo de S. M., Alonso y Álvaro de Mendoza, Juan Ortiz de Zárate, vizcaíno, Alonso Palomino, hidalgo y escudero, Diego de Rojas, Juan de Saavedra, Benito Suárez de Carvajal, Antonio Téllez de Guzmán, Juan Tello, Pedro de Vergara «el flamenco», el capitán don Jerónimo de Zurbano y muchos otros.

El período de las guerras civiles es turbulento y complicado. En la guerra de las Salinas (1537-1538) luchan Francisco Pizarro y Diego de Almagro. La guerra de Chupas (1541-1542) tiene por contendientes al hijo de Almagro y a Vaca de Castro, nuevo gobernador de Perú. La rebelión de Gonzalo Pizarro (1544-1548) comprende la guerra de Quito entre Blasco Núñez de Vela y Gonzalo Pizarro, la de Huarinas entre Gonzalo Pizarro y Diego de Centeno, la de Jaquijahuana entre Gonzalo Pizarro y Pedro de la Gasca, y la insurrección de Hernández Girón. En las notas biográficas tenemos un buen número de representantes de ambos bandos.

Nuevo Reino de Granada

De norte a sur, las penetraciones parten desde Santa Marta y Cartagena de Indias. Gonzalo Jiménez de Quesada va en la expedición de Fernández de Lugo a Santa María en 1535. En 1536, Quesada, con 750 hombres, sigue el río Magdalena. Sebastián de Benalcázar se une a su expedición. El capitán hidalgo Juan de Céspedes va con Quesada. El alemán Nicolás Federman, con sus hombres, baja de Venezuela hacia la zona. Santa Fe es fundada en 1538 y consolidada jurídicamente en 1539, estando presentes Quesada y Federman; posteriormente, Benalcázar.

El capitán de Quesada Martín Galeano funda Vélez, y Gonzalo Suárez Rendón, «soldado de Pavía», Tunja.

En 1568, Quesada, ya cerca de los 70 años, organiza otra expedición, soñando con Eldorado, que resulta un tremendo fracaso.

Pedro de Heredia, madrileño, prepara otra expedición hacia la zona del río Magdalena. Con él va el cordobés Francisco de César, marino de Caboto. En 1533, Heredia funda Cartagena. En otra expedición de 1538, va «un oscuro soldado», Pedro Cieza de León, el cronista de Perú; los expedicionarios encuentran al capitán cacereño Lorenzo de Aldana.

La penetración de sur a norte cuenta con el segoviano Pedro de Añasco y el gaditano Juan de Ampudia (1535); fundan Ampudia. Benalcázar obtiene licencia para conquistar al norte de Quito y funda Popayán (1536) en el Nuevo Reino de Granada. Entre los suyos va Jorge Robledo. Otro protagonista importante, a partir de 1540, es Pascual de

Andagoya. Robledo funda Cartago (casi todos los suyos venían de Cartagena de Indias). Álvaro de Mendoza descubre el valle del Quindío (Nevado de los Andes, Colombia). En 1541, Robledo funda Antioquía.

El capitán Juan Coello va a recuperar el gobierno de Antioquía en nombre de Benalcázar, en 1549. El castellano Juan de Cabrera recupera luego nuevamente la ciudad.

Además de los nombrados, contamos en las notas biográficas con otros hombres de armas, de los que citamos:

a) Llegados a Santa Marta en 1536: Jerónimo de Aguayo y los capellanes castrenses Domingo de las Casas y Antón de Lescamez, que van en la expedición de Quesada; el capitán gaditano Luis Bernal y el también capitán Diego de Urbina; el soldado don Juan Olmo, arcabucero de Quesada, y Juan Tafur, el que recogió a los expedicionarios de Pizarro en la isla de Gallo.

b) Llegados a Santa Marta en 1538: Juan de Agramonte, capitán del adelantado Pero Fernández de Lugo; el capitán Fernando de Salinas; el alférez Alonso de Montemayor; el noble portugués Antonio Díaz Cardoso, y los hidalgos don Baltasar de Maldonado y Juan de Céspedes.

Luego encontramos en la fundación de Cartagena de Indias al capitán Martín Ruiz de Marchena, con Federman; a los capitanes Felipe de Utre (alemán) y Pedro Rodríguez de Salamanca; en la fundación de Cartago, a Juan de Coria Bohórquez.

En total, son el 4,5 por 100 de las notas biográficas.

El Amazonas

En 1541, Francisco de Orellana parte, como adelantado de una expedición, con Gonzalo Pizarro, que ha de descubrir el Amazonas.

Veinte años después, en 1560, el general Pedro de Ursúa, navarro, dirige otra expedición al Amazonas al frente de los famosos «marañones». En 1561, una rebelión acaba con Pedro de Ursúa, y Lope de Aguirre, siniestro y loco, se nombra a sí mismo maestre de campo. Lorenzo Salduendo es el capitán de la guardia de Hernando Guzmán, «el rey», nombrado por Aguirre. Capitanes de Aguirre son Diego de Munguía y Altamirano.

Un uno por ciento de las biografías se refieren a esta zona.

Chile, donde se acaba la tierra

Diego de Almagro descubre Chile en 1535. Con él van Gómez de Alvarado, Vasco de Guevara, Diego Maldonado como alférez mayor, Francisco Noguerol de Ulloa... El conquistador de Chile es el hidalgo Pedro de Valdivia, autorizado por Francisco Pizarro.

La expedición de Valdivia parte de Cuzco en 1540. Su maestre de campo es Pero Gómez. Entre tantos otros, van con él Juan Gómez de Almagro, Juan Jofré de Loaisa, Pedro de León, Pedro de Miranda, Alonso de Monroy, Lope de Toledo y Antonio de Ulloa. Valdivia funda en 1541 Santiago del Nuevo Extremo.

Prosigue el avance hacia el sur con Juan Bautista de Pastene y Francisco de Villagrán. En 1550 se funda Concepción del Nuevo Extremo, y en 1552, Jerónimo de Alderete funda la ciudad de Valdivia.

En total, un 2,5 por 100 de biografías.

Otras expediciones

El capitán Diego de Rojas es el descubridor y conquistador, en 1543, de Tucumán, marchando desde El Cuzco hacia el sur (hoy Tucumán pertenece a Argentina). Con él va el capitán Felipe Gutiérrez.

En 1559, el logroñés Pedro del Castillo funda la ciudad de Mendoza, partiendo de Chile. Más tarde, en 1573, Luis de Cabrera, hidalgo sevillano, funda la ciudad de Córdoba de la Nueva Andalucía, también hoy en Argentina.

En 1535, el portugués Simón de Alcazaba había dirigido una expedición al estrecho de Magallanes, de trágico final.

Álvaro de Mendaña descubre en 1567 las islas Salomón.

Las notas biográficas de este apartado representan un 1,6 por 100.

El Río de la Plata

Juan Díaz de Solís había descubierto el Río de la Plata en 1512. En 1525, la expedición de fray García Jofre de Loaysa cruza la zona

sin resultados apreciables. Sebastián Caboto continúa las exploraciones en 1527.

La expedición del granadino don Pedro de Mendoza, primer adelantado, parte de la Península en 1535 y funda en 1536 Nuestra Señora Santa María del Buen Aire. Don Diego de Mendoza se une a su hermano don Pedro. Capitanes de aquella ocasión son los flamencos Simón Jaques, Sebastián de León —cirujano— y don Francisco de Urín; don Alonso Manrique, Domingo Martínez de Irala, «el capitán Vergara», el hidalgo Galaz de Medrano, capitán de la guardia del adelantado, Juan Salazar de Espinosa, fundador de Asunción en 1536, y el capitán portugués Antonio Tomás de Santucho.

Alférez general de esta expedición de Mendoza al Plata es Alonso de Cabrera. Otros alféreces son el toledano Juan de Morales, el burgalés Francisco de Paredes y el guipuzcoano Francisco de Vergara. Sargentos, Álvaro Cantero y Gaspar López. Artillero, el bombardero flamenco Jácome Brunel. Diego de Tobalina, caporal. Atambores, Pedro de Dosto, Sebastián Italiano, Felipe Lejón, Juan de Miranda. Pífanos, Juan Cola y Miguel Symión; trompetas, Juan Gómez. Soldados, Alfonso de Valladolid o Rodrigo Gómez. Y ballesteros, Diego González Baitos, de Morón.

El segundo adelantado del Plata es Alvar Núñez Cabeza de Vaca (1542). Con él llega el capitán Nufrio de Chaves, «andarín infatigable». Cabeza de Vaca designa a Martínez de Irala maestre de campo.

En el año 1547, Martínez de Irala dirige una expedición al interior (Charcas) y fracasa. El cuarto adelantado es el vizcaíno Juan Ortiz de Zárate. En 1573, Juan de Garay funda Santa Fe, y en 1580, la segunda Buenos Aires, con la invocación de Trinidad.

Las notas biográficas de este apartado son el 5,3 por 100 del total.

Venezuela y el Orinoco

Hacia 1520 comienza la penetración en Venezuela. En este año, Gonzalo de Ocampo funda, cerca de Cumaná, una localidad con el nombre de Toledo. En 1523, Jácome de Castellón funda Nueva Córdoba, y el aragonés Juan de Ampués es el fundador de Coro en 1529.

Con Alfinger, el comerciante alemán, van a Venezuela Casamires Nuremberg, capitán de los Welser, y el caballero cordobés Fernando Venegas, «manosalbas».

En 1534, con Jorge Hohermut, «Jorge Espira», llegan, entre otros muchos, el capitán alemán «Micer» Andrea, los capitanes Diego Martínez y Velasco, los soldados Francisco de Cáceres y el gaditano Valdespino, con el ballestero arandino Francisco Núñez.

En 1552, el capitán Juan de Villegas funda Barquisimeto o Nueva Segovia.

Diego de Ordás es el primero que navega todo el Orinoco; Alonso de Herrera sigue sus pasos.

Un 2,4 por 100 del total son las notas biográficas de este apartado.

Valoración de la zona de acción

Si queremos captar la inmensidad del espacio en que actuaron estos hombres, meditemos estas cifras. Distancias de más de seis y de diez mil kilómetros de Castilla, territorios americanos recorridos de norte a sur, con distancias de más de 10.000 kilómetros entre Kansas y Arizona hasta la Tierra del Fuego. Superficies territoriales de más de 20 millones de kilómetros cuadrados, es decir, como 40 veces España...

Se obtiene la impresión de que el descubridor o conquistador perdía la noción del espacio, como la del tiempo, en una actitud ante ambas magnitudes hoy incomprensible.

El ocaso del conquistador

Si la mayor afluencia a Indias del conquistador se realiza en ese primer tercio del siglo XVI, es lógico pensar que hacia los años setenta de dicha centuria, una parte importante de ellos habría alcanzado una edad que, para aquel entonces, representaba prácticamente la vejez.

Además, ya en 1542 y con las Leyes Nuevas, se prohíbe para el futuro el régimen de encomiendas, manteniendo las existentes sólo durante la vida del actual encomendero, reduciéndolas notablemente en

determinados casos. Esta regulación restrictiva pone al conquistador en camino de la pobreza.

Llegan, además, los burócratas reales que acaparan toda parcela de poder y juzgan sin piedad a los conquistadores. Y si no antes, es ahora cuando nuestro protagonista pide la venida de su mujer e hijos, acuciado por una Cédula Real de 1544 que ordenaba que se mandase a la Península en el primer barco y cargado de grillos a los casados que tuviesen la familia al otro lado del océano. Se acuerda también entonces de aquellos a quienes desposeyó y abundan los testamentos con mandas para indios y para la Iglesia.

Así, como recuerda el Inca Garcilaso, el capitán cacereño Lorenzo de Aldana «dejó por herederos al repartimiento de indios que tuvo, para que con la herencia pagasen parte de los tributos venideros». El hidalgo granadino Alonso Ruiz devuelve todos sus bienes al emperador y dice: «Sacra Majestad, yo soy conquistador del Perú, de cuyos despojos me cupieron más de cincuenta mil pesos que traje a España, y vivo en pena y cuidado de que no son bien ganados». El leonés Sindos de Portillo «dejó a sus indios y vendió sus bienes e los repartió a los pobres e se metió a fraile franciscano e fue de santa vida» (V. M. Álvarez, *Los conquistadores en la primera sociedad colonial*).

Veamos ahora las cartas de la muy citada colección de Otte. Francisco de Barrionuevo escribe desde La Paz a Soria en 1559 y dice: «...yo estoy tan viejo... dejado de tener acá nadie y estar tan solo, estoy gotoso, que se pasan tres meses que no me puedo levantar de la cama». Cristóbal López Chito, desde Potosí, escribe en 1564 a su hermana en Ronda: «...aunque viejo y cansado. Y como sea esta tierra de tan mala desistión de temple... estoy tan viejo que no me conocerían si me viesen por allá, y a veces enfermo». Pedro de Cantoval escribe desde México a sus hijos en Aguilar de Campoo, en 1565: «yo ya estoy viejo y gotoso, que no me puedo vestir ni calzar, sea Dios servido por todo». Bartolomé de Saldaña escribe en 1570 desde El Cuzco a su hijo en Fuente de Cantos: «...vengas luego acá, porque estoy muy viejo y enfermo, y para que te vea antes de que me muera». Martín Fernández Cubero escribe en 1572 desde Puebla a su sobrino en Fuentelaencina: «...como soy viejo y cargado, viniendo de camino, al apearme de un caballo caí, y me quebré una pierna». Antonio Báez, desde Panamá, a su hijo en corte: «Solo querría, porque yo ando muy enfermo, y estoy

viejo y cansado, que antes que Dios me llevase, viniésedes a esta ciudad, a recibir mi bendición y poner recaudo en esta hacienda»...

Se ha producido, en palabras de Marchena, un *desmoronamiento del universo de los conquistadores,* «basado en un conjunto de privilegios sociales, económicos y de grupo» conseguidos por su esfuerzo. Así como la Reconquista produce una estructuración jerárquica nobiliaria y de repartimiento de tierras y pecheros, que perdura, este esquema se rompe poco después de iniciado en Indias. Los tiempos han cambiado, los moldes medievales no son de aplicación en el Renacimiento, el Estado moderno y centralizador no quiere distribuir ni admitir parcelas de poder, y, como siempre, cuando se atisba el final de la conquista, el hombre de armas «pasa a la reserva». La hora de los soldados, esta raza de hombres siempre ensalzada o menospreciada en exceso, según sea necesaria o inútil, finaliza. Ellos han hecho el trabajo duro, ahora quedan pobres, y viene la legión de burócratas nobiliarios, los que —en su mayoría— no quisieron acudir al atambor o a la trompeta, rodeados de una gran caterva de criados, con un lujo y una ostentación hasta entonces desconocidos en Indias. La historia que siempre se repite.

Refiriéndose a los hijos de los conquistadores, dice Marchena:

> El fin de las encomiendas antiguas, promovido por disposiciones como las Leyes Nuevas, por los repartimientos a una o dos vidas, por la aparición de figuras exógenas al sistema, como virreyes, gobernadores o visitadores, o por la llegada de una nueva nobleza cortesana que no había participado en la conquista del territorio... era el fin del mundo que conocían y en el que habían sido educados.

No se trata solamente de que el conquistador esté llegando a la edad senil; es que además su físico es el del guerrero veterano. El Inca Garcilaso narra una muy conocida anécdota, lo ocurrido cuando Pedro de Alvarado lleva mujeres nobles a Indias, a fin de casarlas con los conquistadores; una de ellas comenta: «dicen que nos hemos de casar con estos conquistadores». Otra replica: «¿Con estos viejos podridos nos habíamos de casar? Cásese quien quisiera, que yo, por cierto, no pienso casar con ninguno de ellos. Delos al diablo; parece que escaparon del infierno, según están estropeados: unos cojos y otros mancos, otros sin orejas, otros con un ojo, otros con media cara, y el mejor librado la tiene cruzada una y dos o más veces».

Y no solamente viejos o mutilados; la leyenda negra empieza ya entonces y entre nosotros, azuzada por la envidia, a caer sobre ellos «con la ferocidad agresiva de que es capaz el español», en palabras de Solano.

Así, a partir de 1560, y en el transcurso de un decenio, también según Marchena, «la facción virreinal y la nueva casta político-administrativa se han hecho con la autoridad, con el control social, y están incluso comenzando a pugnar por el control económico con sus colegas metropolitanos». Los nuevos van ocupando los puestos que antes tenían los conquistadores, cuyos hijos quedan apartados del poder y de las riquezas.

Las edades del conquistador

Partimos de los datos obtenidos por Gómez y Marchena en su muy citado estudio de las huestes, ya que nos acercan especialmente al grupo del *soldado*. De este trabajo se deduce que la media de edad de los hombres que forman parte de estos núcleos es *entre veinticinco y treinta y tres años*, siendo el más joven el grupo de los *hidalgos* (26 y 27 años), siguiendo el de los *hijos de* (por encima de los 27) y finalizando con los plebeyos (por encima de los 29). Parece ser que los hidalgos son los que tuvieron menos vacilaciones a la hora de decidirse a ir a Indias.

Pasando ahora a las edades alcanzadas, resulta curioso constatar cómo aquellos que no morían en la lucha contra los indios —jóvenes generalmente—, o en los demás peligros de aquel agitado período, alcanzaban, no raramente, edades avanzadas.

La palma de la longevidad parece llevársela el sevillano Rodrigo de Segura, que estuvo con Hernán Cortés en la conquista de México y fue luego vecino de Puebla y encomendero en Izcatlán, alcanzando, según Boyd-Bowman (datos de Dorantes e Icaza), los 120 años. Diego de Ibarra, capitán y «minero riquísimo» en México, alcanzó los 98.

Otros longevos fueron el capitán Francisco de las Casas, que alcanzó los 92, y el sevillano Ruy Barba Cabeza de Vaca, que debió sobrepasar los 90. También alcanzó los 90 el famoso y discutido Pedrarias. Otro famoso longevo es el capitán toledano Francisco de Aguirre, quien llegó a los 80 años después de engendrar 70 hijos.

También alcanzaron edades elevadas, sin duda para aquella época, don Fernando de Montenegro, en Perú con Pizarro, que cumplió los 80, al igual que el capitán Francisco de Ampuero, el que casara con una hermana de Atahualpa y fue luego alcalde de Lima.

Más modestos son Gonzalo Fernández de Oviedo, el cronista de Indias, que cumplió los 79. Parece que el escribir alargaba la vida, pues nuestro Bernal Díaz del Castillo alcanzó los setenta y seis.

La muerte del soldado

El estudio aquilatado de este grupo humano está aún por hacer. Aquí podemos deducir tendencias a grandes rasgos, que deberán ser objeto de ulteriores ampliaciones y comprobaciones.

Esto ocurre con el tema de las causas de fallecimiento, dato que no es el que se encuentra más directamente. Sin embargo, vamos a ver las cifras que obtenemos:

De los hombres de guerra recogidos en nuestro estudio, conocemos el final de una cuarta parte de ellos. Los datos son éstos:

muertos por indios o en otras luchas	124
fallecidos en otros tipos de muertes violentas	60
desaparecidos	4
fallecidos de muerte natural	77
	265

Los tantos por ciento resultantes son: 70,9 por 100 de muertes violentas y 29,1 por 100 de fallecimientos de muerte natural. O dicho de otra forma: había bastante más probabilidad de morir de muerte violenta que de muerte natural.

Los ajusticiados (30) son más del diez por ciento. Entre ellos abundan los nombres famosos: Diego de Almagro, Vasco Núñez de Balboa, Fernando de Argüello, Jerónimo Luis de Cabrera, don Felipe Gutiérrez, Pedro de Oñate, Gonzalo Pizarro...

Entre los asesinados está el gran Francisco Pizarro, Diego Becerra de Mendoza y el capitán Alonso de Toro. Podríamos añadir aquí los ejecutados por Lope de Aguirre el loco.

Bien puede cerrarse este apartado con una oportuna cita de Cieza de León (*La Guerra de Quito,* cap. CCX):

> Verdaderamente es cosa de admiración contemplar cuán infelices y desdichados han sido todos los grandes capitanes y descubridores de este imperio de Indias, pues si bien lo queremos mirar, pocos o ningunos han dejado de ser muertos, o por los bárbaros, o en prisiones, o por los soldados.

A MODO DE EPÍLOGO

El objeto de este trabajo era perfilar una semblanza del *hombre de armas*, de profesión o ejercicio, en un amplio período de la conquista de las Indias (1493-1573).

Nuestro protagonista es una figura bien discutida, y no sólo fuera de España. Ya hemos citado las palabras de Francisco de Solano cuando habla de la *ferocidad agresiva del español* al tratar este tema. Aquí hemos intentado buscar la realidad histórica en los cronistas de la época, en historiadores de gran peso específico, tratadistas de aquella época singular, y en fuentes de datos disponibles, recreando al personaje en sus gestos y actitudes, e intentando leer en sus más recónditos pensamientos.

Un importante problema de este trabajo es que, para realizarlo, no basta considerar las biografías de un puñado de conquistadores. La conquista, como dijimos con la cita de Morales Padrón, es una biografía enorme, integrada por *muchas biografías individuales*; la conquista es un hecho colectivo, realizado por masas.

Para el objeto que nos propusimos era fundamental conocer la *circunstancia* de nuestro hombre, comenzando por la consideración de su *entorno*: la sociedad española de la época. En cuanto a lo cronológico, vive fundamentalmente en el siglo XVI, época de singular dureza, el llamado *siglo de hierro*.

Del panorama demográfico de aquel entonces se deduce *un claro crecimiento demográfico*, a pesar de la gran mortalidad infantil, de las pestes y de las hambres. Este crecimiento es ya una llamada a la expansión.

Castilla, con las tres cuartas partes de la población peninsular, tenía un gran peso demográfico y político. Al contrario de lo que ocurre hoy día, el centro de la Península era rico, fuerte y poblado, a diferencia de las zonas de la periferia. Aparte de Castilla la Vieja, el crecimiento demográfico es importante en Andalucía, Extremadura y Castilla la Nueva.

En lo económico, además de la fuerte base agrícola y ganadera del centro y de la intensa actividad de las ferias castellano-leonesas, destacaba Andalucía por su actividad mercantil.

En cuanto a estructuración social, en la nobleza existía una clara separación entre la alta y el amplio sector de *los hidalgos*. La clase media no era la burguesía, prácticamente inexistente, sino los mercaderes, artistas, campesinos, ricos, etc. Además, estaban los menestrales y los campesinos, que constituían la gran mayoría de la población.

En nuestro suelo no existían castas sino clases fluidas, producto de la guerra, entre las que destacaban los caballeros hijosdalgo, los caballeros ciudadanos y los labriegos libres, en una sociedad en la que no pudo desarrollarse el feudalismo europeo.

En la España de aquellos tiempos, el código nobiliario —honor y sentido caballeresco— se extiende y rige también entre los campesinos libres. Existe una psicosis orgullosa y señorial del castellano.

Es el tiempo de los hidalgos. Además del hidalgo notorio están otros de menor categoría, de solar o ascendencia conocida, pero sin medios. Éstos se defendían en medio rural y su origen y ejercicio era *la milicia*, siendo los «únicos guerreros profesionales de la Europa feudal».

Al acabar la Reconquista se cierran los portillos para la escalada del ascenso social, pero la espera no fue larga al aparecer América. Las Indias suponen oro, pero con ennoblecimiento.

El *hidalgo* es una figura hispánica, producto de una época histórica. El hidalgo es un soldado y también puede decirse que entonces todos los soldados eran hidalgos, informados por espíritu de la hidalguía: honra, religión, mesura.

El hecho americano coincide con una época de gran esplendor cultural en Castilla y Aragón. Y es lógico pensar que los pobladores de Indias, procedentes de un ambiente cultural elevado, llevarían consigo un bagaje apreciable.

Los conquistadores marcharon a Indias dejando tras de sí una nación que ostentaba *la hegemonía militar en Europa*, o estaba próxima a

ella. En la guerra de Granada se han movido ingentes masas de combatientes. El soldado español milita en Flandes, Alemania, Italia, Nápoles y África. De aquí debieron de salir un buen número de soldados para Indias.

La figura del *hidalgo-soldado* es ensalzada en este siglo XVI, luego vendrá la degradación hasta llegar, en tiempos de Carlos II, a aborrecerse el oficio de las armas.

Cuando comienza la conquista, el Ejército no era aún permanente. Solamente lo son pequeños núcleos. Para la guerra se organizaban las *huestes*, que luego se desmovilizaban al finalizar las operaciones.

Un segundo entorno del conquistador, más lejano, es la sociedad europea de aquella época. La demografía europea de entonces era también creciente, y la población esencialmente rural. De cada diez europeos, siete u ocho vivían en el campo.

En cuanto a estructura social, la población europea permanece rígidamente marcada por razón del nacimiento. En la Europa del Este, el campesino vive en régimen de semiesclavitud. En Occidente, los campesinos van mejorando en su situación legal.

La burguesía se desarrolla especialmente en Flandes, Alemania, norte de Italia, Inglaterra y Francia. Ante el constante incremento de los precios a lo largo del siglo, empeoran las condiciones de vida de los menos dotados.

El comercio tiene un verdadero renacimiento con el desarrollo del capitalismo y de la burguesía, pero se produce una mayor diferenciación de clases, con empeoramiento de los campesinos y de la aristocracia rural, junto a una elevación de la burguesía.

Hasta fines del siglo XV, el comercio se realizaba casi exclusivamente por el Mediterráneo, pero los grandes descubrimientos hacen que el Atlántico reemplace a aquél.

Cuando comienza a llegar el oro de Indias a España, éste no se queda aquí, sino que se utiliza para pagar las compras españolas de metales, pólvora, cañones, tejidos y trigo en Francia, Italia, Alemania y Países Bajos.

El Renacimiento es una época de *vitalidad ascendente*, en la que se produce el robustecimiento del poder real. Los ejércitos, expresión del poder real, tienden a ser permanentes, regulados por Ordenanzas. Pero aún coexisten con milicias locales. La orgullosa caballería de los *gens*

d'armes, señora hasta entonces del campo de batalla, llega a su ocaso. Es la hora de la infantería, de la infantería española.

En cuanto a los hombres que fueron a América en el período que consideramos, totalizan la cifra, según el *Catálogo*, de 34.562, que marcharon de forma oficial, pasando por la Casa de Contratación de Sevilla. Según cálculos de tratadistas, debieron pasar en este período a América, en total, unos 160.000.

Consideramos en nuestro estudio tres generaciones: los descubridores, los conquistadores y los fundadores. Los *descubridores* desarrollan su actividad entre 1474, comienzo del reinado de Isabel I de Castilla, y 1504, fallecimiento de la reina. Son, por tanto, coetáneos de la Reina Católica. Los *conquistadores* actúan preferentemente entre 1504 y 1534. Su actuación se realiza en varias etapas: hasta 1519, conquista de las Antillas; de 1519 a 1534, conquista de Tierra Firme. La actividad de los *fundadores* se realiza a partir de 1534. Sus jalones son, entre otros, la fundación de Lima (1535), la de Santiago de Chile (1541), la de Mendoza (1559), la de Caracas (1566), la de Manila (1571), las de Santa Fe y Córdoba (1573).

El origen geográfico de los conquistadores es muy importante para conocer la herencia española en *la tierra nueva*. Durante todo este período (1493-1573), Andalucía aporta un 37,1 por 100 de pobladores a América, Castilla un 35,6, Extremadura un 15,5 y Vascongadas un 4,0 por 100, además de otras aportaciones menores de gallegos, valencianos, catalanes, murcianos, aragoneses, asturianos, navarros y canarios, y de los extranjeros.

Sin embargo, al estudiar *las huestes*, resulta un claro predominio de castellanos, seguidos por andaluces, extremeños y vascongados.

Al estudiar el *Catálogo de Pasajeros a Indias*, vemos, en su evolución, que la proporción de éstos, procedentes de grandes ciudades, va descendiendo en general. Añadiendo la aportación de medios rurales deducimos que el poblador procedía básicamente de la España occidental, al oeste del meridiano de Burgos, con zonas importantes de origen mayoritario: Castilla la Vieja y León, Extremadura y Andalucía. Y otras en segundo lugar: Castilla la Nueva y Vizcaya.

La cuestión del origen social de los conquistadores es bastante más compleja que la del origen geográfico. Pero parece que predominaron en Indias los *no instalados*, con características que encarna el *hidalgo*, aunque sólo en número reducido fueran hidalgos notorios. Caballeros

hijosdalgo y caballeros ciudadanos, unidos a los labriegos libres, constituían las posibles canteras capaces de poblar, acabada la Reconquista. Con Durand, «un solo y grande contingente de soldados, hidalgos segundones en su mayoría, pasó a las nuevas tierras y en ellas se hizo el amo». Tres rasgos fundamentales: guerreros, jóvenes e hidalgos segundones —y también los *caballeros villanos*, deseosos de nobleza—. Con el mismo autor, «la nueva sociedad americana se forma con el absoluto predominio de una profesión, *la milicia*». Opinión enteramente coincidente con la de Sánchez Albornoz.

El *Cátalogo de Pasajeros a Indias* es bien parco en datos sobre este origen social de los conquistadores, y aunque nos da datos, se refieren más bien al nivel de ocupación que al origen social. Lo mismo ocurre con los estudios de Boyd-Bowman, si bien, en todo caso, se concreta la importante aportación de otro grupo de peso, *los menestrales*.

Más precisiones nos aportan los trabajos de Carmen Gómez y Juan Marchena en las *huestes* que estudian, con resultados de *un 30 por cien de nobles o hidalgos notorios, más un 6 por 100 de hidalgos de segundo orden, y un 50 por 100 de procedentes de familias castellanas de solar u oficio conocido*, y que constituyen *la gente de guerra*. Los hombres humildes no llegan al 15 por cien y son los marineros, los criados de los hidalgos, etcétera.

Los campesinos tenían muy difícil el acceso al poblamiento. El obispo de Burgos, en 1517, dice que en 20 años no consiguió que pasasen 20 a Indias (El tomo I del *Catálogo de Indias* relaciona solamente cinco labradores hasta 1535). El padre Las Casas tropieza con la reacción negativa de los señores ante la emigración de los campesinos.

La vida cotidiana nos arroja luces sobre estos hombres. Los hidalgos viven en la Península con verdadera penuria, en casas pequeñas y estrechas que se calientan con un brasero. La vestimenta en cambio tendía al lujo, por el afán de mantener una cierta presencia. Cuando los conquistadores llegan a Indias, visten de negro, símbolo de la clase hidalga. La alimentación en la Península era a base de carne en las clases privilegiadas, pero ésta escaseaba mucho al descender de nivel. Los viajes se realizaban a pie o en lentos carromatos. El caballo marcaba la más patente división de clases sociales. Las naves eran galeras en el Mediterráneo y carabelas y galeones en el Atlántico.

Las costumbres eran más bien livianas y el juego constituía una funesta pasión.

El viaje a Indias, considerado con nuestra mentalidad actual, era una terrible prueba. Pero el hombre de la época estaba avezado a toda dureza.

En Indias, la vida del conquistador en su época es la de guerra permanente. Luego, el conquistador pasa a encomendero, reconstruyendo la vida señorial de la Península, aunque ejerciera sin reparo toda clase de actividades, incluso las manuales.

Nuestro protagonista no es el europeo típico de entonces. Está a caballo entre el Medievo y el Renacimiento. Es religioso y caballeresco y tiene todas las características del *hombre de frontera*. Inquieto y aventurero busca la extensión de la religión y su honra personal, *sostenida necesariamente con dineros*.

Su escala de valores arranca del sentido religioso. En aquel entonces, la Religión era *la esencia y el basamento de la vida individual y social*. Una clave importante para conocer el sentido de la Religión estriba en la dilatada situación de guerra que se vivió en España durante la Reconquista y ahormó el carácter nacional. Es *la guerra divinal*. Se vivía en continua angustia y se buscaba únicamente la protección, tantas veces solicitada, al Señor Santiago. El fervor a Santiago se refuerza en este siglo XVI en las guerras contra los herejes europeos, africanos y turcos, y ahora contra los indios idólatras. Baste recordar que, hoy en día, más de 50 poblaciones de América llevan el nombre del Apóstol.

El conquistador es de fe sencilla y sin fisuras. Es providencialista, acepta las adversidades con increíble estoicismo y considera la salvación eterna sobre todas las contingencias y sufrimientos de esta vida. El infortunio se justifica como castigo del cielo.

El conquistador guarda fidelidad al Rey, pero éste debe corresponder. El poder nace de una relación vasallática y no es absoluto. Este concepto del poder es de origen guerrero. Es muy rara, sin embargo, la rebelión contra el Rey. Otra cosa son los *escalones intermedios*, siempre cuestionados.

El hombre español de la época es legalista. Quiere estar siempre con la ley. Su sentido formalista lo vemos en los grandes momentos históricos, cuando Colón toma posesión de la primera tierra descubierta o cuando Núñez de Balboa realiza el mismo acto, pleno de ceremonial, ante la mar del Sur. El *requerimiento* antes de atacar es preceptivo y su omisión constituye un gravísimo delito.

La *honra* es una de las claves principales de la conducta del español en el siglo XVI. La honra obliga a mucho además de una conducta: presencia, casa abierta, servidumbre y caballo. La honra es el poderoso motor de las acciones de nuestro *hidalgo*. La honra necesita dineros y hay que buscarlos con afán. Muchos capitanes son ricos, pero su propia inquietud les lleva a expediciones en que a veces pierden vida y fortuna.

El conquistador piensa en su familia y manifiesta su amor a ella en las cartas que hemos leído, plenas de consejos paternales y en las que pide a los suyos se reúnan con él en Indias.

Nuestro hombre es individualista, inquieto, dotado de gran entereza y capaz de los mayores sufrimientos —que hoy nos parecen insoportables—. El conquistador carece del sentido de lo imposible: los relatos de muchas de las expediciones nos aparecen como irreales y nunca llegamos a comprenderlos. Su codicia de oro y de mujeres, aunque haya dado lugar a hechos bien reprobables, debe ser juzgada en las condiciones históricas del momento. Ocurre lo mismo con la tacha de crueldad, correspondiente a casos reales, los más aireados, que hay que considerar en aquel *siglo de hierro* y ante la dificultad inmensa de establecer y mantener un orden tan alejado de la posibilidad de todo apoyo superior.

El conquistador carece de prejuicios raciales. La consecuencia es el mestizaje, *crisol* de Hispanoamérica.

Con todos sus grandes defectos, como se decía en el prólogo, este hombre sencillo hizo posible todo lo demás. Al compás de su paso se fue ensanchando nuestro territorio en América. Permitió la labor de los menestrales y participó con su sudor en la labor constructora. Quiso hacer realidad *el sueño de un orden* y en 70 u 80 años conquistó un territorio inmenso, extendió la religión católica, fundó ciudades que hoy existen e hizo posible la existencia de universidades.

El conquistador procede de una nación que es un gran foco cultural del mundo de su época. ¿Quién enseñaría el español a la población indígena? Pero hay algo más contundente aún: los índices de alfabetización, con esa media de un 40 por 100 que saben leer y escribir, pueden bien compararse con la media general —que en ningún caso sobrepasaba el diez por ciento— o con el índice de nuestro soldado en América en el siglo XVIII: con valores inferiores al siete por ciento. Lo que es la más clara prueba del origen social de nuestro hombre.

La consideración específica del *hombre de armas* de la conquista, componente mayoritario en las *huestes*, no es sencilla ante la escasez de datos con que se tropieza en las fuentes. Investigaciones detalladas, que requerirán un esfuerzo apreciable, irán ampliando unos estudios, de cuyo retraso nos pueden dar idea las fechas de aparición del *Catálogo de Pasajeros a Indias*, cuyo volumen I es editado en 1930 y 1940, el II en 1942, el III en 1946, el IV y V en 1980. Es decir, se comienza a tener interés pasados largamente los 400 años del descubrimiento y conquista y de las fechas de las papeletas.

Una búsqueda en el citado *Catálogo* y en otros estudios nos ha llevado a elaborar una relación de un millar de pobladores que aparecen con ocupaciones que responden a vocablos de la *milicia* y que pueden reunirse en dos: *capitanes y soldados*

De la consideración del origen geográfico de estos hombres se deducen las siguientes proporciones, con los datos disponibles:

Castellanos	44 %
Andaluces	25 %
Extremeños	20 %
Vascongados	5 %
Otros orígenes	6 %

de lo que se deduce una *mayoría castellana en el hombre de armas.*

En lo referente al origen social, un 14,6 por 100 son *nobles, caballeros, hidalgos notorios, comendadores, gentileshombres, etc.*, proporción muy superior a la medida general (3%). La proporción regional de este 14,6 por 100 es la que sigue:

Castellanos	38 %
Andaluces	23 %
Extremeños	18,5 %
Vascongados	7,5 %
Otros	13 %

apreciándose un mayor número proporcional de nobles vascongados o vizcaínos.

El cálculo de *veteranos* es el que, a todas luces, reclama una investigación más profunda. La explicación de este reducido diez por ciento

pudiera estar en que este dato no era importante, salvo casos especiales. Al no existir realmente ejército permanente —solamente en cifra muy reducida—, casi todos los de edad apropiada, entre los primeros conquistadores, podrían añadir este dato, referente especialmente a la guerra de Granada.

En lo relativo a las zonas de acción en Indias las proporciones aproximadas son las siguientes:

Antillas	9 %
Tierra Firme	4 %
México	34 %
Yucatán	2 %
Expediciones Norte	5 %
Hacia Poniente	2 %
América Central	4 %
Perú	12 %
Nuevo Reino de Granada	5 %
Amazonas	3 %
Chile	2 %
Río de la Plata	5 %
Venezuela y Orinoco	3 %

Las biografías se refieren a más de una zona, pero se ha elegido la que se considera principal.

Ya desde 1560 se produce fundamentalmente *el ocaso del conquistador*, debido a la edad alcanzada por este grupo básico, y a las Leyes Nuevas, que restringen las encomiendas. Pasada la conquista —en su período principal—, el conquistador no es ya necesario. Él había hecho el trabajo duro del *soldado*, y la historia se repite. Llegan los virreyes con sus grandes séquitos y numerosos criados: la administración se instala. *El universo de los conquistadores comienza a desmoronarse.*

El conquistador era joven. Cuando las huestes, su edad media es *de 30 años.* Muchos mueren «a manos de indios», pero entre los que sobreviven no son raros los longevos.

La muerte del conquistador es *mayoritariamente en combate o en otro tipo de muerte violenta* (71 %); los viajes se cobran también otra tasa elevada. Y sólo queda un 29 por 100 de los que «mueren de su muerte». Es decir, en síntesis, *de cada tres, dos morirían de muerte violenta.*

APÉNDICES

CAPITANES Y SOLDADOS DE LA CONQUISTA

OBSERVACIONES SOBRE LA RELACIÓN ALFABÉTICA

La relación que se acompaña corresponde a las *notas biográficas* que se han considerado y cuya exposición alargaría excesivamente estas páginas, aunque sí han sido la base de la *biografía general* que constituye el capítulo XI que antecede a estas líneas.

En esta relación alfabética, después del *nombre* y del *origen geográfico*, añadimos la expresión de *oficio u ocupación* (adelantado, capitán, soldado, ballestero, artillero, etc.), a sabiendas de que no eran empleos fijos en el concepto actual, sino designaciones para cometidos concretos (expediciones, «entradas», servicios a autoridad superior, etc.). Aparecen también en ella personas más comúnmente conocidas por otros cometidos (gobernador, veedor, minero, etc.), pero aquí hemos considerado solamente el oficio del hombre de armas y de sus jefes.

En lo referente al oficio de mar, se ha prescindido de los marineros, pilotos, maestres de nao, etc., sin oficio bélico. Sin embargo, incluimos al almirante, al general, al capitán de navío, etc., salvo el caso de los que sólo tuvieron, especialmente muy al principio, la función de descubrimiento.

Después de la expresión correspondiente al oficio de armas, añadimos una *determinación geográfica* importante en la vida de la persona que consideramos, a fin de tener un dato de referencia, ya que, habiéndose desarrollado normalmente la vida de cada uno en diferentes y variadas zonas geográficas, se alargaría excesivamente este apéndice.

Finalmente, los años que se expresan son aquellos que conocemos de la vida de cada persona, o el año de la única información que tenemos.

Todo esto —observamos— es susceptible de ser completado con subsiguientes investigaciones.

La relación ha sido extraída fundamentalmente del *Catálogo de Pasajeros a Indias* y de las obras citadas de Boyd-Bowman, Bernal Díaz del Castillo, Cieza de León y Enrique de Otte.

CAPITANES Y SOLDADOS DE LA CONQUISTA
(NRG o N. R. de Granada = Nuevo Reino de Granada)

Juan de Acosta, Villanueva de Barcarrota (Badajoz). Alférez, Perú, 1535-1548.
Rodrigo de Acuña. Capitán, Pacífico, 1524.
Juan de Agramonte, de Tudela (Navarra). Capitán, Santa Marta, 1538.
Jerónimo de Aguayo, de Córdoba. Maestre de campo. N. R. de Granada, 1536-1540.
Diego de Agüero y Sandoval, de Deleitosa (Cáceres). Capitán, Perú, 1531-1544.
Alonso de Aguilar. Soldado, México, 1519-1522.
Alonso de Aguilar, de Iniesta (Cuenca). Capitán, N. R. de Granada, 1536-1538.
Antonio de Aguilar, de Écija (Sevilla). Capitán, Venezuela, 1534.
Diego de Aguilar, de Medina del Campo (Valladolid). Capitán, México, 1514-1523.
Jerónimo de Aguilar, de Écija (Sevilla). Soldado, México, 1519-1522.
Francisco de Aguirre, de Talavera de la Reina (Toledo). Capitán y teniente general, Chile, 1500-1580.
Lope de Aguirre, de Oñate (Guipúzcoa). Capitán, río Marañón, 1516-1561.
Antonio de Alamillo, de Palos (Huelva). Ballestero, México, 1519-1522.
Hernando de Alarcón. Capitán general, California, 1540.
Juan de Albarracín, del Puerto de Santa María (Cádiz). Capitán, N. R. de Granada, 1536-1539.
Alberá, de Villanueva de la Serena (Badajoz). Soldado, México, 1519-1521.
Diego de Albítez, de Badajoz. Capitán, Honduras, 1513-1533.
Don Bernaldino de Albornoz, de Paradinas (Salamanca). Soldado, México, 1524-1530.
Juan de Alcántara. Capitán, Amazonas, 1541.
Pedro de Alconchel, de Garganta de Campos (Salamanca). Trompeta, Perú, 1534.
Lorenzo de Aldana, de Cáceres. Capitán, Perú, 1528-1568.
Julián de Alderete. Ballestero, México, 1521.
Jerónimo de Aldrete. Capitán general y adelantado, Chile, 1555.
Robert Alemán, de Flandes. Artillero, Yucatán, 1527.
Don Jerónimo de Aliaga, de Segovia. Capitán, Perú, 1534-1569.
Antonio de Aller, de León. Alférez, México, 1524-1541.
Diego de Almagro, de Ciudad Real. Capitán, Perú, 1514-1538.

Fernando Alonso, de Zarza de Alanje (Badajoz). Maestre de campo, Perú, 1531.
Hernando Alonso de Villanueva, extremeño. Soldado, México, 1518-1519.
Juan Alonso, de Lisboa (Portugal). Trompeta, Yucatán, 1527.
Don Juan Álvaro Palomino, de Andújar (Jaén). Capitán, 1535-1553.
Juan Alonso de Sosa, de Córdoba. Lugarteniente de capitán general, Tierra Firme, 1520.
Luis Alonso. Soldado, México, 1519.
Toribio Alonso de Salazar. Capitán, Pacífico, 1524.
Francisco de Almendras, de Plasencia (Cáceres). Capitán, Perú, 1535-1548.
Alonso de Almesta, de Sevilla. Soldado, México, 1518-1519.
Altamirano. Capitán, río Marañón, 1560.
Diego Altamirano. Soldado, México, 1526.
Alonso de Alvarado, de Secadura (Santander). Capitán y mariscal, Perú, 1534-1555.
Diego de Alvarado, de Badajoz. Capitán, Chile, 1514-1535.
Domingo de Alvarado, de Badajoz. Capitán, Guatemala, 1538.
Fernando de Alvarado, de Santander. Capitán, Cíbola, 1528-1547.
Gómez de Alvarado, de Badajoz. Capitán, Perú, 1510-1547.
Gonzalo de Alvarado, de Badajoz. Capitán, Guatemala, 1510-1524.
Joan de Alvarado, de Colindres (Santander). Capitán, Guatemala, 1538.
Jorge de Alvarado, de Badajoz. Capitán y teniente de capitán general, Guatemala, 1510-1540.
Jorge de Alvarado, de Laredo (Santander). Capitán, Perú, 1570.
Pedro de Alvarado, de Badajoz. Adelantado, México, 1485-1518.
Alonso Álvarez Pineda. Capitán, México, 1519.
Francisco Álvarez Gaytán, de Puebla de Montalbán (Toledo). Soldado, Plata, 1535-1559.
Juan Álvarez, de Palos (Huelva). Soldado, México, 1519.
Juan Álvarez Chico, de Oliva (Badajoz). Soldado, México, 1518-1519.
Pero Álvarez Holguín, de Cáceres. Capitán, Perú, 1535-1542.
Rodolfo Álvarez Palomino. Maestre de campo, Santa Marta, 1525.
Diego Álvaro, de Guijo de Coria (Cáceres). Escudero, Panamá, 1514-1529.
Amaya. Soldado, México, 1519-1521.
Juan de Ampiés, aragonés. Capitán, Venezuela, 1526-1527.
Juan de Ampudia, de Jerez de la Frontera, Cádiz, 1539.
Francisco de Ampuero, de Santo Domingo de la Calzada (Logroño). Capitán, Perú, 1538-1580.
Pascual de Andagoya, de Cuartango (Álava). Adelantado, Panamá, 1514-1548.
Fernando de Andino, de Sevilla. Capitán, N. R. de Granada, 1512-1551.
Micer Andrea, alemán. Capitán, Venezuela, 1534.
Alonso de Angulo, de Alcántara (Cáceres). Escudero, 1505.

Juan de Anunciabay. Capitán, Nueva Galicia, 1541.
Pedro de Añasco, de Segovia. Capitán, Perú, 1554-1576.
Pedro de Añasco, de Sevilla. Capitán, Yucatán, 1527-1543.
Francisco Aparicio, de Pelayos (Toledo). Ballestero, México, 1518-1519.
Diego de Arana. Capitán, Tucumán (Perú), 1566.
Rodrigo de Arana, de Córdoba. Alcaide, Santo Domingo, 1492.
Arbenga, de Levante. Artillero, México, 1518-1519.
Arbolanche, castellano viejo. Soldado, México, 1518-1519.
Fernando de Arboledas, de Baeza (Jaén). Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Archiaga o Archilaga. Capitán de la guardia. México, 1519-1521.
Arévalo. Soldado, México, 1519-1521.
Fernando de Argüello, de Torre de Mormojón (Palencia). Escudero, Darién, 1509-1519.
José de Argüello, de Torre de Mormojón (Palencia). Capitán, Perú, 1534.
Juan de Argüello, de León. Soldado, México, 1518-1519.
García Arias Maldonado, de Ronda (Málaga). Capitán, N. R. de Granada, 1538-1568.
Juan Arias, de Sahagún (León). Capitán, Estrecho de Magallanes, 1534-1535.
Pedro Arias de Ávila, de Ávila. Capitán, Tierra Firme, 1514.
Pedro Arias Dávila, «Pedrarias», de Segovia. Capitán, Nicaragua, 1440-1531.
Armenta. Teniente, México, 1519.
Francisco de Armenta, de Salamanca. Capitán, Yucatán, 1527-1539.
Juan de Arrazábal, de Santa Cruz de Asterra (?) (Guipúzcoa). Lombardero, 1525.
Lope de Arriaga, de Berlanga (Badajoz). Capitán, Santo Domingo, 1493-1501.
Arroyuelo, de Olmedo (Valladolid). Soldado, ballestero, México, 1518-1519.
Diego de Artieda, de Uceda (Guadalajara). Capitán, México, 1566.
Aruega o Arneda, siciliano. Artillero, México, 1515.
Blas de Atienza, de Medina del Campo (Valladolid). Artillero, Tierra Firme, 1515.
Avalos. Capitán, México, 1519-1521.
Juan de Avellaneda Temiño, de Quintanapalla (Burgos). Capitán, N. R. de Granada, 1532-1555.
Ávila. Soldado, México, 1519.
Alonso de Ávila, de Ávila. Capitán, Yucatán, 1514-1534.
Don Álvaro de Ávila, de Ciudad Real. Capitán, Yucatán, 1527-1534.
Francisco de Ávila, de Zafra (Badajoz). Capitán, Tierra Firme, 1514.
Gaspar de Ávila. Soldado, México, 1519-1521.
Sancho de Ávila, de Las Garrovillas (Cáceres). Soldado, México, 1518-1519.
Gaspar de Avilés, de Alcaraz (Albacete). Capitán, Chile, 1534-1552.
Diego de Ayala, de Baeza (Jaén). Escudero, Panamá, 1514-1522.

Juan de Ayala, de Ayala (Álava). Alcaide, Santo Domingo, 1494.
Juan de Ayora, de Córdoba. Teniente, Tierra Firme, 1514.
Diego Azamar. Soldado, México, 1519-1521.
Santiago de Azoca, de Guipúzcoa. Soldado, Chile, 1514-1589.

Gonzalo de Badajoz, de Badajoz. Teniente y Capitán, Panamá, 1507-1522.
Gutierre de Badajoz, de Ciudad Rodrigo (Salamanca). Capitán, México, 1512-1547.
Diego Báez, de Oporto. Capitán, N. R. de Granada, 1568.
Francisco de Baeza, de Baeza (Jaén). Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Baldovinos. Soldado, México, 1519.
Miguel Ballester (o Ballesteros), de Tarragona. Alcaide, Santo Domingo, 1494.
Sancho de Barahona. Soldado, México, 1519.
Cristóbal Barba y Cabeza de Vaca, de Sevilla. Capitán, Perú, 1530-1548.
Pedro Barba. Capitán de ballesteros, México, 1519.
Pedro Barba Cabeza de Vaca, de Sevilla. Capitán, México, 1520.
Ruy Barba Cabeza de Vaca, de Carmona (Sevilla). Capitán, Perú, 1534.
Juan de Barbarán, de Illescas (Toledo). Capitán, Perú, 1531-1543.
Francisco de Barco, de Barco de Ávila (Ávila). Capitán, Guatemala, 1519-1539.
Alonso de Barrientos. Soldado, México, 1519-1521.
Cristóbal de Barrientos, de Ciudad Rodrigo (Salamanca). Alférez, Perú, 1539-1544.
Hernando de Barrientos. Soldado, México, 1519-1521.
Francisco de Barrionuevo, de Soria. Capitán, Tierra Firme, 1509-1533.
Gonzalo de Barrionuevo, de Soria. Capitán, Santo Domingo, 1514.
Barrios. Capitán, México, 1519.
Cristóbal de Barrios, de Sevilla. Capitán, Nueva Galicia, 1527-1547.
Pedro Barroso, de Segovia. Capitán, Perú, 1524-1539.
Íñigo de Bascona (o Gascuña), de Arévalo (Ávila). Capitán, Venezuela, 1528-1531.
Alonso de Bastidas, de Guadalcanal (Sevilla). Capitán, N. R. de Granada, 1534-1559.
Diego Becerra de Mendoza, de Mérida (Badajoz). Capitán, Mar del Sur, 1529-1533.
Francisco Becerra, extremeño. Capitán, Tierra Firme, 1509-1515.
Benito de Bejel. Soldado, atambor, México, 1519-1521.
Alonso Bellido. Soldado, México, 1519.
Juan Bello, de Ciudad Rodrigo (Salamanca). Soldado, México, 1518.
Bartolomé Belzar, alemán, Capitán, Venezuela, 1535-1541.
Sebastián de Belalcázar, de Belalcázar (Córdoba). Adelantado, Perú, 1480-1542.
Joan Benítez. Ballestero, México, 1519.

Alonso de Berdejo (o Verdejo), de Villamayor de la Mancha (Cuenca). Soldado, Nueva Galicia, 1508-1541.
Jimeno de Berio. Capitán de artillería, Perú, 1570.
Agustín Bermúdez. Capitán, México, 1520.
Antonio Bermúdez, de Las Garrovillas (Cáceres). Capitán, Cartagena de Indias, 1570.
Luis Bernal, del Puerto de Santa María (Cádiz). Capitán, Santa Marta, 1536.
Bernaldo «el levantisco». Soldado, México, 1519.
Berrio. Soldado, México, 1519-1521.
Francisco de Bobadilla, de Medina del Campo (Valladolid). Capitán, Santo Domingo, 1500-1502.
Juan Bohom, de Bobadilla de Rioseco (Palencia). Capitán general, Chile, 1514-1548.
Juan Bolante. Alférez, México, 1519-1521.
Toribio de Bolaños, de Béjar del Castañar (Salamanca). Alférez, Nueva Galicia, 1529-1547.
Francisco de Bolonia, de Azuaga (Badajoz). Capitán, Perú, 1569.
Juan de Bonilla, de Bonilla (Ávila). Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Juan Bono de Quejo (o Quexo), de Bilbao o San Sebastián. Capitán, Cuba, 1502-1532.
Botello. Soldado, México, 1519-1521.
Alonso Boto. Soldado, México, 1519.
Francisco de Bracamonte, de Medina del Campo (Valladolid). Maestre de campo, Yucatán, 1518-1579.
Álvaro Bravo, de Sevilla. Escudero, México, 1521.
Don Juan Bravo de Lagunas, de Sevilla. Capitán, Nueva Galicia, 1535-1547.
Pero Briones, de Salamanca. Capitán, maestre de campo, Guatemala, 1519.
Jácome Brunel, de Flandes. Bombardero, Plata, 1535-1565.
Álvaro de Buiza, de Villamartín (León). Soldado, México, 1525-1534.
Lorenzo de Buiza. México, 1519-1521.
Joan de Burgos. Capitán, México, 1519-1521.
Hernando Burgueño, de Aranda de Duero (Burgos). Capitán, 1517-1547.
Gaspar Burguillos, de Burguillos (Badajoz). Soldado, México, 1518-1519.
Luis de Bustamante, de Palencia. Soldado, México, 1519.

Caballero (Pedro o Juan). Capitán, México, 1519-1521.
Alonso de Cabrera, de Loja (Granada). Alférez general, Plata, 1501-1545.
Jerónimo Luis de Cabrera, de Sevilla. Alférez real, Perú, 1528-1575.
Juan de Cabrera, de Castilla la Vieja. Capitán, maestre de campo, Perú, 1525-1546.
Don Pedro Cabrera y Figueroa, de Sevilla. Capitán, Perú, 1538-1556.

Francisco de Cáceres, de Alcántara (Cáceres). Capitán, Perú, 1567.
Francisco de Cáceres, de Cáceres. Soldado, Venezuela, 1534-1535.
Juan de Cáceres. Soldado, México, 1519-1521.
Pedro Calderón, de Badajoz. Capitán, Florida, 1538.
Bartolomé Camacho, de Villafranca (Badajoz). Capitán, Santa Marta, 1535.
Gonzalo Camacho, de Sevilla. Escudero, Santo Domingo, 1512.
Camargo, de Burgos. Capitán, Jamaica, 1513.
Fernando Camelo, de Portugal. Capitán general, Bermudas, 1527.
Campañón. Capitán, México, 1519.
Pedro de Candía, de Grecia. Capitán, artillero mayor, Perú, 1525-1542.
Canillas. Atambor, México, 1519-1521.
Diego Cansino, de Palos (Huelva). Capitán, México, 1513-1541.
Álvaro Cantero, de Linares (Jaén). Sargento, Plata, 1511-1545.
Carasa, de Colindres (Santander). Alférez, Estrecho de Magallanes, 1534.
Cárdenas, de Sevilla. Soldado, México, 1518-1519.
Alonso de Cárdenas, de Cárdenas (Logroño). Soldado, México, 1519-1520.
Francisco de Cárdenas. Capitán, Perú, 1535.
Juan de Cárdenas, de Talavera de la Reina (Toledo). Capitán, Tierra Firme, 1514-1522.
Luis de Cárdenas (Cárcamo), de Córdoba. Capitán, Maluca, 1520-1529.
Gregorio Caro, de Talamanca (Madrid). Capitán, Plata, 1527.
Pedro de Carranzas, de Pancorbo (Burgos). Escudero, 1510.
Gonzalo Carrasco. Soldado, México, 1520-1547.
Juan Carrascosa, de Carrascosa (Cuenca). Soldado, México, 1520.
Cristóbal de Carrera. Capitán. N. R. de Granada, 1570.
Hernando Carrera, de Cañete (Cuenca). Capitán, Perú, 1569.
Antonio Carrillo, de Illescas (Toledo). Sargento mayor, Perú, 1538-1554.
Lope Carrillo, de Sevilla. Capitán, Tierra Firme, 1514.
Juan de Cartagena, de Burgos. Contino real, capitán, Estrecho de Magallanes, 1519-1520.
Carvajal «el sordo». Capitán, México, 1519-1521.
Don Antonio de Carvajal, de Zamora. Capitán, México, 1518-1526.
Francisco Carvajal, de Ragama (Salamanca). Capitán, Perú, 1468-1548.
Juan de Carvajal. Teniente, N. R. de Granada, 1541.
Domingo de las Casas. Capitán castrense, N. R. de Granada, 1536-1538.
Francisco de las Casas. Capitán, México, 1524-1566.
Castañeda. Teniente, Chile, 1561.
Rodrigo de Castañeda, de Valle de Carriedo (Santander). Alférez, México, 1514-1519.
Pedro Castellar. Soldado, México, 1519-1521.
Castillo «el galán». Soldado, México, 1519-1521.

Castillo «de los pensamientos». Soldado, México, 1519-1521.
Alonso del Castillo. Soldado, México, 1519-1521.
Alonso Castillo Maldonado, de Salamanca. Capitán, Florida, 1527-1547.
Hernando del Castillo, de Marchena (Sevilla). Capitán, Veragua, 1535.
Pedro del Castillo, de Villalba de Rioja (Logroño). Capitán de caballería, Perú, 1535-1561.
Alonso de Castro, de Palencia. Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Alonso Catalán, de Madrid. Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Juan Catalán, de Cataluña. Artillero, México, 1518-1519.
Francisco de Cazalla, de Cazalla (Sevilla). Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Jorge Celi de Alvear, de Reonanza y Celes (Santander). Capitán, Santa Marta, 1534.
Diego de Centeno, de Ciudad Rodrigo (Salamanca). Capitán general, Plata, 1535-1548.
Juan Cermeño, de Palos (Huelva), Soldado, México, 1518-1547.
Jorge Cerón, de Baeza (Jaén). Capitán y maestre de campo, mar del Sur. 1530-1547.
Cervantes «el chocarrero». Soldado, México, 1519.
Leonel de Cervantes, de Sevilla. Capitán, México, 1519-1525.
Francisco de César, de Córdoba. Capitán y teniente general, N. R. de Granada, 1538.
Juan de Céspedes, de Argamasilla (Ciudad Real). Capitán, N. R. de Granada, 1521-1573.
Francisco Cid. Capitán, Perú, 1534.
Pedro Cieza de León, de Llerena (Badajoz). Soldado, Perú, 1549-1554.
Don Pedro de Cifontes, de Sevilla. Artillero, general de flotas, Santo Domingo, 1532.
Gonzalo de Cifuentes, de Ávila. Capitán, N. R. de Granada, 1534.
Juan Coello. Capitán, N.R. de Granada, 1549.
Juan Cola, de Alta Borgoña. Pífano, Plata, 1535.
Juan Colchero, de Alburquerque (Badajoz). Capitán, Cartagena, 1534.
Bernardino de Colmenares, de Carrión (Palencia). Escudero, 1540.
Colmenero. Capitán, México, 1519-1521.
Alonso de Contreras, de Orgaz (Toledo). Soldado, México, 1518-1524.
Diego de Contreras, de Segovia. Capitán, Nicaragua, 1535-1540.
Rodrigo de Contreras. Capitán, Nicaragua, 1539.
Alfonso de Córdoba, de Córdoba. Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Don Juan de Coria Bohórquez, de Utrera (Sevilla). Capitán, Perú, 1518-1554.
Cristóbal del Corral, de Tiemblo (Ávila). Alférez, México, 1517.
Cortejo. Soldado, México, 1519-1521.
Hernán Cortés, de Medellín (Badajoz). Capitán general, México, 1485-1547.

Juan Cortés, de Haro (Logroño). Capitán, Perú, 1569.
Diego Costillas, de Zamora, Escudero, 1510.
Cristóbal, de Jaén, Soldado, México, 1519.
Juan de Cuéllar, de Cuéllar (Segovia). Trompeta, México, 1520.
Simón de Cuenca, de Cuenca. Capitán, 1518.
Fernando de Cuera, de Madrid. Escudero, Panamá, 1522.
Cristóbal de la Cueva. Capitán, Honduras, 1534.

Juan Chacón, de Ciudad Real. Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Francisco de Chaves, extremeño. Capitán, Perú, 1531-1541.
Francisco de Chaves, de Medellín (Badajoz). Capitán, Perú, 1535-1541.
Francisco de Chaves, de Trujillo (Cáceres). Capitán, México, 1548.
Nufrio de Chaves. Capitán, Plata, 1560-1564.
Chirinos. Capitán, México, 1519-1521.

Alonso Dávila, de Ciudad Real. Capitán, México, 1519.
Gil Delgadillo, de Jerez de Badajoz. Escudero, Santo Domingo, 1498.
Juan Delgadillo, de Escalona (Toledo). Capitán, Perú, 1562.
Agustín Delgado, de Canarias. Capitán, Marañón, 1530.
Alonso Delgado, de Castilla la Vieja. Escopetero, México, 1519-1520.
Martín Delgado, de Sanlúcar la Mayor (Sevilla). Escopetero, México, 1512-1515.
Antonio Díaz Cardoso, de Portugal. Capitán, N. R. de Granada, 1529-1538.
Bernal Díaz del Castillo, de Medina del Campo (Valladolid). Capitán, México, 1492-1568.
Cristóbal Díaz, de Colmenar de Arenas (Ávila). Ballestero, 1519-1520.
Gonzalo Díaz de Pineda, de Coto de Ureña (Asturias). Capitán, Perú, 1533-1542.
Gonzalo Díaz de Vargas, de Huelva. Escudero, México, 1523-1538.
Juan Díaz de Solís, de Huévar (Sevilla). Capitán, Plata, 1477-1516.
Melchor Díaz. Capitán, Cíbola, 1540.
Miguel Díaz de Auz, de Huesca. Capitán, México, 1511-1520.
Pero Díaz del Valle, de Tarifa (Cádiz). Lugarteniente, Plata, 1538-1558.
Gaspar Díez, de Castilla la Vieja. Soldado, México, 1519-1521.
Bartolomé Docón, de Zarza de Alanje (Badajoz). Capitán, Tierra Firme, 1522.
Gonzalo Domínguez. Soldado, México, 1519.
Jerónimo Domínguez. Soldado, México, 1519.
Andrés Dorantes de Carranza, de Béjar del Castañar (Salamanca). Capitán, Florida, 1527-1536.
Pedro de Dosto, de Écija (Sevilla). Atambor, Plata, 1535.
Andrés de Duero, de Tudela de Duero (Valladolid). Capitán, México, 1519.
Diego Durán, de Las Garrovillas (Cáceres). Escudero, 1510-1511.

Pedro Durán, extremeño. Soldado, Cozumel, 1517-1543.

Bartolomé de Écija, de Granada. Artillero, Nueva Galicia, 1535-1547.
Pedro de Encinasola, de Encinasola (Huelva). Capitán, Veragua, 1514-1536.
Enríquez, de Palencia. Soldado, México, 1519.
Don Juan Enríquez de Guzmán, de Sevilla. Capitán, Chiapas (México), 1526.
Rodrigo Enríquez de Colmenares. Lugarteniente, Tierra Firme, 1509.
Escalante, de Escalante (Santander). Soldado, México, 1519-1521.
Juan Escalante, de Huelva. Capitán, México, 1493-1519.
Juan Escalante, de Escalante (Santander). Capitán, México, 1518-1519.
Francisco Escalona «el mozo», de Escalona (Toledo). Soldado, México, 1519-1520.
Juan Escalona, de Escalona (Toledo). Capitán, México, 1518-1521.
Alonso de Escobal «el paje». Soldado, México, 1519.
Escobar «el bachiller». Soldado, México, 1519-1521.
Andrés de Escobar Minaya, de Ciudad Rodrigo (Salamanca). Soldado, Perú, 1534-1542.
Diego de Escobar, de Sevilla. Escudero, Santo Domingo, 1498.
Juan de Escobar, de Sevilla. Soldado, México, 1519.
Pedro de Escobar, de Alaejos (Valladolid). Alférez, México, 1517-1519.
Antonio Espejo y Guzmán, de Alcocer (Guadalajara). Capitán, Nuevo México, 1535-1583.
Espinosa «de la bendición». Soldado, México, 1519-1521.
Espinosa, de Espinosa de los Monteros (Burgos). Soldado, México, 1519.
Espinosa, vizcaíno. Soldado, México, 1519.
Gonzalo de Espinosa, de Espinosa de los Monteros (Burgos). Soldado, Nueva Galicia, 1535-1541.
Juan de Esquivel, de Sevilla. Capitán, Jamaica, 1509-1511.
Alonso de Estrada, de Ciudad Real. Contino real, México, 1523-1530.

Francisco Fajardo. Capitán, Tierra Firme, 1555-1557.
Luis Farfán. Soldado, México, 1519.
Juan Farfán de Gaona, de Sevilla. Capitán, México, 1521-1547.
Alonso Fernández de Portocarrero, de Medellín (Badajoz). Capitán, México, 1516-1519.
Diego Fernández, de Sanlúcar la Mayor (Sevilla). Capitán, Perú, 1534-1550.
Diego Fernández de la Cuba Maldonado, de Ontiveros (Ávila). Capitán, Perú, 1539-1576.
Francisco Fernández de Córdoba, de Córdoba. Capitán, Nicaragua, 1524.
Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, de Madrid. Capitán, Santo Domingo, 1514-1557.

Juan Fernández de Alderete, de Tordesillas (Valladolid). Alférez real, Perú, 1502-1572.
Juan Fernández de Ijar, de Epila (Zaragoza). Capitán, Nueva Galicia, 1524-1541.
Martín Fernández, de Jerez de la Frontera (Cádiz). Soldado, México, 1531-1547.
Pedro Fernández, de Villoria (Salamanca). Trompeta, Santo Domingo, 1508.
Pedro Fernández, de Ciudad Real. Trompeta, Yucatán, 1527.
Pero Fernández Coronel, de Sevilla. Capitán, Antillas, 1493-1498.
Pero Fernández de Lugo. Adelantado, Santa Marta, 1536-1538.
Bartolomé Ferrelo. Capitán, Alta California, 1542.
Figuero, de Cáceres. Capitán, México, 1526-1527.
Figueroa. Capitán, México, 1519.
Juan Flamenco, de Amberes. Atambor, Santa Marta, 1516-1538.
Juan Flamenco. Soldado, México, 1518-1519.
Cristóbal de Flores, de Salamanca. Alférez, Nueva Galicia, 1518-1531.
Fernando Flores, de Salamanca. Alférez, Nueva Galicia, 1528-1547.
Lázaro Fonte, de Cádiz. Capitán, N.R. de Granada, 1536-1538.
Fuentes, de Sevilla. Alférez, México, 1519.
Pero de Fuentes, de Jerez de la Frontera (Cádiz). Capitán, Perú, 1526-1548.
Juan Fuste. Capitán, México, 1519-1521.

Martín Galeano, de Valencia de Mombuey (Badajoz). Capitán, N. R. de Granada, 1535-1543.
Álvaro Gallego. Soldado, México, 1519-1521.
Fernando Gallego. Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Francisco Gallego, de Ciudad Rodrigo (Salamanca). Capitán general, Santa Marta, 1526-1547.
Francisco Gallego, de Galicia. Sargento, 1534-1554.
Pedro Gallego. Soldado, México, 1519.
Pedro Gallego, de Sevilla. Mariscal, México, 1512-1526.
«Galleguillo». Soldado, México, 1519.
Gamarra, de Gamarra (Álava). Capitán, México, 1519.
Bernardino de Gamarra, de Villanueva de la Seca (Zamora). Ballestero, Guatemala, 1538.
Pedro de Gámez (o Gómez), de Jaén. Capitán, Tierra Firme, 1498-1520.
Gaona, de Medina del Campo (Valladolid). Soldado, México, 1518-1519.
Fernando Garabito, de Jaraicejo (Cáceres). Soldado, México, 1519-1521.
Francisco de Garay, vasco. Adelantado, Jamaica, 1493-1523.
Martín Garcés. Escudero, 1510.
Alonso García «el carretero». Soldado, México, 1519.
Cristóbal García de Merchán, de Sevilla. Ballestero, Santo Domingo, 1498.

Diego García de León, de Villanueva de Barcarrota (Badajoz). Capitán, Florida, 1538.
Diego García de Moguer, de Lepe (Huelva). Capitán general, Plata, 1515-1535.
Francisco García, de Triana (Sevilla). Teniente, Puerto Rico, 1515.
Martín García, de Valencia. Archero, México, 1518-1519.
Pedro García Álvarez Holguín, de Trujillo (Cáceres). Teniente, Perú, 1518-1537.
Ruy García Mosquera, de Bolaños (Ciudad Real). Capitán, Plata, 1538-1564.
Sebastián Garcilaso de la Vega Vargas, de Badajoz. Capitán, Perú, 1500-1559.
Pedro de Garro. Capitán, México, 1519.
Íñigo de Gascuña. Capitán, Venezuela, 1530.
Pedro Gaytán, de Salamanca. Maestre de campo, Yucatán, 1527.
Francisco Gil. Capitán, Yucatán, 1535.
Juan Gil de Montenegro, de Uceda (Guadalajara). Escudero, Tierra Firme, 1514-1522.
Diego de Godoy. Teniente, Natividad (Sonora), 1519.
Francisco de Godoy, de Cáceres. Capitán, 1528-1551.
Francisco de Godoy, de Vélez-Málaga (Málaga). Capitán, Perú, 1537.
Lorenzo de Godoy, de Cáceres. Capitán, Yucatán, 1535-1539.
Gómez de Solís. Capitán, Perú, 1550.
Andrés Gómez, de Ronda (Málaga). Ballestero, México, 1519.
Andrés Gómez, de Sanlúcar la Mayor (Sevilla). Ballestero, México, 1519.
Juan Gómez, de Alba de Tormes (Salamanca). Trompeta, Plata, 1535.
Juan Gómez de Almagro, de Almagro (Ciudad Real). Capitán, Chile, 1518-1569.
Pero Gómez, de don Benito (Badajoz). Maestre de campo, Chile, 1540.
Rodrigo Gómez, de Gibraltar (Cádiz). Almirante, Paraguay, 1535-1579.
Diego González Baitos, de Morón (Sevilla). Ballestero, Plata, 1535-1581.
Gil González de Ávila, de Ávila. Contino real, capitán, Tierra Firme, 1509.
Juan González. Capitán, Orinoco, 1531.
Juan González de Silva, de Canarias. Capitán, Marañón, 1530.
Pedro González Sabiote. Capitán, México, 1519.
Pero González, de Madrigal (Ávila). Capitán, Yucatán, 1527.
Ruy González, de Villanueva del Fresno (Badajoz). Soldado, México, 1519-1547.
Alonso de Grado, de Alcántara (Cáceres). Soldado, México, 1514-1521.
Granado. Soldado, México, 1519-1521.
Hernando Grijalba, de Cuéllar (Segovia). Capitán, Pacífico, 1533.
Juan de Grijalba, de Segovia. Capitán, México, 1511-1523.
Juan de Guadalupe. Atambor, Plata, 1535.
Guélamo. Soldado, México, 1519-1521.
Guerrero, de Toledo. Soldado, México, 1519.

Santiago de Guevara, de Guetaria (Guipúzcoa). Capitán, Maluco, 1526.
Vasco de Guevara y Zabanas, de Toledo. Capitán, Perú, 1539-1593.
Diego de Gumiel, de Gumiel (Burgos). Capitán, Perú, 1544.
Alonso Gutiérrez, de Villanueva de la Serena (Badajoz). Alférez, México, 1523-1547.
Diego Gutiérrez de Madrid, de Madrid. Capitán, Costa Rica, 1540-1545.
Don Felipe Gutiérrez, de Madrid. Capitán, 1535-1544.
Juan Gutiérrez de Aguilón, de Aguilón (Zaragoza). Capitán, Venezuela, 1526-1537.
Sancho Gutiérrez, de Villanueva de la Serena (Badajoz). Alférez, México, 1523-1547.
Alonso de Guzmán Valderrábano, de Ocaña (Toledo). Capitán, Santa Marta, 1535.
Diego de Guzmán, de Guadalajara. Capitán, Nueva Galicia, 1533.
Fernando de Guzmán, de Sevilla. Alférez, Marañón, 1560.
Gonzalo de Guzmán, de Portillo (Valladolid). Teniente, Cuba, 1513-1539.
Juan de Guzmán, de Talavera de la Reina (Toledo). Capitán, Florida, 1538-1541.
Luis de Guzmán. Capitán de artillería, México, 1519-1521.
Don Martín de Guzmán, de Sevilla. Capitán, Perú, 1537-1558.
Nuño de Guzmán, de Guadalajara. Capitán, Nueva Galicia, 1526-1539.
Don Pedro de Guzmán, de Guadalajara. Alférez, Nueva Galicia, 1518-1531.
Pedro de Guzmán, de Zamora. Ballestero, México, 1519.

Diego Halcón, de Cazalla (Sevilla). Capitán, Guatemala, 1514-1526.
Rodrigo Henríquez de Colmenares, de Colmenares (Palencia). Capitán, Tierra Firme, 1513.
Heredia «el viejo», de Vizcaya. Soldado, México, 1519.
Don Álvaro de Heredia, de Madrid. Teniente General, N. R. de Granada, 1532-1542.
Nicolás de Heredia. Capitán, Perú, 1544.
Don Pedro (Fernández) de Heredia, de Madrid. Aldelantado, Cartagena de Indias, 1527-1554.
Alonso Hernández. Ballestero, México, 1519.
Diego Hernández, de Galicia. Ballestero, Nicaragua, 1534.
Diego Hernández, de Saelices de los Gallegos. Soldado, México, 1519-1521.
Francisco Hernández. Capitán, Nicaragua, 1522.
Francisco Hernández de Córdoba, de Córdoba. Capitán, La Florida, 1511-1518.
Francisco Hernández de Córdoba, de Granada. Capitán, Costa Rica, 1524-1526.
Gonzalo Hernández de Alanís, de Sevilla. Soldado, México, 1518-1519.
Pedro Hernández, de Ciudad Real. Trompeta, 1510-1527.

Juan de Herrada. Capitán, Honduras, 1520.
Alonso de Herrera, de Jerez de la Frontera (Cádiz). Capitán, Marañón, 1518-1535.
Alonso de Herrera, de Sevilla. Teniente general, Marañón, 1530-1537.
Alonso de Herrera, de Ventas de Peña Aguilera (Toledo). Maestre de campo, Venezuela, 1519-1532.
Don Francisco de Herrera, de Carrión de los Condes (Palencia). Capitán, Perú, 1534-1544.
Gonzalo Herrera de Zalamea, de Zalamea de la Reina (Badajoz). Alférez, Amazonas, 1537-1538.
Juan de Herrera, de Peñafiel (Valladolid). Escudero, 1510.
Pedro de la Hinojosa, de Trujillo (Cáceres). General, Perú, 1534-1547.
Francisco de Hoces. Capitán, Pacífico, 1524.
García Holguín. Capitán, México, 1519-1521.
Francisco de Hoyos, de Campo (Huesca). Soldado real, México, 1523-1547.
Gonzalo Hurones, de Las Garrovillas (Cáceres). Soldado, México, 1513.
Hurtado. Soldado, México, 1519-1521.
Benito Hurtado, de Fregenal de la Sierra (Badajoz). Capitán, México, 1514-1519.
Diego Hurtado de Mendoza, de Medellín (Badajoz). Capitán, mar del Sur, 1524-1533.

Don Diego de Ibarra, de Eibar (Guipúzcoa). Capitán, Nueva Vizcaya, 1502-1600.
Francisco de Ibarra, de Guipúzcoa. Capitán, Nueva Vizcaya, 1539-1562.
Juan de Illanes. Capitán, Perú, 1552.
Juan de Illanes, de Montehermoso (Cáceres). Capitán, Perú, 1571.
Iván de Iniesta. Ballestero, México, 1519-1521.
Bernardino Íñiguez, de Santo Domingo de la Calzada (Logroño). Soldado, Yucatán, 1517-1523.
Martín Íñiguez de Carquizano, de Elgóibar (Guipúzcoa). Capitán, Maluco, 1525-1527.
Pedro de Ircio, de Briones (Logroño). Capitán, México, 1518-1519.
Juan de la Isla, de Sevilla. Capitán, Filipinas, 1571.
Rodrigo de Isla Montañés, de Santander. Teniente, Estrecho de Magallanes, 1535.
Sebastián Italiano, de Italia. Atambor, Plata, 1535.

Simón Jaques de Ramúa, de Flandes. Capitán, Plata, 1510-1580.
Rodrigo de Jara «el corcovado». Soldado, México, 1519.

Juan Jaramillo, de Villanueva de Barcarrota (Badajoz). Capitán, México, 1518-1538.
Rodrigo de Jerez, de Villoria (Salamanca). Capitán, México, 1536-1547.
Andrés Jiménez de Mendoza, de Cazalla de la Sierra (Sevilla). Infante, Perú, 1530-1542.
Cristóbal Jiménez de Pineda, de Jerez de la Frontera. Capitán, Tierra Firme, 1535.
Francisco Jiménez, de Horguijuela (Badajoz). Escopetero, México, 1519-1524.
Gonzalo Jiménez de Quesada, de Córdoba. Teniente general, Mariscal, N. R. de Granada, 1535-1579.
Don Diego Jofré de Loaisa, de Medina de Rioseco (Valladolid). Capitán, Chile, 1538-1590.
Fray García Jofré de Loaysa, de Ciudad Real. Capitán, Pacífico, 1525-1526.
Juan Jofré de Loaisa, de Medina de Rioseco (Valladolid). Alférez real, Chile, 1538-1578.
Maestre Juan, de Escalona (Toledo). Artillero, 1528.
Nicolás Juan, de Hamburgo. Artillero, Puerto Rico, 1569.
Juan del Junco, de Asturias, Capitán, N. R. de Granada, 1527-1541.
Ambrosio Justiniano de Santa Cruz, de Génova. Capitán, Chile, 1525-1572.

Juan Ladrillero, de Cartago (Huelva). Teniente, México, 1504-1540.
Lagos. Soldado, México, 1519.
Juan de Lara. Soldado, México, 1519.
Diego de Laredo, de Laredo (Santander). Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Lares. Ballestero, México, 1519.
Lares. Soldado de a caballo, México, 1519.
Don Juan de Larreinaga Salazar, de Bilbao. Capitán, Perú, 1510-1598.
Pedro Laso, de Toledo. Capitán, Filipinas, 1527-1529.
Felipe Lejón, de Flandes. Atambor, Plata, 1535.
Lencero. Soldado, México, 1519-1521.
Gómez de León, de Valladolid. Capitán, Perú, 1528-1547.
Juan León. Soldado, México, 1519-1521.
Pedro de León, de El Viso (Sevilla). Capitán, Chile, 1535-1567.
Sebastián de León, de Flandes. Capitán, Perú, 1535-1577.
Lerma. Soldado, México, 1519.
García de Lerma, de Burgos. Contino real, Santa Marta, 1510-1531.
Hernando de Lerma, de Huelgas (Burgos). Capitán, México, 1518-1519.
Juan de Lerma, de Burgos. Capitán de Caballería, Santa Marta, 1528.
Pero de Lerma, de Burgos. Capitán, Santa Marta, 1528-1531.
Antón de Lescamez. Capellán castrense, río Magadalena, 1536.
Juan de Leyva, de Ronda (Málaga). Alférez, Plata, 1534-1564.

Fernando Lezama, de Lezama (Vizcaya). Capitán, México, 1518-1519.
Francisco de Lezama, de Bilbao. Capitán, Nombre de Dios, 1534.
Lezcano. Soldado, México, 1519.
Joan de Limpias Carvajal, de Sevilla. Capitán, México, 1513-1519.
Pedro de Limpias, de Limpias (Santander). Capitán, Jamaica, 1530-1539.
Pedro de Limpias, de Limpias (Santander). Maestre de campo, Veracruz, 1535-1541.
Lintorno, de Guadalajara. Soldado, México, 1519-1521.
Antonio López de Aguiar, de Canarias. Capitán, Plata, 1538-1541.
Bartolomé López de Sanlúcar, de Sanlúcar la Mayor (Sevilla). Archero, México, 1512.
Diego López, de Sevilla. Escudero, 1509-1510.
Diego López de Cárdenas, de Sevilla. Caballero veinticuatro, capitán, México, 1538-1540.
Diego López de Haro, de Ocaña (Toledo). Capitán, Santa Marta, 1493-1535.
Diego López de Salcedo, de Alcántara (Cáceres). Alcaide, 1502.
Diego López de Villanueva. Soldado, México, 1519-1521.
Gaspar López, de Alba de Tormes (Salamanca). Sargento mayor de infantería, Plata, 1535.
Juan López, de Zaragoza. Ballestero, México, 1518-1519.
Martín López, de Sevilla. Soldado, México, 1491-1521.
Miguel López de Legazpi, de Zumárraga (Guipúzcoa). Capitán general, Filipinas, 1528-1572.
Pedro López. Ballestero, México, 1519-1521.
Ruy López de Villalobos, de Málaga. Capitán general, Filipinas, 1536-1546.
Sancho López de Agurto, de Bilbao (Vizcaya). Capitán, México, 1525-1554.
Andrés Lorenzo, de Villafranca del Panadés (Barcelona). Soldado, México, 1523-1547.
Diego de Losada Gallego, de Rionegro (Galicia). Capitán y maestre de campo, Venezuela, 1535-1567.
Lucas, genovés. Soldado, México, 1518-1519.
Francisco de Lugo, de Lugo. Capitán, México, 1518-1520.
Pedro de Lugones, de Ciudad Rodrigo (Salamanca). Capitán, Yucatán, 1528.
Alonso Luis «el niño». Soldado, México, 1519.
Antonio de Luján, de Madrid. Capitán, Perú, 1528-1554.
Don Tristán Luna y Arellano, de Borovia (Soria). Teniente, Florida, 1537-1559.

Diego Machuca de Zuazo. Capitán, Nicaragua, 1535.
Madrid «el corcovado». Soldado, México, 1519.
Diego de Madrid Avendaño, de Toledo. Sargento mayor, Tierra Firme, 1535-1547.

Madrigal. Soldado, México, 1519.
Magallanes, portugués. Soldado, México, 1520-1521.
Fernando de Magallanes, portugués. Capitán general, Filipinas, 1470-1521.
Maldonado. Capitán, Cíbola, 1539.
Maldonado «el ancho», de Salamanca. Capitán, México, 1518-1519.
Alonso Maldonado, de Salamanca. Adelantado, México, 1564.
Don Baltasar Maldonado, de Salamanca. Capitán, N. R. de Granada, 1536-1547.
Diego Maldonado. Alférez mayor, Chile, 1535.
Diego Maldonado. Capitán, Chile, 1528-1550.
Diego Maldonado, de Salamanca. Capitán de infantería, Florida, 1541.
Gonzalo de Maldonado, de Salamanca. Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Álvaro de Malvenda, de Burgos. Soldado, México, 1524.
Don Álvaro Manrique, de Valladolid. Capitán, Yucatán, 1535-1536.
Jorge Manrique de Nájera. Capitán, Pacífico, 1524.
Andrés Manso. Capitán, Perú, 1558.
Juan de Manzanilla, de Manzanilla (Huelva). Soldado, México, 1519-1520.
Pedro de Manzanilla. Soldado, México, 1519.
Álvaro Manzano, de Beas (Huelva). Soldado, México, 1526-1547.
Juan de Marchena, de Marchena (Sevilla). Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Mosén Pedro Margarite, catalán. Alcaide, Santo Domingo, 1493.
Luis Marín, de Sanlúcar de Barrameda (Cádiz). Capitán, Honduras, 1519-1526.
Francisco Marmolejo, de Sevilla. Capitán, México, 1507-1519.
Alfonso Martín de Don Benito, de Don Benito (Badajoz). Capitán, Perú, 1481-1535.
Alonso Martín Asturiano, de Ribadecillas (Asturias). Artillero, México, 1519-1520.
Alonso Martín, de Casillas de Coria (Cáceres). Ballestero, Tierra Firme, 1538.
Alonso Martín, de Ribera de Sevilla (Sevilla). Artillero, Guatemala, 1510-1524.
Diego Martín, de Ayamonte (Huelva). Soldado, México, 1518-1520.
Diego Martín, de Palos (Huelva). Ballestero, Santo Domingo, 1524.
Diego Martín, de Úbeda (Jaén). Ballestero, México, 1518-1519.
Francisco Martín, de Sevilla. Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Francisco Martín «el vendaval», vasco. Soldado, México, 1518-1519.
Juan Martín, de Jerez de Badajoz. Ballestero, Tierra Firme, 1538.
Rodrigo Martín. Capitán de artillería, México, 1519.
Rodrigo Martín, de Cuéllar (Segovia). Artillero mayor, Estrecho de Magallanes, 1534-1535.
Martínez, de Valencia. Soldado, México, 1519.
Alonso Martínez, de Huelva. Capitán, Santa Marta, 1530.
Bartolomé Martínez de Ribera, de Utrera (Sevilla). Capitán, Chile, 1535-1540.

Diego de Martínez, de Valladolid. Capitán, Venezuela, 1534-1537.
Domingo Martínez de Irala, de Vergara (Guipúzcoa). Maestre de campo, Paraguay, 1509-1556.
Juan Martínez de Aguilera, de Sevilla. Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Lucas Martínez Vegasso, de Trujillo (Cáceres). Capitán general, Perú, 1530-1567.
Francisco de Matute, de Burgos. Capitán, México, 1535.
Diego de Mazariegos, de Ciudad Real. Capitán, Honduras, 1518-1524.
Pero de Mazuelo, de Burgos. Contino de Su Alteza, Jamaica, 1514.
Bernardino de Medina, de Medina del Campo (Valladolid). De la guarda a caballo de S. M., Perú, 1534.
Francisco de Medina, de Aracena (Huelva). Capitán, México, 1518-1519.
Francisco Medina, de Medina del Campo (Valladolid). Soldado, México, 1519.
Galaz de Medrano, de Santa Cruz de Campezo (Álava). Capitán, Plata, 1536.
Pero de Medrano, de Granada. Capitán, Plata, 1535.
Francisco Mejía, de Sevilla. Artillero mayor, 1511.
Jerónimo Mejía «rapalpelo». Soldado, México, 1519.
Álvaro de Mendaña, de Galicia. Adelantado, islas Salomón, 1567.
Juan de Menderichaga, vasco. Capitán, general, Santo Domingo, 1553.
Diego Méndez Cabrera, de Córdoba. Capitán, Santa Marta, 1521.
Diego Méndez, de Oropesa (Toledo). Capitán, Perú, 1527-1544.
Diego Méndez de Hinestrosa, de Hinestrosa (Burgos). Teniente, Honduras, 1524.
Juan Méndez de Sotomayor, de Écija (Sevilla). Ballestero, México, 1519-1520.
Alonso de Mendoza, de Cáceres. Capitán, Perú, 1534-1547.
Alonso de Mendoza, de Don Benito (Badajoz). Capitán, Perú, 1530-1541.
Álvaro de Mendoza, de Don Benito (Badajoz). Capitán, Cartagena, 1534-1570.
Álvaro de Mendoza, de Toledo. Capitán, Perú, 1534-1547.
Álvaro de Mendoza, de Villanueva de la Seca (Toledo). Capitán, Tierra Firme, 1535.
Álvaro de Mendoza, de Zamora. Capitán, Tierra Firme, 1535.
Antonio de Mendoza, de Salamanca. Capitán, Plata, 1535-1538.
Don Diego de Mendoza, de Guadix (Granada). Almirante, Plata, 1535-1536.
Don Pedro de Mendoza, de Guadix (Granada). Adelantado, Plata, 1487-1537.
Alonso de Mercadillo, de Granada. Capitán, Perú, 1535-1546.
Alonso de Mesa, de Toledo. Capitán, Perú, 1529-1572.
Francisco de Mesa, de Santander. Artillero mayor, México, 1518.
Pedro de Mesa. Capitán, Chile, 1559.
Juan de Miranda. Atambor, Plata, 1535.
Pedro de Miranda. Capitán, Chile, 1535-1558.

Francisco de Miraval, de Jerez de la Frontera (Cádiz). Capitán, México, 1530-1547.
Juan de Mogollón, de Cáceres. Escudero, Florida, 1535-1543.
Antonio de Molina, de San Miguel de Arcadebuey (Huelva). Escopetero y ballestero, México 1520.
Andrés de Monjaraz, de Durango (Vizcaya). Capitán, México, 1518-1534.
Alonso de Monroy, de Monroy (Cáceres). Soldado, México, 1519.
Alonso de Monroy, de Salamanca. Capitán, Chile, 1537-1546.
Monserrate, catalán. Capitán, Venezuela, 1531.
Montalvo, de Guadalajara. Capitán, Santa Marta, 1524.
Juan de Montalvo, de Toledo. Teniente, N. R. de Granada, 1536-1538.
Lope de Montalvo, de Medina del Campo (Valladolid). Capitán, Venezuela, 1535.
Francisco Montaño, de Ciudad Rodrigo (Salamanca). Alférez, México, 1520.
Don Francisco de Montejo, de Salamanca. Adelantado, Yucatán, 1473-1539.
Francisco de Montejo «el mozo», de Sevilla. Capitán, Yucatán, 1523-1574.
Alonso de Montemayor, de Fernán Núñez (Córdoba). Alférez, N. R. de Granada, 1538-1539.
Juan de Montemayor, de Cristóbal de la Sierra (Salamanca). Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Don Fernando de Montenegro, de Villanueva de Alcorcón (Guadalajara), Capitán, 1534-1542.
Montesino, de Lebrija (Sevilla). Capitán, 1525.
Baltasar de Monzón, de Granada. Trompeta, México, 1535.
Álvaro de Mora, de Ciudad Rodrigo (Salamanca). Soldado, México, 1519.
Diego Mora, de Ciudad Real. Teniente, Perú, 1532-1556.
Morales. Soldado, México, 1519-1521.
Antonio de Morales, de Cádiz. Capitán, Tierra Firme, 1495-1500.
Gaspar de Morales, de Mojados (Segovia). Capitán, Tierra Firme, 1514-1515.
Juan de Morales, de Toledo. Alférez, Plata, 1535-1539.
Cristóbal de Morante, de Medina del Campo (Valladolid). Capitán, México, 1520.
Rodrigo Morejón de Lobera, de Medina del Campo (Valladolid). Capitán, México, 1525.
Pedro Moreno de Medrano, de Lumbreras (Logroño). Artillero, México, 1518-1519.
Diego Morgado, Capitán, N. R. de Granada, 1571.
Morillas, Soldado, México, 1519.
Francisco de Morla, de Morla (León). Capitán, México, 1518-1519.
Morón, de Ginés (Sevilla). Soldado jinete, México, 1519.
Gómez de Morón, de Morón (Sevilla). Ballestero, Santo Domingo, 1498.

Don Luis Moscoso, de Zafra (Badajoz). Capitán general, Florida, 1529-1561.
Diego de Munguía. Capitán, Marañón, 1561.
Juan Muñoz, de Medina del Campo (Valladolid). Capitán, N. R. de Granada, 1529-1532.
Juan Muñoz, de Retortillo (Santander). Capitán, Santo Domingo, 1511-1530.
Miguel Muñoz. Teniente, N. R. de Granada, 1542.
Martín de Murga, vizcaíno. Capitán, Tierra Firme, 1521-1522.

Juan de Najara, de Cañas (Logroño). Ballestero, México, 1517-1519.
Rodrigo de Nao, de Ávila. Soldado, México, 1519.
Francisco de Narbona, de Francia. Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Luis de Narváez. Capitán, Venezuela, 1551.
Pánfilo de Narváez, de Navalmanzano (Segovia). Adelantado, México, 1470-1528.
Alonso Navarrete. Capitán, México, 1516-1519.
Navarro. Soldado, México, 1519-1521.
Ángelo Navarro, de Navarra. Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Chaoz Navarro, de Navarra. Cabo, Estrecho de Magallanes, 1534.
Fernando Navarro, de Logroño. Alcaide, Santo Domingo, 1494.
Francisco Navarro Calvillo, de Aranda de Duero (Burgos). Capitán, Cuba, 1566.
Alonso de las Navas, de Navarra. Capitán, Venezuela, 1538.
Diego de Nicuesa, de Baeza (Jaén). Capitán, Tierra Firme, 1502-1511.
Álvaro Nieto, de Alburquerque (Badajoz). Capitán, Florida, 1538.
Gonzalo Nieto, de Cantalapiedra (Salamanca). Alférez, Yucatán, 1535-1579.
Noguerol, francés. Capitán, Tierra Firme, 1537-1538.
Francisco Noguerol de Ulloa, de Medina del Campo (Valladolid). Capitán, Perú, 1511-1552.
Ginés Nortes. Soldado, México, 1519.
Alvar Núñez Cabeza de Vaca, de Jerez de la Frontera (Cádiz). Capitán, Florida, 1527-1545.
Andrés Núñez, de Ciudad Rodrigo (Salamanca). Escudero, 1510.
Blasco Núñez Vela, de Ávila. General, Perú, 1533-1546.
Francisco Núñez, de Aranda de Duero (Burgos). Ballestero, Venezuela, 1534.
Juan Núñez de Mercado, de Ciudad Rodrigo (Salamanca). Capitán, México, 1519.
Juan Núñez de Prado. Capitán, Perú, 1549-1550.
Don Pedro Núñez de Guzmán, de León. Mariscal, Guatemala, 1523-1539.
Rodrigo Núñez, de Sanlúcar de Barrameda (Cádiz). Capitán, Plata, 1535-1537.
Rodrigo Núñez, de Talavera de la Reina (Toledo). Maestre de campo, Perú, 1534-1535.

Vasco Núñez de Balboa, de Jerez de los Caballeros (Badajoz). Adelantado, mar del Sur, 1500-1519.
Casimires Nuremberg, de Alemania. Capitán, Venezuela, 1528-1532.

Diego de Ocampo, de Trujillo (Cáceres). Capitán, México, 1518-1523.
Santos de Ocampo, de Alcuéscar (Cáceres). Soldado, México, 1539.
Sebastián de Ocampo, de Tuy (Pontevedra). Capitán, Tierra Firme, 1493-1513.
Alonso de Ojeda, de Cuenca. Capitán, Venezuela, 1499-1509.
Alonso de Ojeda «el viejo», de Moguer (Huelva). Soldado, México, 1519-1521.
Antonio de Olalla. Capitán, N. R. de Granada, 1555.
Lope de Olano, vizcaíno. Capitán, Tierra Firme, 1507-1516.
Cristóbal de Olea, de Medina del Campo (Valladolid). Capitán, México, 1519-1521.
Cristóbal de Olid, de Baeza (Jaén). Capitán, México, 1485-1519.
Martín de Oliver, de Vélez-Málaga (Málaga). Soldado, México, 1533-1547.
Don Juan Olmo, de Portillo (Valladolid). Soldado, N. R. de Granada, 1536-1560.
Oñate, Teniente, Nueva Galicia, 1539.
Cristóbal de Oñate, de Vitoria (Álava). Capitán, Nueva Galicia, 1524-1530.
Machín de Oñate, vizcaíno. Capitán, N. R. de Granada, 1535-1550.
Pedro Oñate, de Oñate (Guipúzcoa). Maestre de campo, Perú, 1533-1542.
Martín de Orantes. Capitán, México, 1519.
Álvaro de Ordás, de Castroverde del Campo (Zamora). Capitán, Orinoco, 1527-1535.
Diego de Ordás, de Castroverde del Campo (Zamora). Capitán, Venezuela, 1511-1519.
Francisco de Orellana, de Cáceres. Adelantado, Amazonas, 1511-1546.
Rodrigo Orgóñez, de Oropesa (Toledo). Mariscal, Perú, 1503-1538.
Alonso de Orihuela, de Salamanca. Capitán, Perú, 1535-1550.
Francisco de Orozco, de Sevilla. Capitán de artillería, México, 1518-1520.
Juan de Ortega, de Medina de Pomar (Burgos). Capitán, Plata, 1535-1575.
Ortiz, de Medina de Pomar (Burgos). Cabo, Estrecho de Magallanes, 1534.
Alonso Ortiz de Zúñiga, de Sevilla. Capitán de ballesteros, México, 1514-1520.
Diego Ortiz de Gatica, de Sanlúcar de Barrameda (Cádiz). Caballero veinticuatro, Chile, 1535-1562.
Íñigo Ortiz de Retes, de Retes (Ávila). Alférez mayor, México, 1538-1548.
Juan Ortiz de Zárate, de Orduña (Vizcaya). Adelantado, Plata, 1520-1576.
Pedro Ortiz de Matienzo, de Mena (Burgos). Capitán, Santo Domingo, 1493-1550.
Pedro Ortiz de Matienzo, de Matienzo (Santander). Capitán, Santo Domingo, 1520-1530.

Ortuño de Lango, de Portugalete (Vizcaya). Capitán, México, 1520.
Osorio, de Portillo (Valladolid). Soldado, México, 1518-1519.
Baltasar de Osorio, de Sevilla. Capitán, Yucatán, 1526-1527.
Juan Osorio, de Morón (Sevilla). Maestre de campo, Plata, 1535.
Cristóbal de Otáñez, vizcaíno. Capitán, Nueva Galicia, 1533.
Ovando, de Valladolid. Comendador, Nicaragua, 1460-1518.
Antonio de Oviedo, de Oviedo. Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Cristóbal de Oviedo, de Oviedo. Ballestero, Santo Domingo, 1498.

Gaspar Pacheco, de Toledo. Capitán general, Yucatán, 1539-1544.
Palacios Rubio. Soldado, México, 1519-1521.
Nicolás de Palencia, de Palencia. Capitán, N. R. de Granada, 1534.
Pero de Palma, de Sevilla. Escudero, Antillas, 1496-1497.
Melchor Palmero, de Málaga. Capitán, Plata, 1535-1538.
Juan Alonso Palomino, de Andújar (Jaén). Escudero, Perú, 1514-1546.
Juan de Pantoja, de Badajoz. Capitán de ballesteros, México, 1519-1520.
Pedro Pantoja, de Alconchel (Badajoz). Maestre de campo, Tierra Firme, 1522-1547.
Francisco de Paradinas, de Paradinas (Salamanca). Capitán, México, 1529-1547.
Bartolomé Pardo. Soldado, México, 1519-1521.
Paredes. Soldado, México, 1519-1521.
Francisco de Paredes, de Burgos. Alférez, Plata, 1512-1556.
Juan de la Parra, de Nombela (Toledo). Capitán, Florida, 1568.
Juan Bautista de Pastene, de Génova. Capitán, Chile, 1500-1576.
Fernando de la Peña, de Huelva. Capitán, Santa Marta, 1532.
Francisco de la Peña, de Valdepeñas (Ciudad Real). Capitán, Chile, 1518-1586.
Don Gutierre de Peña Langayo, de Toledo. Mariscal, Venezuela, 1533-1573.
Francisco de Peñalosa, de Segovia. Ballestero, México, 1518-1519.
Francisco de Peñalosa, de Segovia. Capitán, Tierra Firme, 1514.
Francisco Peñalosa, de Sevilla. Capitán, Santo Domingo, 1493-1500.
Alonso Peñate, de Gibraleón (Huelva). Soldado, México, 1519-1521.
Don Diego Peralta Cabeza de Vaca, de Segovia. Capitán, Perú, 1534-1581.
Peranzúrez. Capitán, Plata, 1548.
Alonso Perelmaite. Soldado, México, 1519.
Sancho Perero, de Cáceres. Soldado, Perú, 1534-1541.
Andrés Pérez Asensio, de Serradilla (Cáceres). Capitán, Perú, 1535-1541.
Fernando Pérez de Meneses, de Meneses (Burgos). Capitán, Tierra Firme, 1514-1515.
Don Francisco Pérez de Vargas, de Sevilla. Alférez general, Perú, 1531-1579.
Juan Pérez de Arteaga, de Palencia. Capitán, México, 1502-1534.
Don Juan Pérez de Cabrera, de Cuenca. Capitán, Honduras, 1529-1550.

Juan Pérez de Guevara. Capitán, Perú, 1550.
Juan Pérez Malinche. Soldado, México, 1519-1521.
Baltasar de Picardía, de Francia. Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Juan de Piedrahita, de Toledo. Capitán, Perú, 1544.
Garci Manuel Pimentel, de Gudalajara. Alcaide, México, 1530.
Pineda. Soldado, México, 1519.
Diego de Pinedo, de San Millán de Valpuesta (Santander). Teniente, Nueva Galicia, 1533-1547.
Ginés Pinzón, de Palos (Huelva). Soldado, México, 1547.
Juan Pinzón, de Palos (Huelva). Soldado, México, 1519-1521.
Diego Pizarro, extremeño. Capitán, México, 1518-1519.
Fernando Pizarro, de Trujillo (Cáceres). Soldado, Perú, 1530-1569.
Francisco Pizarro, de Trujillo (Cáceres). Capitán, Perú, 1471-1541.
Gonzalo Pizarro, de Trujillo (Cáceres). Capitán, Perú, 1530-1548.
Gaspar de Polanco, de Ávila. Soldado, Guatemala, 1518-1519.
Fernando Ponce de León, de Santervas del Campo (Valladolid). Capitán, Guatemala, 1511-1539.
Juan Ponce de León. Teniente, Puerto Rico, 1508-1509.
Antonio de Pontevedra, de Pontevedra. Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Juan Porcel de Padilla, de Jerez de la Frontera (Cádiz). Capitán, Perú, 1535-1556.
Portilla. Capitán, México, 1519.
Juan Portillo, castellano viejo. Capitán, México, 1518.
Juan de Portillo, de Portillo (Valladolid). Artillero, 1528.
Sindos de Portillo, de San Román (León). Soldado, México, 1518-1519.
Pedro de Portugal y Navarra, de Granada. General, Perú, 1510-1547.
Hernando de Prada, de Oropesa (Toledo). Capitán, N. R. de Granada, 1569.
Francisco Preciado, de Molino de Aragón (Guadalajara). Soldado, México, 1530-1533.
Diego de Proaño, andaluz. Capitán, Nueva Galicia, 1526-1534.
Diego de Puelles, de Miranda de Ebro (Burgos). Soldado, Cíbola, 1539-1540.
Juan del Puerto. Soldado, México, 1519-1521.
Don Pedro Puertocarrero, de Trujillo (Cáceres). Maestre de campo, Perú 1538-1575.

Quintero. Soldado, México, 1519.
Quintero, de Moguer (Huelva). Soldado, México, 1519-1521.
Antonio de Quiñones, de Zamora. Capitán de la guardia, México, 1518-1522.
Antonio Quiñones, de Villanueva la Seca (Zamora). Capitán, México, 1531.

Francisco Ramírez, de León. Capitán, México, 1502-1523.

Juan Ramón (o Remón), de Extremadura. Maestre de campo general, Chile, 1538-1563.
Rodrigo de Rangel, de Badajoz. México, 1518-1519.
Alonso de Reinoso, de Torrijos (Toledo). Maestre de campo, Chile, 1537-1567.
Pedro Reinoso, de Antillo (Palencia). Capitán general, Venezuela, 1539-1540.
Juan Remón, de Fontiveros (Ávila). Capitán, Perú, 1562.
Francisco Rengifo, de Santaolalla (Toledo). Capitán, Plata, 1530-1559.
Francisco Retamales, de Talavera de la Reina (Toledo). Capitán, Perú, 1528-1546.
Pablo Retamales, de Sevilla. Soldado, México, 1526.
Francisco de Retamoso, de Talavera de la Reina (Toledo). Capitán, Perú, 1537-1547.
Gaspar de los Reyes, Alférez, México, 1586.
Ribadeo, gallego. Soldado, México, 1519.
Ochoa de Ribas, vasco. Capitán, Perú, 1535.
Francisco Ribera, de Ciudad Real. Capitán, Chaco (NRG), 1526.
Hernando de Ribera. Capitán, Plata, 1543.
Juan de Ribera, de Ribera (Badajoz). Contino real, capitán de armada, 1519-1528.
Francisco de Riberos, de Torrejón de Velasco (Madrid). Soldado, Chile, 1534-1585.
Juan Rico de Alanís, de Sevilla. Soldado, México, 1518.
Diego del Rincón, de Medina del Campo (Valladolid). Alférez, Estrecho de Magallanes, 1534.
Pedro de los Ríos, de Córdoba. Caballero veinticuatro, Nicaragua, 1525-1544.
Don Pedro de los Ríos, de Córdoba. Capitán, Tierra Firme, 1530-1547.
García de Roales, de Roales (Valladolid). Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Isidro de Robles, de Ciudad Rodrigo (Salamanca). Escudero, Tierra Firme, 1514-1541.
Jorge Robledo, de Úbeda (Jaén). Mariscal, N. R. de Granada, 1528-1546.
Luis de la Rocha, de Medellín (Badajoz). Escudero, Tierra Firme, 1514-1522.
Alonso Rodríguez. Soldado, México, 1519.
Alonso Rodríguez de Villaenizar. Capitán, N. R. de Granada, 1571.
Fernando Rodríguez, de Villafranca de la Serena (Badajoz). Soldado, Baja California, 1529.
Fernando Rodríguez de Monroy, de Salamanca. Teniente, Perú, 1538-1543.
Francisco Rodríguez, de Ciudad Rodrigo (Salamanca). Escudero, 1510.
Francisco Rodríguez, de Segura de la Sierra (Jaén). Arcabucero, N. R. de Granada, 1500-1573.
Gracián Rodríguez. Trompeta, Santa Marta, 1528.
Juan Rodríguez Cabrillo. Capitán y almirante, México, 1519-1521.

Juan Rodríguez de Villafuerte, de Salamanca. Capitán, México, 1518-1540.
Pedro Rodríguez de Salamanca, de Salamanca. Capitán, N. R. de Granada, 1534-1557.
Sebastián Rodríguez, de Olvera (Portugal). Ballestero y trompeta, México, 1518-1519.
Tomé Rodríguez, de Orense. Capitán, N. R. de Granada, 1567.
Rojas, de Cuéllar (Segovia). Capitán, México, 1519-1520.
Diego de Rojas, de Burgos. Capitán, Perú, 1526-1543.
Diego de Rojas, de Madrid. Capitán, Chile, 1534-1549.
Diego de Rojas, de Sevilla. Capitán, México, 1513-1520.
Francisco de Rojas, de Peñafiel (Valladolid). Capitán, Plata, 1527.
Gabriel de Rojas, de Cuéllar (Segovia). Capitán, Nicaragua, 1514-1548.
Francisco Roldán Jiménez, de Torre Don Jimeno (Jaén). Escudero, Santo Domingo, 1493-1498.
Alfonso Román, de Arévalo (Ávila). Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Payo Romero. Teniente, Puerto Rico, 1540.
Álvaro Romo Cardeñosa, de Badajoz. Capitán, Florida, 1538-1543.
Juan Ruano, de Salamanca. Soldado, México, 1513-1519.
Alonso Ruiz, de Córdoba. Capitán, Perú, 1548.
Alonso Ruiz, de Tordesillas (Valladolid). Maestre de campo, Tierra Firme, 1514.
Francisco Ruiz Galán, de Guadix (Granada). Capitán, Plata, 1535-1542.
Jerónimo Ruiz de la Mota, de Burgos. Capitán, México, 1521-1547.
Juan Ruiz, de Lepe (Huelva). Artillero, México, 1519-1520.
Juan Ruiz, de Sevilla. Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Juan Ruiz de Orejuela, de Córdoba. Capitán, Venezuela, 1543-1561.
Lázaro Ruiz Cerrajero, de Córdoba. Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Marcos Ruiz de Rojas, de Madrid. Capitán, Cíbola, 1539.
Martín Ruiz de Marchena, de Marchena (Sevilla). Capitán, Perú, 1529-1568.

Álvaro de Saavedra, de Baeza (Jaén). Capitán, Maluco, 1522-1527.
Juan de Saavedra, de Sevilla. Capitán, Perú, 1534-1551.
Juan de Saavedra, de Valparaíso (Cuenca). Capitán, Chile, 1534-1535.
Santos de Saavedra, de Cáceres. Capitán, Santa Marta, 1528-1535.
Sebastián de Saavedra, de Sevilla. Capitán, Honduras, 1512-1526.
Blas de Salamanca, de Jerez de la Frontera (Cádiz). Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Juan de Salamanca, de Ontiveros (Ávila). Soldado, México, 1519.
Pedro de Salamanca, de Salamanca. Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Diego de Salazar. Capitán, Puerto Rico, 1511.
Gabriel de Salazar, de Huélamo (Cuenca). Alférez general, Chile, 1515-1540.
Don Gonzalo de Salazar, de Granada. Contino de la reina, México, 1500-1547.

Juan Salazar de Espinosa, de Espinosa de los Monteros (Burgos). Capitán, Paraguay, 1508-1570.
Francisco de Salcedo, de Salcedo (Santander). México, 1518-1521.
Saldaña. Soldado, México, 1519.
Lorenzo Salduendo. Capitán, Marañón, 1561.
Antonio de Saldaña, de Benavente (Zamora). Capitán, N. R. de Granada, 1517-1540.
Asensio de Salinas, de Salinas de Añana (Álava). Capitán, N. R. de Granada, 1555.
Fernando de Salinas, de Salinas de Añana (Álava). Capitán, N. R. de Granada, 1535-1550.
Juan de Salinas Loyola, vasco. Capitán, Quito, 1526-1556.
Lázaro Salvago, de Génova. Capitán, Plata, 1535.
Salvatierra «el bravoso». Capitán, México, 1519.
Lope de Samaniego, de Segovia. Capitán, Nueva Galicia, 1523-1537.
José de Sámano, de Santa Gadea (Burgos). Soldado, Nueva Galicia, 1522-1538.
Bartolomé de Samper, de Fuentes (Zaragoza). Contino real, Santo Domingo, 1508.
San Juan «el entonado». Soldado, México, 1519.
San Juan de Uchila, gallego. Soldado, México, 1519-1521.
Martín de San Juan, de Irura (Guipúzcoa). Alabardero, maestre de navío, cabo, México, 1523.
Juan de San Martín, de Carrión de los Condes (Palencia). Capitán, N. R. de Granada, 1505-1539.
Antón de San Miguel, de Ledesma (Salamanca). Capitán, Santo Domingo, 1513-1543.
Fernando de San Miguel, de Ledesma (Salamanca). Capitán, Santo Domingo, 1493-1530.
Juan de San Pedro. Trompeta, Santa Marta, 1528.
Alonso Sánchez de Caravajal, de Baeza (Jaén). Capitán, Santo Domingo, 1493-1502.
Alonso Sánchez Montañés, de Ciudad Real. Soldado, Cíbola, 1522-1547.
Cristobal Sánchez de la Cida, de Jerez de la Frontera (Cádiz). Escudero, Santo Domingo, 1498.
Diego Sánchez, Paterna del Campo (Huelva). Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Diego Sánchez Paniagua, de Alia (Cáceres). Ballestero, N. R. de Granada, 1538.
Fernando Sánchez de Badajoz, de Badajoz. Capitán, Nicaragua, 1490-1542.
Francisco Sánchez, de Cazalla (Sevilla). Tambor, México, 1513-1520.
Gaspar Sánchez, de Salamanca. Soldado, México, 1519.
Gonzalo Sánchez, de Algarve (Portugal), Soldado, México, 1518.
Gonzalo Sánchez de Badajoz. Adelantado y mariscal, Costa Rica, 1539.

Luis Sánchez. Capitán, México, 1519-1521.
Mateo Sánchez de Béjar, de Béjar (Salamanca). Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Pedro Sánchez, de Sevilla. Capitán, México, 1519.
Pedro Sánchez Farfán, de Sevilla. Soldado, México, 1525-1527.
Diego de Sandoval, de Santa Olalla (Toledo). Capitán, Perú, 1569.
Gonzalo de Sandoval, de Badajoz. Capitán, México, 1518-1519.
Santa Cruz, de Burgos. Soldado, México, 1519.
Gregorio de Santiago, de Huelva. Soldado, México, 1518.
Juan de Santiago, de Guadalajara. Trompeta, Plata, 1535-1549.
Pedro Santisteban, de Santisteban (La Coruña). Ballestero, México, 1518-1519.
Pedro de Santolalla, de Santa Olalla (Toledo). Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Francisco de Saucedo, de Medina de Rioseco (Valladolid). Capitán, México, 1519.
Sayavedra. Capitán, capitán general, México, 1519.
Bartolomé Calias Sayler, alemán. Teniente general, Venezuela, 1521-1534.
Juan Sedeño, de Arévalo (Ávila). Soldado, México, 1519-1521.
Juan de Segovia, de Segovia. Trompeta, Perú, 1531.
Rodrigo de Segura, de Sevilla. Soldado, México, 1519.
Serrano. Soldado, ballestero, México, 1519.
Juan Siciliano, de Sicilia. Soldado, México, 1519.
Solís. Soldado, México, 1519.
Solís «casquete». Soldado, México, 1519.
Solís «el de la huerta». Capitán, Jamaica, 1519.
Francisco de Solís, de Martín de Valdepusa (Santander). Capitán, México, 1518-1519.
Don Jerónimo Solís Bote, de Almoharín (Cáceres). Capitán, Nicaragua, 1535.
Pedro de Solís «tras la puerta». Soldado, México, 1519-1521.
Sotelo, de Sevilla. Soldado, México, 1519-1521.
Antonio Sotelo, de Betanzos (La Coruña). Maestre de campo. Nueva Vizcaya, 1565.
Gaspar de Sotelo, de Medina del Campo (Valladolid). Capitán, Estrecho de Magallanes, 1534-1535.
Diego de Soto, de Toro (Zamora). Capitán, México, 1525.
Francisco de Soto, de Olmedo (Valladolid). Contino de S. A., Tierra Firme, 1514.
Hernando de Soto, de Villanueva de la Serena (Badajoz). Adelantado, Florida, 1496-1538.
Álvaro Suárez de Carvajal, de Badajoz. Sargento, Plata, 1535-1539.
Antón Suárez, de Jerez de la Frontera (Cádiz). Ballestero, Santo Domingo, 1498.

Benito Suárez de Carvajal, de Talavera de la Reina (Toledo). Capitán, Perú, 1534-1549.
Gonzalo Suárez Rendón, de Málaga. Capitán de infantería, N. R. de Granada, 1536-1542.
Jerónimo Suárez, de Málaga. Capitán, Santa Marta, 1536.
Lorenzo Suárez de Figueroa. Capitán, Perú, 1573.
Melchor Suero de Nava, de Toro (Zamora). Teniente, N. R. de Granada, 1533-1540.
Miguel Symión, de Borgoña. Pífano, Plata, 1535.

Taborda. Soldado. México, 1519.
Juan Tafur, de Córdoba. Capitán, N. R. de Granada, 1525-1538.
Alonso de Talavera, de Talavera de la Reina (Toledo). Soldado, México, 1519.
Andrés Tapia. Capitán, México, 1535.
Isidro de Tapia, de Madrid. Capitán, N. R. de Granada, 1535-1546.
Tarifa. Soldado, México, 1529-1521.
Tarifa, de Sevilla. Soldado, México, 1519.
Adolfo Tarosca, de Güeldres. Artillero, Puerto Rico, 1569.
Juan de Tariva, de Ocaña (Toledo). Capitán, Tierra Firme, 1514-1517.
Antonio Téllez de Guzmán, de Toledo. Capitán, Tierra Firme, 1514-1535.
Juan Tello, de Sevilla. Capitán, Perú, 1519-1542.
Don Juan Tello de Sotomayor, de Sevilla. Capitán, Perú, 1534-1554.
Francisco de Terrazas, de Fregenal de la Sierra (Badajoz). Capitán, México, 1518.
Tobilla. Soldado, México, 1519.
Lope de Toledo, de Sevilla. Alférez real, Chile, 1517-1556.
Antonio Tomás de Santucho, de Portugal. Capitán, Plata, 1520-1573.
Gómez Tordoya de Vargas, de Villanueva de Barcarrota (Badajoz). Capitán y maestre de campo, Perú, 1534-1542.
Alonso de Toro, de Trujillo (Cáceres). Maestre de campo, Perú, 1530-1546.
Fernando de la Torre, de Burgos. Capitán general, Maluco, 1536.
Juan Torre Villegas, de Madrid. Capitán, Perú, 1526-1548.
Juan de la Torre, de Villagarcía (Badajoz). Soldado, Perú, 1500-1580.
Diego de Torres, de Guadalajara. Alférez, Costa Rica, 1516-1540.
Juan Torres de Córdoba, de Córdoba. Soldado, México, 1518-1519.
Diego de Tovalina, de Orduña (Vizcaya). Caporal, Plata, 1513-1571.
Don Pedro de Tovar, de Villamartín (León). Alférez mayor, Cíbola, 1529-1542.
Juan de Trebejo, de Fuenteaguinaldo (Salamanca). Soldado, México, 1525.
Trujillo. Soldado, México, 1519.
Trujillo, de Huelva o Moguer. Soldado, México, 1519.
Trujillo, de León. Soldado, México, 1519.

Trujillo, de Trujillo (Cáceres). Soldado, México, 1519.
Diego de Trujillo, de Trujillo (Cáceres). Soldado, Perú, 1505-1575.
Melchor de Trujillo, de Sevilla. Ballestero, México, 1521-1554.

Antonio de Ulloa, de Cáceres. Capitán, Perú, 1518-1552.
Francisco de Ulloa, de Mérida (Badajoz). Capitán, California, 1528-1540.
Gonzalo de Umbría, de Umbría (Huelva). Soldado, México, 1519.
Diego de Urbina, de Orduña (Vizcaya). Capitán y maestre de campo, Perú, 1537-1555.
Diego de Urbina, de Urbina (Álava). Capitán, Perú, 1537-1544.
Diego de Urbina, vizcaíno. N. R. de Granada, 1536.
Andrés de Urdaneta, de Villafranca de Oria (Guipúzcoa). Capitán y almirante, Filipinas, 1498?-1568.
Don Francisco de Urín, flamenco. Capitán, Plata, 1535.
Juan de Urreta, vasco. Capitán, Tierra Firme, 1514.
Pedro de Ursúa, navarro. Capitán, Marañón, 1560.
Usagre, de Usagre (Badajoz). Artillero, México, 1520.
Bartolomé de Usagre, de Usagre (Badajoz). Artillero, México, 1519.
Felipe de Utre (o Uten), alemán. Capitán, Venezuela, 1534-1545.

Bartolomé Valadés (o Valdés), de Villanueva de Barcarrota (Badajoz). Teniente, México, 1532-1547.
Diego de Valdenebro, de Valdenebro (Valladolid). Ballestero, México, 1498-1521.
Valdeorihuela. Trompeta, Santa Marta, 1528.
Valdespino, de Jerez de la Frontera (Cádiz). Soldado, Venezuela, 1534.
Don Pedro de Valdivia, de Castuera (Badajoz). Adelantado y capitán general, Chile, 1497-1553.
Alonso de Valenzuela, de Córdoba. Capitán, Plata, 1535-1577.
Alfonso de Valladolid, de Valladolid. Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Rodrigo Valladolid «el gordo», de Valladolid. Soldado, México, 1519.
Pedro de Vallejo. Capitán, México, 1519.
Gaspar de Vallés, de Tanjar (Alicante). Trompeta, Yucatán, 1527.
Gonzalo Varela, de Gamil (Pontevedra). Soldado, México, 1519-1521.
Francisco de Vargas, de Sevilla. Escudero, 1496-1497.
Juan de Vargas, de la Higuera del Fregenal (Badajoz). Capitán, Perú, 1531-1547.
Andrés de Vasconcelos, de Portugal. Capitán, Florida, 1538.
Íñigo de Vasconia, vasco. Capitán, Venezuela, 1527-1530.
Vázquez. Soldado, México, 1519.
Bermúdez Váquez de Tapia, de Oropesa (Toledo). Alférez general, México, 1512-1519.

Diego Vázquez de Buendía, de Guadalajara. Capitán, Nueva Galicia, 1530-1541.
Diego Vázquez, de Guadalajara. Capitán, Nueva Galicia, 1530-1533.
Francisco Vázquez de Coronado, de Salamanca. Capitán general, Cíbola, 1535-1547.
Juan Vázquez de Coronado, de Salamanca. Adelantado, Costa Rica, 1562-1565.
Fernando de Vega, de Medina del Campo (Valladolid). Capitán, Venezuela, 1536.
Jerónimo de Vega, de Gudalajara. Atambor, Plata, 1535.
Juan de Vega, de Badajoz. Capitán, México, 1538-1547.
Benito de Vejer, de Vejer de la Frontera (Cádiz). Atambor y pífano, México 1518-1519.
Velasco. Capitán, Venezuela, 1535.
Antonio Velásquez, de Olmedo (Valladolid). Escudero, Tierra Firme, 1512-1519.
Juan Velázquez de León, de Cuéllar (Segovia). Capitán, México, 1518-1519.
Luis Velázquez, de Arévalo (Ávila). Soldado, México, 1519.
Juan Vélez de Guevara, de Sevilla. Capitán, Perú, 1535-1548.
Fernando Venegas «manosalbas», de Córdoba. Capitán, Venezuela, 1528-1536.
Pedro de Vera. Capitán, Estrecho de Magallanes, 1524.
Francisco Verdugo, de Cuéllar (Segovia). Capitán, México, 1519-1547.
Melchior Verdugo, de Ávila. Capitán, Perú, 1544-1552.
Francisco de Vergara, de Vergara (Guipúzcoa). Alférez, Plata, 1535-1568.
Pedro de Vergara «el flamenco», de Vergara (Guipúzcoa). Capitán de arcabuceros, Perú, 1535-1544.
Pedro de Villafuerte. Teniente, N. R. de Granada, 1525.
Francisco de Villagra, de Santervás del Campo (Valladolid). Mariscal, Chile, 1511-1563.
Don Pero de Villagra, de Mombeltrán (Ávila). Maestre de campo general, Chile, 1518-1577.
Juan de Villalba, de Valle de Losa (Burgos). Capitán, Nueva Galicia, 1525-1547.
Villalobos. Capitán, Pacífico, 1537.
Bartolomé de Villanueva, de Portugal. Soldado, México, 1519-1521.
García de Villanueva, de Jerez de la Frontera (Cádiz). Escudero, Santo Domingo, 1498.
Pedro de Villanueva, de Sepúlveda (Segovia). Ballestero, Santo Domingo, 1498.
Juan de Villareal, de Ciudad Real. Alférez, Nueva Galicia, 1539-1547.
Antonio de Villarroel, de Medina de Rioseco (Valladolid). Maestre de campo, Nueva Galicia, 1514-1530.
Villasinda, de Portillo (Valladolid). Soldado, México, 1519-1521.
Don Juan Villegas Maldonado, de Segovia. Teniente general, Venezuela, 1529-1552.

Juan de Villoria, de Villoria (Salamanca). Mariscal, Santo Domingo, 1513-1535.
Juan de Vivanco, de Sevilla. Contino de la casa real, México, 1539-1547.

Cristóbal Ximénez de Pineda. Capitán, Tierra Firme, 1535.

Martín Yáñez Tafur, de Córdoba. Capitán, N. R. de Granada, 1537-1539.
Juan de Yúcar, navarro. Capitán, México, 1529-1539.

Zamora. Capitán, México, 1519-1521.
Zamorano. Soldado, Nicaragua, 1526.
Zamudio. Soldado, México, 1519.
Luis de Zaragoza. Soldado, México, 1519-1521.
Bartolomé de Zárate, de Oviedo. Capitán, México, 1523-1538.
Pedro de Zárate, de Marquina (Vizcaya). Capitán, Perú, 1517-1554.
De Zayas, de Écija (Sevilla). Alférez, Nueva Galicia, 1533.
Lorenzo Zozo, de Vitoria. Escudero, 1509-1510.
Don Jerónimo de Zurbano, de Bilbao. Capitán, Perú, 1534-1557.

CRONOLOGÍA

Lo que exponemos a continuación es más que un mero índice cronológico; se trata más bien de otra ordenación de la colosal biografía de los conquistadores, hombres de armas de profesión o ejercicio. En esta sistematización cronológica se acentúa la impresión de estar contemplando un tremendo torbellino de expediciones y conquistas, de acciones de descubrimiento o en profundidad, de acumulación de éxitos y fracasos, de la pérdida —como ya se ha dicho— del sentido del tiempo y del espacio, de nombres que aparecen y desaparecen para luego reaparecer en otro territorio alejado del anterior. Porque todo esto fue al fin y al cabo el poblamiento y la conquista de América.

Subrayamos el hecho de que nuestros hombres descubren, conquistan, fundan y pueblan. De aquí la interminable cadena de fundaciones de población que veremos a continuación. Quedaba, además, el trabajo de construcción y creación de todo lo necesario, hechos a los que sabemos concurría el conquistador con su trabajo personal y físico.

Dado que en este trabajo consideramos especialmente el origen del conquistador, y de la historia de sus hechos en Indias, solamente lo necesario para completar el conocimiento de su personalidad, comenzamos el índice cronológico ya en 1451 —fecha del nacimiento de Isabel la Católica y del de Cristóbal Colón— para incidir especialmente en el tiempo de maduración de nuestros hombres en la Península. Y al interesarnos el entorno español y europeo, añadimos hechos cruciales en estos ámbitos, incluidas algunas referencias sobre lo cultural.

El índice no es, ni puede ser, exhaustivo. Se limita a los hechos que han ido apareciendo a lo largo de este trabajo en la consideración de nuestro grupo sociológico.

Como fuentes especiales de contraste de datos citamos dos: el *Diccionario de Historia de España*, de Alianza Editorial, dirigido por Germán Bleiberg (Madrid, 1981), y el detallado *Diccionario Geográfico-Histórico de las Indias Occiden-*

tales o América, del coronel Antonio de Alcedo (Madrid, 1786-1789). Llamamos la atención sobre las frecuentes faltas de coincidencia de fechas.

Índice cronológico

(+) Significa hechos en España o Europa, como marco necesario.
(–) Significa hechos de la historia de América.

1451	+	Nacimiento de Isabel la Católica.
	–	Nacimiento de Cristóbal Colón.
1469	+	Matrimonio de Isabel de Castilla con Fernando de Aragón.
1471	–	Nace Francisco Pizarro.
1473	+	La primera imprenta en España (Zaragoza).
1474	+	Isabel I, reina de Castilla.
1481	+	Impulso definitivo a la Reconquista: guerra de Granada.
1485	–	Nace Hernán Cortés.
1487	+	Cerco de Málaga.
1491	+	Sitio de Granada.
1492	+	Rendición de Granada.
	+	Impresión de la *Gramática castellana*, de Antonio de Nebrija.
	+	Nacimiento de Luis Vives en Valencia.
	–	Primer viaje de Colón: *Descubrimiento de América.*
1493	–	Segundo viaje de Colón.
	+	Organización de las Guardias Viejas de Castilla.
1494	–	Nuevos descubrimientos colombinos en las Antillas: Puerto Rico y Jamaica.
1495	+	El Gran Capitán en Italia: batalla de Seminara.
	+	Pragmática de Tarazona sobre el armamento de que hay que disponer según la clase social.
1496	–	Colón regresa de su segundo viaje.
1497	+	Toma de Ostia por el Gran Capitán.
	+	Conquista de Melilla por el caballero jerezano Pedro Estopiñán.
1498	–	Tercer viaje de Colón: llega al continente americano.
1500	+	Rebelión de las Alpujarras.
	–	Juan de la Cosa dibuja su famoso mapa, primero en el que aparece el continente americano.
1501	–	Descubrimiento de Darién por Rodrigo de Bastidas.
1502	–	Cuarto y último viaje de Colón.
	–	Nicolás de Ovando va a Santo Domingo con 30 navíos.
1503	+	Victorias del Gran Capitán en Italia: Ceriñola, Garellano...

— Creación de la Casa de Contratación.
— Cristóbal Colón descubre Veragua (Tierra Firme)
1504 + Fallece Isabel la Católica.
— Regresa Colón de su último viaje.
1506 — Muerte de Colón.
1508 — Fernando el Católico confiere al almirante Diego Colón, hijo del descubridor, la gobernación de las Indias.
— Juan Díaz de Solís en las costas del Yucatán.
1509 + Conquista de Orán.
— Conquista de Jamaica por el hidalgo sevillano Juan de Esquivel.
— Conquista de la isla de Puerto Rico por el adelantado Juan Ponce de León.
1510 + Conquista de Bugía y Trípoli por Pedro Navarro.
— Fundación de Santa María de la Antigua, primera ciudad española en Tierra Firme, por Balboa.
— Fundación de San Juan de Puerto Rico por Juan Ponce de León.
— Fundación de Nombre de Dios por Diego de Albítez.
1511 — Descubrimiento de Nueva España por el capitán Francisco Fernández de Córdoba.
1512 + Incorporación de Navarra a Castilla.
— Leyes de Burgos sobre el trato a los indios.
— El capitán Juan Díaz de Solís descubre el mar Dulce o de Solís, hoy Río de la Plata.
1513 + Victoria de Novara en Italia.
— El hidalgo jerezano Vasco Núñez de Balboa descubre la mar del Sur (Pacífico).
1514 + Se inicia la edición de la *Biblia Políglota Complutense.*
— Expedición de Pedrarias Dávila a América.
1516 + Muerte de Fernando el Católico.
— Pedrarias envía a Hernán Ponce y a Bartolomé Hurtado a recorrer la costa sur de Costa Rica.
1517 — Descubrimiento del Yucatán por Francisco Fernández de Córdoba.
1518 — Descubrimiento de Cozumel (isla frente al Yucatán) por el capitán Juan de Grijalba.
— Fundación de Panamá por Pedrarias Dávila.
1519 — Hernán Cortés inicia la conquista de México.
1520 + Levantamiento de las Comunidades en España.
— Retirada de Hernán Cortés en «La noche triste». México.
— Victoria de Cortés en Otumba.

— Descubrimiento por Fernando de Magallanes del estrecho de su nombre.
— Descubrimiento del territorio de Cartagena por Rodrigo de Bastidas.
— Fundación de Pánuco (Nueva España) por orden de Hernán Cortés, con el título de San Estevan del Puerto.
— Fundación de Santa Inés de Cumaná (Venezuela) por Gonzalo de Ocampo.
— Fundación de Segura de la Frontera (México) por el capitán Gonzalo de Sandoval.

1521 + Derrota de los comuneros en Villalar.
+ Los franceses en Navarra (Pamplona y Noain) y Guipúzcoa (Fuenterrabía).
— Conquista de Tenochtitlán, capital de México, por Hernán Cortés.

1522 — Primera circunnavegación del mundo: Juan Sebastián Elcano.
— El alavés Pascual de Andagoya reconoce el litoral de Colombia.
— Descubrimiento de Nicaragua por el capitán Gil González de Ávila.
— Conquista de Oaxaca por Juan Núñez del Mercado. Daría nombre al título de Cortés: Marqués del Valle de Oaxaca.

1523 — Pedro de Alvarado emprende la conquista de la América Central; le acompaña Sebastián de Benalcázar.
— Jácome de Castellón funda Nueva Córdoba (Venezuela).

1524 — El capitán Francisco Hernández de Córdoba funda Bruselas (Costa Rica).
— Pedro de Alvarado funda Santiago de Guatemala.

1525 + Batalla de Pavía.
— Expecición a Poniente de fray García Jofré de Loaysa.
— Descubrimiento de la isla del Gallo (mar del Sur) por el piloto Bartolomé Ruiz.
— Rodrigo de Bastidas descubre el río Magadalena (NRG).
— Fundación de Santa Marta (NRG) por Rodrigo Bastidas.
— Conquista de Tabasco (Yucatán) por el capitán Vallecillo.

1526 — Descubrimiento de Perú por Francisco Pizarro.
— Descubrimiento de Paraguay por Sebastián Caboto.

1527 + Saco de Roma.
— Hecho histórico de los Trece de la Fama (Perú).
— Conquista de Yucatán por el capitán Francisco de Montejo.
— Expedición a Florida de Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

1528 — Pánfilo de Narváez en la Florida: vicisitudes de Cabeza de Vaca.

— Expedición a Poniente de Álvaro de Saavedra.
— Fundación de Antequera (México) por Juan Núñez del Mercado.

1529 — Fundación de Santa Ana de Coro (Venezuela) por el capitán Juan de Ampués.

1530 — Fundación de Gracias a Dios (Honduras) por el capitán Gabriel de Rojas.

1531 — Comienza la conquista de Perú por Francisco Pizarro.
— Fundación de San Miguel de Piura (Perú), la primera población que funda Pizarro en Perú. Se construye el primer templo de la América meridional.
— Conquista de Jalisco (Nueva Galicia) por el capitán Nuño de Guzmán.
— Conquista de Chiapa (Honduras) por el capitán Diego de Mazariegos.
— Federmann en los llanos del Orinoco. El capitán Diego de Ordás remonta el río.
— Fundación de San Miguel de Culiacán (Nueva Galicia) por Nuño de Guzmán.
— Fundación de Compostela (Nueva Galicia) por Nuño de Guzmán.

1532 — Fundación de Santa Ana de Anserma (Popayán-Quito) por el mariscal Jorge Robledo.

1533 — Descubrimiento de la Baja California por el capitán Hernando de Grijalba.
— Pizarro conquista El Cuzco, capital del imperio inca.
— Conquista y fundación de Cartagena de Indias por el adelantado Pedro de Heredia.
— Fundación de Puebla de los Ángeles (Tlaxcala) por don Sebastián Ramírez de Fuenleal.
— Fundación de Jauja (Perú) y de Santiago de Guayaquil por Francisco Pizarro.

1534 — Refundación de Cuzco.
— La ciudad de Santiago de Quito es trasladada, con el nombre de San Francisco de Quito, a su actual emplazamiento. Reedificada por Sebastián de Benalcázar.
— Fundación de Choluteca (Honduras) por el capitán Cristóbal de la Cueva.

1535 — Descubrimiento de Chile por el capitán Diego de Almagro.
— Simón de Alcazaba reconoce el interior de la Patagonia.
— El mariscal Jorge Robledo en la conquista de Colombia.

— Expedición del adelantado Pero Fernández de Lugo a Santa Marta (NRG).
— Fundación de Nuestra Señora Santa María del Buen Aire por el adelantado don Pedro de Mendoza.
— Fundación de la Ciudad de los Reyes, Lima, por Francisco Pizarro.
— Fundación de Trujillo (Perú) por el capitán Francisco Pizarro.

1536 — Descubrimiento y conquista de Popayán (NRG) por Sebastián de Benalcázar.
— Expedición del teniente general Gonzalo Jiménez de Quesada siguiendo el curso del río Magadalena.
— Fundación de Asunción de Paraguay por el capitán Juan de Salazar Espinosa.
— Fundación de Arequipa (Perú) por Francisco Pizarro.
— Fundación de San Juan de La Frontera (Perú) por el mariscal Alonso de Alvarado.
— Fundación de San Pedro de Hondura por Pedro de Alvarado.
— Fundación de Valladolid (Nueva España) por el capitán Cristóbal de Olid.

1537 — Conquista de Nemocán (NRG) por Gonzalo Jiménez de Quesada.
— Conquista de Suesca (NRG) por Gonzalo Jiménez de Quesada. Allí escribe su *Historia de la conquista del Nuevo Reino de Granada.*
— Fundación de Cali (NRG) por Miguel Muñoz.
— Fundación de Buena Esperanza del Paraguay por el adelantado don Pedro de Mendoza.

1538 — Juan de Ayolas recorre el interior de Argentina.
— Fundación de Santa Fe de Bogotá (NRG) por Gonzalo Jiménez de Quesada.
— Fundación de Timaná (NRG) por Juan de Añasco.
— Expedición a la costa de Florida por el adelantado Hernando de Soto.
— Guerra de Salinas (Perú); luchan Francisco Pizarro y Diego Almagro.

1539 — Fundación de León de Guánuco de los Caballeros (Perú) por Gómez de Alvarado.
— Fundación de Tunja (NRG) por el capitán Gonzalo Suárez Rendón.
— Fundación de Vélez (NRG) por el capitán Martín Galeano.

1540 — Expedición del adelantado don Pedro de Valdivia: parte de Cuzco y entra en Chile.

— El adelantado Hernando de Soto termina de explorar el golfo de California.
— Expedición a Cíbola de Francisco Vázquez de Coronado.
— Fundación de Cartago (Costa Rica) por el mariscal Jorge Robledo.
— Fundación de San Francisco de Campeche (Yucatán) por el capitán Francisco de Montejo.

1541 — El adelantado Francisco de Orellana explora el curso del Amazonas.
— Francisco Vázquez Coronado en el Oeste americano.
— Descubrimiento de Los Llanos (NRG) por Gonzalo Jiménez de Quesada.
— Fundación de Antioquía por el mariscal Jorge Robledo.
— Fundación de Santiago de Chile por Pedro de Valdivia.

1542 — Promulgación de las Nuevas Leyes de Indias.
— Expedición de Ruy López de Villalobos, como capitán general a Filipinas.
— Fundación de Santiago de Arma (NRG) por Sebastián de Benalcázar.
— Fundación de Mérida (Yucatán) por el capitán Francisco de Montejo.
— Batalla de Chupas (Perú) entre el gobernador Vaca de Castro y el rebelde Diego de Almagro.

1543 — Fundación de La Serena (Chile) —segunda población fundada en Chile— por el capitán Juan Bohom.
— Descubrimiento y conquista de Tucumán (hoy Argentina) por el capitán Diego de Rojas.

1544 — Fundación de Tocaima (NRG) por el capitán Hernando Venegas Carrillo de Manosalbas.

1545 — Fundación de Potosí (Perú, hoy Bolivia) por Juan de Villarroel y el capitán Diego Centeno.

1546 — Batalla de Añaquito (Perú). Blasco Núñez de Vela, virrey de Perú, es vencido y muerto por Gonzalo Pizarro.

1547 — Batalla de Guarinas o Huarinas (Perú), entre Gonzalo Pizarro y los leales de Diego Centeno.
— Muere Hermán Cortés.
+ Batalla de Mühlberg.

1548 — Domingo Martínez de Irala, «el capitán Vergara», llega a los Andes a través de Argentina.
— Fundación de Nuestra Señora de la Paz (Perú) por el capitán Alonso de Mendoza.

1549 – Fundación de Pamplona (NRG) por el capitán Pedro de Ursúa.
1550 – Fundación de Concepción del Nuevo Extremo (Chile) por el adelantado Pedro de Valdivia.
– Fundación de Los Reyes (Chaco, NRG) por el capitán Miguel de Santa Ana.
1551 – Fundación de Durango (México), capital de Nueva Vizcaya, por el capitán Alonso Pacheco.
– Fundación de Imperial (Chile) por Pedro de Valdivia.
– Fundación de La Plata (NRG) por Sebastián Quintero.
1552 – Fundación de Nueva Segovia o Barquisimeto (Venezuela) por el capitán don Juan de Villegas Maldonado.
– Fundación de Valdivia por el capitán Jerónimo de Alderete.
1554 – Exploración a Nueva Vizcaya por el capitán Francisco de Ibarra.
– Descubrimiento de Urabá (NRG) por don Pedro de Heredia.
1555 – Expedición a Los Llanos (NRG) por el capitán Juan de Avellaneda Temino, quien funda San Juan de los Llanos.
1556 – Fundación de Loyola (Quito) por el capitán Juan de Salinas de Loyola.
1557 + Batalla de San Quintín.
1558 – Fundación de Mérida (NRG) con el nombre de Santiago de los Caballeros, por el capitán Juan Rodríguez Suárez.
1559 – Conquista de Mugo (NRG) por el capitán Luis Lanchero.
– Fundación de Baeza (Ecuador) por Gil Ramírez Dávalos.
– Fundación de Mendoza (Chile) por don García Hurtado de Mendoza.
1560 – Expedición del capitán Pedro de Ursúa al Amazonas.
– Fundación de La Palma (NRG) por don Antonio de Toledo.
1561 – Expedición de los «marañones» al Amazonas: muere Lope de Aguirre «el loco».
1562 – Fundación de Santiago del Estero (Perú) por Francisco de Aguirre.
+ Escribe Santa Teresa su vida.
1563 + Se inicia la construcción de El Escorial.
1564 – Expedición a Poniente (Filipinas) de Miguel López de Legazpi y Andrés de Urdaneta.
– Fundación de San Miguel de Tucumán por Diego de Villarroel.
1565 – Desembarca en Florida el almirante Pedro Menéndez de Avilés y funda San Agustín, primera ciudad europea en América del Norte.
1566 – Fundación de Santiago de León de Caracas por el capitán Diego de Losada.

1567 – Álvaro de Mendaña descubre las islas Salomón.
1568 – Expedición de Jiménez de Quesada en busca de Eldorado, por los afluentes del Orinoco; resulta un fracaso.
1571 – López de Legazpi funda la ciudad de Manila.
\+ Victoria naval de Lepanto.
1573 – Fundación de Córdoba (Tucumán) por Jerónimo Luis de Cabrera.
– Fundación de Santa Fe (Río de la Plata) por Juan de Garay.

BIBLIOGRAFÍA

En este trabajo, la bibliografía tiene un valor superior al normal, ya que, lógicamente, el intento de realizar un análisis sociológico de un colectivo que vivió hace más de 400 años, y de su entorno, sólo puede realizarse documentalmente utilizando fuentes de archivo o bibliográficas.

Las fuentes de este trabajo pueden clasificarse en:

A. Orígenes de datos.
B. Crónicas coetáneas.
C. Obras generales.
D. Obras específicas.

A. Los orígenes de datos utilizados de mayor importancia son fundamentalmente los siguientes:

Bermúdez Plata, C., *Catálogo de pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, vol. I (1509-1534), Sevilla, 1940.
—*Op. cit.*, vol. II (1535-1538), Sevilla, 1942.
—*Op. cit.*, vol. III (1539-1559), Sevilla, 1946.

Romera Iruela, L., y Galbis Díez, M.ª del C., *Archivo General de Indias*, vol. IV (1560-1566), Ministerio de Cultura, Madrid, 1960.
—*Archivo General de Indias*, vol. V (1567-1577), tomo I (1567-1574), Ministerio de Cultura, 1980.
—*Archivo General de Indias*, vol. V, tomo II (1575-1577), Ministerio de Cultura, 1980 (contiene los índices de todo el volumen V).

Este *Catálogo de Pasajeros a Indias* es el origen básico de datos y relaciona todos los que fueron oficialmente a Indias a través de la Casa de Contratación

de Sevilla, aunque sean sólo una cuarta parte del total de los llegados. Contiene datos de nacimiento, nombre de los padres, profesión u ocupación —no en todos los casos—, destino y fecha, además de la signatura para la localización de la papeleta en el *Archivo de Indias.*

Boyd-Bowman, P., *Índice geobiográfico de más de 56.000 pobladores de la América Hispánica*, I (1493-1519), Fondo de Cultura Económica, México, 1985.

—*Índice geobiográfico de cuarenta mil pobladores españoles de América en el siglo XVI*, tomo II (1520-1539).

Se trata de una obra importante para este trabajo, aunque no se dispone todavía en este momento del tomo II de la obra citada en primer lugar, y con el inconveniente de que hasta ahora sólo nos da datos hasta 1539.

Otte, E., *Cartas privadas de emigrantes a Indias (1540-1616)*, Consejería de Cultura, Junta de Andalucía, Jerez, 1988.

Trabajo necesario también para conocer la psicología del conquistador fuera de los escritos oficiales. Son cartas de una gran sencillez que nos dan datos muy interesantes de la vida en Indias y en el origen geográfico.

Leonard, I. A., *Los libros del conquistador*, Fondo de Cultura Económica, México, 1979.

Muy necesario para conocer datos culturales de nuestros hombres y sobre su vida en general.

Otra fuente de datos para el estudio del origen geográfico y elaboración del mapa de origen mayoritario de los pobladores es la obra *España. Mapa de Base Municipal. Escala 1:500.000*, Instituto de Geografía Aplicada, Madrid, agosto, 1973.

B. Crónicas coetáneas

De las Casas, Fray B., *Historias de las Indias* (cinco tomos), Madrid, 1875.

Contiene datos muy interesantes que se han utilizado en este estudio. Es una obra muy importante que da una visión más completa y ecuánime que la *Brevísima relación de la destrucción de Indias*, del mismo autor.

Cieza de León, P., «Crónica del Perú», *Obras completas*, Madrid, 1985.

Obra extensa con un relato muy completo y sincero de los hechos del Perú.

Díaz del Castillo, B., *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Argentina-México, 1955.

La obra más citada en el texto y la más acorde con el objeto de este trabajo de presentar los hechos, no sólo de los capitanes, sino de todos los con-

quistadores. Obra muy realista que nos hace penetrar en el ambiente de nuestros hombres sin omitir lo negativo.

Fernández de Oviedo, G., *Historia general y natural de las Indias*, Madrid, 1851.
Obra también extensa que complementa las anteriores.

Inca Garcilaso, *Comentarios reales*, Lima, 1959.

Sahagún, Fray B. de, *Historia general de las cosas de la Nueva España.*

C. Obras generales

Ballesteros Beretta, A., *Historia de España y su influencia en la historia universal*, Barcelona, 1927.
Obra muy completa que aporta una extraordinaria información.

Ballesteros Gaibrois, M., «La hueste indiana», *Cuadernos de Historia 16*, número 172.
Exposición breve y clara sobre la conquista y la hueste; motivaciones y procedencia del conquistador, religión, juridicidad y cultura.

Castro, A., *Sobre el nombre y el quién de los españoles*, Madrid, 1985.

Gómez, C., y Marchena, J., *Los señores de la guerra en la conquista*, Sevilla, 1985.
Obra muy directamente relacionada con este trabajo. Estudia con rigor histórico la composición de las huestes y deduce datos básicos inapreciables sobre los miembros de estos grupos, creados para determinadas expediciones y conquistas.

Morales Padrón, F., *Historia del descubrimiento y conquista de América*, Madrid, 1973.
Obra general muy sistemática que sirve de base para el conocimiento general del tema y que ha sido muy útil en este trabajo.

Sánchez Albornoz, C., *España, un enigma histórico*, Barcelona, 1976.
—*La Edad Media española y la empresa americana*, Madrid, 1983.
Para el trabajo que presentamos, las ideas de don Claudio Sánchez Albornoz constituyen la más importante aportación, ya que resulta difícil comprender al hombre que fue a Indias sin considerar la importancia que en la formación del español, y en especial del castellano, tuvo la secular contienda de la Reconquista, creándose un tipo especial, el hidalgo.

D. Obras específicas

1. *Sobre la sociedad española de la época*

Domínguez Ortiz, A., *El antiguo régimen: los Reyes Católicos y los Austrias*, Alfaguara, tomo II, 1981.

Fernández Álvarez, M., *La sociedad española en el Siglo de Oro*, Gredos, Madrid, 1989.

Ambas obras han sido básicas para este trabajo, en cuanto al conocimiento de la sociedad española en el siglo XVI.

Vigón, J., *El Ejército de los Reyes Católicos*, Madrid, 1968.

Obra muy completa en el tema. Nos da una panorámica muy útil para conocer la procedencia guerrera del conquistador, la terminología y los medios bélicos de entonces.

2. *Sobre la sociedad europea*

Cantú, C., *Historia Universal*, tomo V, 1856.

Hale, J. R., *La Europa del Renacimiento*, Madrid, 1986.

Maucalay Trevelian, G., *English Social History*, Longmans, 1984.

Meuthen, E., *Das 15. Jahrhundert*, Oldenburg, Munich, Viena, 1980.

Mousnier, R., *Historia General de las Civilizaciones, siglos XVI y XVII*, Barcelona, 1964.

3. *Sobre el origen geográfico*

Caro Baroja, J., *Los pueblos de España. Ensayo de etnología*, Barcelona, 1946.

Criado del Val, M., *Teoría de Castilla la Nueva. La dualidad castellana en los orígenes del español*, Madrid, 1960.

Foster, G. M., *The significance to anthropological studies of the places of origin of spanish emigrants to the new world. Proceeding of the 29th International Congress of Americanist*, vol. II, Nueva York, 1949.

De Hoyos Sáinz, L., *Los tipos raciales y regionales actuales*, Madrid, 1952.

Lasaosa, M., y López, F. G., *Origen geográfico y condición social de los conquistadores de Nueva España*, II Congreso de Historia Militar, Zaragoza, 1988.

Rodríguez Arzúa, J., «Las regiones españolas y la población de América (1509-1538)», *Revista de Indias*, n.º 30, 1947.

Solano, F. de, «Emigración andaluza a las Indias durante el siglo XVI», Separata de *América y la España del siglo* XVI, tomo II, Madrid, 1983.

4. *Sobre el origen social*

Durand, J., *La transformación social del conquistador*, Porrúa y Obregón, México, 1953.

Fernández Vargas, V., *América y la España del siglo XVI*, Madrid, 1983.

Menéndez-Pidal, J., *Imagen del Mundo hacia 1570*, Madrid, 1944.

5. *Sobre la semblanza del conquistador*

Cieza de León, P., *Obras completas. La Guerra de Chupas*, Madrid, 1985.

Cortés, H., *Cartas de relación de la conquista de México*, Madrid, 1957.

Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, Madrid, 1851.

Sanchiz Ochoa, P., *Los hidalgos de Guatemala, realidad y apariencia de un sistema de valores*, Seminario de Antropología Americana, 1976.

Tomás y Valiente, F., «Las ideas políticas del conquistador Hernán Cortés», en *Proceso histórico al conquistador*, Madrid, 1988.

Velasco, B. O. C., «El alma cristiana del conquistador de América», *Missionalia Hispánica*, año XXI, n.º 63.

6. *Capitanes y soldados*

Álvarez, V. M., *Los conquistadores en la primera sociedad colonial*, México, 1971.

Inca Garcilaso, «Comentarios Reales», 2.ª parte, *Historia General del Perú*, Lima, 1959.

Marchena Fernández, J., «Los hijos de la guerra», *I Jornadas de mestizaje en Indias*, Montilla, 1990.

Sanchiz Ochoa, P., «La conquista como plataforma de ascenso social», en *proceso histórico al conquistador*, de Francisco de Solano, Madrid, 1988.

ANEXOS

ORIGEN GEOGRÁFICO DEL SOLDADO DE LA CONQUISTA

CUADRO N.º 1 (Pasajeros entre 1509 a 1534)
Orígenes de más de cinco papeletas

Aguilar de Campoo	5	Ávila	48
Alanís	10	Azuaga	11
Alba de Tormes	13		
Alburquerque	17	Badajoz	62
Alcalá de Guadaira	10	Baena	8
Alcalá de Henares	10	Baeza	20
Alcántara	22	Barcelona	14
Alcaraz	18	Barco de Ávila	5
Alcázar de Consuegra	9	Beas	13
Alconchel	15	Becerril de Campos	6
Alcuéscar	8	Béjar	9
Almagro	13	Belalcázar	29
Almodóvar del Campo	15	Belinchona	5
Almonte	12	Benavente	15
Andújar	7	Berlanga	5
Antequera	5	Bilbao	10
Aracena	12	Bodón	5
Aranda de Duero	22	Bonilla de la Sierra	7
Arévalo	16	Brihuega	5
Arjona	5	Brozas, Las	7
Arjonilla	7	Burgos	84
Arroyo del Puerco	9	Burguillos	12
Arroyomolinos	5		
Astorga	10	Cáceres	35
Astudillo	7	Cádiz	6

Calatrava 8
Calzadilla 11
Campos, Tierra de 11
Canaria, Isla de Gran 8
Cantalapiedra 5
Carmona 15
Carrión de los Condes 9
Cazalla 9
Cebreros 5
Ciudad Real 30
Ciudad Rodrigo 71
Córdoba 77
Coria de Galisteo 16
Coria, Tierra de 9
Coruña, La 10
Cuéllar 5
Cuenca 10

Dueñas 15

Écija 30
Escacena del Campo 6
Escalona 11
Espinosa de los Monteros 8
Estepa 6

Feria, Condado de 11
Flandes 11
Fregenal de la Sierra 13
Frías 5
Fuente de Cantos 21
Fuente del Maestre 11

Galicia 18
Garrovillas de Alconétar 28
Gelves 7
Génova 5
Gibraleón 9
Granada 29
Guadalajara 14
Guadalcanal 36
Guadalupe 5
Guareña 7
Guipúzcoa 14

Higuera de Fregenal 5
Hinojos 7
Hita 5
Huelva 10
Huete 6

Illescas 19

Jaén 25
Jerez de Badajoz 31
Jerez de la Frontera 34

Laredo 6
Lebrija 5
Ledesma 19
León 25
Lepe 15
Logroño 5
Logrosán 5
Lucena 8

Llerena 24

Madrid 41
Madrigal 14
Málaga 20
Medellín 50
Medina del Campo 68
Medina de Pomar 5
Medina de Ríoseco 20
Medina Sidonia 5
Medina de las Torres 10
Mérida 29
Moguer 23
Montánchez 8

Montaña, La	9
Montemayor	6
Montilla	6
Morón	6
Murcia	7
Nájera	9
Navarra, Reino de	11
Niebla	13
Ocaña	13
Oliva	9
Olmedo	30
Ontiveros	14
Oñate	8
Orduña	16
Orense	8
Oropesa	11
Osuna	6
Oviedo	5
Palencia	31
Palma	5
Palos	16
Pastrana	18
Pedroso, El	6
Peñafiel	11
Peñaranda	7
Pinto	6
Plasencia	34
Pontevedra	9
Porcuna	5
Portillo	15
Puebla de Montalbán	6
Puerto de Santa María	5
Quesada	7
Ribera	6
Ronda	9
Salamanca	144
Salvatierra	10
San Martín de Trebejo	7
San Martín de Valdeiglesias	5
Sanlúcar	8
Sanlúcar de Barrameda	25
Sanlúcar la Mayor	27
Santa Olalla	14
Santos de Maimona	6
Segovia	82
Segura	7
Segura de León	17
Sevilla	811
Sigüenza	5
Soria	19
Talavera	14
Talavera de la Reina	16
Toledo	157
Tordesillas	10
Toro	28
Torrejón de Velasco	13
Torrijos	10
Trasmiera	9
Trevejo	5
Trujillo	54
Tudela de Duero	15
Tuy	7
Úbeda	14
Usagre	8
Utrera	27
Valdemoro	8
Valencia	10
Valencia de Alcántara	6
Valverde	12
Valladolid	87
Vergara	9
Villacastín	7

Villadiego	5
Villalba	9
Villalón	6
Villalpando	6
Villamiel	7
Villanueva de Barcarrota	6
Villanueva de la Serena	7
Villarrasa	5
Villoria	10
Vitoria	9
Zafra	22
Zamora	57
Zaragoza	6

CUADRO N.° 2 (Pasajeros entre 1535 a 1538)
Orígenes de más de cinco papeletas

Alaejos	5
Alanís	14
Alba de Tormes	10
Albacete	7
Alburquerque	31
Alcalá de Henares	21
Alcántara	12
Alcaraz	20
Alemania	5
Alhama	7
Almagro	20
Almendral	11
Almendralejo	6
Almería	5
Almodóvar del Campo	11
Almonte	6
Amberes	13
Ampudia	5
Andújar	13
Antequera	13
Aragón, Reino de	5
Aranda de Duero	12
Arcos	6
Arévalo	25
Arjona	16
Arjonilla	7
Astorga	26
Ávila	53
Ayamonte	5
Azcoitia	7
Azpeitia	5
Badajoz	108
Baena	5
Baeza	40
Barcelona	5
Beas	8
Béjar	12
Belalcázar	18
Benavente	9
Berlanga	7
Bilbao	10
Borgoña	8
Bruselas	7
Burgos	52
Burguillos	5
Cáceres	31
Canaria, Isla de Gran	5
Carmona	6
Carrión	9
Carrión de los Condes	8
Casares	5
Castillo de Garci Muñoz	5
Cazalla de la Sierra	7
Cazorla	17
Ciudad Real	36
Ciudad Rodrigo	49

Coín 10
Córdoba 85
Coria 12
Cuéllar 17
Cuenca 14

Cheles 8

Dueñas 9

Écija 27
Escalona 7
Espinar de Segovia 6
Espinosa de los Monteros 9
Estepa 7

Feria, Condado de 5
Flamencos 13
Flandes 10
Fregenal 20
Fuente del Arco 19
Fuente de Cantos 5
Fuente del Maestre 17
Fuente de Saúco 5

Galicia 10
Garrovillas del Conde de
Alba de Liste 8
Génova 12
Granada 80
Guadalajara 23

Higuera de Don Juan de
Vargas 12
Huelva 5
Huete 5

Illescas 12

Jaén 36
Jaraiz 8
Jerez 16
Jerez de la Frontera 26

Ledesma 13
León 28
Lepe 7
Linares 6
Logroño 8
Loja 21
Lucena 20

Llerena 36

Madrid 67
Madrigal 16
Málaga 20
Marbella 16
Marchena 22
Medellín 51
Medina del Campo 43
Medina de Pomar 9
Medina de Ríoseco 31
Medinaceli 6
Melgar 7
Mérida 40
Mirandilla 9
Montánchez 5
Montilla 8
Moral, El 7
Moratalla 5
Morón 6
Murcia 13

Nápoles 6

Ocaña 14
Oliva 10
Olmedo 8
Ontiveros 12

Orduña 9
Orense 11
Orgaz 5
Oropesa 26

Palencia 20
Paredes de Nava 7
Parra, La 6
Pedroso, El 8
Peñaranda 6
Piedrahita 6
Plasencia 31
Ponferrada 6
Pontevedra 6
Portillo 13
Puebla de Alcocer 7
Puebla de Montalbán 6
Puente del Arzobispo 5

Rambla, La 14
Ronda 26

Sahagún 13
Salamanca 84
Salvatierra 5
San Martín de Valdeiglesias 7
Sanlúcar de Barrameda 5
Sanlúcar la Mayor 8
Santa Olalla 10
Santillana 5
Santos, Los 10
Segovia 38
Segura 6
Segura de León 15
Sevilla 547
Sigüenza 6
Simancas 5
Soria 12

Talavera 24
Talavera de Badajoz 8
Talavera de la Reina 20
Támara 8
Tiemblo, El 8
Toledo 144
Tordesillas 8
Toro 14
Torrijos 15
Trigueros 14
Trujillo 45

Úbeda 30
Usagre 24
Utrera 13

Valdepeñas 6
Valencia 20
Valencia de Alcántara 9
Valencia de las Torres 17
Valmaseda 5
Valverde 11
Valladolid 75
Vélez-Málaga 5
Vergara 7
Villacastín 6
Villadiego 6
Villaescusa de Haro 10
Villafranca 8
Villalba 14
Villalpando 11
Villanueva de Barcarrota 35
Villanueva del Fresno 14
Villanueva de la Serena 12
Vitoria 15
Vizcaya 8

Zafra 45
Zamora 37
Zaragoza 15

CUADRO N.º 3 (Pasajeros entre 1539 a 1559)
Orígenes de más de cinco papeletas

Agreda	8
Aguilar de Campoo	6
Alanje	16
Alba de Tormes	6
Alburquerque	12
Alcalá de Henares	12
Alcalá de Guadaira	7
Alcántara	14
Alcázar de Consuegra	6
Alcocer	8
Almagro	8
Almazán	5
Almendral, El	5
Almendralejo	11
Antequera	17
Aragón	10
Aranda de Duero	8
Arévalo	30
Astorga	5
Ávila	23
Ayamonte	9
Azcoitia	12
Aznalcázar	10
Azpeitia	5
Azuaga	18
Badajoz	24
Baeza	26
Bañeza, La	5
Barcelona	8
Béjar del Castañar	14
Benavente	10
Bilbao	17
Brihuega	7
Burgos	40
Burguillos	7
Cáceres	32
Cádiz	7
Calzadilla	5
Carmona	19
Carrión de los Condes	14
Casar de Cáceres	9
Castrojeriz	6
Cazalla	7
Ciudad Real	10
Ciudad Rodrigo	39
Córdoba	57
Coria	10
Cuenca	11
Don Benito	16
Écija	22
Fregenal	15
Frías	7
Fuente de Cantos	8
Fuente del Maestre	6
Fuente la Peña	5
Garrovillas de Alconétar	10
Gibraleón	8
Granada	60
Guadalajara	20
Guadalcanal	28
Guadix	6
Guinea	5
Hoyos, Los	7
Huelva	5
Huete	11
Illescas	10

Jaén 25
Jaraicejo 8
Jerez de los Caballeros 15
Jerez de la Frontera 25

Ledesma 8
León 25
Lepe 15
Logroño 8
Loja 11
Lucena 9

Llerena 21

Madrid 44
Madrigal 5
Málaga 19
Martín Muñoz de Posadas 7
Medellín 19
Medina del Campo 52
Medina de Ríoseco 19
Medina Sidonia 5
Membrilla, La 6
Mena, Valle de 5
Mérida 27
Moguer 19
Mora 7
Moratalla 8

Nájera 5
Niebla 14

Olmedo 31
Ontiveros 17
Orduña 8
Oropesa 5
Osuna 5

Palencia 18
Palos 6
Palenzuela 6
Palma, La 6
Pamplona 5
Paredes de Nava 5
Plasencia 41
Porcuna 5
Puebla de Montalbán, La 13
Puerto de Santa María 10

Ribera 11

Salamanca 65
Salinas de Añana 10
Salvatierra 5
San Sebastián 7
Sanlúcar 6
Sanlúcar de Barrameda 31
Sanlúcar la Mayor 9
Santa Coloma de la Sierra 6
Santa Olalla 12
Sevilla 1024
Simancas 6
Soria 18

Talavera de la Reina 47
Toledo 81
Tolosa 5
Tordesillas 16
Toro 8
Torrijos 23
Trujillo 90

Úbeda 10
Utrera 14

Valencia 22
Valverde 14
Valladolid 114
Véjer 5
Vergara 9
Villafranca de la Puente del Arzobispo 6

Villalón	12	Villanueva del Fresno	13
Villalpando	9	Villanueva de la Serena	9
Villanueva de Barcarrota	7	Vitoria	15

CUADRO N.º 4 (Pasajeros entre 1560 y 1566)
Orígenes de más de cinco papeletas

Alba de Tormes	6	Burgillos	10
Alburquerque	6		
Alcalá de Guadaira	10	Cabeza la Vaca	5
Alcalá de Henares	16	Cáceres	34
Alcaraz	6	Calera	6
Almagro	12	Cantillana	6
Almaraz	6	Carmona	18
Almazán	7	Carrión de los Condes	8
Almendralejo	14	Castillo de las Guardas	7
Almodóvar del Campo	27	Castrojeriz	5
Antequera	17	Cazalla	5
Aracena	8	Cazalla de la Sierra	14
Arahal, El	5	Ciudad Real	37
Arenas	5	Ciudad Rodrigo	28
Arévalo	14	Córdoba	53
Arroyomolino	5	Coria	8
Ávila	43	Corral de Almaguer	7
Ayamonte	7	Covarrubias	6
Azcoitia	7	Cuéllar	7
Azuaga	20	Cuenca	7
		Cumbres Mayores	7
Badajoz	33		
Baeza	27	Daimiel	6
Beas	5	Don Benito	7
Béjar	7	Dueñas	9
Belorado	5		
Berlanga	8	Écija	30
Bienvenida	8	Escacena del Campo	6
Bilbao	24	Escalona	6
Bodonal	6		
Brihuega	13	Fregenal	16
Briviesca	6	Fuensalida	6
Burgos	41	Fuente de Cantos	11

Fuente de Maestre 27
Fuente el Saz 5
Fuentes del León 7

Garrovillas, Las 8
Granada 56
Guadalajara 28
Guadalcanal 43

Higuera, La 7
Huelva 17

Jaén 20
Jerez de los Caballeros 13
Jerez de la Frontera 35

Ledesma 6
León 7
Lepe 5
Logroño 13

Llerena 39

Madrid 82
Madrigal 5
Málaga 32
Marchena 14
Medellín 29
Medina del Campo 44
Medina de Pomar 5
Medina de Rioseco 10
Medina Sidonia 6
Membrilla, La 6
Mérida 19
Moguer 28
Montijo 22
Montilla 9

Navarra 7

Ocaña 9
Olmedo 6
Olvera 7
Ontiveros 11
Orduña 5
Osuna 23

Pedroso, El 5
Peñaranda 6
Plasencia 32
Portillo 5
Puebla de la Calzada 6
Puebla de Sancho Pérez 18
Puerto de Santa María 5

Rambla, La 7
Ribera 5

Salamanca 106
San Clemente 8
San Martín de Valdepusa 6
Sanlúcar de Barrameda 21
Sanlúcar la Mayor 6
Santa Marta 16
Santa Olalla 19
Santander 5
Santos, Los 6
Segovia 42
Segura de León 27
Sevilla 654

Talavera 23
Talavera de la Reina 22
Tenerife 6
Toledo 203
Tordesillas 10
Toro 12
Torremilano 7
Torrijos 7
Triana 8
Trigueros 8
Trujillo 47

Úbeda	10
Uceda	6
Utrera	28
Valencia	14
Valencia de Don Juan	6
Valverde	5
Valladolid	75
Villafranca	12
Villagarcía	7
Villalba	11
Villalón	8
Villanueva de la Barcarrota	5
Villanueva de la Serena	8
Villarrubia de los Ajos	5
Vitoria	14
Vizcaya	5
Zafra	52
Zamora	26
Zaragoza	10

CUADRO N.° 5 (Pasajeros entre 1567 y 1573)
Orígenes de mas de cinco papeletas

Aguilar de Campoo	6
Alburquerque	5
Alcalá de Guadaira	12
Alcalá de Henares	14
Alcalá la Real	5
Alcántara	10
Alcázar	5
Alcobendas	6
Almagro	20
Almendralejo	5
Almodóvar del Campo	12
Antequera	20
Arahal, El	5
Arcos	6
Ávila	16
Ayamonte	6
Azcoitia	7
Baeza	12
Bilbao	12
Brihuega	12
Brozas	16
Burgos	23
Cáceres	17
Cádiz	8
Canarias	5
Caravaca	5
Carmona	7
Cazalla	8
Cazalla de la Sierra	6
Cedillo	6
Ciudad Real	22
Ciudad Rodrigo	23
Córdoba	40
Cortegana	5
Cuéllar	6
Écija	18
Elorrio	6
Escalona	12
Fregenal	16
Frías	7
Fuente de Cantos	6
Garrovillas, Las	5
Granada	32
Guadalajara	33
Huete	11

Illescas 6

Jerez de los Caballeros 5
Jerez de la Frontera 46

León 14
Lepe 7
Lisboa 8
Logroño 6

Llerena 18

Madrid 63
Madridejos 8
Málaga 13
Manzanares 6
Manzanilla 6
Marchena 11
Marquina 5
Medellín 22
Medina del Campo 30
Medina de Rioseco 5
Medina Sidonia 5
Membrilla, La 9
Mérida 16
Moguer 25
Mondragón 5
Murcia 5

Ontiveros 5
Oñate 6
Orduña 8
Oropesa 30
Osuna 14

Palencia 10
Palos 10
Pastrana 6
Plasencia 25
Puebla de Montalbán 6
Puebla de Sancho Pérez 8
Puerto de Santa María 10

Salamanca 53
San Martín de Valdeiglesias 11
Sanlúcar de Barrameda 17
Santa Fe 6
Santa Olalla 13
Santos, Los 9
Segovia 19
Segura de León 10
Sevilla 1.003
Simancas 8
Soria 10

Talavera 21
Talavera de la Reina 23
Tenerife 6
Talavera la Real 6
Toledo 52
Tordesillas 9
Toro 21
Torre Don Jimeno 8
Torrijos 12
Trigueros 16
Trujillo 41

Úbeda 5
Utrera 24

Valdepeñas 5
Valencia de Don Juan 5
Valladolid 40
Villafranca 10
Vitoria 15

Zafra 24
Zamora 15
Zaragoza 5

ACTIVIDADES Y OCUPACIONES DEL SOLDADO DE LA CONQUISTA

CUADRO N.° 1

Actividades y ocupaciones de los pasajeros a Indias o de sus ascendientes, del volumen I del *Catálogo* (1509 a 1534)

Niveles muy altos

Comendadores	6
Comisarios de Cruzada	1
Condestables de Castilla	1
Don (con título)	10
Gobernadores	6
Obispos	9
Hidalgos	11
Priores	2
Provinciales	1
Regidores	3
Caballeros de Órdenes	1
Señores	1

Niveles altos

Alcaides	6
Alcaldes	1
Alféreces	1
Almojarifes	1
Arciprestes	1
Artilleros	4
Bachilleres	43
Beneficiados	1
Boticarios	14
Canónigos	6
Capellanes	1
Capitanes	6
Carmelitas	1
Cirujanos	5
Clérigos	61
Cómitres	2
Contadores	3
Chantres	2
Diáconos	1
Doctores	8
Dominicos	2
Escribanos	19
Factores	6
Frailes	4
Franciscanos	1
Licenciados	33
Maestres	29
Mayordomos	1
Médicos	1

Mercedarios	1
Micer	1
Mosén	2
Notarios	1
Prácticos	1
Presbíteros	1
Provisores	1
Secretarios	1
Trinitarios	1
Veedores	3

Niveles medios/bajos

Albañiles	7
Ballesteros	2
Barberos	8
Batidores de oro	3
Boneteros	1
Borceguineros	3
Bordadores	1
Calafates	2
Calceteros	4
Caldereros	2
Cambiadores	2
Candeleros	3
Canteros	6
Cantores	1
Carpinteros	24
Carreteros	1
Cazadores	1
Cerrajeros	2
Cocineros	1
Confiteros	1
Corredores	4
Correos	1
Correros	1
Criados	172
Cuchilleros	4
Curtidores	2
Doradores	2
Escuderos	10
Espaderos	4
Esparteros	1
Fundidores	2
Guardamacileros	2
Guanteros	1
Guarda a caballo	1
Guardarropa	1
Herradores	5
Herreros	5
Jurados	14
Labradores	11
Laminadores	1
Malleros	1
Marineros	1
Mercaderes	24
Mesoneros	1
Mineros	1
Monederos	2
Odreros	2
Pajes	4
Pastores	1
Pellejeros	1
Pescadores	2
Plateros	7
Polvoristas	1
Porteros	1
Racioneros	1
Receptores	1
Sacabuches	1
Sastres	8
Sederos	1
Silleros	1
Tintoreros	2
Toneleros	2
Torneros	2
Traperos	1
Trompetas	5
Tundidores	2
Vaqueros	1
Vasallos	1
Zapateros	10

CUADRO N.º 2

Actividades y ocupaciones de los pasajeros a Indias o de sus ascendientes, del volumen II del *Catálogo* (1535 a 1538)

Niveles muy altos

Adelantados	3
Almirantes	1
Caballeros	1
Comendadores	12
Don (título de)	38
Gobernadores	3
Obispos	11
Regidores	5
Señores	2
Virreyes	2

Niveles altos

Alcaides	2
Alcaldes	2
Alféreces Generales	1
Bachilleres	40
Beneficiados	2
Canónigos	2
Capellanes	6
Capitanes	15
Clérigos	43
Comisarios	1
Contadores	6
Chantres	2
Doctores	21
Dominicos	5
Escribanos	46
Factores	1
Franciscanos	1
Licenciados	52
Maestres	29
Maestros	1
Médicos	3
Mercedarios	4
Oidores	2
Recaudadores	1
Receptores	5
Tesoreros	1
Veedores	2

Niveles medios/bajos

Albañiles	1
Alguaciles	3
Armeros	2
Ballesteros	3
Barberos	8
Barqueros	1
Bizcocheros	1
Boticarios	4
Calceteros	2
Caldereros	1
Candeleros	3
Canteros	2
Carpinteros	9
Carreteros	1
Cepilleros	1
Cerrajeros	2
Cohombreros	1
Cómitres	1
Cordoneros	4
Criados	34
Chapineros	1
Escuderos	1
Esgrimidores	1
Espaderos	1
Esparteros	1
Fundidores	1
Herradores	7
Herreros	4
Impresores	1
Jurados	8

Labradores	2
Latoneros	1
Maestros pasteleros	2
Mercaderes	5
Monteros	1
Pajes	3
Panaderos	1
Pellejeros de la emperatriz	1
Pífanos	1
Plateros	4
Porteros	1
Sastres	2
Sayaleros	1
Silleros	1
Tambores	3
Tinajeros	1
Tintoreros	1
Torneros	1
Traperos	1
Trompetas	2
Zapateros	1
Zurradores	1
Esclavos	1
Negros	14

CUADRO N.° 3

Actividades y ocupaciones de los pasajeros a Indias o de sus ascendientes, del volumen III del *Catálogo* (1539 a 1559)

Niveles muy altos

Adelantados	2
Arzobispos	1
Capitanes Generales	1
Comendadores	10
Comisarios Generales	1
Corregidores	1
Don (con título)	37
Gentilhombres	3
Gobernadores	18
Hidalgos	5
Mariscal	1
Obispos	24
Presidentes Audiencias	3
Regidores	7
Virreyes	5

Niveles altos

Alcaides	2
Alcalde Mayor	1
Alguaciles	5
Almojarifes	1
Arcedianos	1
Bachilleres	59
Beneficiados	2
Boticarios	6
Caballerizos	1
Canónigos	21
Capellanes	2
Capitanes	15
Catedráticos	1
Cirujanos	5
Clérigos	86
Contadores	14
Chantres	3
Deanes	5
Diáconos	1
Doctores	46
Escribanos	43
Escribientes	6
Escritores	1
Factores	214

Fiscales	17
Ingenieros	2
Jueces	1
Licenciados	102
Maestres	6
Médicos	2
Mercedarios	9
Micer	1
Notarios	1
Oficiales	1
Oidores	18
Presbíteros	35
Priores	1
Procuradores	3
Provinciales	1
Provisores	2
Relatores	3
Secretarios	5
Tenientes de Gobernador	2
Teólogos	1
Tesoreros	12

Niveles medios/bajos

Albañiles	9
Alabarderos	1
Aposentadores	2
Barberos	3
Boneteros	3
Bordadores	1
Calceteros	7
Caleros	1
Canteros	11
Cantores	1
Carceleros	1
Cargadores	1
Carniceros	1
Carpinteros	19
Cerrajeros	4
Cesteros	1
Colcheros	2
Confiteros	2
Cordoneros	5
Corredores	1
Criados	488
Cuchilleros	2
Curtidores	4
Doradores	1
Enfermeros	1
Entalladores	5
Esgrimidores	1
Espaderos	3
Freneros	1
Fundidores	5
Guadamacileros	1
Guarnicioneros	1
Herradores	9
Herreros	7
Hortelanos	1
Imagineros	1
Jurados	19
Labradores	25
Latoneros	1
Lavanderos	1
Lugartenientes	1
Mayordomos	2
Mercaderes	248
Mozos	1
Organistas	1
Pajes, 34	34
Pescadores	2
Pintores	7
Plateros	13
Porteros	1
Sacristanes	1
Sastres	14
Sayaleros	1
Sombrereros	1
Tejedores	4
Terciopeleros	1
Tintoreros	1
Toneleros	1

Torneros	1
Trompeta	1
Vancaleros	1
Zapateros	13
Esclavos	2
Negros	21

CUADRO N.º 4

Actividades y ocupaciones de los pasajeros a Indias o de sus ascendientes, del volumen IV del *Catálogo* (1560-1566)

Niveles muy altos

Adelantados	2
Arzobispos	1
Comendadores	3
Consejeros	2
Gobernadores	11
Infanzones	2
Mariscales	1
Marqueses	2
Obispos	4
Órdenes Militares	3
Presidentes de Audiencia	4
Virreyes	1
Don (con título)	153

Niveles altos

Alcaldes	2
Alcaldes mayores	4
Alguaciles mayores	4
Arcedianos	4
Bachilleres	42
Boticarios	2
Canónigos	4
Capitanes	11
Cirujanos	4
Clérigos	156
Contadores	4
Chantres	2
Deanes	2
Doctores	9
Escribanos	7
Factores	108
Fiscales	3
Jurados	1
Letrados	2
Licenciados	166
Oidores	17
Procuradores	5
Receptores	1
Regidores	1
Registro Audiencias	1
Relatores	4
Religiosos	12
Secretarios	2
Tesoreros	9
Veedores	5
Visitadores Audiencias	2

Niveles medios/bajos

Albañiles	3
Asentadores	1
Barberos	5
Batidores	1
Boneteros	1
Borceguineros	1
Brocheros	1
Brosladores	1
Calceteros	7
Caldereros	1
Candeleros	1
Canteros	4

Cardadores	2
Carderos	2
Carpinteros	10
Ceroneros	1
Criados	1400
Curtidores	1
Chapineros	1
Doradores	2
Ensayadores de plata	1
Entalladores	1
Escribientes	6
Fundidores	2
Guanteros	1
Guarnicioneros	1
Herradores	6
Herreros	3
Labradores	70
Mercaderes	398
Odreros	1
Oficiales	9
Pasteleros	1
Porteros	2
Relojeros	1
Sastres	16
Sederos	2
Tejeros	1
Tintoreros	3
Trompetas	3
Tundidores	4
Zapateros	12

CUADRO N.º 5

Actividades y ocupaciones de los pasajeros a Indias o de sus ascendientes, del volumen V, tomo I (1567-1573)

Niveles muy altos

Arzobispos	1
Comendadores	3
Gobernadores	10
Mariscales	1
Obispos	8
Presidentes de Audiencia	4
Don (con título)	400

Niveles altos

Abogados	2
Administradores de Cruzada	3
Agustinos	6
Alcaldes	11
Alguaciles	5
Arcedianos	2
Artilleros	1
Bachilleres	46
Boticarios	2
Canónigos	9
Capellanes	1
Capitanes	17
Clérigos	182
Comisarios	1
Consejeros	2
Contadores	14
Deanes	8
Doctores	27
Escribanos	4
Factores	47
Fiscales	6
Franciscanos	15
Inquisidores	4
Jerónimos	1
Jesuitas	1
Licenciados	41
Maestros	10

Mercedarios	10
Oidores	28
Procuradores	2
Receptores	2
Regidores	1
Relatores	2
Religiosos	37
Tenientes	6
Tesoreros	17
Veedores	5
Visitadores	2

Niveles medios/bajos

Albañiles	2
Alabarderos	1
Aprendices	1
Armeros	2
Ballesteros	1
Barberos	6
Beneficiadores de minas	4
Borceguineros	1
Calceteros	3
Canteros	2
Carpinteros	2
Cocheros	1
Cordoneros	1
Chapineros	2
Criados	2207
Escribientes	2
Labradores	40
Libreros	1
Mercaderes	60
Molineros	1
Plateros	2
Racioneros	2
Sastres	4
Silleros	1
Sombrereros	1
Tejedores	1
Tundidores	1

CUADRO N.° 6

Actividades y ocupaciones de los pasajeros a Indias del volumen I (BB) (1493-1519)

Niveles muy altos

Adelantados	7
Almirantes	3
Caballeros	19
Capitán General	1
Comendadores	14
Condes	1
Condestables	1
Corregidores	10
Gentilhombres	2
Gobernadores	30
Hidalgos	57
Justicias	7
Marqueses	1
Obispos	12
Regidores	81

Niveles altos

Abogados	1
Agrimensores	1
Alcaides	12
Alcaldes	36
Alcaldes ordinarios	29
Alcaldes mayores	22

Alféreces	9
Alguaciles	23
Almojarifes	1
Aposentadores	1
Artilleros	11
Bachilleres	20
Banqueros	1
Bombarderos	1
Boticarios	11
Canónigos	11
Capellanes	1
Capitanes de nao	9
Capitán armada	1
Capitán artillería	1
Capitanes bergantín	12
Capitanes carabela	3
Capitanes (milicia)	99
Cirujanos	12
Clérigos	25
Comisarios	3
Cómitres	7
Consejeros	1
Contadores	22
Continos	8
Contramaestres	12
Coroneles	1
Cosmógrafos	1
Cronistas	1
Curas	1
Deanes	1
Diputados	1
Escribanos	90
Factores	15
Fiscales	3
Físicos	4
Frailes	37
Inquisidores	2
Jueces	20
Letrados	1
Licenciados	22
Lombarderos	1
Maestres	162
Maestres de Campo	7
Maestros	2
Mariscales	2
Médicos	5
Notarios	4
Oficiales	4
Oidores	9
Pagadores	1
Pintores	4
Presbíteros	2
Priores	4
Procuradores	39
Recaudadores	1
Secretarios	12
Tenientes	39
Tesoreros	28
Veedores	15
Vicarios generales	2
Visitadores	11

Niveles medios/bajos

Agujeteros	2
Albañiles	9
Aparadores	1
Aprendices	1
Archeros	2
Arrendadores	1
Arrieros	3
Aserradores	2
Atambores	1
Ballesteros	49
Barberos	10
Batidores de oro	1
Boneteros	2
Borceguineros	1
Botilleros	1
Calafates	12
Calceteros	7
Caldereros	5

Camareros	4
Cambiadores	4
Candeleros	2
Canteros	8
Carniceros	1
Carpinteros	30
Carpinteros de navío	1
Carpinteros de ribera	2
Carreteros	1
Cazadores	1
Cereros	1
Cerrajeros	2
Cetreros	3
Colcheros	1
Cordoneros	2
Correeros	1
Criados	290
Cuchilleros	4
Chapineros	1
Despenseros	3
Doradores	1
Ensayadores	1
Entalladores	2
Escopeteros	4
Escuderos	27
Espaderos	3
Esparteros	1
Estancieros	1
Exploradores	1
Fruteros	1
Fundidores	10
Grumetes	34
Guadamacileros	2
Guanteros	1
Hacheros	2
Herreros	19
Hortelanos	5
Jurados	7
Labradores	27
Lavadores de oro	1
Maestresalas	1
Marcadores	3
Marineros	104
Mayordomos	10
Mercaderes	110
Mesoneros	1
Mineros	39
Monederos	2
Mozos	4
Músicos	1
Navegantes	1
Odreros	1
Pajes	10
Pastores	1
Pellejeros	1
Peones	1
Pescadores	3
Pilotos	60
Plateros	11
Polvoristas	1
Porteros	1
Pregoneros	1
Proveedores	2
Quilatadores	2
Repartidores	10
Reporteros	5
Roperos	1
Sacristanes	1
Sastres	15
Silleros	1
Soldados	15
Tambores	1
Tejedores	1
Tintoreros	4
Toneleros	11
Trompetas	2
Tundidores	3
Vaqueros	2
Zapateros	21

CUADRO N.º 7

Actividades y ocupaciones de los pasajeros a Indias del volumen II (BB) (1520-1539)

Niveles muy altos

Adelantados	7
Arzobispos	3
Caballeros	46
Canciller real	1
Capitanes Generales	15
Comendadores	12
Corregidores	94
Generales	7
Gentilhombres	10
Gobernadores	57
Grandes Caballeros	1
Hidalgos	242
Hidalgos notorios	3
Mariscales	9
Nobles	19
Obispos	29
Presidentes Real Audiencia	9
Regidores	209
Tenientes Generales	10
Virrey	1
Don (título)	103

Niveles altos

Abades	2
Alcaides	11
Abogados	3
Administradores	3
Alcaldes	63
Alcaldes Mayores	27
Alcaldes Ordinarios	93
Arciprestes	1
Arquitectos	2
Artilleros	3
Bachilleres	42
Beneficiados	3
Bombarderos	1
Boticarios	12
Capellanes	20
Canónigos	13
Capitanes	288
Cartógrafos	1
Catedráticos	5
Cirujanos	2
Clérigos	93
Comisarios	4
Cómitres	7
Confesores	3
Contadores	31
Continos	3
Cosmógrafos	5
Cronistas	7
Chantres	4
Diáconos	1
Doctores	20
Escribanos	109
Escritores	2
Factores	26
Fiscales	6
Frailes	121
Funcionarios	3
Ingenieros Militares	1
Ingenieros	1
Inquisidores	1
Jueces	25
Justicias	10
Lectores	3
Licenciados	24
Lombarderos	1
Maeses	6

Maestros	13
Maestres	93
Maestres de Campo	25
Otros Maestres	48
Otros Maestros	19
Médicos	10
Misioneros	49
Oidores	11
Pilotos	57
Predicadores	2
Presbíteros	7
Priores	19
Procuradores	45
Provinciales	23
Provisores	1
Regentes	2
Relatores	1
Sacerdotes	15
Señor y maestre nao	23
Sochantres	1
Superiores	1
Tenientes	20
Tenientes de Gobernador	52
Tesoreros	52
Veedores	22
Veinticuatro	1
Veterinarios	1
Vicarios	14
Visitadores	15

Niveles medios/bajos

Afinadores	1
Albañiles	10
Apoderados	1
Arcabuceros	2
Armeros	2
Arrieros	18
Aserradores	2
Atambores	5
Ballesteros	5
Barberos	11
Barqueros	1
Bordadores	1
Cabos	2
Calafates	8
Calceteros	10
Caldereros	4
Caleros	1
Camareros	4
Candeleros	1
Canteros	5
Cantores	1
Capataces	2
Caporales	1
Carniceros	1
Carpinteros	26
Carreteros	1
Cerrajeros	3
Cernedores	1
Cobradores	1
Componedores	2
Compradores	1
Confiteros	1
Constructores	1
Contramaestres	7
Contratistas	1
Coperos	1
Cordoneros	3
Correos	2
Criados	90
Curadores	1
Curtidores	2
Custodios	7
Despenseros	2
Domadores	1
Doradores	1
Ejecutor justicia	1
Empleados	1
Encargados	2

Esgrimidores	1
Espaderos	4
Esparteros	2
Especieros	1
Estudiantes	2
Freneros	1
Fruteros	1
Fundidores	2
Ganaderos	1
Gorreros	1
Grumetes	8
Guardas	17
Guarnicioneros	1
Herreros	11
Imprimidores	1
Infantes	13
Intérpretes	10
Labradores	11
Lapidarios	1
Latoneros	1
Lenceros	1
Legos	1
Lenguas	7
Marineros	79
Mayordomos	13
Mercaderes	180
Mineros	62
Monederos	1
Odreros	1
Oficiales	5
Pajes	11
Pagadores	1
Pastores	1
Pellejeros	1
Plateros	14
Polvoristas	1
Porteros	4
Pregoneros	4
Racioneros	1
Receptores	6
Repartidores	1
Reporteros	1
Roperos	1
Sacristanes	2
Sargentos	7
Sastres	21
Sayaleros	3
Sederos	5
Servidores	2
Silleros	2
Soldados	2
Sombrereros	1
Taberneros	1
Tejedores	3
Tenderos	5
Tenedores de bienes	5
Tinajeros	1
Toneleros	7
Torneros	2
Trabajadores	3
Trompetas	9
Tundidores	1
Vidrieros	1
Vinateros	2
Zurradores	1

ÍNDICE TEMÁTICO

acción en Indias, 206.
actividades y ocupaciones, 299.
adelantado, 56.
adversidades, 143.
afán de riquezas, 184.
agricultura, 90.
alarde, 196.
alaveses, 202.
alcaide de los donceles, 56.
alcaide de una fortaleza, 57.
alcalde, 197.
alférez mayor, 57.
alféreces, 57.
alimentación, 116, 124.
alimentación en Indias, 124, 125.
almirante, 58.
Amazonas, 215.
América Central, 212.
analfabetismo, 95.
andaluces, 74, 77, 78, 79, 92, 202, 232.
apetencia de ennoblecimiento, 47.
aportaciones de núcleos de población importantes, 83 y sigs.
aportaciones de medios rurales, 87.
arcabuceros, 58.
armamento, 53.
armas, 53.
arqueros, 59.
arte, 49, 91.
artillería, 21, 51, 55, 59.
artilleros, 56.
ascenso social del labrador, 46.
bibliografía, 279.
bubas, 125.
burgueses, 42.
burguesía, 59, 227.
caballería, 58, 60.
caballería a la gineta, 55.
caballería villana, 47, 106.
caballero, 49.
caballeros, 42.
caballeros ciudadanos, 46.
caballero veinticuatro, 55.
caballo, 123.
cabos de colunela, 57.
cabos de escuadra, 57.
campesinos, 44, 59, 108, 109, 229.
canarios, 78.
capitalismo, 39.
capitán, 58.
capitán general, 56.
capitanes, 17, 18, 57, 195, 198, 199.
capitanía, 55.
carabela, 117.
carácter del descubrimiento, 52, 53.
carrera de Indias, 62.
Casa de Contratación, 62.
casas, 114.
castellanos, 75, 78, 79, 88, 93, 201, 232.
castigo, 146.
Castilla, 101, 226.
catalanes, 75.
censos de población, 32.
cerbatanas, 56.
clase media, 40.
clases, 41.
clero, 40, 43.
codicia, 133, 181, 182.

collación, 55.
colonizadores, 67.
colunela, 57.
comercio, 227.
comida, 116.
comunicaciones, 88.
condestable, 56.
conquista de México, 209.
conquista del Perú, 213.
conquista de Tierra Firme, 67.
conquistadores, 198, 228.
conquistas, 22.
conquista antillana, 22, 67.
conquista continental, 22, 67, 76.
conquistas interiores, 22.
consecución de la virtud, 144.
contadores, 56.
continos reales, 21, 206.
contribuciones regionales, 76, 77, 78, 79, 80, 81.
coronel, 57.
coronelía, 57.
corsarios, 62.
costumbres, 115, 117, 229.
crecimiento demográfico, 225.
criados, 105.
crítica social, 184.
crueldad, 175, 176, 177, 178, 179, 180.
cuadrilla, 55.
cualidades negativas, 173.
culebrina de mano, 56.
cultura, 47, 95, 187, 188, 189.
cultura del conquistador, 95, 187-192.
Chile, 216.
demografía, 32, 59.
descubridores, 198, 228.
destinos de los pobladores, 69.
difusión del libro en Indias, 145, 146, 190.
diferencias regionales, 88.
dimensión imperativa de la persona, 25.
economía, 38, 226.
edades del conquistador, 221, 233.
educación, 162.
ejército, 50, 58.
ejército permanente, 60.
emigración, 61, 67, 80.
encomienda, 220.
enemistades familiares, 183.
enfermedades en Indias, 125.
entereza, 167.
epílogo, 225.
época antillana, 67.
escala de valores, 129, 230.
esclavitud, 43.
escuderos, 21, 53.
escultura, 49.
esperanza media de vida, 113.
espingarda, 56.
establecimiento de un orden, 151.
estado llano, 40, 41.
estamentos sociales, 40.
estructura de la sociedad, 226.
expediciones en el Norte, 210.
expediciones hacia Poniente, 211.
falconetes, 56.
fama, 153, 158.
familia, 123, 160, 231.
fe del conquistador, 137, 230.
ferias agrícolas, 38.
feudalismo europeo, 42.
fidelidad a la monarquía, 148, 230.
flotas, 62.
fluidez social, 46.
fundadores, 199, 228.
galeón, 117.
galera, 117.
generación, 19, 68.
generación de los descubridores, 19, 68, 72.
generación de los conquistadores, 19, 68, 72.
generación de los fundadores, 19, 68, 72.
general de armada, 58.
general de flota, 58.
gens d'armes, 55.
gente de a caballo, 108.
gente de guerra, 51, 108, 229.
gente de mar, 71.
gente de servicios, 108.
gentes desaforadas, 54.
gentiluomo, 47.
gentleman, 47.
gobernadores generales, 57.
gloria, 155.
gremios, 38.
guardias viejos de Castilla, 39, 55.
guerra divinal, 46.
guipuzcoanos, 202.
hambres y pestes, 34.

hegemonía militar española, 50.
hermandad vieja de Toledo, 54.
hidalgos, 23, 33, 41, 44, 45, 46, 47, 52, 102, 103, 106, 108, 132, 133, 226.
hidalgos notorios, 23.
higiene, 120.
hijodalgo, 81.
hombres de armas, 194, 195, 196, 225, 232.
hombre de behetría, 42.
hombre de frontera, 230.
hombres de guerra, 197.
hombres de honra y prez, 108.
hombres humildes, 107, 108.
hombres de oficio de armas, 195.
honor, 131, 155.
honra, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 231.
huestes, 54, 58, 80, 196, 227, 229.
humanismo, 47, 50.
ideales del conquistador, 102.
imaginación, 166.
individualismo, 131, 132, 165, 166.
infante, 59, 60.
infantería, 228.
infanzones, 42.
inquietud, 173, 174.
invocación a Dios, 138, 139.
invocación a Santiago, 139.
juego, 117.
juricidad, 151, 152.
labor culturizadora, 188.
labradores, 39, 40, 44, 59.
labriegos libres, 41.
lealtades, 148.
legalismo, 151, 152, 230.
letrados, 110.
leyenda negra, 18.
libros de caballerías, 191.
libros en Indias, 145, 190.
litoral cantábrico, 42.
lombardas, 21, 55.
lombardero, 56.
lugarteniente general, 57.
maestre, 58.
maestre de campo general, 57.
marginados, 43.
marina de guerra, 58.
marina real inglesa, 59.
marineros, 196.
mariscal, 56.
medicina, 125.
mendigos, 43.
menestrales, 40.
meseta norte. 36.
mestizaje, 231.
metales preciosos, 62.
milagros, 139.
milicias, 58.
mobiliario, 114.
modorra, 34.
monteros de Espinosa, 53.
muerte del soldado, 222, 233.
mujer, 147.
nao, 117.
naturaleza, 170.
nobles, 203, 232.
nobleza, 40, 44.
Nuevo Reino de Granada, 214.
ocaso del conquistador, 218, 233.
oficio de armas, 195.
oficios, 108.
orgullo, 131.
origen ciudadano, 87.
origen geográfico de los conquistadores, 73, 80, 200, 228, 287.
origen rural, 87, 88.
origen social, 101, 203, 228.
oro, 182.
otras expediciones, 216.
paciencia, 168.
pacto de vasallaje como origen del poder, 150.
pasajeros, 63, 119.
pasavolante, 56.
pecado, 144.
pechos o tributos, 40.
penalidades, 169.
penas infamantes, 40.
período de expansión, 22.
perros, 178.
pestes, 34, 114.
piloto, 58.
piqueros, 58.
planificación urbana, 90.
plebeyos, 204.
población de Castilla, 32.
población de Europa, 34, 37.
población urbana, 43.
pobreza, 43.
poniente, 211.

portillos para el ascenso social, 132.
prejuicios raciales, 170, 231.
primeros llegados, 206.
privilegios nobiliarios, 40.
procedencia regional, 74.
producción agraria, 39.
providencialismo, 137, 144.
prohibiciones de alistamiento a Indias, 141.
psicología del conquistador, 165.
psicosis orgullosa y señorial de los castellanos, 42.
rasgos psicológicos, 129.
Reconquista, 101, 136, 165.
regidor, 197.
religión, 92, 131, 136, 143, 230.
Renacimiento, 49, 59, 166, 227.
repoblaciones, 41.
requerimiento, 230.
ribadoquín, 56.
riqueza, 158, 159.
Río de la Plata, 216.
Ritterstand, 42.
salvación eterna, 140, 143.
Santa Hermandad, 54.
sed de aventuras, 133.
sentido caballeresco de la vida, 42.
sentido religioso, 135.
señores de la guerra, 26, 80.
sífilis, 114.
siglo de hierro, 37.
siglo de los santos, 142.
sociedad, 40, 227.
soldado, 17, 18, 20.
soldado español, 52.
soldados, 51, 53, 58, 195.
soldados-escritores, 192.
suelo peninsular, 198.
sufrimientos, 168.
suicidios, 114.
tercio, 58.
teología, 49.
Tierra Firme, 207.
tropas del pendón del Rey, 53.
unidad religiosa, 141.
valoración de la zona de acción, 218.
vascos, 7, 79, 94, 232.
veedores, 56.
vejez, 114.
Venezuela y el Orinoco, 217.
vestimenta, 115, 116, 119, 123.
veteranía, 204.
veteranos, 232.
viajes, 116.
viajes a Indias, 119, 120, 230.
vinculación a la monarquía, 147.
violencia, 183.
virtud y honra, 144.
vivienda, 123.
Yucatán, 209.
zonas de acción en Indias, 233.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de abril de 1992.

El libro *El soldado de la conquista,* de Francisco Castrillo, forma parte de la Colección «Armas y América», dirigida por el General Miguel Alonso Baquer, Secretario Permanente del Instituto de Estudios Estratégicos del CESEDEN, Madrid.

COLECCIÓN ARMAS Y AMÉRICA

- La estrategia española en América durante el Siglo de las Luces.
- Estrategias de la implantación española en América.
- Generación de la conquista.
- El soldado de la conquista.

En preparación:

- Rebeliones indígenas en la América española.
- Los Ejércitos Realistas en la Independencia hispanoamericana.
- Últimos reductos españoles en América.
- El mantenimiento del sistema defensivo americano.
- Ejército y milicias en el mundo colonial americano.
- Armas blancas en España e Indias.
- Estructuras guerreras indígenas.
- Ordenanzas militares en España e Hispanoamérica.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

EDITORIAL
MAPFRE

9 788471 002716

XIII/4

Francisco Castrillo

EL SOLDADO DE LA CONQUISTA

COLECCIÓN ARMAS Y AMÉRICA